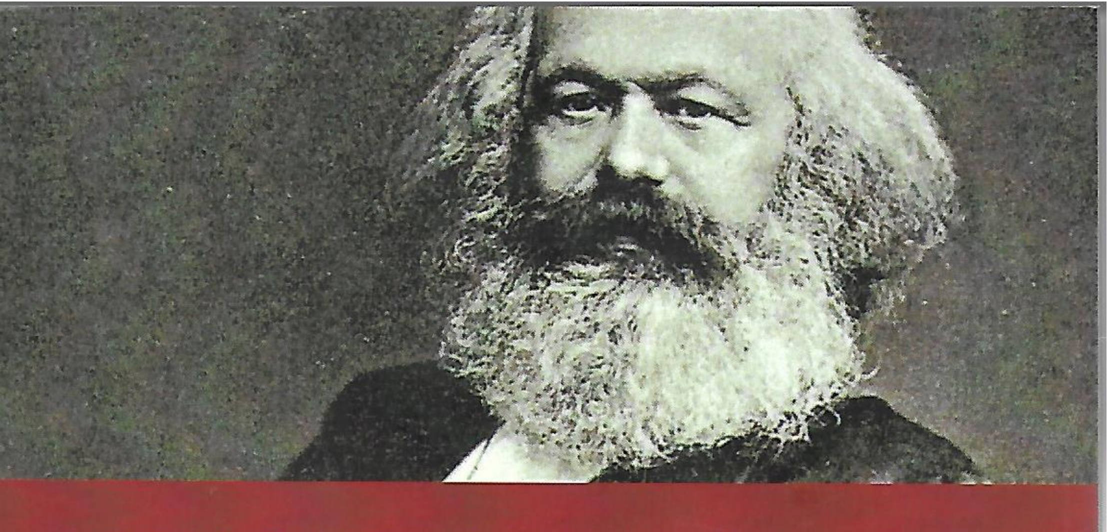


DIEGO GUERRERO Y MAXI NIETO (EDS.)

# QUÉ ENSEÑA LA ECONOMÍA MARXISTA

## 200 años de Marx



EL VIEJO TOPO

Diego Guerrero y Maxi Nieto (eds.)

# QUÉ ENSEÑA LA ECONOMÍA MARXISTA

DIEGO GUERRERO Y MAXI NIETO (EDS.)

# QUÉ ENSEÑA LA ECONOMÍA MARXISTA

## 200 años de Marx

Diego Guerrero
Rolando Astarita
Xabier Arrizabalo
Javier Murillo
Juan Pablo Mateo
Paul Cockshott
Allin Cottrell
Maxi Nieto

El Viejo Topo

Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural / El Viejo Topo
Juan de la Cierva 6, 08339 Vilassar de Dalt (Barcelona)
Diseño: M. R. Cabot
ISBN: 9788416995-97-4
Depósito Legal: B 23674-2018
Impreso en España

# Índice

# Introducción

Diego Guerrero y Maxi Nieto

En esta introducción abordaremos dos cuestiones. En primer lugar, haremos mención al marco general de la literatura económica marxista que se está escribiendo en los últimos años. Y en segundo lugar, un breve resumen de los 9 capítulos que componen el libro.

## I

Transcurrido ya el ecuador de este bienio 2017-2018 tan especial para la economía marxista (se cumplió en 2017 el 150º aniversario de la publicación del libro I de *El capital*, en 1867, y se cumple en 2018 el 200º aniversario del nacimiento de Karl Marx, en 1818), podemos empezar a hacer balance de lo último que se ha escrito de economía marxista, enmarcándolo dentro de lo que, a nuestro juicio, son algunas de las obras más importantes de los últimos años en este campo[1]. Mencionaremos sobre todo trabajos del mundo anglosajón –donde se sigue haciendo la mayor cantidad del trabajo en este terreno– pero también se comentarán algunos de los libros publicados recientemente en español, algunos de los cuales están a cargo de los propios autores de este libro.

A nuestro juicio, lo más importante ha sido la aparición en 2016 de los importantes libros de Anwar Shaikh y Fred Moseley, así como la edición inglesa del manuscrito elaborado por Marx en 1862-63, donde se puede estudiar la literalidad de lo que escribió el propio Marx y que

1. No es el lugar adecuado para hacer un repaso bibliográfico exhaustivo, así que nos limitaremos a lo más fundamental.

luego fue editado por Engels (con algunas modificaciones relevantes) como libro III de *El capital* (1894)[2]. El libro de Shaikh[3], una monumental obra de casi 1.000 páginas donde el autor resume y completa el trabajo de toda su vida[4], se estructura en torno a tres ejes, estudiando primero los "fundamentos" de su análisis, desarrollando a continuación la segunda parte sobre lo que llama la "competencia real", que él distingue tanto de la competencia perfecta como de la competencia imperfecta, para terminar con una tercera parte dedicada a la "dinámica macroeconómica turbulenta". El libro de Moseley[5] tiene un doble valor, puesto que, por un lado, presenta su propia interpretación del famoso y marxiano "problema de la transformación" (de los valores en precios de producción) –un "problema" que han usado durante más de 130 años prácticamente todos los críticos de Marx y el marxismo–, una sólida y bien fundamentada interpretación, y, por otra parte, hace la crítica más detallada hasta el presente de todas las interpretaciones importantes propuestas desde enfoques marxistas alternativos.

En español, los tres libros que nos parece oportuno citar en primer lugar son los de X. Arrizabalo (2016)[6], M. Nieto (2015)[7] y el

---

2. La versión inglesa es traducción del original alemán publicado en 1992, que forma parte de las *Marx/Engels Gesamtausgabe* (MEGA), Sección II, Volumen 4.2. Véase en inglés: *Marx's Economic Manuscript of 1864-1865*, ed. Fred Moseley, trad. Ben Fowkes, Brill Academic Publishers, 2015.
3. Shaikh, Anwar (2016): *Capitalism: competition, conflicto, crises*. Oxford: Oxford University Press.
4. No es innecesario recordar la impagable crítica publicada en los años 1980s por Juan Velarde en el diario *ABC*, que tuvo el mérito incomparable de estar cerca de un libro que solo estaba anunciado ¡pero aún ni escrito ni publicado! Lo cual da una idea del tiempo que lleva Shaikh intentando resumir su concepción de la economía marxista en un libro (que por aquel entonces la editorial anunciaba con el título de *Marxian Economic Analysis*), más allá de los numerosos artículos que han ido desarrollando su pensamiento a lo largo de los años.
5. Moseley Fred (2016): *Money and Totality: A Macro-Monetary Interpretation of Marx's Logic in* Capital *and the End of the 'Transformation Problem'*, Leiden/Boston: Brill, Historical Materialism Book Series, nº 104.
6. Arrizabalo, Xabier (2016): *Capitalismo y economía mundial. Bases teóricas y análisis empírico para la comprensión de los problemas económicos del siglo XXI*, 2ª edición, ed. Instituto Marxista de Economía-Universidad de Artes y Ciencias Sociales (ARCIS) y Universidad de Concepción (UdeC).
7. Nieto, Maxi (2015): *Cómo funciona la economía capitalista. Una introducción a*

recentísimo de G. Starosta y G. Caligaris (2018)[8]. El primero, que es un denso libro de 700 páginas donde el autor desarrolla con mucho detalle los aspectos fundamentales de la teoría económica de Marx y de diferentes autores marxistas, tiene mucho que ver con la importante y singular labor docente que desarrolla Arrizabalo en la Universidad Complutense de Madrid, y en especial en el Diploma de Formación Continua que sobre "Análisis crítico del capitalismo (el método marxista y su aplicación al estudio de la economía mundial actual)" imparte en esa universidad. El libro de Nieto desarrolla en particular la marxiana teoría laboral del valor como "teoría general de la dinámica capitalista", es decir, como elemento clave para comprender el funcionamiento de las sociedades capitalistas, en lo que tienen de común las de los siglos XIX, XX y XXI[9]. Y el de los dos autores argentinos, tan reciente que aún no hemos podido leerlo, presenta un prometedor y completo índice sobre diversas materias de economía marxista, incluidas las cadenas globales de valor y la relación entre las mercancías cognitivas y la forma de valor.

Hay diversas obras que ofrecen panorámicas globales y resúmenes de la obra de Marx. Está, por una parte, la nueva edición (la 6ª, de 2016) del influyente libro de Fine y Saad-Filho sobre *El capital de Marx*[10], que se viene editando desde que en 1979 apareciera en su primera versión, obra de Fine y Harris[11], y que ha sido siempre, en opinión de un marxista tan conocido como David Harvey, la mejor guía disponible sobre esta obra fundamental. También sobre *El capi-*

---

*la teoría del valor-trabajo de Marx*, Madrid: Escolar y Mayo.

8. Starosta, Guido; Caligaris, Gastón (2018): *Trabajo, valor y capital. De la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

9. También desde el punto de vista marxista, pero desde una perspectiva más inclinada al trabajo empírico y centrado en las cuestiones de distribución de la renta y de la riqueza, es importante el libro de Murillo, Javier (2018): *El milagro económico español: un análisis marxista. Dinámica salarial e impacto sobre la estructura de la propiedad*, Madrid: Maia.

10. Fine, Ben; Saad-Filho, Alfredo (2016): *Marx's Capital. Sixth Edition*, London: Pluto Press.

11. Fine, Ben; Harris, Laurence (1979): *Para releer 'El capital'*, México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

*tal* de Marx en concreto, y dejando de lado el ya citado libro de Moseley, es muy interesante la extensa recopilación de capítulos sobre la difusión de este libro en todo el mundo, (que tratan de más de cien países y casi otras tantas lenguas), a cargo de M. Musto y B. Amini (2018)[12]. Un libro que acaba de aparecer es el de un marxista británico bien conocido, Michael Roberts (anteriormente, un experto en el mundo de las finanzas de la City), un autor que trabaja especialmente las crisis de rentabilidad y financieras de los últimos años[13], y que presenta ahora una obra con el título de *Marx 200*[14].

Este mismo autor escribió hace poco, en su muy visitado blog, una interesante selección de los diez mejores libros de economía marxista del año 2017[15], donde incluye, aparte de los ya citados de Shaikh y Moseley, otro libro que sirve de guía sobre *El capital* de Marx, a cargo de J. Choonara[16], y un libro del economista francés François Chesnais sobre el capital financiero[17]. El también francés Gérard Duménil (junto a M. Löwy y E. Renault) ha publicado recientemente dos pequeños libros sobre marxismo, donde, aparte de la economía, se analizan otros aspectos de la obra de Marx; se trata en primer lugar de un libro titulado *Leer a Marx* (2014)[18], cuya primera edición data de 2009, y una

12. Musto, Marcello; Amini, Babak, eds. (2018): *The Dissemination of Marx's* Capital *in the World (1867-2017)*, London: Routledge.

13. Véase Carchedi, Guglielmo; Roberts, Michael, eds. (2018): *The World in Crisis*. Winchester, UK: Zero Books.

14. Roberts, Michael (2018): *Marx 200 – a review of Marx's economics 200 years after his birth*, London: Lulu.

15. Roberts, Michael (2017): "Los 10 mejores libros de economía marxista de 2017", en https://marxismocritico.com/2018/03/05/los-10-mejores-libros-de-economia-marxista-de-2017/.

16. Choonara, Joseph (2017): *A Reader's Guide To Marx's Capital*, Bookmarks. Cabe citar aquí que, siguiendo otra guía y resumen de *El capital* publicada en español hace unos años (véase Guerrero, Diego (2008): *Un resumen completo de* El capital *de Marx*, Madrid: Maia), se ha publicado recientemente una obra similar referida al libro IV de *El capital*: Nonius, Jorge (2016): *Un resumen completo de las* Teorías sobre la plusvalía *de Marx*, Madrid: Maia.

17. François Chesnais (2018): *Finance Capital Today. Corporations and Banks in the Lasting Global Slump*. Leiden/Boston: Brill, Historical Materialism Book Series, nº 131.

18. Duménil, Gérard; Löwy, Michael; Renault, Emmanuel (2014): *Lire Marx*, Paris: Presses Universitaires de France.

especie de resumen con el nombre de *Las 100 palabras del marxismo*, aparecido en español en 2014[19].

Un campo dentro de la economía marxista en el que se ha escrito mucho en la última década es, lógicamente, el de las crisis económicas. Ya hemos citado el libro editado por Carchedi y Roberts (2018) pero hay que señalar la creciente influencia del último libro de A. Kliman (2011)[20], que ha tenido su repercusión en distintos trabajos españoles, como evidencia el libro editado por Juan Pablo Mateo en 2015[21], sobre el que también influyó un libro anterior de R. Astarita y J. Tapia (2011)[22]; desde el punto de vista teórico, creemos especialmente importante el último libro de Pepe Tapia en español (2017)[23], así como su edición de un texto fundamental de Paul Mattick (2014)[24]. Desde el punto de vista de la crítica de las teorías de la dependencia, se ha publicado recientemente en español una recopilación de trabajos importantes del economista brasileño M. Carcanholo (2017)[25].

Y, para acabar, mencionemos brevemente otros tres campos que nos parecen importantes. En primer lugar, en el terreno de las críticas del marxismo hechas por autores que son también seguidores de Marx, en línea con los trabajos clásicos de Korsch, Rubel o Mattick, hay que citar el último libro de P. Chattopadhyay (2016), que recopila muchos de sus trabajos críticos con el "marxismo" opuesto a Marx

19. Duménil, Gérard; Löwy, Michael; Renault, Emmanuel (2009): *Les 100 mots du marxisme*, París: PUF (colección Que sais-je?) [edición española de 2014: *Las 100 palabras del marxismo*, en Akal básica de bolsillo].

20. Kliman, Andrew (2011): *The Failure of Capitalist Production: Underlying Causes of the Great Recession*, London: Pluto Press.

21. Mateo, Juan Pablo (coord.) (2015): *Capitalismo en recesión. La crisis en el centro y la periferia de la economía mundial.* Madrid: Maia.

22. Tapia, José A.; Astarita, Rolando (2011): *La Gran Recesión y el capitalismo del siglo XXI. Teorías económicas, explicaciones de la crisis y perspectivas de la economía mundial.* Madrid: La catarata.

23. Tapia, José A. (2017): *Rentabilidad, inversión y crisis. Teorías económicas y datos empíricos.* Madrid: Maia.

24. Mattick, Paul (2014): *Crisis económica y teorías de la crisis. Un ensayo sobre Marx y la "ciencia económica".* Ed. José A. Tapia, Madrid: Maia.

25. Carcahnolo, Marcelo D. (2017): *Dependencia, superexplotación del trabajo y crisis. Una interpretación desde Marx.* Madrid: Maia.

y en pro del reconocimiento del "modo de producción asociado de Marx"[26], tan distinto por ejemplo del socialismo realmente existente en la Unión Soviética[27].

En segundo lugar, puesto que este libro incluye un apartado específico dedicado a la crítica del reformismo (algo implícito en muchos libros de carácter marxista[28]), conviene recordar la existencia de un importante texto del joven Marx donde ya se asumían estos planteamientos críticos; nos referimos a su crítica de Arnold Ruge, el artículo conocido como "Anti-Ruge"[29], donde se ataca con maestría la idea de que es el Estado quien tiene que solucionar los problemas que atenazan a la sociedad capitalista.

Por último, nos limitaremos a hacer mención de cuatro importantes biografías de Marx aparecidas en los últimos años, tres de las cuales están ya traducidas al español. La primera se debe a la periodista estadounidense M. Gabriel, originalmente publicada en 2011 y traducida al español en 2014[30]. Las dos siguientes son obra de dos historiadores: el estadounidense J. Sperber (2013), un autor no marxista cuya biografía fue inmediatamente publicada en español y que presenta, o arrincona, a Marx en el contexto decimonónico del

26. Chattopadhyay, Paresh (2016): *Marx's Associated Mode of Production. A critique of Marxism*. New York: Palgrave Macmillan.
27. Chattopadhyay, Paresh (1994): *The Marxian Concept of Capital and the Soviet Experience. Essay in the Critique of Political Economy*, Londres: Praeger.
28. Véase por ejemplo el libro de Harrison, John (1978): *Economía marxista para socialistas. Una crítica del reformismo*, Barcelona: Grijalbo.
29. Marx, Karl (1843): "Glosas críticas marginales al artículo: 'El Rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano'", Barcelona: Roselló Impressions, 1977; incluido también en *Obras de Marx y Engels* (OME), vol. 5, dir. M. Sacristán, Barcelona: Grijalbo, 1978. Como ambas publicaciones en español son difíciles de encontrar, incluso la propia OME ("Obras de Marx y Engels") que dirigió un importante filósofo español, Manuel Sacristán (cuyos ensayos, sin embargo, se siguen reeditando bastante en los últimos años, incluida una traducción inglesa reciente), indiquemos que el artículo de Marx es accessible en internet (en https://es.scribd.com/document/124727855/Glosas-marginales-al-articulo-El-Rey-de-Prusia-y-la-reforma-social-Por-un-prusiano-Marx-K; y también, en inglés, en www.marxists.org/archive/marx/works/1844/08/07.htm).
30. Gabriel, Mary (2011): *Amor y capital: Karl y Jenny Marx y el nacimiento de una Revolución*. Barcelona: Viejo Topo, 2014.

que, en su opinión, no debería haber salido nunca[31]; y el británico G. Stedman Jones: su biografía de Marx (2017), que ha aparecido en nuestra lengua hace muy pocos meses[32], es un producto típico de este famoso historiador marxista, autor, entre otras cosas, de una documentada introducción al *Manifiesto comunista*[33]. Por último, el pensador sueco S. Liedman, crítico desde la izquierda del marxismo de Stedman Jones, publicó en sueco su biografía de Marx en 2015 y ha aprovechado la muy reciente edición inglesa de 2018 para dar también su opinión sobre las biografías anteriormente citadas[34].

## II

Más allá de los naturales matices y diferencias que puedan presentar entre sí los diferentes autores que participan en este monográfico, todos ellos comparten, sin embargo, cuatro rasgos generales fundamentales en su perspectiva analítica y en su concepción de la economía marxista: 1) la reivindicación de la teoría laboral del valor de Marx como el marco más adecuado para comprender el funcionamiento y dinámica del actual capitalismo mundializado; 2) un diagnóstico sobre los males del modo de producción capitalista centrado en su naturaleza explotadora, la tendencia a la polarización social y su dinámica turbulenta, basada en la lógica ciega del beneficio y la acumulación compulsiva, que conduce inevitablemente a crisis recurrentes y amenaza con el colapso ecológico del planeta; 3) la conciencia sobre los límites del reformismo, en cualquiera de sus variantes (estatismo burgués, populismo, socialdemocracia, etc.), para superar o atenuar dichos males sin cuestionar la propiedad del capital; y 4) la necesidad

31. Sperber, Jonathan (2013): *Karl Marx: una vida decimonónica*, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores.
32. Stedman Jones, Gareth (2017): *Karl Marx: Greatness and Illusion*, London: Penguin.
33. También Yanis Varoufakis ha hecho otro tanto: véase Marx, Karl; Engels, Friedrich (1848): *The Communist Manifesto: with an Introduction by Yanis Varoufakis*, London: Vintage Classics.
34. Liedman, Sven-Eric (2018): *A World to Win: The Life and Works of Karl Marx*, London: Verso.

de superar el orden social del capital para construir una sociedad libre, autogobernada y eficiente, a la que llamamos comunismo, y que se erigiría sobre la base de la propiedad social de los medios de producción y la planificación democrática de la economía.

Estos cuatro rasgos compartidos son, precisamente, los que nos han servido para ordenar los contenidos del libro en otros tantos bloques. Así, la primera parte está dedicada a la crítica, desde la teoría laboral del valor de Marx, de la economía burguesa representada por sus dos principales escuelas: la neoclásica, hegemónica hoy en día, y la austriaca, que ha ganado protagonismo en las dos últimas décadas de la mano de importantes *think tanks* liberales y medios de comunicación burgueses. Lo que está en juego con esta crítica es tanto la posibilidad de concebir una teoría de la explotación del trabajo como cuestionar la concepción burguesa del mercado como un mecanismo de asignación eficiente, democrático (soberanía del consumidor) y justo en términos distributivos.

La contribución de Diego Guerrero (UCM), "La teoría laboral del valor y la crítica de la teoría neoclásica", explica por qué las ideas y principios básicos de la escuela neoclásica (escasez, utilidad, oferta/demanda), de los que se hace un repaso crítico de su origen y recepción en diferentes autores, no pueden servir como base para construir una verdadera teoría alternativa a la teoría laboral del valor de Marx. A través de la crítica de dichos principios se llega a la conclusión de que son únicamente las condiciones técnicas de producción las que determinan los cambios en el valor de las mercancías, y en un segundo nivel de determinación, de los precios de equilibrio a largo plazo (los "precios de producción" de Marx), sobre los que no tiene influencia la demanda. Esta última solo interviene para fijar la cantidad de cada mercancía que puede venderse a los respectivos precios de equilibrio. Y son estos precios de equilibrio los que regulan el juego de la oferta y la demanda, que solo hace fluctuar el precio de mercado en torno a ese centro de gravedad.

En "Crítica, desde un enfoque marxista, a la teoría austriaca del valor", Rolando Astarita (Universidad de Buenos Aires y Nacional de Quilmes) señala las inconsistencias de la teoría subjetiva del valor para construir una teoría completa de los precios, el dinero y el

capital. Empieza explicando la necesidad, planteada por Marx, de que para poder comparar cuantitativamente mercancías distintas en el intercambio es necesario reducir los diferentes valores de cambio a una sustancia común que ha de tener un carácter social y objetivo, como es el trabajo abstracto. Contra la confusión habitual de los economistas austriacos cuando critican la teoría del valor de Marx, Astarita destaca que en el intercambio los dos participantes ganan, por definición, en cuanto a la utilidad, esto es, desde el punto de vista del valor de uso, pero no en términos del valor de cambio, donde se produce un intercambio de equivalentes. En un paso posterior aborda la imposibilidad de explicar el valor del dinero a partir de su utilidad marginal (como demostraría el hecho del atesoramiento), y acaba con una crítica de la teoría del capital de Böhm-Bawerk.

En el segundo bloque se señalan los motivos por los cuales el modo de producción capitalista constituye un orden social que debe ser superado: está basado en la explotación sistemática de los trabajadores, genera polarización social y posee una lógica ciega e ingobernable que conduce a la inestabilidad económica y crisis recurrentes, lo cual implica una asignación de recursos ineficiente.

Xabier Arrizabalo (UCM), en "Explotación (y creciente): base material del capitalismo, piedra angular del análisis marxista", se ocupa del concepto marxista de explotación, clave para "la identificación de los sujetos protagonistas del principal conflicto en torno al cual se reproducen '*las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista*'". Primero establece el fundamento de la explotación del trabajo en la producción capitalista, que no es otro que la apropiación de trabajo no pagado por los propietarios de los medios de producción, lo cual sucede porque el salario solo abona una parte del trabajo realizado, la necesaria para la reproducción normal de la fuerza de trabajo, siendo la parte restante el plusvalor, base de la ganancia capitalista. A partir de este fenómeno, y en el marco de la competencia entre los diferentes capitales, explica la reproducción de la sociedad capitalista como un proceso de acumulación, de capitalización del plusvalor extraído de los trabajadores, que exige un grado de explotación cada vez mayor. Esto se logra gracias a la mecanización de la producción, con la reducción del peso relativo del trabajo

vivo con respecto a los medios de producción, un tipo de cambio técnico que, sin embargo, está en el origen de las dificultades que enfrenta el capital para mantener una rentabilidad creciente. A partir de este hecho, muestra la distancia cada vez mayor que se abre entre las posibilidades técnico-materiales de la sociedad y las condiciones de vida de la mayoría social trabajadora.

Por su parte, Javier Murillo (UCM) explica en "Acumulación capitalista y polarización creciente" cómo y por qué el desarrollo normal del proceso de acumulación capitalista genera una creciente polarización social entre las clases, tanto en términos de distribución de la renta como de la riqueza y la propiedad de los medios de producción. La clave que señala Murillo es que la lógica del capital exige que la desigualdad se reproduzca a una escala cada vez mayor para garantizar la reproducción de las relaciones de producción y propiedad capitalistas, pues se ha de lograr que los trabajadores se mantengan como no propietarios de los medios de producción, obligados a vender su fuerza de trabajo. En relación a la distribución cada vez más desigual del ingreso, Murillo expone los mecanismos que favorecen la producción de plusvalor relativo, base de la depauperación relativa de la clase trabajadora, aunque pueda crecer el salario real para hacer frente a los costes crecientes de reproducción obrera. En relación a la polarización de la riqueza, explica las causas del proceso de centralización del capital y su contrapartida en la asalarización de la población, procesos para los que aporta evidencia empírica referida al caso español.

Diego Guerrero, en "Las crisis económicas y la incompatibilidad entre capitalismo y democracia", parte de la idea de que las turbulencias generadas por la dinámica del sistema capitalista se acentúan durante las crisis económicas cíclicas de diferente duración que caracterizan al capitalismo, generando toda una serie de efectos negativos especialmente para los asalariados y los trabajadores en general. Tras repasar algunos de esos efectos, pasa a analizar las causas de las crisis, identificando su mecanismo básico en la crisis de sobreacumulación debida a la insuficiente valorización del capital, pero recordando otros "elementos" de crisis que tienen que ver con su dimensión financiera, las variaciones súbitas de los precios (en especial de las materias

primas) y las desproporciones en la producción y en la demanda. A esto añade una segunda razón para rechazar el capitalismo, que es la total incompatibilidad entre un capitalismo basado en el principio plutocrático y la auténtica democracia de individuos que son a la vez productores y consumidores; por ello argumenta que la demanda realmente existente en el capitalismo, o demanda "solvente", no puede representar "la democracia de las necesidades humanas" ya que, en la sociedad capitalista, el dinero sustituye la valía y dignidad iguales de las personas por el valor de la riqueza y la renta que poseen.

La tercera parte del libro está dedicada a exponer los límites del reformismo, tanto desde el punto de vista de los enfoques teóricos que creen que el funcionamiento capitalista puede ser gobernado desde la esfera estatal, como de las propuestas políticas que esos enfoques inspiran y que buscan paliar o superar los males del modo de producción capitalista sin cuestionar la propiedad del capital y la lógica del beneficio.

Juan Pablo Mateo (U. Valladolid), en "Teorías económicas, crisis y la crítica del reformismo", se encarga de la crítica de los planteamientos reformistas en la economía política heterodoxa a partir de la concepción que tienen sobre la dinámica del crecimiento capitalista y del lugar que ocupa la crisis en él. Primero localiza en el rechazo a la teoría laboral del valor y la existencia de leyes objetivas del capital (que se imponen a través de la competencia) la base teórica del reformismo. En segundo lugar diferencia la concepción de la crisis en Marx, que es un fenómeno necesario de la acumulación capitalista que se produce como resultado de una producción insuficiente de plusvalor en relación al volumen de capital ya acumulado, de la concepción de la crisis como mera posibilidad, que es la base para los enfoques reformistas. Por último repasa críticamente las diferentes explicaciones de la crisis como posibilidad: la teoría de la "presión salarial" sobre los beneficios; el "subconsumo" por insuficiencia de la demanda de los trabajadores; el "capital monopolista" que conduce al estancamiento; o la "financiarización" que parasitaría la esfera productiva.

En "Reformismo y marxismo" Rolando Astarita expone la oposición frontal que existe entre ambas perspectivas teórico-políticas.

Para ello se centra primero en las formas clásicas del reformismo, entre las que distingue, por un lado, la creencia en la posibilidad de mejorar gradual y permanentemente la situación de la clase trabajadora dentro del modo de producción capitalista (típicamente el llamado por Marx "socialismo burgués", que en el pasado siglo encarnó el keynesianismo), y por otro lado, la creencia en la posibilidad de transición al socialismo por medio de reformas, sin necesidad de rupturas revolucionarias (la socialdemocracia del siglo XX). En una segunda parte, Astarita critica algunas de las nuevas formas de reformismo que reciclan las viejas recetas y estrategias: el keynesianismo "de izquierda", el reparto de las horas de trabajo, el control de precios o la renta básica.

El último bloque está dedicado a evaluar las posibilidades de la planificación socialista de la economía a la luz de las capacidades tecnológicas actuales y se propone para el debate un modelo de economía democráticamente planificada viable y eficiente que hemos denominado *ciber-comunismo.*

El texto de Paul Cockshott (Glasgow University) y Allin Cottrell (Wake Forest University), titulado "Planificación económica, ordenadores y valores-trabajo", establece desde un marco metodológico *input-output* las condiciones económicas y computacionales necesarias para el funcionamiento eficiente de una economía planificada: por un lado, un sistema para definir y revisar periódicamente una serie de objetivos de producción final que incorpore la información tanto de los preferencia de los consumidores como de los costes relativos de producir bienes alternativos, basado en el tiempo de trabajo; por otro lado, un método para calcular las implicaciones de producción bruta que tiene conseguir un determinado vector de producción final. Abordan asimismo la factibilidad de los cálculos y apuntan que los requerimientos tecnológicos para ello ya están plenamente disponibles, a diferencia de lo que sucedía en tiempos de la URSS. En una Adenda final, Paul Cockshott esboza respuestas a algunos interrogantes del debate actual sobre la posibilidad del socialismo.

Por último, en "La eficiencia dinámica en una economía planificada", Maxi Nieto (U. Miguel Hernández) responde a una de las críticas más habituales al socialismo, que señala su supuesta incapaci-

dad para impulsar la eficiencia dinámica de la economía al no poder promover adecuadamente la innovación empresarial y la coordinación eficiente en ausencia de procesos de mercado. Primero somete a crítica el argumento austriaco que vincula eficiencia dinámica a mercado, para concluir que el mercado capitalista es un marco institucional incompatible con la libertad individual y la democracia en el plano político, y además un mecanismo económico ineficiente para la asignación de recursos. A continuación propone una fórmula institucional para el desarrollo de la innovación y el emprendimiento en un marco de propiedad social de los medios de producción y control social del flujo de la inversión.

Madrid y Alicante
31.5.2018

# I

# La crítica marxista a la economía liberal

# 1

# La teoría laboral del valor y la crítica de la teoría neoclásica

**Diego Guerrero**

## Introducción

En este capítulo se define brevemente la teoría laboral del valor (TLV) de Marx, se dan unos apuntes rápidos para la crítica a la teoría del valor basado en la noción de "excedente físico" y, sobre todo, se hace una extensa crítica de varias de las ideas sobre las que los autores neoclásicos pretendieron construir una teoría alternativa a la TLV, principalmente la escasez, la utilidad y la oferta y la demanda. Con el repaso de la crítica por parte de Marx y por su discípulo Rubin (1923) de algunas de estas ideas, junto con el precedente que supone la obra de Cournot (1838), se pretende mostrar por qué la teoría neoclásica no puede servir de alternativa a la TLV.

Empezaremos diciendo que, por razones cronológicas obvias, Marx no pudo ocuparse de la economía neoclásica, pues esta no experimentó su verdadero impulso hasta la década de 1870[1], cuando él se encontraba ya lo suficientemente enfermo como para no poder dar culminación a *El capital.* Sin embargo, en su obra sí estudió Marx aspectos que también interesaron mucho a los economistas neoclásicos, como la cuestión de la oferta y la demanda y su relación con los precios. Sabemos, sin embargo, que Marx estudió matemáticas durante décadas y que uno de sus biógrafos contemporáneos apunta

1. Aunque, por supuesto, hubo autores anteriores que anticiparon las principales ideas de Jevons, Menger o Walras, como Gossen, Jenning o Dupuit (sin olvidar a clásicos como Say o Malthus).

incluso que, a finales de la década de 1870, "Marx iba a reanudar su estudio del cálculo para responder a las ideas de un economista inglés, William Stanley Jevons, uno de los primeros teóricos de la utilidad marginal, que utilizaba esta matemática avanzada"[2] (Sperber, 2003, p. 434). Sin embargo, "parece ser que Marx no llegó a poner nunca por escrito sus reflexiones sobre esta nueva teoría económica", y, "en todo caso, cuando se hubieron publicado los tres volúmenes de *El capital*, la teoría [de la utilidad marginal] se había convertido ya en la forma de análisis económico predominante" (ibidem).

No sabemos mucho más de posibles estudios realizados por Marx de las teorías subjetivistas y utilitaristas de los economistas neoclásicos de la década de 1870, pero algunas de las críticas que hizo a autores como Malthus o Say dan una pista segura de cuál hubiera sido el tipo de crítica dirigida a esos autores. Tampoco parece haber referencia en Marx a la obra de Cournot, ese economista tan singular que fue un marginalista no subjetivista ni utilitarista, más allá de unas pocas y muy tardías palabras (escritas en 1880)[3]. Pero, conociendo las aptitudes y el interés de Marx por la teoría matemática, solo cabe lamentar esta doble ausencia.

Marx escribió unos *Manuscritos matemáticos* (Marx, 1985) que siguen siendo unos grandes desconocidos. Aunque fue entre 1878 y 1882 cuando más tiempo les dedicó, sabemos que los comenzó en la década de 1860 y que no fueron publicados hasta 1968 en Moscú (en ruso). Se trata de veintitantos cuadernos llenos de notas

2. Esto es lo que declara quien era entonces un asiduo visitante de Marx, el historiador y sociólogo ruso (ucraniano) Maxim Maximovich Kovalevsky, un masón de ideas comtianas y socialdarwinistas a quien interesaban las ideas de Marx, y de quien Marx estudió con mucho interés su obra sobre la comuna campesina tradicional rusa; se sabe que Marx escribió en 1879 un cuaderno anotando la obra de Kovalevsky. El origen de esta amistad también es conocido: como consecuencia del agravamiento de las diversas enfermedades que arrastraba desde mucho tiempo atrás, en especial el hígado, los pulmones y la forunculosis, que le impedían trabajar durante largas temporadas, Marx acudió varios años (1874-76) al balneario de Carlsbad (la actual Karlovy Vary, en la República Checa), y fue allí donde conoció a otro paciente, M. Kovalevsky.

3. Marx escribe que en su obra de 1838 Cournot dice "que la destrucción de una parte de las existencias de mercancías para vender el resto más caras es '*une véritable création de richesse dans le sens comercial du mot*'" (Marx, 1880, p. 67).

y críticas de los libros leídos (desde Newton y Leibniz a manuales contemporáneos), junto a una historia resumida del cálculo diferencial (Draper, 1985, p. 204)[4]. Pero el enfoque matemático que usaron Cournot y los neoclásicos siempre le interesó a Marx, y así lo mostró en su obra; por ello, no es casualidad que Irving Fisher, en su pionera bibliografía sobre economía matemática (Fisher, 1897), incluyera *El capital* pero no las obras de los economistas clásicos (salvo Sismondi). Algunos marxistas han creído necesario defender modernamente un "marxismo cuantitativo" como un enfoque especial (véase P. Dunne, ed., 1991, y, como un ejemplo reciente en español de este enfoque, Farina 2017), pero esto es algo evidente ya que en Marx decir "cuantitativo" equivale a decir "matemático". La razón no es solo que Marx pensara, con Kant, que "una ciencia solo está desarrollada cuando alcanza el punto en que puede hacer uso de las matemáticas", sino, más concretamente, que el filósofo español Martínez Marzoa tiene razón al afirmar que los hechos materiales en que consiste la "economía" de Marx pueden cuantificarse con exactitud matemática: el tipo de hechos en que se cumple esa "ley económica" es el de "los hechos que llamamos 'materiales', entendiendo por tales aquellos hechos 'que pueden ser constatados con la exactitud de las ciencias de la naturaleza'", como la producción, los precios o los salarios (Martínez Marzoa, 1983, p. 60).

Aunque todo este enfoque matemático es más explícito en otros

4. El filósofo español Manuel Sacristán, un gran experto en Marx, tuvo que reconocer que en un primer momento no supo apreciar la importancia de estos *Manuscritos* pero que posteriormente se convenció de que, entre los "méritos" de esta obra, "los principales desde mi punto de vista son la crítica de la noción de infinitésimo y la construcción de una noción de variable muy próxima de criterios operacionalistas" (Sacristán, 2004, p. 354). Y Leon Smolinski ha mostrado que, "empezando por el álgebra elemental, la trigonometría, la geometría analítica y la teoría de las permutaciones y combinaciones, [Marx] también trabajó con series infinitas, la teoría de las ecuaciones binomiales de Newton y otras ramas de álgebra superior. Estaba familiarizado no solo con media docena de manuales universitarios corrientes sino también con los tratados clásicos de Isaac Newton, Leonard Euler, C. McLaurin y J. L. Lagrange, y parece haber leído también los trabajos matemáticos de Leibniz, Taylor y Poisson. Hizo una crítica de estos diferentes autores, comparó extensamente varios métodos de diferenciación y, no contento con ellos, concibió su propio método de 'diferenciación algebraica'." (Smolinski, 1973, p. 1193).

campos de la economía de Marx (como en los esquemas de la reproducción o en la cuestión de la "transformación" de los precios de valor en precios de producción), el lector percibirá que está también implícito en su abordaje de los temas y debates que se estudian en este capítulo.

## 1. La Teoría (laboral) del valor, de Marx

Aunque algunos (marxistas y no marxistas) piensan que la gran aportación de Marx, aparte de su "materialismo histórico", es su teoría del plusvalor o de la explotación, no nos cabe duda de que, para Marx, lo principal era la cuestión o teoría del valor (de la que deriva la del plusvalor). Marx defiende que solo hay una teoría del valor que pueda explicar el precio de las mercancías (incluido el de la mercancía fuerza de trabajo). La que se basa en la cantidad de trabajo socialmente necesario para reproducir una unidad típica o media de esa mercancía, que por ello mismo se conoce como "teoría laboral del valor". No vamos a desarrollar aquí nuestra concepción de la TLV de Marx (nos remitimos a Guerrero 2002 y 2008), sino a simplificar los debates sobre el valor diciendo que, junto a esta primera teoría (1ª), hay dos teorías más (o, mejor, dos familias de teorías): la 2ª será la teoría "neoclásica", que nos ocupará casi todo el capítulo, y la 3ª, que llamaremos teoría "excedentista" o "físicoexcedentista", solo será resumida aquí en dos o tres párrafos.

1ª Según la TLV, el valor nuevo lo crea el *trabajo*, no el mero paso del *tiempo* (como creen los neoclásicos) ni el uso de *mercancías* para producir otras mercancías (como creen los sraffianos y, en general, los neofisiócratas). Igualmente, el pluscapital o plusvalor lo crea el plustrabajo, y no la supuesta "productividad" del capital monetario o de las citadas mercancías. Increíblemente, nadie presta atención hoy en día al capítulo 20 de los *Principios* de Ricardo (1817), dedicado explícita y completamente a la cuestión "Riqueza y valor: sus propiedades distintivas". En él, Ricardo explica que una cosa es la riqueza (conjunto de valores de uso) y otra muy distinta el valor de esa riqueza; y critica frontalmente a Say por no hacer esta distinción y, al no

hacerla, generar uno de los mayores "errores de la economía política". No sorprende, por tanto, que casi nadie distinga entre "factores productivos de riqueza" y "factores productivos de valor", excepto gente como Ricardo y Marx, pero también Petty y Cournot. Para la TLV (que también Cournot defendía, a la vez que desechaba la utilidad y la escasez), todos los factores productivos contribuyen a producir la riqueza pero solo el trabajo crea el valor de esa riqueza.

Según Marx, la fórmula general del capital es

$$«D - M_{(mmpp,\, ft)} \ldots P \ldots M' - D'»$$

es decir, el capitalista adelanta una determinada cantidad de capital (dinero) $D$ para comprar mercancías ($M$) en forma de medios de producción (*mmpp*) y fuerza de trabajo (*ft*), combina ambos en un proceso de producción (…*P*…) y obtiene un producto mercantil de mayor valor que $M$ ($M' > M$), producto que, al ser vendido, se convierte en una cantidad de dinero superior al capital inicial ($D' > D$). Si esto lo convertimos en una fórmula expresada exclusivamente en términos de valor, llamando $K$ al capital inicial, $c$ al capital constante (valor de los *mmpp* comprados), $v$ al capital variable (valor de la *ft* comprada), "…*T*…" al proceso de *trabajo*, y *va* al valor añadido, y observando que $K' = K + \Delta K$, tenemos:

$$K - M_{(c,\, v)} \ldots T \ldots M'_{(c,\, va)} - K' (= K + \Delta K) \qquad (1)$$

Si partimos del principio del intercambio de equivalentes (es decir, $K = M$ y $M' = K'$) y observamos que el valor de las cosas no aumenta por sí solo (ni siquiera cuando los *mmpp* se integran en el producto, y su valor en el valor de este), entonces $M' > M$, y el valor ha de crearse necesariamente en (y durante) el proceso de trabajo, "…*T*…"; pero como $c = c$, *tiene que ser* también que $va > v$, y la diferencia "$va - v$" *tiene que ser* $= \Delta K$. El pluscapital ΔK solo puede tener su origen en que $va > v$, es decir, en que el valor añadido por el trabajo es superior al valor de la propia fuerza de trabajo. De aquí se deduce que el hecho de que el trabajo cree valor nuevo implica que el pluscapital se debe al *plustrabajo*, e implica, por ende, que existe *explotación* del trabajo por el capital.

2ª La teoría *utilitarista* del valor (TUV) de los neoclásicos se basa en la utilidad marginal del consumidor, y en esto no podemos entrar ahora[5] más allá de lo que diremos en los epígrafes 2 y 3 de este capítulo. Pero sí podemos decir que, en el hipotético caso de que estos autores se vieran enfrentados a la visión de la ecuación (1), todos ellos la rechazarían por completo, y si se vieran obligados a "reescribir" una fórmula así, la sustituirían por algo parecido a la ecuación (2).

$$K - M_{(m1,\, m2)} \ldots Tiempo \ldots M'_{(m1,\, m2,\, m3)} - K' (= K + \Delta K) \qquad (2),$$

que podría leerse así: lo que hace crecer al capital, convirtiendo $(m_1 + m_2)$ en una cantidad mayor $(= m_1 + m_2 + m_3)$, es el simple paso del tiempo, como de hecho parece ocurrir con cualquier activo financiero. En este mundo ilusorio creado por el fetichista dinero, no solo no es necesario el trabajo sino tampoco la producción: es como si viviéramos en un mundo de bancos con banqueros (que se apropian de $m_3$) pero sin (trabajadores) bancarios (pues, de acuerdo con este enfoque, no se necesita trabajo).

3ª El pluscapital de los neofisiócratas es el plusproducto (no vinculado necesariamente al plustrabajo), o, mejor dicho, el valor del plusproducto, que resulta de multiplicar el plusproducto en sí (físico) por los precios de las mercancías que lo componen. Fred Moseley (2016) echa de menos el dinero en esta concepción; por eso escribe que la fórmula que la describe debería ser:

$$M \ldots P \ldots M' \qquad (3);$$

pero nos parece más completa y representativa la siguiente ecuación (4), donde, al igual que hicimos más arriba, señalamos dentro de un paréntesis los componentes de $M$ y $M'$:

5. Digamos solamente que esta teoría, en vez de ser una teoría del precio, es en realidad una teoría sobre la cantidad demandada una vez conocido el precio (es decir, explicado por alguna teoría alternativa).

$$M_{(coste)} \ldots \textit{Producción} \ldots M'_{(coste \cdot (1 + r))} \qquad (4).$$

En este caso, no es que el trabajo esté ausente, sino que, al interpretarse el trabajo (más que la fuerza de trabajo) como una mercancía más, esta forma con las demás mercancías el "coste de producción". Ahora bien, desde este punto de vista, el plusvalor no necesita ser explicado ni deducido, basta con ser supuesto y presupuesto: puesto que partimos de matrices insumo-producto no negativas y "productivas" (es decir, los insumos, o costes, solo son una fracción del producto), está claro que estas contienen un autovalor positivo (del cual es función la tasa de ganancia, *r*) al que vendrá asociado el correspondiente vector de precios. Nada de lo anterior es falso, pero no se comprende bien por qué tienen necesidad de desligar la producción del trabajo, y el plusproducto del plustrabajo.

## 2. Utilidad y escasez en Jevons, Walras y otros neoclásicos

### *2.1 Jevons y los primeros neoclásicos*

Como es sabido, la teoría de la utilidad marginal se asocia habitualmente al "triunvirato" Jevons-Menger-Walras. Algunos autores han señalado que esta selección de autores es arbitraria[6], pero tener en cuenta en pie de igualdad a los antecedentes de este trío puede hacer olvidar que la "revolución" de la utilidad marginal no fue tan importante por lo que aportó en sí misma sino por lo que intentó derribar; y en su lucha contra la TLV los tres autores de la década de 1870 se llevan la palma. Por ejemplo, Jevons resume su teoría de la utilidad marginal como el reverso de la teoría laboral[7]:

6. Por ejemplo, Howey (1960) indica que podría haberse escogido también un triunvirato alternativo, como Dupuit, Gossen y Jenning; véase también Oller (1983), p. 12.

7. Algo similar ocurre con Menger, quien señala: "Respecto del valor de un diamante, es indiferente que haya sido descubierto por puro azar o que se hayan empleado mil días de duros trabajos en un pozo diamantífero. Y así, en la vida práctica, nadie se pregunta por la historia del origen de un bien; para valorarlo solo se tiene en cuenta el servicio que puede prestar o al que habría que renunciar caso de no tenerlo. Y así, no pocas veces, bienes en los que se ha empleado mucho trabajo no tienen ningún valor y otros en los que no se ha empleado ninguno lo tienen muy grande" (Menger, 1871, p. 132).

"La reiterada reflexión y la investigación me han conducido a la en cierto modo novedosa opinión de que *el valor depende enteramente de la utilidad.* Las opiniones dominantes consideran el trabajo antes que la utilidad como el origen del valor. Y hay incluso quienes sostienen de forma inequívoca que el trabajo es la *causa* del valor. Yo muestro, por el contrario, que basta con perfilar cuidadosamente las leyes de la variación de la utilidad como dependiente de la cantidad de mercancía en nuestro poder, para llegar a una teoría del intercambio satisfactoria, de la cual las leyes ordinarias de la oferta y la demanda son una consecuencia necesaria. Esta teoría está en armonía con los hechos, y allí donde aparentemente hay alguna razón para creer que el trabajo es la causa del valor, obtenemos una explicación para tal razón. A menudo se observa que el trabajo determina el valor, pero solo de una manera indirecta, por medio de la variación del grado de utilidad de la mercancía a través de un aumento o limitación de la oferta" (Jevons 1871, pp. 67-68).

Jevons señala que la "ley general" consiste en "que *el grado de utilidad varía con la cantidad de mercancía y, en última instancia, disminuye a medida que esa cantidad aumenta*" y recuerda que, aunque los autores que le precedieron en su reivindicación de la teoría de la utilidad pasaron desapercibidos durante muchas décadas, "ese gran principio" se halla "presente en las obras de muchos economistas" anteriores, entre los que cita a Senior, Banfield y Jennings, por lo que concluye que "la ley, como yo la presento, no es ninguna novedad" (Jevons, 1871, pp. 103-105). Posteriormente, en el prólogo a la 2ª edición de su libro (1879), Jevons se extiende en sus reconocimientos a otros autores más antiguos a los que tiene por precedentes de su teoría, citando, por ejemplo, la "encantadora obra filosófica" de Condillac (1776), publicada el mismo año que *La riqueza de las naciones,* donde "encontramos quizás el primer reconocimiento claro de la verdadera conexión entre el valor y la utilidad"; por último, asegura que el ingeniero francés Jules Dupuit "debe ser acreditado como el primero que consiguió la comprensión perfecta de la teoría de la utilidad" (Jevons, 1871, p. 50).

Jevons habla también con admiración de las obras de Cournot (1838) y Gossen (1854). En cuanto al primero, señala que

> "no elaboró ninguna teoría definitiva del ámbito y la naturaleza de la utilidad y el valor, sino que, partiendo de los hechos palpables conocidos referentes a las relaciones de precio, producción y consumo de mercancías, investigó estas relaciones analítica y diagramáticamente con una fuerza y un acierto que nada dejan que desear. Esta obra debe ocupar un lugar notable en la historia de la disciplina" (Jevons, 1871, pp. 50-51).

Pero Jevons no hace justicia a Cournot, pues, mientras que no hay en este ni rastro de la TUV, sí hay un decantamiento por la TLV, aunque fuera tácito, pues da por descontada la validez de la TLV, entonces dominante, así como su superioridad sobre los débiles fundamentos de la utilidad. Cournot distingue, como Ricardo y posteriormente Marx, entre valor y riqueza, solo que llama a esta última "riqueza en sentido concreto", y al valor "riqueza en sentido abstracto"; por eso, cuando se refiere a la Bolsa escribe:

> "Las alzas o descensos de las cotizaciones en la Bolsa manifiestan oscilaciones perpetuas en los valores o en las riquezas abstractas en circulación, sin que intervenga producción o destrucción material de objetos físicos a los que se pueda aplicar la calificación de riquezas en un sentido concreto" (Cournot, 1838, p. 27).

Esto le permite a Cournot contraponer los sólidos fundamentos objetivos del "valor de cambio" (que en su época no pueden ser sino el trabajo) con las "ideas accesorias" de "utilidad", "rareza" (es decir, escasez) y todo lo asociado con "las necesidades y gozos humanos":

> "Hay que distinguir bien entra la idea abstracta de riqueza o de valor de cambio, idea fija, susceptible por consiguiente de prestarse a combinaciones rigurosas, y las ideas accesorias de utilidad, rareza, aptitud para la satisfacción de las necesidades y gozos humanos, que todavía despierta en el lenguaje ordinario la palabra riqueza: ideas variables e indeterminadas por naturaleza, sobre las cuales no se podría asentar una teoría científica. La división de los economistas en escuelas, la guerra que se hacen los teóricos y los prácticos, no proviene, en gran parte, sino de la ambigüedad de la palabra 'riqueza' en el lenguaje usual, de la confusión que continúa reinando entre la

idea fija, determinada, de valor de cambio y las ideas de utilidad, que cada uno puede apreciar a su manera porque no existe una medida fija de la utilidad de las cosas." (Cournot, 1838, p. 25)

Muy diferente nos parece la relación de Jevons con Gossen. Jevons comienza considerando un "descubrimiento verdaderamente notable" la obra principal de Gossen (1854), su *Entwickelung*[8]. El elogio ahora es entusiasta, porque Gossen no solo aparece como un defensor del punto de vista matemático (ya usado por Cournot), sino como defensor de una economía utilitarista en cuanto "ciencia del placer y del dolor" y, más concretamente, como formulador de la "ley del placer, de modo parecido al siguiente: *el aumento de la misma especie de consumo produce placer, que disminuye de forma continua hasta el punto de saciedad*"; Jevons tiene buen cuidado en señalar que "no existe cosa tal como la utilidad absoluta[9], siendo la utilidad únicamente una relación entre una cosa y una persona" (Jevons, 1871, p. 53).

A Jevons le "resulta evidente que Gossen se me ha anticipado completamente por lo que respecta a los principios generales y al método de la teoría de la economía", y admite incluso que "hasta donde yo puedo entender, su tratamiento de la teoría fundamental es incluso más general y completo de lo que yo fui capaz de proyectar" (Jevons, p. 54). Pero no por ello deja de reivindicar su propia obra al indicar ciertas diferencias con la de Gossen, ya que este "no parece realmente llegar a las ecuaciones del intercambio como se establecen en este libro [de Jevons]", y en él no solo "está ausente la teoría del capital y del interés" sino que se percibe además "una total carencia

8. Cuyo título en español puede darse como "Desarrollo de las leyes del comercio humano y de las reglas consiguientes de la acción humana".

9. En efecto, Gossen se adelanta a Jevons, Menger y Walras al resaltar antes que ellos que "según mi punto de vista acerca del mundo exterior, no existe nada a lo que pueda atribuirse un supuesto valor absoluto"; eso quiere decir que su punto de vista "es contrario a lo que suponen más o menos explícitamente los economistas actuales, para los cuales cualquier objeto posee cierta cantidad de valor inherente" (Gossen, 1854, p. 54). Esto último le parece a Gossen una "ficción", relacionada con la creencia de que el valor absoluto se basa en "alguna característica física inherente de los objetos", especialmente "aquellas características físicas que hacen que los objetos sean capaces de dar placer hasta un cierto grado significativo, ya sea directa o indirectamente" (ibid., p. 55).

de parecido entre nuestras formas de deducir el asunto, excepto el que nace de una base común de verdad" (Jevons, 1871, p. 55).

Finalmente, tras insistir en su reconocimiento de que "después de lo expuesto en este prólogo, es evidente que ya no se puede atribuir novedad a los principales rasgos de mi teoría" –dado que "en buena medida, es claramente debida a Dupuit, y del resto, una gran parte debe asignarse a Gossen"–, Jevons otorga mucha importancia al "hecho de que cuatro o más autores independientes (como Dupuit, Gossen, Walras y yo mismo) hayamos, de forma tan diferente, llegado sustancialmente a las mismas opiniones sobre las ideas fundamentales de la ciencia económica", pues este hecho "no deja de otorgar gran plausibilidad, por no decir certeza aproximada, a tales puntos de vista" (Jevons, 1871, pp. 56-57).

### *2.2 Walras*

Nos detendremos ahora en el autor neoclásico más importante. La lección 16ª de los *Elementos* de Walras (1874), última de la sección tercera de su libro –la dedicada a la "Teoría del intercambio de varias mercancías"–, lleva por título "Exposición y refutación de las doctrinas de A. Smith y J.-B. Say sobre el origen del valor de cambio"[10]. Lo que pretende el autor es criticar a la vez dos teorías distintas del valor que, en su opinión, quedan superadas por la suya propia. Por eso, en el §157, rechaza tanto lo que llama la "solución inglesa" (ligada al *trabajo* y a los nombres de Adam Smith y Ricardo, aunque él solo da la versión, más primitiva, de Smith) como la "francesa" (ligada a la *utilidad* y a Condillac y J.-B. Say), frente a las cuales reivindica su teoría "correcta", basada en la *rareté* (escasez)[11].

---

10. Esta lección abarca los artículos §157 a §164 de los 407 (sin contar los de los apéndices) de que consta la edición definitiva de su libro.

11. Aclaremos en primer lugar que este término francés significa simplemente "escasez", pero el especial tratamiento que de la *rareté* hace Walras en toda su obra nos aconseja seguir al editor y traductor español de este libro, Julio Segura, quien desde la primera de sus "Notas del traductor" advierte lo siguiente: "El término *rareté* es utilizado por Walras con dos acepciones distintas. Una de ellas, la común, que traduzco como 'escasez', utilizada fundamentalmente en las Lecciones 3ª a 5ª. A partir de aquí, la palabra se utiliza casi siempre en sentido técnico, y he optado por mantener el término original walrasiano (esta es la solución adoptada también por

En el artículo §21 escribe Walras:

> "Llamo *riqueza social* al conjunto de cosas materiales o inmateriales (...) que son *escasas*, es decir, que por una parte nos son *útiles* y, por otra, existen a nuestra disposición *en cantidades limitadas* (...) Digo que las cosas se encuentran a nuestra disposición solo en cantidades limitadas desde el momento en que no existen en cantidades tales que cada uno de nosotros pueda utilizarlas a discreción para satisfacer enteramente sus deseos" (Walras, 1874, pp. 155-156).

En el artículo §22 aclara que lo que está haciendo es usar los términos de *escaso* y *escasez* "en un sentido científico, como el de las palabras *velocidad* en mecánica y *calor* en física", y en los artículos siguientes añade que las cosas útiles y limitadas en cantidad son "*apropiables*", "*intercambiables*" e "*industrialmente producibles* o *multiplicables*". En el §101[12] presenta la *rareté* "como la intensidad de la última necesidad satisfecha", que "es rigurosamente igual a la *escasez* tal y como la definimos anteriormente (§21) en términos de la doble condición de utilidad y limitación en la cantidad"; ahora bien, en §100 no se dice exactamente lo mismo, pues la *rareté* aparece ahora como "la intensidad de la última necesidad que *es* o *podría haber sido* satisfecha". Este "podría haber sido" plantea bastantes problemas.

Walras afirma que "el valor de cambio es *real* u *objetivo*", mientras que "la *rareté* es *personal* o *subjetiva*"; por tanto, en este contexto subjetivo, la *rareté* no puede definirse simplemente como "la *derivada de la utilidad efectiva respecto a la cantidad poseída*", sino que esa cantidad poseída tiene que referirse a todos y cada uno de los sujetos posibles. Solo cabría hablar de algo objetivo como sería "la *rareté* de la mercancía (A) o de la mercancía (B)" si la entendemos como una especie de "*rareté media*, que sería la media aritmética de las *raretés* de cada una de esas mercancías para todos los agentes una vez realizados los intercambios". A pesar de esta complicación, Walras señala que

Jaffé en su versión). En cualquier caso, nunca se presentan problemas de interpretación, porque como señala Walras en §21 y §101, la *rareté* no es más que la *escasez* en el sentido de utilidad + cantidad limitada" (Walras, 1874, p. 777).

12. Dentro de la Lección 10ª, titulada "De la *rareté*, causa del valor de cambio".

el concepto no tiene "nada de extraordinario", tal como ocurre con otros similares como serían los de "estatura media o vida media". Sin embargo, hay una diferencia crucial que no puede pasarse por alto. Y es que, aunque *todos y cada uno* de "nosotros" –como dice Walras para referirse a los participantes en los mercados– tiene una estatura (mayor o menor) y una duración mayor o menor de su vida, no ocurre lo mismo a la hora de considerar la escasez de una mercancía. Por tanto, ¿cómo calcular la *rareté* media de un yate de 30 metros de eslora?; o bien: ¿entre qué número de "nosotros" hay que dividir, ya la rareté, ya los metros totales del yate: el formado por los dueños efectivos de yates de ese tipo, el de los dueños actuales y futuros esperados, el de aquellos a quienes gustaría tener yates o el número formado por todos los humanos?

La primera impresión que se obtiene de la lectura de esta Lección –y no solo de ella– es que la honradez científica de Walras no está completamente libre de sospecha. Por ejemplo, sorprende mucho que cite a Smith y no a Ricardo[13] (ni a Marx, aunque esto sería más

13. Pero ¡cómo no citar a Ricardo cuando todo el mundo sabe que su versión de la TLV es mucho más coherente y completa que la de Smith! Cierto es que el capítulo XX de los *Principios* de Ricardo pondría en bastantes apuros a Walras (y a cualquiera contrario a la TLV). Pero también otros defensores de la TLV le crearían enormes dificultades; por ejemplo, John Stuart Mill, quien tiene una definición del valor de cambio que incluye un par de elementos parecidos al de Walras. Mill escribe que

> "para que una cosa tenga algún valor de cambio son precisas dos condiciones. Tiene que tener algún *uso*: esto es (...) convenir a algún fin, satisfacer algún deseo (...) Pero, en segundo lugar, la cosa no solo tiene que ser de alguna utilidad, sino que tiene que haber también alguna *dificultad* en obtenerla" (Mill, 1848, p. 390; énfasis añadido: DG).

Mill se remite aquí a su contemporáneo Thomas De Quincey, que explica así el segundo elemento señalado: "Un artículo cualquiera (...) nunca llegará a tener un valor de cambio en aquellos casos en que puede obtenerse gratis sin esfuerzo. Estas dos últimas condiciones [la primera es ser útil, o sea, en sus propios términos, "ofrecerse como un medio para un fin deseable"] son necesarias como limitaciones. Pues sucederá con frecuencia que algún objeto deseable pueda obtenerse gratuitamente; bastará agacharse, para cogerlo; pero, no obstante, como la continua repetición del acto de agacharse requiere un *esfuerzo laborioso*, pronto se da uno cuenta de que el recogerlo por sí mismo no resulta en realidad gratuito. En ciertos sitios

fácil de entender) para ilustrar la TLV[14]. Contra la TLV, lo primero que hace Walras es señalar que "esta teoría ha sido generalmente mal refutada", pues no se ha usado el argumento básico correcto, a saber, que "si el trabajo tiene valor y se intercambia es porque es a la vez útil y limitado en su cantidad, es decir porque es escaso" (Walras, 1874, p. 337). Si esto es así, el trabajo tiene valor por la misma razón que lo tienen las demás mercancías, lo cual debería llevar a la conclusión de que "la teoría que sitúa el origen del valor en el trabajo es, más que una teoría demasiado estrecha, una teoría completamente vacía, más que una afirmación inexacta, una afirmación gratuita" (ibidem).

Pero los argumentos de Walras se pueden volver en su contra. Hemos visto que, para él, el que una cosa sea escasa significa que es: 1) apropiable, 2) intercambiable, y 3) también "industrialmente producible o multiplicable" (Walras, 1874, p. 158). Con esto último quiere decir "que tiene interés producirlas y multiplicar su cantidad en la mayor medida posible mediante *esfuerzos* singulares y sistemáticos"[15] (ibid.; énfasis añadido: DG). O sea: que para que una cosa sea escasa, tiene que haber sido mediada por el *trabajo*. Por consiguiente, por la razón inversa a la que da el propio Walras, podríamos definir la escasez a partir del contenido en trabajo de una mercancía[16], o

de las vastas selvas del Canadá pueden recogerse gratuitamente grandes cantidades de fresas silvestres; sin embargo, tan cansada resulta la postura encorvada, y es tan monótono *el trabajo*, que todo el mundo renuncia pronto a hacerlo por sí mismo y lo encomienda a manos mercenarias" (citado en Mill, 1848, p. 391; énfasis añadido: DG).

14. *Casi* con la misma razón, podría haber citado a Say, del que él mismo dice un poco más adelante que "pocas líneas después convierte su doctrina de la utilidad en una teoría del trabajo" (Walras, 1874, p. 339).

15. Por esa razón las fresas salvajes canadienses de De Quincey *no* son escasas si uno las recoge por divertimento, sin trabajar –es decir, de forma esporádica y no sistemática, ociosa–, pero *sí* que se convierten en valiosas desde el momento en que se paga *trabajo* ajeno o se lleva a cabo trabajo propio para recogerlas en mayor cantidad. Por eso, si se las produce industrialmente, al aumentar su cantidad aumentará también, paradójicamente, su escasez (en el sentido mercantil y walrasiano).

16. Esto también equivale a decir que la escasez no puede predicarse en términos *absolutos* de ninguna cosa. Propiamente hablando, cada cosa es única y, por tanto, igualmente escasa. En sí misma, la escasez absoluta no es razón para tener mayor o menor valor. Por ejemplo, hay más coches que motocicletas, y sin embargo el precio de los primeros es más alto que el de las segundas; y también hay más coches

cosa útil, ya que es evidente que si la cosa no es útil para nadie no habrá ningún interesado en gastar esfuerzo y trabajo para producirla sistemáticamente.

Por tanto, solo hay dos alternativas:

1) o bien definir la escasez en términos relativos, al estilo neoclásico (como una insuficiencia de oferta o un exceso relativo de demanda), lo que nos conduce a la oferta y la demanda y a sus determinantes implícitos, como base del valor;

2) o bien definir la escasez de forma "antropológica", como una propiedad que puede predicarse ante todo del principal recurso escaso para el humano y su sociedad: su tiempo en general, y su tiempo de trabajo en particular.

Es evidente que la primera vía no conduce a ninguna parte, pues si se piensa que el precio de equilibrio neoclásico es aquel que se tiene cuando no existe "escasez" ni "excedente" (es decir, cuando coinciden la cantidad demandada y la ofrecida), habría que hablar más bien de una teoría del valor basada en la *ausencia de escasez*. Por su parte, la escasez entendida en el otro sentido es solo un piadoso artificio neoclásico para hacer soportable el indeseable principio laboral, dado que un neoclásico típico (defensor del capitalismo como el mejor sistema posible, o cuando menos el menos malo) no puede admitir una teoría del valor que llega necesariamente a la conclusión de la existencia de explotación del trabajo por parte del capital.

De la crítica a la escuela "inglesa" pasa Walras a la "francesa", es decir, de la crítica del trabajo pasa a la crítica de la utilidad: en el artículo §159, Walras presenta una crítica simétrica de la teoría "de la utilidad" (como algo distinto de su *rareté*), acusándola de demasiado "amplia" (como antes había acusado a la TLV de demasiado "estrecha"). Y es demasiado amplia, según él, porque la utilidad "no es suficiente para crear valor: es preciso además de que la cosa sea útil, que no exista en cantidad ilimitada, que sea escasa" (Walras, 1874, p. 338). Por eso, el aire que respiramos, la luz del sol cuando lo hay, el

en Madrid que edificios de más de 20 plantas, y sin embargo el precio medio de estos es muy superior al de los coches.

viento, etc., no tienen valor de cambio, y por ello critica el esfuerzo "pueril" de Condillac por demostrar que esas cosas en realidad sí nos cuestan algo: el acto de respirar, el acto de abrir los ojos, etc. (Walras, 1874, p. 339)[17].

Por último, Walras se dedica, a partir del artículo §161, a exponer la que considera la teoría correcta, atribuida en §157 tanto a Burlamaqui como a su propio padre, Auguste Walras. En realidad, la terminología de Burlamaqui no solo no coincide con la suya, sino que hasta cierto punto se opone a ella. Es verdad que también Burlamaqui comienza diciendo que "los fundamentos del precio son (...) la *utilidad* de las cosas; y, en segundo lugar, su *escasez*" (aunque en Walras la escasez comprende la utilidad como uno de sus ingredientes), pero solo coinciden en eso: que el número de fundamentos del precio es el mismo: dos. Es verdad que Burlamaqui escribe que "la sola escasez tampoco es suficiente para que algo tenga precio", pero si lo dejamos explicarse la cosa se complica, ya que al hablar de *escasez* escribe:

> "es decir, la *dificultad* de obtenerlas, que hace que nadie pueda conseguir fácilmente tanto como se desee de ellas" (Walras, 1874, 339, énfasis añadido: DG)

Lo cual vuelve a remitir a la posición de Ricardo, Mill y De Quincey, que no es otra que la TLV.

Otro ejemplo de las intenciones "poco claras" de Walras es que tergiversa el sentido del contexto en el que Mill cita a De Quincey al

17. Walras responde que cuando se va al sastre a comprar un traje, el valor de cambio de esa mercancía es lo que tenemos que pagar por él, sin necesidad de sumar al mismo el esfuerzo de recoger el traje y llevárselo consigo. En cuanto a Say, le llama "ingenioso" quizás por no repetir el adjetivo utilizado con Condillac, ya que el argumento de Say es que el valor de esas cosas es infinito y por esa razón no hay que pagar nada por ellas; Walras le recuerda que "por desgracia, hay casos en que hemos de pagar por el aire, la luz y el agua: esto es así cuando, por razones excepcionales, son escasos" (Walras, 1874, p. 339). Es una pena que Walras pase aquí por alto la oportunidad de profundizar en este último punto: ¿qué circunstancias excepcionales son esas? ¿Cabe imaginar alguna que consiga dar valor mercantil en "casos excepcionales" a esos bienes naturales, pero que no implique el gasto de cierta cantidad de trabajo humano?

usar su ejemplo de la "caja de música" (Mill, 1848, p. 391). Escribe Walras: "Los economistas, en general, han cometido el error de considerar con demasiada frecuencia exclusivamente el valor de cambio producido en circunstancias excepcionales. No hacen más que hablarnos de diamantes, cuadros de Rafael, recitales dados por tenores y divas de moda (...) Pero, en buena lógica, debe irse del caso general al particular; y no del particular al general (...)" (§ 43). Precisamente, en la cita que Mill hace de De Quincey está muy claro que este se pregunta por el precio de una mercancía y responde que "de cien casos, en noventa y nueve será simplemente el elemento D –dificultad de obtención–. El otro elemento, U, o utilidad intrínseca, no actuará en modo alguno. Supongamos que la cosa valga para él (por los usos que tiene) diez guineas, de tal manera que esté dispuesto a dar esa cantidad antes que a quedarse sin ella; no obstante, si la dificultad de producirla vale solo una guinea, este será su precio" (citado en Mill, 1848, p. 391). Y a continuación pone el ejemplo de la caja de música para ilustrar precisamente el 1% de los casos excepcionales.

¿Por qué presenta Walras todo invertido, como si fuera la excepción lo que preocupaba a Mill y De Quincey? Quizás porque así evitaba tener que responder a la dificultad que para su teoría supone el argumento de estos dos autores. Mill, tras citar a De Quincey, señala que este caso excepcional en que "el valor está regulado por las necesidades o deseos del comprador es el caso del monopolio estricto y absoluto, en el que, no pudiéndose obtener el artículo deseado sino de una persona, puede obtener cualquier equivalente cercano al punto en que no se encontraría comprador" (Mill, 1848, p. 392). A continuación, Mill hace una tipología de la "dificultad de obtención de la mercancía", distinguiendo: a) el caso excepcional en el que hay una "limitación absoluta de la oferta"; b) el caso particular de "los productos agrícolas y de una manera general todos los productos de la tierra" –caso especial porque, en él, si se necesita producir una cantidad más elevada de mercancía, "tiene que producirse con un costo más elevado"–; y, por último, c) el caso general, que analizaremos a continuación, y respecto al cual volveremos a encontrar la misma actitud ambigua de Walras.

En efecto: en esta tercera categoría –la que "comprende la mayor parte de las cosas que se compran y se venden"–, el obstáculo o di-

ficultad "consiste solo en el trabajo y el gasto precisos para producir la mercancía" (Mill, 1848, pp. 392-3), pero aquí conviene citar el párrafo completo de Mill porque veremos que en §342 vuelve Walras a tergiversarlo:

> "Ésta [la mercancía] no podría obtenerse sin un cierto trabajo y un gasto determinado: pero cuando alguien está dispuesto a incurrir en ambos, no existe *por necesidad* límite alguno a la multiplicación del producto. Si hubiera bastantes trabajadores y maquinaria, podrían producirse miles de metros de géneros de algodón, de lana o de hilo, por cada metro que ahora se fabrica. *Sin duda llegaría un momento en el que sería imposible todo aumento ulterior por la incapacidad de la tierra para suministrar más materiales. Pero para los fines de la economía política no es necesario tener en cuenta este momento en el que este límite imaginario pudiera convertirse en real*" (Mill, 1848, p. 393; énfasis añadido: DG).

Por su parte, Walras, en vez de enfrentarse a la TLV, cita en §342 la primera parte del mismo párrafo de Mill recién comentado, ¡pero suprimiendo[18], no solo la expresión "por necesidad", sino toda la segunda parte que hemos transcrito en cursiva! Y en §343, Walras insiste en que "no existen productos que puedan multiplicarse sin límite". Nuevamente es muy curioso que, después de haber citado tan extensamente a Ricardo y Mill en §342, Walras vuelva a olvidarse del primero. En su propia cita está claro en este caso que Ricardo habla de los productos que pueden multiplicarse "casi sin límite" (véase su propia cita en Walras, 1874, p. 641), lo que por otra parte coincide con el sentido que le da Mill a la idea. La cosa no hace sino agravarse con el discurso de Walras, que lo lleva en §348 a escribir que "ni en un caso ni en otro existe algo semejante a la 'multiplicación sin límite' de Ricardo y Mill" (Walras, 1874, p. 647).

Podemos concluir, por tanto, que al insistir en los dos elementos, utilidad y escasez, lo que está haciendo Walras no es otra cosa que

18. Hay que reconocer que no se puede asegurar por completo que la supresión proceda del propio Walras; también podría deberse a una diferencia objetiva entre las versiones francesa (la que usó Walras) y española de la obra de Mill.

reivindicar la simetría de la oferta y la demanda, ya que la escasez se refiere al esfuerzo, al trabajo o al coste de producción, y esto es lo que los neoclásicos ven tras la curva de oferta. En el epígrafe siguiente, enfrentaremos precisamente esta tesis de la *simetría* con la tesis opuesta de la *asimetría*, más conforme con la TLV.

## 3. La oferta y la demanda: de King a Rubin, pasando por Marx

A primera vista, la idea de que los precios de las mercancías vienen determinados por la interacción entre oferta y demanda parece sensata. De hecho, ésta era la intuición que tenían los antiguos (Aristóteles, por ejemplo) y sus discípulos medievales y modernos, y ésta fue también la primera hipótesis que se desarrolló ya en la época de la producción capitalista. Sin embargo, desde que se elaboraron las primeras teorías científicas del valor, diversos autores de diferentes escuelas de pensamiento (desde Ricardo y Marx a Böhm-Bawerk o Sraffa) han mostrado las limitaciones de aquella hipótesis y comprendido la necesidad de postular unos fundamentos diferentes, más profundos, del valor de las mercancías.

### *3.1 Preclásicos y clásicos*

La utilización de la demanda en el análisis microeconómico no exige compartir las teorías neoclásicas sobre sus determinantes (la utilidad marginal). De hecho, el análisis de la demanda se puede llevar a cabo con independencia de la utilidad marginal, y así se ha hecho históricamente antes y después del viraje[19] marginal-subjetivista de finales del siglo XIX. Que los clásicos estaban al corriente de la "ley de la demanda", es decir, de la relación inversa que existe entre el precio de la mercancía y la cantidad demandada, no puede sorprender[20], ya que

19. Viraje, o "revolución": Samuelson señala que la introducción de la "llamada teoría subjetiva del valor" en la teoría económica fue una auténtica "revolución en el pensamiento" (Samuelson, 1947, p. 90).
20. Como ha señalado Victor E. Smith, todos los clásicos "fueron completamente conscientes de la existencia de la ley de la demanda, es decir, de que se demandaría

esa ley era conocida antes de ellos. Por ejemplo, para la época anterior a Adam Smith, podemos encontrar en Jevons varias citas significativas que, aunque "no ciertamente muy exactas", tienen el mérito de ser anteriores a los grandes clásicos. En primer lugar, siguiendo a Lauderdale (1819), cita Jevons un escrito anónimo de 1737 en el que puede leerse que "la gente que entiende el comercio convendrá fácilmente conmigo en que [el exceso de] la décima parte de una mercancía en un mercado, y más cuando haya una demanda vigorosa de la misma, es capaz de bajar el mercado, quizá, en 20 o 30 por 100, y que la falta de una décima parte causará un avance igual de exorbitante" (Jevons, 1871, p. 173)[21]. Pero es sobre todo a la obra de Gregory King a la que concede una consideración mayor (Jevons, 1871, pp. 174ss), dedicándole mucho espacio a su "célebre estimación de la variación del precio del grano" (que data de 1696 y fue publicada tras su muerte por Davenant, en 1699).

Así, Jevons, que duda de si dicha estimación se debe a King o al propio Davenant, "reformula" estos cálculos en la siguiente tabla:

| | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Cantidad de grano | 1,0 | 0,9 | 0,8 | 0,7 | 0,6 | 0,5 |
| Precio del grano | 1,0 | 1,3 | 1,8 | 2,6 | 3,8 | 5,5 |

Y comenta que ya Thomas Tooke, "la máxima autoridad en este tema, cree que la estimación de King no está muy alejada de la verdad" (Jevons, p. 175). Finalmente, Jevons añade su propia estimación econométrica a partir de "una función de la forma $a/(x\text{-}b)^n$" que, en el caso de $n = 2$, se convierte en:

más a menores precios"; y algunos –Malthus, Say, Lauderdale y Longfield, "por ese orden", según V. Smith– llegaron a interpretar esta relación casi como si se tratara de curvas de demanda (Smith, 1951, p. 257). Y, sin embargo, como señala el mismo autor, no hay subjetivismo ni individualismo, salvo en el caso de Senior, en el tratamiento clásico de la demanda. Es el caso, por ejemplo, de Malthus, cuya "falta de análisis de los aspectos subjetivos de la demanda no es sorprendente si consideramos que sus proposiciones (...) no se aplicaban nunca explícitamente al individuo" (ibid., p. 252). Similar es el caso de Longfield (Smith, 1951, p. 255), en tanto que Ricardo "fue plenamente consciente de la ley de demanda, pero la explicación de este fenómeno tenía para él poco interés" (ibid., p. 248).

21. Igual opinión le merecen a Jevons las ideas similares que se encuentran en la obra de Sir John Dalrymple, de 1746 (Jevons, 1871, p. 173).

Precio del grano = $0{,}824/(x-0{,}12)^2$, o aproximadamente = $5/6(x-1/8)^2$,

lo que le hace resaltar "el grado de aproximación entre la primera de estas fórmulas y los datos de Davenant", que se aprecia en esta nueva tabla (Jevons, 1871, p. 176).

| Cantidad de grano | 1,0 | 0,9 | 0,8 | 0,7 | 0,6 | 0,5 |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Precio de Davenant | 1,0 | 1,3 | 1,8 | 2,6 | 3,8 | 5,5 |
| Precio calculado por Jevons | 1,06 | 1,36 | 1,78 | 2,45 | 3,58 | 5,71 |

Por su parte, Adam Smith tenía una noción muy clara de qué significa para los precios la existencia de escasez o excedente en un mercado. Esto quiere decir que Smith, no solo conoce la ley del precio único y sabe perfectamente lo que ocurre en las tres situaciones posibles, sino que lo hace además con la ventaja de poner explícitamente los tres casos en relación con el "precio natural", ese "precio central, alrededor del cual gravitan continuamente los precios de todas las mercancías", teniendo en cuenta que "contingencias diversas pueden a veces mantenerlos suspendidos, durante cierto tiempo, por encima o por debajo de aquél; pero, cualesquiera que sean los obstáculos que les impiden alcanzar su centro de reposo y permanencia, continuamente gravitan hacia él" (Smith, 1776, p. 57)[22]. Smith dedica el capítulo 7 de su Libro I a las diferencias y relaciones que existen entre el precio *natural* y el precio de mercado[23] (o precio efectivo), y en él podemos leer lo siguiente:

22. Smith aplica también estos principios a la demanda de fuerza de trabajo: "Así es como la demanda de hombres, al igual de lo que ocurre con las demás mercancías, regula de una manera necesaria la producción de la especie, acelerándola cuando va lenta y frenándola cuando se aviva demasiado" (Smith, 1776, p. 78).

23. No debe confundirse el argumento que expone Smith a continuación con el que usan los manuales neoclásicos contemporáneos en su análisis "a corto plazo"; en todo caso, el "precio natural" coincide con lo que los neoclásicos llaman "precio de oferta largo plazo". En Smith se aprecia además una concepción dinámica ligada a la "tesis de la asimetría", que estudiaremos más tarde: "Aunque el aumento de la demanda eleve en un principio y durante algún tiempo el precio de los bienes, jamás deja de sobrevenir la baja a plazo largo. En efecto, el fenómeno del alza fo-

"Cuando la cantidad de una mercancía que se lleva al mercado es insuficiente para cubrir la demanda efectiva, es imposible suministrar la cantidad requerida por todos cuantos se hallan dispuestos a pagar el valor íntegro de la renta, los salarios y el beneficio, que es preciso pagar para situar el artículo en el mercado. Algunos de ellos, con tal de no renunciar a la mercancía, estarán dispuestos a pagar más por ella. Por tal razón se suscitará entre ellos inmediatamente una competencia, y el precio de mercado subirá más o menos sobre el precio natural, según que la magnitud de la deficiencia, la riqueza o el afán de ostentación de los competidores, estimulen más o menos la fuerza de la competencia. Entre los competidores de la misma riqueza y disponibilidad de excedentes la misma deficiencia de la oferta dará lugar a una competencia más o menos extremada, según la importancia mayor o menor que concedan a la adquisición del artículo. Esto nos explica los precios exorbitantes de los artículos de primera necesidad durante el bloqueo de una población o en época de hambre. Cuando la cantidad llevada al mercado excede a la demanda efectiva, no puede venderse entonces toda ella entre quienes estarían dispuestos a pagar el valor completo de la renta, salarios y beneficio que costó la mercancía hasta situarla en el mercado. Parte de ella tiene que venderse a los que están dispuestos a pagar menos, y este precio más bajo que ofrecen por ella reducirá el de toda la mercancía. El precio de mercado bajará más o menos con respecto al natural, según que la abundancia o la escasez del género incremente más o menos la competencia entre los vendedores, o según que éstos se muestren más o menos propensos a desprenderse inmediatamente de la mercancía. (...) Cuando la cantidad llevada al mercado es justamente suficiente para cubrir la demanda efectiva, pero no más, el precio de mercado coincide exactamente, o se aproxima, en lo que cabe, al precio natural. Toda la cantidad se vende a este precio, sin que se pueda obtener otro más alto. La competencia obligará a los traficantes a aceptar este precio, pero no otro menor" (Smith, 1776, pp. 55-56).

Si de Smith pasamos a Ricardo, este dedica el capítulo XXX a "la

menta la producción o promueve la competencia de los productores: éstos, para vender los unos más barato que los otros, perfeccionan más la división del trabajo y descubren nuevos adelantos técnicos que, en otras circunstancias, no se hubiesen imaginado" (Smith, 1776, p. 662).

influencia de la demanda y de la oferta sobre los precios", empezando por denunciar un terrible error: "La opinión de que el precio de las cosas depende exclusivamente de la proporción existente entre la demanda y la oferta se ha convertido casi en un axioma en Economía política y ha sido fuente de muchos errores en dicha ciencia" (Ricardo, 1817, p. 385). De hecho,

> "[E]s el coste de la producción el que debe regular en último término el precio de las cosas, y no, como se ha dicho a menudo, la proporción existente entre la oferta y la demanda: ésta puede, en verdad, afectar durante algún tiempo el precio de mercado de un artículo, hasta que la oferta de éste sea más o menos abundante, según que la demanda haya aumentado o disminuido; pero este efecto será solo de duración temporal. Disminuid el coste de producción de los sombreros y su precio de mercado bajará en último término hasta quedar reducido al natural, aunque la demanda fuera doble, triple o cuádruple. Disminuid el coste de la vida humana, reduciendo el precio natural de los alimentos y del vestido, que constituyen lo esencial para la existencia, y los salarios bajarán en último término, aunque la demanda de los trabajadores aumente mucho." (Ricardo, 1817, p. 385)

Por lo demás, Ricardo corrige la falsa "ley sentada por Lord Lauderdale" y Say[24] diciendo que solo es válida "en relación con los artículos monopolizados y con el precio de mercado de todas las mercancías durante un periodo limitado":

> "Si la demanda de sombreros aumentara en un 50 por 100, el precio subiría inmediatamente, pero el alza solo sería temporal, a menos que subiera el coste de producción de los sombreros, es decir, su precio natural. Si el pan bajara en un 50 por 100 debido a un gran descubrimiento efectuado en la ciencia de la agricultura, la demanda no

24. Say dice que los "principios" sobre los que se establece el "valor" o "valor de cambio" son siempre los mismos: "en proporción a la oferta y a la demanda" (Say, 1803, p. 303); sin embargo, Ricardo transcribe esto con las siguientes palabras: "El valor de todas las cosas sube siempre en razón directa a la demanda, y en razón inversa a la oferta" (Ricardo, 1817, pp. 386-387).

aumentaría mucho, pues nadie desearía adquirir más que el necesario para satisfacer sus necesidades, y, por consiguiente, tampoco lo haría la oferta, ya que un artículo no se ofrece solamente porque puede producirse, sino porque hay demanda del mismo. Aquí, pues, tenemos un caso en que la oferta y la demanda apenas han variado, o, si han aumentado, lo han hecho en la misma proporción; y, sin embargo, el precio del pan habrá bajado en un 50 por 100, en una época en que el valor del dinero ha permanecido invariable." (Ricardo, 1817, p. 388)

Dicho de otra manera: "Los artículos que son monopolizados, ya por un individuo, ya por una compañía, varían de valor según la ley sentada por lord Lauderdale; bajan a medida que los vendedores aumentan su cantidad y suben en proporción al deseo que muestran los compradores; su precio no tiene necesariamente relación con su valor natural"; ahora bien:

"el precio de las mercancías que están sujetas a la competencia, y cuya cantidad puede ser aumentada en grado moderado, dependerá en último término no del estado de la demanda y de la oferta, sino del aumento o de la disminución del coste de producción" (Ricardo, 1817, p. 388).

Es decir, Ricardo, como Smith, argumenta contra el principio de la oferta y la demanda y defiende la tesis de la asimetría: el efecto de una variación de la demanda sobre el precio solo puede ser "temporal" –salvo que varíe el coste de producción–, mientras que una variación del coste puede generar una variación equivalente del precio sin que la oferta y la demanda se hayan alterado.

Pasando a John Stuart Mill, este autor dedica los primeros capítulos del libro III de sus *Principios* a la cuestión del valor, y, en lo que se refiere a la relación entre los precios de mercado y el precio natural (al que llama "valor natural" o "coste de producción"), hace al final del capítulo 3 la siguiente recapitulación (que nos parece correcta y acorde con las ideas de Smith y Ricardo).

"La demanda y la oferta rigen el valor de todas las cosas cuya cantidad no puede aumentarse indefinidamente; solo que, aun para ellas,

cuando son producto de la actividad humana, existe un valor mínimo fijado por el *costo de producción*. Pero en todos los casos en que pueden multiplicarse al infinito, *la demanda y la oferta solo determinan las perturbaciones del valor durante un periodo que no puede exceder del tiempo necesario para que se altere la oferta*. Así, pues, mientras regulan las oscilaciones del valor, ambas obedecen a una fuerza superior, que hace que *el valor gravite hacia el costo de producción*, la cual lo fijaría y lo mantendría ahí si no surgieran continuamente nuevas influencias perturbadoras que la hacen desviarse otra vez. Siguiendo la misma línea de metáfora, la demanda y la oferta tienden siempre hacia un equilibrio, pero la situación de equilibrio *estable* se alcanza cuando las cosas se cambian unas por otras de acuerdo con su *coste de producción*, o, según la expresión que hemos usado, cuando las cosas están a su valor natural" (Mill, 1848, p. 402; énfasis añadido: DG).

### *3.2 Los clásicos y Marx*

El planteamiento de Marx en relación con el papel de la oferta y la demanda en la teoría del valor coincide básicamente con el de los clásicos, pero conviene comenzar por una advertencia: en cuanto tal, la "ley" de la oferta y la demanda le parece a Marx tan "incuestionable" que si dicha ley no se tuviera en cuenta en el razonamiento económico, éste debería quedar descalificado (Marx, 1885, p. 536); por eso, ironiza sobre la "aplicación originalísima de la ley de la oferta y la demanda" que hacen quienes piensan en precios al alza con demanda a la baja (ibid., p. 417). La explicación que ofrece a continuación de los movimientos de la oferta y la demanda es de una claridad meridiana: en realidad, lo que ocurre es que si la demanda cae los precios bajan, y "a consecuencia de ello se retirará capital de la producción de estos artículos hasta que su oferta se reduzca a la medida que corresponde a su papel modificado en el proceso social de producción", de forma que "al reducirse así su producción, subirán nuevamente los precios al nivel normal, siempre que el valor no se modifique por otras causas" (ibidem). Pero ese nivel normal del precio no es sino el valor (el "valor de mercado" o sectorial, como media ponderada de los valores "individuales"), de forma que si se puede decir que la oferta y demanda regulan "las desviaciones de los precios de mercado con respecto al valor de mercado", también es cierto que "el valor de mercado regula

la relación entre oferta y demanda o el centro en torno al cual las fluctuaciones de la oferta y la demanda hacen oscilar, a su vez, los precios de mercado" (Marx, 1894, p. 229).

Marx señala que las desigualdades entre la oferta y la demanda son fáciles de comprender, mientras que "la dificultad real estriba en definir qué debe entenderse por coincidencia entre la oferta y la demanda" (Marx, 1894, p. 239), ya que en este caso, cuando ambas se anulan mutuamente, "dejan de explicar nada", y entonces el precio es el "precio determinado independientemente de la relación entre la oferta y la demanda, es decir, su precio natural", que es "el objeto que realmente había que analizar" (ibid.; y Marx, 1867, pp. 654–5). En realidad, el "precio natural" de los clásicos, desarrollo del "precio necesario" de los fisiócratas, se convierte en Marx en el "precio de producción", por lo que la idea anterior se expresa con mayor propiedad en el libro III de *El Capital*: "Si coinciden la oferta y la demanda, el precio de mercado de la mercancía corresponde a su precio de producción, es decir, que su precio aparece entonces regulado por las leyes internas de la producción capitalista, independientemente de la competencia" (Marx, 1894, p. 454).

La gran diferencia que existe entre este enfoque y el enfoque "neoclásico" puede apreciarse en la distancia que separa los argumentos al respecto de Marx y Malthus. Malthus, uniéndose en esto a Say, a Lauderdale y a muchos modernos neoclásicos, pretende demostrar que "la gran ley de la demanda y la oferta entra en acción para determinar lo que Adam Smith llama precios naturales y también lo que el mismo autor denomina precios de mercado", de forma que el principio de la oferta y la demanda sería "el dominante" frente al principio alternativo de los costes de producción, que solo sería "secundario", como corresponde al hecho de que los costes solo son una "condición necesaria de la oferta de los objetos deseados" (Malthus, 1820, pp. 60-62).

Pero Marx le recuerda que

> "puede haber dos precios naturales sumamente diferentes, en diferentes momentos, para una misma mercancía, y no obstante la proporción que guarda la oferta para con la demanda puede ser, en ambos casos, la misma, a saber, la proporción de igualdad. Se admi-

te, pues, que en el caso de dos *natural prices* de una misma mercancía en diferentes momentos, la oferta y la demanda pueden y deben coincidir en ambos casos si la mercancía ha de venderse en ambas oportunidades a su *natural price*. Pero puesto que en ninguno de ambos casos hay diferencia alguna en la proporción entre oferta y demanda, pero sí la hay en la magnitud del propio *natural price*, éste obviamente se determina en forma independiente de la oferta y la demanda, y de ninguna manera puede ser determinado por éstas" (Marx, 1894, p. 243).

En Marx, como en los clásicos y en Cournot, y en general, en todos los autores anteriores a la corriente subjetivista neoclásica, la demanda está determinada por circunstancias que no tienen nada que ver con la utilidad marginal. Por otra parte, no debe confundirse lo que Marx llama "necesidades sociales solventes", o "necesidades con capacidad de pago", con las "necesidades sociales reales" (ibid., pp. 243, 229, 239). Las primeras representan la "cantidad por la cual la sociedad puede pagar el valor de mercado" (ibid., p. 229), mientras las segundas no están representadas por la primera. A este respecto, estaba ya claro en Adam Smith que una cosa es la demanda "efectiva", y otra cosa la demanda "absoluta": "un pobre, en cierto modo, desea tener un coche y desearía poseerlo; pero su demanda no es una demanda efectiva, pues el artículo no podrá ser llevado al mercado para satisfacer su deseo" (Smith, 1776, p. 55)[25].

25. El argumento de Smith sirve de advertencia contra quienes leen siempre a los clásicos como si fueran neoclásicos *avant la lettre*, dejando así de lado las notables diferencias analíticas que existen entre ambas corrientes. Los clásicos no tenían miedo a llamar a las cosas por su nombre: por eso, Smith dice que la demanda de los pobres que no tienen dinero para comprar al precio corriente *no es demanda*. Por contra, los neoclásicos tienden a olvidar la distinción entre pobres y ricos (por no hablar de la que existe entre asalariados y capitalistas), que casa mal con sus pretensiones armonicistas. Si alguien duda del tipo de lenguaje (sin tapujos) predominante en tiempos de Smith, citémosle afirmando que "el gobierno civil, en cuanto instituido para asegurar la propiedad, se estableció realmente para defender al rico del pobre, o a quienes tienen alguna propiedad contra los que no tienen ninguna" (Smith, 1776, p. 633); en esto no hacía sino seguir a Locke, para quien "el gobierno no tiene otra finalidad sino la defensa de la propiedad" (Locke, 1690, p. 94). Para los neoclásicos, en cambio, el Estado es "neutral" y "de bienestar" para todos.

Para Marx, esta demanda "efectiva", basada en las necesidades sociales "solventes", está condicionada por "la relación recíproca entre las diversas clases y por su respectiva posición económica" –y en ningún caso por las experiencias individualistas de utilidad o placer–, por lo que desembocamos nuevamente en que "no puede explicarse absolutamente nada a partir de la relación entre la oferta y la demanda, antes de estar desarrollada la base sobre la cual opera esta relación" (Marx, 1894, p. 230). Resulta finalmente obvia la diferencia de estas necesidades solventes con relación a las necesidades reales: "la diferencia entre la cantidad de mercancías demandada y la cantidad que se demandaría si las mercancías tuvieran otro precio dinerario o si los compradores estuviesen en otra situación en materia de dinero o de condiciones de vida" (ibid., p. 239) es demasiado evidente como para que sea necesario insistir.

### *3.3 Los clásicos y Cournot*

Como vimos *supra*, Cournot ocupa una posición muy especial en la historia del pensamiento económico porque es un marginalista (que aplicó el cálculo diferencial al estudio de los problemas económicos), pero no un utilitarista (sino defensor de la teoría del valor de los clásicos[26]). Es verdad que fue considerado un maestro tanto por Walras o Jevons como por Marshall, pero lo era como economista matemático, ya que "era reticente a conectar su función de demanda con un elemento tan controvertido como la utilidad" (Georgescu-Roegen, 1983, p. lvxvi).

Como hemos visto, Ricardo dedica el capítulo XX de su libro a atacar a los economistas que, como Say, confunden el valor con la riqueza. La riqueza para él es un conjunto de valores de uso, mientras que los valores de cambio tienen que ver, no con la cantidad de riqueza producida sino con el esfuerzo requerido para su producción; es decir, con la cantidad de trabajo. El bagaje "ricardiano" de Cournot es indudable a pesar de las apariencias. No se trata ni mucho menos de cuestiones incidentales, sino de que coincide con el planteamiento de Ricardo sobre las diferencias entre riqueza y valor[27]. Por eso Cour-

26. Cournot no quiere profundizar más en la cuestión del valor, pero se remite a la teoría dominante entonces (la TLV) y liga las variaciones del valor de las mercancías con "los desarrollos progresivos de la industria y del trabajo".

27. Es verdad que la terminología usada no es la misma y si se lee superficialmente

not insiste, al igual que Ricardo, en las diferentes evoluciones que pueden experimentar los valores y las riquezas. Así pone el ejemplo del librero Dupont, que al sacrificar una parte de los ejemplares de una obra, destruyéndolos, ha podido obtener "más beneficio de la parte restante que de la edición completa"; o de la Compañía Holandesa, que "destruía en las islas de la Sonda una parte de las valiosas especias que monopolizaba" por la misma razón (Cournot, 1838, p. 26). Cournot no hace de esto una mera condena moral[28], sino una ilustración magnífica de su tesis puramente "positiva" acerca de que "esta destrucción material es una verdadera creación de riqueza en el sentido comercial de la palabra", tanto desde un punto de vista individual –"el inventario del librero recibirá justamente la existencia de un valor mayor en su activo"– como social, ya que en "el inventario general o balance de la riqueza en circulación, encontraríamos un acrecentamiento en la suma de esta riqueza" (ibid., pp. 26-27).

Y para que no quede ninguna duda de su punto de vista, Cournot insiste seguidamente en el ejemplo contrario de cómo se puede destruir riqueza comercial por medio de la creación de nuevas mercancías[29]. Supongamos que la rareza de un libro determinado permite vender a 300 francos cada uno de los 50 ejemplares existentes: si un "librero reimprime mil ejemplares de este libro, que valdrán 5 francos", esto producirá una disminución del valor de cambio total ("una

a Cournot puede parecer lo contrario, como cuando define la riqueza como "los valores intercambiables" (Cournot, 1838, p. 23).

28. Aunque también se produce esa condena, que lo sitúa en las antípodas de Gossen, para quien el egoísmo era la vía hacia la eficiencia; al contrario, Cournot señala: "He aquí un acto de avaricia, de egoísmo, evidentemente contrario al interés de la sociedad" (Cournot, 1838, p. 26). No se deduzca de esto que Cournot comparte posiciones anticapitalistas: como ha señalado Shubik, su autobiografía muestra con claridad a un "conservador moderado" (Shubik, 1987, p. 708).

29. Otro ejemplo que da Cournot es el siguiente: si se consiguiera producir diamantes de forma artificial, el descenso de su valor comercial sería "saludable" para la sociedad, de forma que "muchas personas acaudaladas dejarán de consagrar a este fútil gasto una parte notable de sus fortunas y si, en consecuencia, el valor comercial de los diamantes decreciera, los hombres prudentes aplaudirían gustosamente esa nueva dirección de la moda" (Cournot, 1838, pp. 28-29). Por cierto, que esto no es sino una anticipación del ejemplo vebleniano del consumo ostentoso de diamantes (véase Hicks, 1938, p. 58).

disminución de nueve mil setecientos cincuenta francos"); lo que le hace afirmar a Cournot: "He aquí una operación industrial, una producción material, útil al librero que la emprende, útil a todos cuantos le han abastecido de materiales y servicios, útil también al público, por escasas enseñanzas de provecho que encierre el libro, pero que constituye una verdadera destrucción de riqueza en el sentido abstracto y comercial de la palabra" (Cournot, 1838, p. 27).

Por último, lo más interesante de la aportación de Cournot es sin duda su capítulo 4, dedicado a "La ley de la demanda". En vez de recurrir a una teoría utilitarista en cualquiera de sus variantes, Cournot vuelve a inspirarse en la tradición de la economía clásica, que él transforma, usando su inclinación matemática, en un "axioma" de "optimización": "solo emplearemos una hipótesis: que cada hombre intenta extraer el máximo valor posible de sus bienes o de su trabajo" (Cournot, 1838, pp. 66-67). En esta tradición, encuentra base suficiente para dar por supuesto que "por lo común, un bien es tanto más demandado cuanto menos caro es" (ibid., p. 68), quedando establecida sin más la "ley de la demanda"[30]

El estudio de la "ley de la demanda o de las ventas" conduce a Cournot a un análisis matemático y geométrico de la curva de demanda, de los ingresos totales y marginales y de la elasticidad (aunque no llame a ésta por su nombre). Así la explicación que ofrece para su "figura 1" coincide básicamente con la que se ofrece hoy en día para explicar por qué la elasticidad unitaria de la demanda significa el ingreso total máximo de la empresa. Por último, la forma en que Cournot escribe lo que los libros de texto llaman hoy el ingreso total ($I = P{\cdot}Q$) es: $p{\cdot}F(p)$. Por tanto, la primera condición de máximo exige que la primera derivada de la anterior expresión (el ingreso marginal) sea cero, lo que escribe así: $F(p) + pF'(p) = 0$. (Cournot, p. 76)[31]

30. Todo ello sin olvidar posibles excepciones de esta ley, pues en algunos "objetos de fantasía y de lujo" podría ocurrir lo mismo que en el caso citado de los diamantes (*vid.* nota anterior). "Si se consiguiera obtener con poco gasto la cristalización del carbono, y vender por un franco el diamante que hoy vale mil, no sería extraño que los diamantes dejaran de usarse como alhaja y de constituir un artículo comercial. En este caso, un descenso vertical del precio casi reduciría la demanda a cero" (ibid., pp. 68-69).
31. Y su explicación continúa así: "la interpretación geométrica de maximizar *pD*

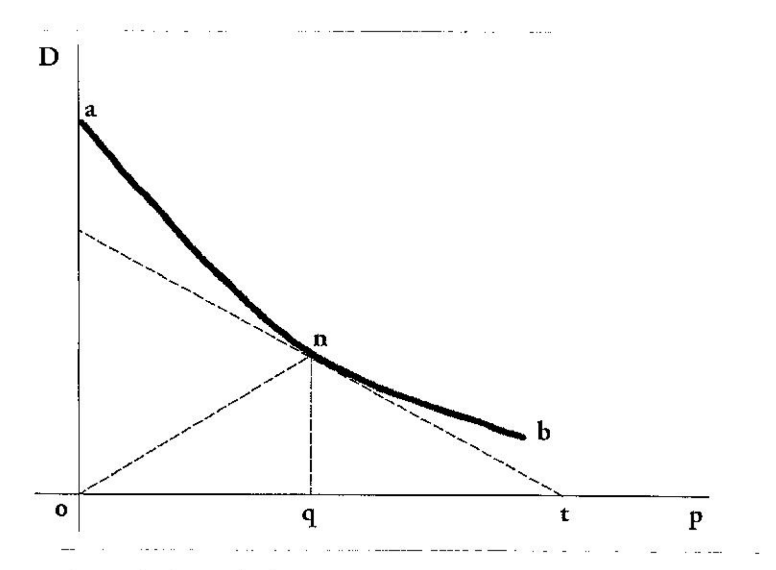



**Figura 1**: Curva de demanda (aportación de Cournot)

### *3.4 Rubin y la asimetría entre oferta y demanda*

Este autor ruso, que no es aún tan conocido como merece[32] (incluso

es hacer máximo el área del rectángulo que tiene por base *Oq*, o *p*, y por altura *qn*, o *D*. Una conocida proposición en Geometría dice que esta área es máxima cuando *Oq* = *qt*. En realidad, esta ecuación es una forma geométrica de la ecuación (1) [es decir, *F(p) + pF'(p) = 0*], que puede escribirse *p = F(p)/-F'(p)*, donde el miembro de la izquierda viene representado por *Oq*, y el miembro de la derecha por *qt* (pues *F(p)* es *nq* y *F'(p)*, la pendiente de la curva en *n*, es *nq/-qt*, con lo que *F(p)/-F'(p) = nq/(nq/qt) = qt*)." (Cournot, 1838, p. 77)

32. En la nota editorial a la edición española de Rubin (1923) se puede leer: "El caso de Rubin y de su escuela, perseguidos y silenciados en los campos de concentración estalinianos bajo la infamante acusación de 'idealismo menchevizante', constituye un episodio significativo de la oposición intelectual de los años 20 al naciente 'materialismo dialéctico' soviético, aunque haya sido menos conocido que los casos de Lukács y de Korsch. El nombre de Rubin figura junto a los de Groman, Bazarov, Bujarin, Preobrazhenski en el rico debate económico de los años 20 sobre el problema del desarrollo económico. Más aun, según Rosdolsky, Rubin y su escuela representaron junto a Preobrazhenski el desarrollo metodológico más avanzado de aquel 'periodo de oro' de la ciencia económica soviética. Además de los *Ensayos* que hoy publicamos por primera vez en español, Rubin escribió en 1930 *La doctrina marxista de la producción y del consumo*, que aún hoy permanece inaccesible a los estudiosos, y que tiene el mérito excepcional en el campo marxista de haber sido la única obra en la que se destaca la gran importancia que tiene el valor de uso en la crítica de Marx a la economía política." (en Rubin, 1923, p. 5).

entre los marxistas defensores de la TLV), pretende disolver las dudas sobre la asimetría entre la oferta y la demanda, suscitadas por Malthus al postular que "la demanda determina de alguna manera el valor" (Rubin, 1923, pp. 260, 262); para ello, analiza en particular el caso de la producción con costes crecientes[33]. La cuestión es concretamente si en el análisis de este caso, dado que en él un aumento de la demanda provocaría un aumento de la producción y también del coste de producción medio, podrían tener razón quienes coinciden con Malthus en que "la demanda determina de alguna manera el valor". Rubin, que plantea la cuestión con absoluta claridad, es perfectamente consciente de que

> "esta conclusión es de significativa importancia para los representantes de las escuelas angloamericana y matemática[34] de economía política, incluyendo a Marshall. Algunos de estos economistas sostienen que Ricardo conspiró contra su propia teoría del valor-trabajo con su teoría de la renta diferencial y que abrió el camino para una teoría de la demanda y la oferta que él rechazaba y, en último análisis, para una teoría que define la magnitud del valor en términos de la magnitud de las necesidades. Estos economistas apelan al siguiente argumento. El valor está determinado por los gastos de trabajo en los peores lotes de tierra, o en las condiciones

33. Se trata de lo que Viner (1931) llamó "el caso de los costes crecientes de Ricardo". Este caso es frecuente no solo en el ámbito de la minería, que pone Rubin como ejemplo, sino en todos aquellos casos en que la limitación de la oferta de ciertos recursos de mejor calidad obliga a que "una nueva cantidad adicional de productos se produzca en condiciones peores que antes" (Rubin, 1923, p. 260). La versión neoclásica de este razonamiento sobre el papel activo de la demanda en la determinación del precio a largo plazo (P) es que, si la demanda se desplaza a la derecha por cualquier razón, el aumento de producción de la industria resultante eleva el precio de los factores y por consiguiente desplaza hacia arriba la curva de costes medios a largo plazo, con lo que el nuevo equilibrio a largo plazo se establece ahora a un nuevo precio (P' > P). La conclusión que sacan de esto es que la demanda desempeña el mismo papel que la oferta en la determinación del precio, y por tanto parece salvada la "simetría" característica de la teoría neoclásica del valor.
34. Aunque en la época de los primeros neoclásicos sí tenía sentido la denominación de "escuela matemática", con el tiempo es cierto que "la denominación de 'escuela matemática' tiene la misma falta de sentido que tendría una clasificación de los economistas por los tipos de imprenta de sus libros" (Stackelberg, 1959, p. XXII).

menos favorables. Esto significa que el valor aumenta con la extensión de la producción a tierras peores o, en general, a empresas menos productivas, es decir, en la medida en que la producción aumenta. Y puesto que el aumento de la producción es provocado por un aumento de la demanda, luego el valor no regula la oferta y la demanda como pensaban Ricardo y Marx, sino que el valor mismo está determinado por la demanda y la oferta" (Rubin, 1923, pp. 262-3).

Rubin busca desmontar la tesis malthusiano-neoclásica partiendo de que "los defensores de este argumento olvidan una circunstancia muy importante", a saber: que "en el ejemplo que examinamos, las variaciones en el *volumen de la producción* significan al mismo tiempo variaciones de las *condiciones técnicas de producción* dentro de la misma rama" (Rubin, 1923, p. 263). Y, tras examinar tres ejemplos en los que la producción se lleva a cabo por distintos grupos de empresas (más o menos eficientes), dando lugar a diferentes valores del producto, concluye afirmando que

> "el valor ha cambiado precisamente porque las condiciones de producción cambiaron en dicha rama. De este ejemplo no debemos extraer la conclusión de que los cambios en el valor están determinados por cambios en la demanda y no por cambios en las condiciones técnicas de producción. Por el contrario, la conclusión solo puede ser que los cambios en la demanda no pueden influir en la magnitud del valor de ningún modo *excepto modificando las condiciones técnicas de producción* en la rama considerada" (ibidem; énfasis añadido: DG).

Así pues, la proposición básica de la TLV, según la cual los cambios en el valor están determinados exclusivamente por cambios en las condiciones técnicas de producción, sigue siendo válida también en este caso que aparentemente da la razón al punto de vista contrario[35]. La demanda no puede influir sobre el valor sino *indirectamen-*

---

35. El debate gira en torno a lo siguiente: "Los defensores de la teoría de la demanda y la oferta afirman que solo la competencia, o el punto de intersección de las curvas de la demanda y la oferta, determina el nivel de los precios. Los defensores

*te*, por medio de cambios en la oferta, pero esta *influencia indirecta* no contradice de ninguna manera a la TLV. En esta, de lo que se trata es de definir la relación causal entre los cambios en el valor y el desarrollo de las fuerzas productivas, pero eso no significa negar la posibilidad de que dicho desarrollo esté sujeto a la influencia de toda una serie de condiciones sociales, políticas y hasta culturales. Lo importante es ver, como escribe Rubin, que

> "variadas condiciones económicas y sociales, que incluyen las variaciones de la demanda, pueden afectar al valor, *no junto a* las condiciones técnicas de la producción, sino solamente *mediante* cambios en las condiciones técnicas de producción. Así, la técnica de producción sigue siendo el único factor que determina el valor" (Rubin, 1923, p. 266).

Pero, en Rubin, tan importante como sus argumentos –que re-

---

de la teoría del valor-trabajo afirman que el punto de intersección y equilibrio de la oferta y la demanda no cambia al azar, sino que fluctúa alrededor de cierto nivel que está determinado por las condiciones técnicas de producción" (Rubin, 1923, p. 265). Ahora bien, en la versión de la "moderna escuela matemática" se incurre en un "círculo vicioso", ya que

> "esta escuela revive una vieja teoría de la oferta y la demanda que elimina sus contradicciones lógicas internas sobre una nueva base metodológica: Si la teoría anterior sostenía que el precio está determinado por las relaciones entre la demanda y la oferta, la moderna escuela matemática entiende rigurosamente que el volumen de la demanda y la oferta depende del precio. De este modo, la afirmación de que existe una dependencia causal del precio con respecto a la demanda y la oferta se convierte en un círculo vicioso. La teoría del valor-trabajo elude este círculo vicioso; reconoce que, si bien el precio está determinado por la oferta y la demanda, la ley del valor regula a su vez la oferta. Esta varía en relación con el desarrollo de las fuerzas productivas y los cambios en la cantidad de trabajo socialmente necesario. La escuela matemática ha hallado una salida diferente de este círculo vicioso: esta escuela renuncia a resolver la cuestión misma de la dependencia causal entre el fenómeno de los precios y se limita a una formulación matemática de la dependencia funcional entre el precio, por un lado, y el volumen de la demanda y la oferta, por el otro. Esta teoría no se pregunta por qué cambian los precios, sino que solo muestra cómo se producen cambios simultáneos en el precio y la demanda (o la oferta)." (Rubin, 1923, p. 266)

producen fielmente los de Marx[36]– es el hecho de ser el primer discípulo de este que aplicó los métodos gráficos, típicos de la economía matemática de la época y de los manuales neoclásicos actuales, a la cuestión de la oferta y la demanda desde un punto de vista marxiano. Da así un paso adelante muy importante en el análisis de la competencia, y de la microeconomía en general, desde un enfoque distinto al dominante. Además, leyendo a Rubin se obtiene fácilmente lo necesario para una representación gráfica de sus ideas más allá de los tres "diagramas" que incluye en su libro.

La idea fundamental es que si tuviéramos que representar gráficamente el equilibrio parcial de un mercado particular en *libre competencia* –fenómeno que no debe confundirse con la *competencia perfecta* neoclásica (véase Guerrero, 1995)– deberíamos hacerlo añadiendo a las curvas de oferta y demanda a corto plazo una recta horizontal, que pasaría por el punto de equilibrio a corto plazo (si éste también lo fuera a largo plazo) y representaría el precio de producción[37] (lo que los clásicos llamaban "precio natural", y los neoclásicos "curva de oferta a largo plazo sin economías externas de escala") (véase la figura 2).

36. Como dijimos antes, es enormemente significativo que un autor de la importancia de Rubin pase prácticamente desapercibido para muchos estudiosos contemporáneos del marxismo (véase la historia de la teoría económica marxista de Howard y King (1989 y 1992), en la que apenas se le menciona). Esto es más lamentable aun, dado que otros autores muy inferiores ocupan en estas historias un lugar preeminente. No sorprende, sin embargo, que esto sea así, teniendo en cuenta las diferencias que separan el pensamiento marxista del pensamiento de Marx (véase Guerrero, 2002 y 2017).

37. Rubin se opone también a la manera gráfica de argumentar por parte de la teoría matemática, pues esta también "ilustra esta dependencia funcional entre los fenómenos con un diagrama", pero

> "se desprende del diagrama que el precio está determinado exclusivamente por el punto de intersección (...) parecería a primera vista que el cambio en la demanda modifica el precio (...) Tal conclusión es el resultado de una construcción errónea de la curva de la oferta. Esta curva se construye según el modelo de la curva de la demanda, pero en la dirección opuesta partiendo del precio más bajo (...) Tal curva de la oferta es posible si consideramos una situación de mercado en un momento determinado (...) Pero del precio accidental de un día pasamos al precio permanente, estable, medio, que determina el volumen constante, medio y normal de la demanda y la oferta." (Rubin, 1923, 266-67)

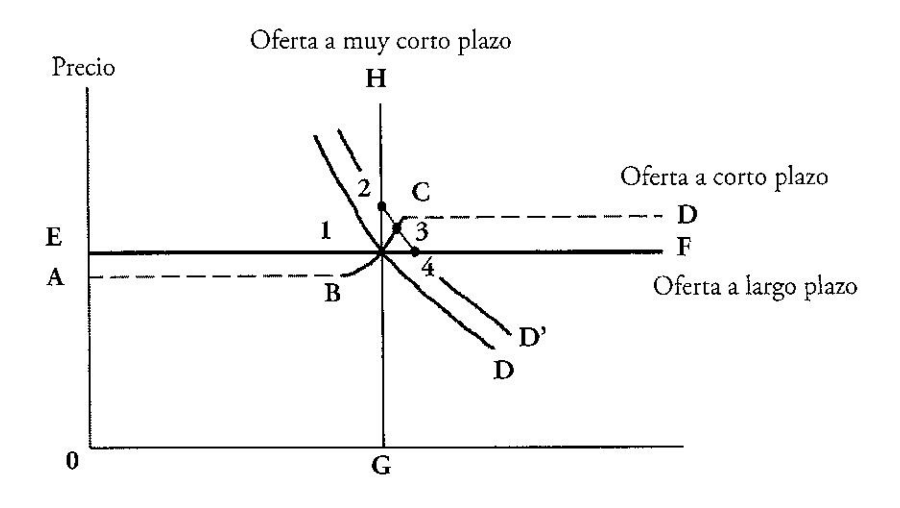



**Figura 2:** Tres curvas de oferta y equilibrio de mercado

En la figura 2 se representan los 4 tramos (0A, AB, BC, CD) de la curva de oferta en un intento de desarrollar más allá la concepción de Rubin. El argumento de este es que "la relación entre las curvas de la demanda y la oferta que fue formulada por la escuela matemática" existe solo dentro de "estrechos límites" (entre B y C en la figura[38]), concretamente los que establecen "las técnicas productivas en empresas con diferentes niveles de productividad" y las "relaciones cuantitativas entre esas empresas", o sea, "el nivel medio de la técnica en la rama considerada", de forma que "solo dentro de esos estrechos límites la oferta tiene la forma de una curva en ascenso" (Rubin, 1923, p. 274). Rubin añade que el precio medio no puede ser mayor que el máximo del tramo inclinado (punto C), "puesto que tal aumento provocaría una tendencia a un incremento ilimitado de la oferta", y aunque solo dibuja la curva de oferta en su tramo inclinado, de su argumentación se desprende que tenía *in mente* una curva con los 4 tramos, ya que afirma, por un lado, que un desplazamiento de la curva de demanda a la derecha (suficientemente) "no intercepta a la

38. Téngase en cuenta que Rubin sigue a Cournot y a Marshall y dibuja sus gráficos con el precio en la abscisa y la cantidad en la ordenada.

curva de la oferta, intercepta a la proyección que pasa por el punto "C" [es decir, el tramo horizontal discontinuo de la figura], de forma que "la oferta puede ser considerada como ilimitada respecto a la demanda"; y, por otro lado, el precio no puede bajar del punto mínimo del tramo inclinado (B), porque en ese caso "la oferta se detendrá totalmente" (Rubin, 1923, pp. 271 y 275).

En realidad, combinando las aportaciones de Rubin a la TLV de Marx con la distinción actual entre un "muy corto plazo" (subíndice *mcp*), un "corto plazo" (*cp*) y un "largo plazo" (*lp*) (véase Mansfield, 1985), el "lado de la oferta" completo en el análisis del equilibrio parcial debería adoptar la forma que se observa en la figura 2, donde aparecen *tres* curvas de oferta que se corresponden con los tres "plazos" citados[39]: $O_{mcp}$ (GH), $O_{cp}$ (0ABCD) y $O_{lp}$ (EF).

Se parte del equilibrio representado por el punto 1 (donde se cortan las tres curvas de oferta y la curva de demanda) y se analizan las consecuencias de un cambio de la demanda desde D hasta D'. En el muy corto plazo, es decir, antes de que las empresas tengan tiempo siquiera para modificar la cantidad de factores variables utilizados en la producción, el precio sube hasta el que representa el punto 2; pero en cuanto las empresas están en condiciones de ajustar su producción, sin alterar sus factores productivos fijos ("corto plazo"), el precio baja hasta el punto 3; finalmente, la percepción de la rentabilidad excepcional que suponen los puntos 2 y 3 hace que aumente la cantidad de factores fijos, desplazándose a la derecha (en paralelo) la curva $O_{cp}$ hasta cortar nuevamente a la curva de demanda y a la línea del precio de producción ($O_{lp}$) en el punto 4, que será el nuevo equilibrio estable correspondiente a la nueva situación: mayor cantidad pero igual precio que al principio (y por donde pasará la nueva curva $O_{mcp}$, no dibujada, correspondiente a la nueva situación).

Como conclusión, digamos que todo lo anterior nos lleva al mismo resultado fundamental:

Que en el análisis del equilibrio de mercado son las condiciones

39. No se olvide que, aunque se hable de plazos aparentemente "temporales", estas tres dimensiones son en realidad conceptos pseudo-temporales, acordes con la estática comparativa que se utiliza en la Microeconomía neoclásica (*vid.* Asimakopulos, 1978).

de producción (la oferta) las que determinan los precios de equilibrio (*tesis de la asimetría*). Esta conclusión diverge del análisis neoclásico –para el cual tanto la oferta como la demanda influyen al mismo nivel sobre los precios (tesis de la simetría, ejemplificada en la metáfora marshalliana de "las tijeras" del equilibrio parcial[40], pero aplicable también al ámbito del equilibrio general)– y coincide con la teoría "clásica"[41] de que los precios de equilibrio a largo plazo se determinan prescindiendo por completo del papel de la demanda. Por último, para la TLV, la demanda sí es (co)determinante de la cantidad de cada mercancía que puede venderse a ese precio de producción.

## 4. Conclusiones

Los autores neoclásicos, críticos con la TLV de Marx, propusieron y proponen como alternativa, no una sino varias teorías del valor, o al menos varios conceptos usados en su intento de construcción de una teoría alternativa: la utilidad marginal, la oferta y demanda, y la escasez. En este capítulo, hemos pasado revista y criticado esos conceptos.

---

40. *Vid.* Marshall (1890), p. 197.

41. En esta concepción "clásica" hay que incluir a otros autores contemporáneos no estudiados aquí (como Sraffa, Leontief, etc.); pero debe advertirse que los neoclásicos aceptan esta teoría solo en un *caso particular* (particular para ellos), a saber, cuando existe *un solo factor* productivo de valor (que es el caso general para la TLV).

> "En particular, si solo hay un factor original, sigue siendo cierto que los precios relativos de los bienes producidos se determinan *completamente* por los coeficientes técnicos, independientemente de la demanda (...) Samuelson (1951) y Georgescu-Roegen (1951) demostraron que con un factor primario sigue siendo cierto que la tecnología determina los precios relativos de los bienes producidos, *independientemente de las condiciones de la demanda*. En cierto sentido, esto es una resurrección sorprendente de la teoría clásica, donde *las condiciones de la oferta determinan por sí solas* los precios. Dado que la producción competitiva siempre reduce los costes al mínimo, se sigue que la técnica escogida realmente para la producción de cualquier bien es también independiente de las condiciones de la demanda, aunque en general dependerá de las condiciones tecnológicas existentes en otras industrias" (Arrow y Hahn, 1971, pp. 27-8; énfasis añadido: DG).

Marx, aunque al final de su vida conoció la obra de Jevons y de Cournot, no llegó a tiempo para presenciar lo que actualmente se llama revolución marginalista o neoclásica, asociada básicamente a Jevons, Menger y Walras en la década de 1870. En realidad, no se puede identificar, contra lo que normalmente se hace, a marginalistas y partidarios de la utilidad marginal; por eso es tan importante la figura de Cournot, economista matemático unánimemente reconocido por estos autores, que fue quizás el primer marginalista pero que defendía una teoría del valor ricardiana, coincidente en lo esencial con la teoría de Marx, y además se mostró opuesto a cualquier consideración de la utilidad para la teoría del valor.

Por otra parte, la teoría del valor de Marx es perfectamente compatible con la ley de la demanda, o relación inversa entre precio y cantidad demandada, que es completamente independiente de la utilidad; además, no niega el juego de la oferta y la demanda en la determinación de los equilibrios a corto plazo del mercado, pero sí que niega ese papel en la determinación del precio "natural" (término de Smith coincidente con el "precio de producción" de Marx), en contra de lo afirmado posteriormente por los neoclásicos, que en este punto no hacían sino seguir las enseñanza de Malthus y otros contemporáneos de este, opuestos a Ricardo. Marx muestra que el precio de producción, que a su vez viene determinado por el valor-trabajo de la mercancía, es el que regula el juego de la oferta y la demanda –juego que solo actúa elevando o haciendo descender el precio de mercado alrededor del precio de producción– y muestra que es este precio de producción (el "coste de producción" de los clásicos) el que determina los precios de equilibrio estables, quedando el papel de la demanda reducido a su cooperación, junto a la oferta, en la determinación de la *cantidad* demandada (no el precio) de equilibrio. En este aspecto, la aportación de un marxista como I. I. Rubin, quien criticó a Marshall y denunció la falsa interpretación que algunos neoclásicos hacían de Ricardo, fue muy importante, desarrollando la tesis de la "asimetría" (contra la "simetría" neoclásica incorporada en la metáfora de las tijeras de Marshall), según la cual es solo la oferta la que regula el precio de equilibrio, quedando reducida la demanda a un papel secundario, no al mismo nivel que la oferta.

De esta manera, podemos concluir que la superioridad de la TLV frente a la teoría neoclásica del valor es un hecho difícil de ocultar.

**Bibliografía**

Arrow, K. J. y Hahn, F. H. (1971). *Análisis general competitivo*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1977.

Asimakopulos, A. (1978). *Introducción a la teoría microeconómica*, Barcelona: Vicens, 1983.

Condillac, E. B. de (1776). "Le commerce et le gouvernement considérés relativement l'un à l'autre", en *Oeuvres philosophiques de Condillac*, ed. G. Leroy, París: Presses Universitaires de France, 1947-51, vol. 2.

Cournot, A. A. (1838). *Investigaciones acerca de los principios matemáticos de la teoría de las riquezas*, ed. J. C. Zapatero, Madrid: Alianza, 1969.

Draper, H. (1985). *The Marx-Engels Cyclopedia*, vol. I: *The Marx-Engels Chronicle. A Day-by-Day Chronology of Marx and Engels' Life and Activity*, New York: Schocken.

Dunne, P., ed. (1991). *Quantitative Marxism*, Cambridge: Polity Press.

Farina, J. (2017). *La tasa de explotación como medida de desigualdad global (1973-2012)*, Tesis doctoral, Universidad de Castilla-La Mancha.

Fisher, I. (1897). "Bibliografía sobre economía matemática", en A. A. Cournot, 1838, pp. 230-262.

Georgescu-Roegen, N. (1951). "Some properties of a generalized Leontief model", en Koopmans, Tjalling C. (ed., 1951). *Activity Analysis of Allocation and Production*, New York: Wiley, pp. 165-173.

Georgescu-Roegen, N. (1983). "Introduction", en H. Gossen, 1854, pp. xi-cxlv.

Gossen, H. H. (1854). *The Laws of Human Relations and the Rules of Human Action Derived Therefrom*, ed. N. Georgescu-Roegen, Cambridge, Mass.: MIT Press, 1983.

Guerrero, D. (1995). *Competitividad: Teoría y política*, Barcelona: Ariel.

Guerrero, D. (2002). "La economía radical y los debates entre economistas ortodoxos y heterodoxos", *Ágora, Revista de Ciencias Sociales*, 6, Universidad de Valencia, pp. 33-56.

Guerrero, D. (2008). *Un resumen completo de 'El capital' de Marx*, Madrid: Maia.

Guerrero, D. (2017). "Karl Marx y el libro I de *El capital* (1867)", *Revista de Economía Crítica*, 24, segundo semestre, pp. 73-101.

Hicks, J. R. (1938). *Valor y capital. Investigaciones sobre algunos principios fundamentales de teoría económica*, México: Fondo de Cultura Económica, 1974, 1976.

Howard, M. C.; King, J. E. (1989). *A History of Marxian Economics*: Volume I, 1883-1929, Princeton: Princeton University Press.

Howard, M. C.; King, J. E. (1992). *A History of Marxian Economics*: Volume II, 1929-1990, Princeton: Princeton University Press.

Howey, R. S. (1960). *The Rise of the Marginal Utility School 1870-1889*, Lawrence: University of Kansas Press.

Jevons, W. S. (1871). *La teoría de la economía política*, Madrid: Pirámide, 1998.

Lauderdale, Conde de (1819). *Inquiry into the Nature and Origin of Public Wealth*, 2ª edición.

Locke, J. (1690). *Two Treatises of Government*, ed. Peter Lasslett, 2ª ed., Cambridge: Cambridge University Press.

Malthus, T. R. (1820). *Principios de Economía Política*, México: Fondo de Cultura Económica, 1977 (1ª edición, 1946).

Mansfield, E. (1985). *Microeconomía. Teoría y aplicaciones*, Buenos Aires: Editorial Tesis, 1987.

Marshall, A. (1890). *Principles of Economics*, London: Pantianos Classics, s. f.

Martínez Marzoa, F. (1983). *La filosofía de 'El Capital'*, Madrid: Taurus.

Marx, K. (1867). *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libro I*, Madrid: Siglo XXI, 1978, 3 volúmenes.

Marx, K. (1880). *Glosas marginales al 'Tratado de economía política' de Adolph Wagner*, México: Cuadernos de Pasado y Presente nº 97, 1982.

Marx, K. (1885). *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libro II*, Madrid: Siglo XXI, 1979 (2ª edición), 2 volúmenes.

Marx, K. (1894). *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libro III*, Madrid: Siglo XXI, 1979, 3 volúmenes.

Marx, K. (1985). Les *manuscrits mathématiques de Marx*, ed. Alain Alcouffe, Paris: Économica.

Menger, C. (1871). *Principios de economía política*, introducción de F. V. Hayek, Madrid: Unión Editorial, 1933, 1983.

Mill, J. S. (1848). *Principios de economía política con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*, México: Fondo de Cultura Económica, 1951.

Moseley, F. (2016). *Money and Totality: A Macro-Monetary Interpretation of Marx's Logic in* Capital *and the End of the 'Transformation Problem'*, Leiden/Boston: Brill.

Oller, J. L. (1983). "Presentación de la edición castellana" de Menger (1871), pp. 7-13.

Ricardo, D. (1817). *Principios de Economía Política y Tributación*, Madrid: Ayuso, ed. M. Román, 1973.

Rubin, I. I. (1923). *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*, Buenos Aires: Pasado y Presente, 1974.

Sacristán, M. (2004). *Escritos sobre 'El capital' (y textos afines)*. ed. S. López Arnal, Barcelona: El Viejo Topo.

Samuelson, P. A. (1947). *Foundations of Economic Analysis*, Cambridge, Mass: Harvard University Press, [enlarged edition, 1983].

Samuelson, P. A. (1951). "Abstract of a theorem concerning substituabilityon open Leontief models", en Koopmans, Tjalling C. (ed., 1951). *Activity Analysis of Allocation and Production*, New York: Wiley, pp. 142-6.

Say, J. B. (1803). *Tratado de Economía Política*, México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

Shubik, M. (1987). "Cournot, Antoine Augustin", *The New Palgrave: A Dictionary of Economics*, eds. J. Eatwell, M. Milgate, P. Newman, London: Macmillan, vol. I, pp. 708-12.

Smith, A. (1776). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México: Fondo de Cultura Económica, 1980.

Smith, V. E. (1951). "The 'classicist' use of 'demand'", *Journal of Political Economy*, pp. 242-257.

Smolinski, L. (1973). "Karl Marx and mathematical economics", *Journal of Political Economy*, 81, pp. 1189-1204.

Sperber, J. (2013). *Karl Marx, una vida decimonónica*, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores.

Stackelberg, H. von (1959). *Principios de teoría económica*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 3ª edición.

Viner, J. (1931). "Cost curves and supply curves", *Zeitschrift für Nationalökonomie*, III, pp. 23-46.

Walras, L. (1874). *Elementos de Economía política pura (o Teoría de la riqueza social)*, 4ª edición, definitiva, versión española de J. Segura, Madrid: Alianza 1987.

# 2

# Crítica, desde un enfoque marxista, a la teoría austriaca del valor

**Rolando Astarita**

En su *Historia del análisis económico* Schumpeter observa que en la década de 1870 el "núcleo analítico"–referido al valor y a la distribución– de la economía experimentó una revolución que "tuvo en su centro la aparición y ascenso de la teoría de la utilidad marginal (como teoría del valor), vinculada con los nombres de los tres destacados autores, Jevons, Menger y Walras" (Schumpeter, 1971, p. 903). Schumpeter señala que si bien la utilidad marginal *per se* no fue revolucionaria (ya había sido formulada por Gossen), sí lo fue la idea de que el principio de la utilidad era el basamento con el cual se podían analizar todos los fenómenos económicos. "Lo esencial es que en la 'nueva teoría' del cambio el análisis de la utilidad marginal creaba una herramienta analítica de aplicabilidad general a los problemas económicos" (*ibid.*, p. 996). Así, el "*organon* de la economía pura" quedaba unificado "a la luz de un principio único" (*ibid.*, p. 997).[1] Schumpeter señala también que corresponde a la escuela austriaca, y en particular a Menger, "el mérito de haber elaborado la teoría sistemáticamente" (*ibid.*). Tengamos presente que, además de Menger, los principales referentes de la

1. La idea de que en la década de 1870 se produjo un cambio profundo de enfoque en la economía burguesa es compartida por muchos autores. Por ejemplo Maurice Dobb, desde una perspectiva marxista, afirma que por aquellos años se produjo un "cambio en la estructura y perspectiva del análisis económico" que desplazó el énfasis del análisis desde los costos en la producción, hacia la demanda y la utilidad del consumo; y que estableció la preeminencia del análisis de la conducta individual en el mercado (véase Dobb, 1998, p. 187).

escuela austriaca han sido Eugen von Böhm Bawerk, Friedrich von Wieser, Ludwig von Mises, Friedrich Hayek y Murray Rothbard.

En lo que atañe a la teoría del valor, la idea central de la escuela es que el valor deriva de la relación del individuo con sus necesidades y los bienes. "El valor de los bienes se fundamenta en la relación de los bienes con nuestras necesidades, no en los bienes mismos", escribe Menger (1985, p. 108). Esto es, el valor "es la significación que unos bienes concretos o cantidades parciales de bienes adquieren para nosotros, cuando somos conscientes de que dependemos de ellos para la satisfacción de nuestras necesidades" (*ibid.*, pp. 102-3).

Tradicionalmente, los marxistas consideraron la revolución marginalista como la última etapa en la degeneración ideológica de la Economía Política. Su objetivo central habría sido combatir la teoría del valor trabajo y construir una teoría meramente apologética del capitalismo. Por caso, Nicolás Bujarin sostuvo que "la escuela austriaca hace del valor la piedra angular de su doctrina: en la medida en que quiso oponerse a los clásicos y a Marx para edificar su propio sistema teórico, tuvo que ocuparse esencialmente del problema del valor" (1974, pp. 92-3). Dobb (1998) participa de esta idea. Sin embargo, Simon Clarke ha presentado sólidos argumentos para modificar esta interpretación tradicional: los marginalistas no habrían sido meros apologistas del capitalismo, sino que intentaron dar soluciones racionales a los nuevos problemas que se le presentaban al Estado por la maduración de las contradicciones de la acumulación capitalista y el crecimiento de un movimiento obrero independiente (véase Clarke, 1991, cap. 6). Sin entrar ahora en este debate sobre el sentido y las intenciones de los primeros marginalistas, lo importante para lo que nos ocupa es que a partir de la teoría subjetiva del valor se eliminó de raíz cualquier posibilidad siquiera de concebir una teoría de la explotación (algo que no sucedía con la teoría del valor trabajo de Ricardo, por ejemplo). Y los austriacos fueron los economistas que con más consecuencia defendieron la perspectiva subjetivista. De ahí que la polémica con los austriacos nos permite a los marxistas ir a la sustancia de los problemas teóricos involucrados en la teoría del valor.

Antes de entrar en el análisis de la escuela austriaca, precisemos que si bien comparte con la teoría neoclásica la explicación subjetiva

del valor, posee algunas particularidades que la diferencian del *mainstream*. En primer lugar, los austriacos son críticos del método positivista, dominante en la síntesis neoclásica-keynesiana de posguerra. Esto es, rechazan que el método científico en Economía consista en formular hipótesis acerca de datos empíricos, de manera que puedan ser sometidas a testeos empíricos y econométricos (o ser pasibles de falsación). El método de los austriacos –al menos aquellos que se ubican en la tradición de Menger, Mises y Rothbard– se basa en lo que consideran "la autoevidente realidad de la acción humana" para realizar "construcciones imaginarias" a fin de deducir –por vía de la "lógica verbal"– teoremas que expliquen los fenómenos económicos.

En segundo término, los austriacos sostienen que los modelos matemáticos, que son usuales en la Macroeconomía, no pueden explicar fenómenos del mundo real, entre ellos las crisis cambiarias y las financieras. En tercer lugar, toman distancia con respecto al *homo oeconomicus*, ese tipo ideal de la economía ortodoxa que está guiado por el único y exclusivo deseo de maximizar el beneficio; y rechazan el modelo de equilibrio general walrasiano, al que consideran falto de realismo. En lo que concierne a la teoría del valor, se oponen al enfoque marshalliano. Recordemos que en Marshall, la curva de oferta, en el largo plazo, es horizontal. En consecuencia, también en el largo plazo, el costo de producción determina los precios. Si bien la curva de oferta de Marshall está concebida en términos subjetivos –la ganancia remunera la espera del capitalista, el salario la desutilidad del trabajo– los austriacos sostienen que la relación causal va siempre desde los precios a los costos de producción. Esto significa que los precios están determinados exclusivamente por las utilidades marginales y las preferencias de los consumidores. De la misma manera, el salario y la renta se determinan a partir de las elecciones y evaluaciones de los bienes finales por parte de los consumidores.

## Dobb y los requisitos de la teoría del valor

Cuando discutimos sobre teorías del valor es importante tener presente lo que, hace ya muchos años, observaba Dobb (1973), a saber, que es

necesario encontrar un "principio cuantitativo unificador", que permita ordenar, de manera sistemática, las relaciones entre los elementos del sistema. Por ejemplo, en química ese principio se logró con el concepto de peso atómico; en física, con la ley newtoniana de gravitación. En la economía política, dice Dobb, el principio es una teoría del valor, que aparece en la obra de Adam Smith y se consolida con la sistematización de David Ricardo. Es que, desde el punto de vista formal, las relaciones que gobiernan y conectan las variables de un sistema económico se establecen con un sistema de ecuaciones, para cuya resolución debe existir una "constante" que pueda ser conocida con independencia de cualquier otra variable del sistema. "Es una cantidad, como si dijéramos, traída desde fuera del sistema de hechos a que se refieren las ecuaciones; y en un sentido importante, de ese factor externo es del que se hace depender toda la situación" (Dobb, 1973, p. 12). Cuando se habla de "constante", aclara Dobb, no se quiere significar que se trata de una cantidad invariable, sino que es independiente de las otras variables del sistema. Lo cual es necesario a fin de evitar el razonamiento en círculo. Hay razonamiento circular si decimos, por ejemplo, que el valor de la mercancía *X* está determinado por el salario y el beneficio (el enfoque del "costo de producción"), ya que en este caso estamos remitiendo el valor de *X* al valor del trabajo (salario). Pero entonces hay que preguntarse qué determina el valor del trabajo (salario). Si respondemos que depende del valor de las mercancías que entran directa o indirectamente en la canasta salarial, seguimos en el mismo problema; y si *X* integra los bienes básicos, el razonamiento es claramente circular. Algo similar ocurrirá si nos preguntamos por el valor de los medios de producción que intervienen en la generación de *X*. En cualquier caso, se incurre en la circularidad del razonamiento, ya que los salarios y la ganancia contenidos en el valor de *X* están influidos por el valor de *X*, y el valor de *X* está determinado por los salarios y la ganancia. Por eso, cuando se trata de la teoría del valor, "las constantes determinantes deben expresar una relación con una cantidad que no sea ella misma valor". Es lo que hizo Marx, cuando sostuvo que el valor es generado por el trabajo, pero éste no tiene valor.[2] Lo mismo hace la teoría subje-

---

2. Por eso también la teoría del valor de Marx supera la inconsistencia lógica que

tivista, al sostener que el valor está determinado por la utilidad, ya que la utilidad no tiene valor.

Dobb subraya que tanto la teoría del valor-trabajo y la del valor-utilidad cumplen, en principio, con el requisito lógico de partir de constantes que son independientes de las variables que se quieren explicar. Sin embargo, existe un segundo requisito que debe cumplir una teoría del valor: debe poder formularse cuantitativamente, en dimensiones que sean reales. Lo cual exige la reducción a alguna sustancia en común. Por ejemplo, si decimos que el valor de *X* está determinado por el deseo y los obstáculos para obtenerla, será necesario encontrar alguna medida en común para ambos. Si afirmamos que *X* vale 5 unidades de deseo, y 1 unidad de obstáculo, e *Y* vale 1 unidad de deseo y 4 unidades de obstáculo, no tendríamos forma de decidir si *X* es más o menos valiosa que *Y*, a menos que establezcamos alguna magnitud común entre "deseo" y "obstáculo". Lo mismo sucede si decimos que el valor está generado por el trabajo y la naturaleza; o por el trabajo del obrero y la abstinencia de consumir del capitalista. En estos casos, *deberíamos encontrar alguna forma de unificar cuantitativamente trabajo y naturaleza, o trabajo y la abstinencia.*

## El problema de reducir los valores de cambio a una igualdad

Lo planteado en el apartado anterior nos introduce en el problema de encontrar una unidad de medida en común. La cuestión está en la base del análisis del valor de Marx, o más precisamente, del pasaje de los valores de cambio (proporción cuantitativa en que se intercambian las mercancías) al valor (tiempo de trabajo socialmente necesario, objetivado). Es que como valores de cambio, una clase de mercancías es tan buena como cualquier otra, en tanto esos valores de cambio (o sus precios, cuando aparece el dinero) sean iguales. Por eso Marx afirma que para comparar cuantitativamente "es preciso reducir los valores de cambio de las mercancías a algo que les sea común, con respecto a lo cual representen un más o un menos" (1999, p. 46, t. 1). Y algunas

persiste en Ricardo, quien procuraba explicar el salario por el "valor del trabajo".

páginas más adelante cita, aprobatoriamente, la idea de Aristóteles de que a fin que haya una relación de valor entre dos bienes –5 lechos = 1 casa– debe existir una igualdad. Es que si la casa no se equipara cualitativamente al lecho *no se puede establecer una relación recíproca como magnitudes conmensurables* (véase Marx, p. 73, t. 1).

Pues bien, este punto es rechazado de forma tajante por los austriacos. Por ejemplo, Rothbard (2009, cap. 2) toma el caso del intercambio entre el individuo *A*, que posee el bien *X*, y el individuo *B*, que posee el bien *Y*. Tanto *X* como *Y* son bienes escasos, útiles para fines humanos. La esencia de este intercambio, dice Rothbard, es que *A* debe valorar más a *Y* que *X*, y *B* debe valorar más a *X* que *Y*. De esta manera *A* y *B* aumentan sus "ingresos psíquicos". Rothbard supone, además, que los agentes ordenan los bienes *X* e *Y* según las utilidades marginales que evalúan de los mismos. Así, en este caso sencillo, –el paréntesis indica que el agente no tiene el bien–, antes de hacer el intercambio la escala de valores es:

| Orden de preferencia | A | B |
|---|---|---|
| 1 | (Y) | (X) |
| 2 | X | Y |

Este ejemplo de intercambio simple, según Rothbard, basta para eliminar la noción falaz de que cuando *A* y *B* intercambian *X* e *Y* existe alguna "igualdad de valor". Si Robinson, poseedor de bayas, intercambia con Jackson, poseedor de vacas, en proporción 5000 bayas : 1 vaca, se debe a que "para cada uno de ellos hay una *desigualdad* de valores entre la vaca y las bayas" (*ibid.*, p. 103). Lo mismo afirma Menger: "Si los bienes intercambiados han pasado a ser equivalentes... no se ve por qué ambos negociadores no habrían estado dispuestos a deshacer inmediatamente el cambio" (1985, p. 171). Y luego: "no existen equivalentes en el sentido objetivo de la palabra" (p. 172). A su vez Mises también critica la idea de Aristóteles de que "no puede haber cambio sin igualdad, ni igualdad sin conmensurabilidad" (1986, p. 65). En la misma perspectiva teórica, Böhm Bawerk precisa que "[l]os economistas modernos [los partidarios de la teoría

subjetiva] son unánimes en creer que la antigua concepción escolástico-teológica de la 'equivalencia' de los valores cambiados entre sí no responde a la verdad" (1986, p. 442). Y agrega otro argumento, que luego sería utilizado por los austriacos contra la teoría de Marx: incluso admitiendo que haya que encontrar algo en común entre las mercancías, podrían mencionarse otros elementos en común, como "su rareza en proporción a su demanda", o "la de ser objeto de la oferta y la demanda", o "la de haber sido apropiadas por el hombre" (*ibid.*, p. 447).

Sin embargo, la reducción a una unidad común de los valores de cambio *es una realidad del intercambio*. Así, si el precio de las 5.000 bayas es $10.000, y las 5000 bayas se intercambian por una vaca, esta necesariamente tendrá un precio de $10.000. Pero entonces 5.000 bayas y 1 vaca *se han igualado a una tercera "mercancía", $10.000*. De manera que una vez terminado el intercambio, Crusoe y Jackson *han ganado en valor de uso, pero no en valor de cambio*. Lo cual demuestra que *la utilidad no puede ser valor*.

Incluso Rothbard (2009), en el apéndice al capítulo 4, afirma que es importante distinguir entre el uso subjetivo del término valor, en el sentido de valuación y preferencia, y el poder de compra o precio en el mercado. Así, si una casa es vendida en 250 onzas de oro, su "valor capital" (en términos marxistas diríamos precio, expresión de su valor) es 250 onzas, *de naturaleza distinta al valor subjetivo*. Pero con esto está admitiendo que a la hora de concurrir al mercado el comprador y el vendedor no solo tienen en cuenta la utilidad de la casa, *sino también su valor de cambio, su precio* (y por lo tanto, su evaluación subjetiva ya está condicionada por el precio; véase más abajo). Sin embargo, cuantitativamente no hay forma de comparar valor de cambio y valor de uso. Sin embargo, dado que Rothbard superpone la valoración subjetiva con el valor de cambio, termina afirmando que ambos se pueden comparar. Así, sostiene que "una unidad de un bien, o un bien, puede tener para su poseedor ya sea valor de uso directo o valor de cambio, o una mezcla de ambos, y la que es la mayor es la determinante de su acción" (2009, pp. 89-90). Pero, ¿cómo se puede comparar cuantitativamente la utilidad marginal que tiene *X* para Crusoe, con su valor de cambio, para decidir

cuál es mayor? No hay forma de hacerlo, ni Rothbard (ni cualquier otro autor neoclásico) nos dice cómo puede ocurrir.

## Relación social y carácter objetivo del valor

En oposición a la teoría del valor de Marx, los economistas austriacos niegan que el mismo tenga un carácter objetivo. Por ejemplo, Menger escribe: "Lo único objetivo son las cosas o, respectivamente las cantidades de cosas, y su valor es algo esencialmente distinto de ellas,..." (1985, p. 109); también Mises: "El valor no es de condición objetiva; no se halla ínsito en las cosas" (1986, p. 158). Más adelante: "El valor no se expresa mediante peso ni medida, sino que se formula a través de un orden de preferencias y secuencias" (*ibid.*, pp. 160-1). Y Harper, un importante autor de la corriente, critica "a la escuela inglesa" porque pensó en el valor "como en una propiedad física o química, independiente de la relación humana". Agrega que "si arrojamos un lápiz rojo al bosque y nos desprendemos de él, sigue siendo un lápiz rojo".

Naturalmente, los austriacos tendrían razón si el valor fuera una propiedad física de las mercancías. Sin embargo, no es una propiedad física, *sino social.* Por eso Marx enfatiza, una y otra vez, que es necesario distinguir entre "la objetividad sensorialmente grosera del cuerpo de la mercancía" de "su objetividad en cuanto valores" (Marx, 1999, p. 58, t. 1). Es que nunca encontraremos en las mercancías algo tangible, físicamente distinguible, a lo que podamos llamar "valor". ¿Qué tipo de propiedad objetiva es esta entonces? La respuesta es que se trata de una propiedad que *deriva de las relaciones sociales.* Por ejemplo, que el trigo sea mercancía no es una propiedad física del trigo, sino una que deriva de la relación social en que se encuentra el trigo (propietario del trigo que lo lleva al mercado, etcétera). Lo mismo ocurre con el valor: hay valor cuando existe una determinada relación entre los productores, o propietarios, de las mercancías. No tiene sentido hablar de valor por fuera de esa relación.

Pero a su vez, el hecho de que el valor sea una propiedad *social,* y *al mismo tiempo objetiva, hace necesaria la reducción de los valores a una "sustancia común".* En otros términos, existe una conexión lógica entre

sostener que el valor de la mercancía es objetivo, y la reducción de los valores "a sustancia común", por un lado; y la afirmación de que el valor es subjetivo, y el rechazo a la idea de que los valores de cambio se igualan a una sustancia común, por el otro. Esto se debe a que solo a través de esa reducción el trabajo privado invertido en la producción *se objetiva* como valor (o sea, como trabajo social) de la mercancía. Por ejemplo, si *A* produjo *X*, pero por alguna razón no lo logra vender, decimos que *X* "no vale", esto es, el trabajo empleado por A no se objetivó en valor. Por eso Marx dice que como "valor (valor de cambio), la mercancía lo es solamente en el cambio (real o imaginario); valor es... la intercambiabilidad específica de la mercancía" (1989, p. 65, t. 1). En otros términos, dado que el valor es una propiedad social y objetiva de la mercancía, se expresa a través de una relación entre cosas (véase Marx, 1999, p. 63, t. 1).

Los economistas austriacos, en cambio, al negar que el valor sea una propiedad social, no otorgan ninguna significación especial al hecho de que las mercancías, en el intercambio, se reduzcan a "sustancia común", el dinero. Es que si admitiesen que en el intercambio existe esa reducción, no podrían afirmar que el valor es subjetivo. Aunque por otra parte, deben reconocer que su valor subjetivo coexiste con un valor objetivo (las 250 onzas de oro que vale la casa del ejemplo de Rothbard). Pero esa "coexistencia" de valores no es explicitada teóricamente. La consecuencia será entonces (lo veremos enseguida) la imposibilidad de conectar lógicamente utilidad y valor de cambio (o valor).

## Las imprescindibles ordenaciones no existen en la realidad

Los economistas austriacos admiten que las utilidades marginales "no son comparables, dado que no pueden ser medidas", y por lo tanto, las escalas de valor de los diferentes participantes "no pueden ser reducidas a una medida o escala" (Rothbard, 2009, p. 87). Mises afirma: "Vano es pretender calcular tratándose de valores. El cálculo solo es posible mediante el manejo de números cardinales. La diferencia entre dos situaciones determinadas es puramente psíquica y personal" (1986, p.

161). Dada la carencia de una métrica común, recurren a las ordenaciones de "utilidades marginales", o de "ingresos psíquicos" (Rothbard), o placer, para derivar los precios, o relaciones de intercambio.

En consecuencia es vital el aserto de que los seres humanos siempre ordenamos según algún criterio. Escribe Mises: "Suele decirse que el hombre, cuando actúa, *se representa mentalmente una escala de necesidades o valoraciones, con arreglo a la cual ordena su proceder*. Teniendo en cuenta esa escala valorativa, el individuo atiende a sus apetencias de más valor, es decir, procura cubrir las necesidades más urgentes y deja insatisfechas las de menor utilidad, es decir, las menos urgentes. Nada cabe objetar a tal presentación de las cosas" (1986, p. 156, énfasis agregado). Enfaticemos que, según este enfoque, los seres humanos ordenamos *todas* las cosas según *un* criterio que, en esencia, siempre gira en torno al *placer*: "Al evaluar estados de satisfacción muy distintos entre sí y apreciar los medios convenientes para lograrlos, el hombre ordena en *una* [sic, enfatizado en el original] escala todas las cosas, contemplándolas solo en orden a su idoneidad para incrementar la satisfacción propia" (Mises, 1986, p. 193). Además, tal escala de valores "toma corporeidad solo cuando la acción humana se produce. Porque dichas valoraciones carecen de existencia autónoma: las estructuramos solo una vez conocida la efectiva conducta del individuo" (*ibid.*, p. 156). También Rothbard afirma que "deducimos la existencia de una escala de valor específica sobre la base del acto real [de compra o venta]; no tenemos conocimiento de la parte de la escala de valor que no es revelada en la acción real" (2009, p. 260).

De manera que Mises y Rothbard postulan la existencia de escalas valorativas –todas ordenadas según un único criterio– *aunque no presentan evidencia de que tales escalas existan*. Y la realidad es que tales ordenaciones valorativas son imposibles, salvo en algunos casos triviales. Por ejemplo, en la típica historia de la clase de introducción a la Microeconomía cuando al alumno se le dice "usted tiene mucha hambre, y le dan a elegir entre un sándwich y un vaso de gaseosa, ¿a qué bien da mayor utilidad? ¿Y a cuál da mayor utilidad luego del bocado 20, cuando tiene sed?". Desde aquí luego se pasa a las eventuales ordenaciones de miles de productos, que se ofrecen en todo

tipo de cantidades. Pero las dificultades entonces son irremontables. Para verlo de forma "práctica": una familia realiza su compra semanal en el supermercado adquiriendo 80 productos, elegidos entre, digamos, 10.000 bienes distintos. El economista austriaco nos dice que esa familia eligió esa canasta porque la misma, en su ordenación –dada la restricción presupuestaria-, estaba en primer lugar. ¿Pero de dónde saca el economista que la familia ordenó las miles de distintas canastas que se pueden armar entre 10.000 productos, dada la restricción presupuestaria? No tiene la menor prueba de que esa ordenación se haya realizado, lo cual no le impide afirmar que el hecho de que la familia haya elegido esa canasta demuestra que la ordenación se ha realizado. Con el agregado de que, en el ejemplo anterior, no se trata de determinar el precio de la canasta, sino los precios de las 80 mercancías, que deberían deducirse a partir de las infinitas ordenaciones posibles de esas mercancías, consideradas individualmente.

## "Construcciones imaginarias"

A pesar de las dificultades, el teórico austriaco ha blindado su teoría contra cualquier cargo de irrealismo. Sobre esta cuestión, la referencia canónica es el método de la praxeología, o ciencia que estudia la acción humana, explicitado por Mises en *La acción humana*. Según Mises, las proposiciones de la praxeología no derivan del conocimiento experimental, ya que, como las de la lógica y la matemática, *son de índole apriorística*. Esto significa que su "correspondiente veracidad o falsedad no puede ser contrastada mediante el recurso a acontecimientos o experiencias" (1986, p. 64). Por lo tanto, los teoremas que formula "el recto razonamiento praxeológico" no solo son "absolutamente ciertos e irrefutables, sino también reflejan la íntima realidad de la acción *con el rigor de su apodíctica certeza e irrefutabilidad*, tal como ésta, efectivamente, se produce en el mundo y en la historia" (*ibid.*, p. 75; énfasis agregado).

De manera que si al economista austriaco le decimos que no hay evidencia de que los consumidores ordenan sus preferencias como él dice que lo hacen, nos responderá que su afirmación no puede

ser refutada por observación alguna, ya que deriva del análisis "de la esencia misma de la acción humana" (*ibid.*, p. 110). Esto es, por el análisis introspectivo, que da pie para cualquier construcción especulativa.[3] Por eso también Mises afirma que "el sistema de investigación típico de la Economía es aquel que *se basa en construcciones imaginarias*" (*ibid.*, p. 367; énfasis añadido). "Construcciones imaginarias"; a esto lo llaman "método científico". Por supuesto, desde esta cumbre científica, es natural acusar a los marxistas de "actuar como devotos religiosos y no como científicos honestos" (Rothbard, 1995, p. 449).

## Interludio: la crítica aristotélica a la métrica hedonista

En este punto es interesante ampliar el debate sobre las elecciones con la crítica –en continuidad con los escritos de Aristóteles sobre ética– de Martha Nussbaum a la idea de que siempre es posible ordenar las preferencias según el criterio hedonista.

Como dice Nussbaum, se trata de un claro abuso de la categoría de "preferencia", la cual parece cubrir todos los fundamentos psicológicos afectivos, cognitivos y de impulsos. Es que desde Platón y Aristóteles en adelante la filosofía occidental ha coincidido en que la explicación de la acción humana requiere, por lo menos, de nociones como creencia, deseo, percepción, apetito y emoción. Otros agregaron impulso; Spinoza introdujo el *conatus*, etcétera. Por ejemplo, es distinto el comportamiento y la elección que realiza alguien por compasión del que lo hace por su propio interés; o del que actúa por impulsos que no domina (véase Nussbaum, 1997). Así, *A* evalúa a *X* según un criterio de solidaridad; *B* según su utilidad personal; *C* según su estado de ánimo; *D* según su imaginación de un mundo

3. El análisis introspectivo del economista se basa en contrafácticos, esto es, razonamientos del tipo ¿cuánta utilidad marginal agregan 100 gramos de jamón con respecto a 200 gramos de queso, en mi escala valorativa? Cualquier resultado "apodícticamente fundado" en esta "lógica verbal" es entonces posible. Puede verse asimismo que las curvas de demanda, obtenidas por esta vía, son producto también de la especulación introspectiva.

distinto. O también, *A* evalúa *X* según un criterio de solidaridad, pero evalúa *Y* según un criterio de utilidad personal, etcétera. De manera que el placer no abarca todo lo que perseguimos como digno de elección, ni todas las cosas son ordenables según un único criterio (véase Nussbaum, 2005, pp. 117 y ss.).

## La imposibilidad de derivar los precios de las utilidades marginales

Veamos ahora cómo los economistas austriacos derivan los precios de las imaginadas ordenaciones individuales. Tomamos el ejemplo con el que Rothbard lo explica: Johnson tiene caballos y Smith cestas de pescado. Según su escala de valoración, Johnson no está dispuesto a cambiar un caballo por menos de 81 cestas de pescado; y Smith no está dispuesto a entregar más de 100 cestas de pescado por un caballo. De manera que el precio del caballo, expresado en cestas de pescado, se ubicará en algún punto entre 81 y 100 cestas. Puede verse entonces que el precio está indeterminado. ¿Cómo resuelve el asunto Rothbard? Pues recurriendo a "las habilidades de regateo" de los participantes, a partir de las cuales se establecerá el precio final (véase 2009, p. 109). También Menger, luego de presentar un ejemplo numérico similar al de Rothbard, escribe: "Surge así el fenómeno de la vida cotidiana que llamamos regateo de precio. Cada uno de los contratantes se esfuerza por obtener la mayor porción posible [en el intercambio]... y por conceder al otro la menor parte posible de las ganancias" (1985, p. 173). Por eso el precio depende "de la personalidad" de cada uno de los intervinientes (*ibid.*, p. 174). Pero en esto ha desaparecido cualquier teoría de los precios (y por lo tanto, del valor). El propio Rothbard admite que "*no hay teoría del regateo*" (*ibid.*, p. 363; énfasis agregado), ya que lo que cuenta en este escenario es el "poder de negociación" (p. 364).

Pero si la determinación de la razón de intercambio no se puede resolver en el caso de dos propietarios de mercancías que intercambian, ¿qué decir del mundo real, donde hay miles de mercancías, y de vendedores y compradores? En aras de la argumentación, admitamos

por un momento que son posibles las ordenaciones, según una única métrica, de las utilidades marginales. Supongamos que *A* valora el bien *X* en el puesto 1775 de su escala, pero en el puesto 3001 a *Y*, en tanto *B* valora *X* en el puesto 32, y a *Y* en el puesto 5559. ¿Qué se puede deducir de estas ordenaciones sobre la proporción en que *A* y *B* intercambian X e Y? La respuesta es que nada, salvo la trivialidad de que cada participante en el mercado intentará obtener el mayor precio posible para el producto que ofrece en venta.

En consecuencia, los precios pasan a ser relaciones sin sustancia. Los economistas austriacos hablan de valor, pero este se reduce a una mera relación de precios carente de contenido. En palabras de Harper: "no necesitamos saber precisamente qué son esas dos cantidades que se están comparando". El ama de casa compra pan a $29 centavos de dólar porque considera que ese pan es preferible a $29 centavos de dólar, y esto es lo único que considera; no necesita precisar cuánto lo prefiere. Por eso, aunque los austriacos sostengan que es imposible igualar las utilidades marginales ponderadas por los precios; y aunque no construyan curvas de indiferencia, sus ordenaciones de preferencias y regateos nos dejan tan vacíos de explicación como la Microeconomía de los manuales corrientes.

## Medida y ley económica

La imposibilidad de una teoría del precio en el mundo de los austriacos se vincula, lógicamente, con la ausencia de una métrica común en las valoraciones. Es que si no hay posibilidad de una métrica de las valoraciones subjetivas, es imposible establecer alguna ley, basada en esas valoraciones, para los precios. Y por lo tanto desaparece también la posibilidad de establecer algún tipo de regularidad en los intercambios. Estamos en el terreno de lo indeterminado, donde prevalecen el capricho y lo aleatorio.

Sin embargo, en la realidad del mercado capitalista, los precios relativos mantienen cierta constancia. Y cuando encontramos permanencia en las razones en que se intercambian las mercancías, pasamos a la esfera de lo determinado. Es que con esas razones *emerge una*

*determinación interna, la medida* (véase Hegel, 1968, tercera sección, libro I). En otros términos, pasamos de los cuantos empíricos (los precios tal como se registran) a "una forma general de determinaciones cuantitativas, de manera que ellos se convierten en momentos de una *ley* o de una medida" (Doz, 1970, p. 45). Esto significa que la medida debe entenderse como proporción; *X* e *Y* se intercambian en cierta proporción, y si hay proporción *hay ley interna*. Por eso Marx, en seguida de definir, en el primer capítulo de *El Capital*, qué es valor de cambio, dice que el mismo "parece ser algo contingente y puramente relativo" (1999, p. 45, t. 1). O sea, sin sustancia (de ahí el "puramente"). Sin embargo, a poco que se examina el asunto encontramos que hay proporción, o medida; y si hay medida, esta debe ser gobernada por alguna ley. Por eso también, en crítica a Bailey, quien decía que los precios eran meramente relativos, Marx señala que los valores de cambio son expresiones relativas, pero no sólo porque las mercancías se intercambian en cierta relación, sino por su relación con los tiempos de trabajo social "*que es su substancia*" (Marx, 1975, p. 146, t. 2). Sin esa "substancia", no hay principio regulador, ni ley.

Lo anterior también se puede entender si tenemos en cuenta que la medida es siempre *unidad de la cantidad y la cualidad* (Hegel, 1968, p. 285). Esto significa que para que haya medida debe haber *alguna cualidad que sea susceptible de convergencia cuantitativa*. En otros términos, no basta que haya alguna una cualidad en común. No basta con decir, por ejemplo, todas las mercancías son útiles (para retomar el argumento de Böhm Bawerk sobre "la sustancia común"). *El aspecto cuantitativo es clave*, porque debe existir alguna forma de cuantificar para que haya medida. Por el contrario, si no hay medida, no podemos establecer ley alguna que gobierne las razones del intercambio. Pero en ese caso desaparecen los "centros de gravedad" o "atractores" (los "precios naturales", los "precios de producción) en torno a los cuales giran los precios de mercado. Estos centros en la teoría de Marx son los precios de producción –costos de producción más una tasa media de ganancia, determinados por la ley del valor trabajo-, *que permiten encontrar una regularidad sistémica –o regularidad "de grandes números"*. Volvemos a lo que Dobb (1973) llamaba el "principio cuantitativo unificador" que permite determinar las relaciones entre los elementos del sistema.

Por eso, en el mercado capitalista existen regularidades estadísticas. Esto es, si los intercambios son repetidos por muchos compradores y vendedores, aparecen los "centros de gravitación", que se imponen a los productores "como si fuera una ley natural reguladora" (Marx, 1999, p. 92, t. 1). Aquí con "natural" Marx quiere significar una ley económica *objetiva*, que los productores no dominan, y que se impone por la libre competencia.[4] En el enfoque austriaco, en cambio, desaparece cualquier regularidad. Significativamente, escribe Mises: "... no existen relaciones constantes en las llamadas dimensiones económicas. Todas y cada una de las continuas mutaciones provocan una nueva reestructuración del conjunto" (1986, p. 191). Y antes: "En el mundo económico no hay relaciones constantes, por lo cual toda medición es imposible" (*ibid*., p. 98). Por esta razón, la Economía "no es una disciplina cuantitativa", no hace mediciones porque no maneja constantes (*ibid*., p. 98).

## ¿Utilidad marginal del dinero?

La falta de distinción de los economistas austriacos entre valor de uso y valor de cambio, o valor, tiene consecuencias en lo que respecta al enfoque sobre el dinero. Para entender por qué, recordemos que, según Marx, el oro –en tanto es dinero– encarna, en su corporeidad de oro, valor. Por eso es una mercancía especial: no es simple signo, pero tampoco es una mercancía más, como pensaba Ricardo.[5]

Veamos ahora qué ocurre con el enfoque subjetivista. Es claro que para conservar la unidad teórica, los economistas austriacos deben explicar el valor del dinero a partir de su utilidad marginal. Por eso Rothbard afirma que el dinero "obedece a la ley de la utilidad mar-

4. En cambio, si se trata del precio de monopolio "nos referimos en general a un precio únicamente determinado por la apetencia de compra y capacidad de pago de los compradores, independientemente del precio determinado por el precio general de producción así como por el valor de los productos" (Marx, 1999, p. 986, t. 3). Esto es, no hay ley económica que rija este precio.

5. En lo que sigue el razonamiento se basa en el dinero-mercancía; puede ser fácilmente extendido al caso del billete, signo de valor del oro.

ginal igual que cualquier otra mercancía" (2009, p. 263). Así, un individuo asigna cada unidad de dinero a su uso más importante primero, y luego al siguiente uso más importante, etcétera (*ibid.*, p. 262). En este marco, la conservación de saldos monetarios solo se justifica por la incertidumbre (*ibid.*, p. 265).

Pues bien, ¿cómo se explica, con el enfoque de Rothbard, el fenómeno del atesorador, aquel que vende y trata de no comprar? Es que el objetivo del que atesora es el acrecentamiento del valor, *no el valor de uso*. Pero por eso su afán "es ilimitado por naturaleza" (Marx, 1999, p. 162, t. 1), ya que no encuentra satisfacción en el consumo de bienes de uso, *sino en la acumulación de valor, de dinero*.[6] En consecuencia, aquí no hay forma de hablar de utilidad marginal decreciente. La crítica a la teoría austriaca también puede plantearse en los siguientes términos: a) para el que atesora *la utilidad del dinero es encarnar valor*; b) de manera que el dinero tiene utilidad *porque* tiene valor; c) sin embargo, según los austriacos, las mercancías tienen valor *porque* tienen utilidad. Los puntos (b) y (c) son lógicamente contradictorios. La razón de fondo es que no hay manera de explicar el dinero, en tanto fenómeno social *ab initio*, a partir de la teoría subjetivista.

## El irresoluble problema de la imputación

Hemos mencionado más arriba que, según los economistas austriacos el valor de los medios de producción deriva del valor de los bienes de consumo. Dice Mises: "El acto valorativo original y fundamental atañe exclusivamente a los bienes de consumo; todas las demás cosas son valoradas según contribuyan a la producción de estos" (1986, p. 156). Por lo tanto, los ingresos correspondientes al capital, la tierra y el trabajo (estos dos últimos son considerados los factores primarios de producción), derivan, según este enfoque, del valor de los medios de consumo. Así, si un trabajador recibe $20 por hora de trabajo, ello

6. El razonamiento se extiende fácilmente a la acumulación de capital, esto es, al proceso de incrementar sin cesar la valorización del dinero; véase la crítica de Marx a la explicación de la ganancia por la abstinencia del capitalista (1999, pp. 736 y ss., t. 1).

no se debería a que ese es el valor de la canasta de bienes necesaria para mantenerlo, sino a que es el valor que se ha imputado al trabajo del obrero como parte del valor del producto final.

Se plantea entonces de qué manera se atribuyen las participaciones en ese precio final a los diferentes insumos que participan en la producción. Como afirma Wieser, "debemos ser capaces de medir los servicios de cada pieza de tierra, de cada cantidad individual de capital, de cada trabajador individual" (1893, p. 72).[7]

En principio se puede decir que la tesis de la imputación exige supuestos verdaderamente "heroicos". Por ejemplo, ¿cómo se deriva el valor de la maquinaria que se usó para producir alúmina, de la cual se obtuvo el aluminio, que se emplea hoy para construir la ventana de una casa, a partir del valor de uso de esta ventana? Ya con formular el problema se puede advertir la magnitud de la "construcción imaginaria" involucrada.

Sin embargo, el problema más grave se presenta cuando se considera la complementariedad de elementos en la producción. Por ejemplo, para producir el bien final *F* se necesita la combinación de los "bienes complementarios" *X* e *Y*. La pregunta es ¿cuánto del valor de *F* (determinado por su utilidad marginal) corresponde a *X* e *Y*? Menger trató de responder el problema utilizando el mismo razonamiento que el aplicado a determinar el valor de los bienes de consumo: si tenemos un stock de bienes de consumo, para averiguar qué valor tiene uno de sus componentes para su consumidor, se supone que ese elemento se ha perdido. Este procedimiento Menger lo aplica a la valoración de los "bienes complementarios". Así, si para producir *F* se necesita la combinación de *X* e *Y*, Menger analiza la consecuencia de perder *X* o *Y*, o alguna porción de *X* e *Y*, de manera que la caída en el ingreso total por la venta de *F* nos dé el rendimiento de *X* o *Y*; o de una porción de *X* o *Y* (véase Menger, 1985, pp. 146-7). Pero, como objeta Wieser, este procedimiento falla si al quitar uno de los "bienes complementarios" utilizados en la producción, también se priva a los

7. Precisemos que no se trata de determinar la participación física de los insumos y "factores", un propósito que los austriacos consideran imposible (y efectivamente, es imposible), sino su participación "en valor".

otros de una porción de su efecto. En ese caso, si suponemos que se disuelve la combinación y preguntamos cuál es el residuo que queda, no podemos descubrir el valor de uno de los bienes complementarios (véase Wieser, 1893, p. 84).

Por lo cual Wieser intentó otra solución: supuso un sistema con tres "factores de producción", $X$, $Y$, $Z$, que producen tres bienes finales. En su ejemplo numérico: $X + Y = 100$; $2X + 3Z = 290$; $4Y + 5Z = 590$. Resolviendo el sistema de ecuaciones resulta $X = 40$; $Y = 60$; $Z = 70$ (*ibid.*, p. 88). Pero el propio Wieser reconoce que si son muchos los "bienes de producción" –muchas variedades de trabajo y de tierra, y de "bienes de capital"–, "ya no hay el número de ecuaciones necesarias para una solución" (*ibid.*, p. 94). Pensemos, por ejemplo, en los miles de componentes, que son específicos y entran en la producción de un avión comercial; y los miles de insumos distintos que participan en la producción de esos miles de componentes; a lo que hay que sumar los diferentes tipos de trabajo. ¿Cómo es posible imputar a cada una de estas partes un valor derivado del valor final del avión?

También en Rothbard (2009) el problema de la imputación permanece sin solución. Por empezar, cuando los factores de producción son específicos, reconoce que no hay principio o ley que permita establecer los precios de esos "servicios" (los bienes de capital siempre se reducen a los "factores originales", tierra y trabajo). En ese caso, decide el regateo, o poder de negociación (véase 2009, cap. 5). Pero si los factores no son específicos, y si las proporciones son fijas, tampoco se pueden determinar los precios; estos dependen, de nuevo, de la negociación o regateo. Y si las proporciones no son fijas, Rothbard procede de manera similar a Menger. En su ejemplo numérico, asume que para producir oro por valor de \$100 se combinan $4X + 10Y + 2Z$. Luego supone que la combinación de $4X + 10Y + 2Z$ produce oro por un valor \$80. La pérdida de una unidad $X$, permaneciendo los otros factores constantes, resulta en una pérdida del ingreso bruto de \$20 en oro. Este es entonces el valor marginal del producto de la unidad $X$ con este uso (*ibid.*, p. 459). Pero este razonamiento desconoce la objeción de Wieser, a saber, que exige suponer que el retiro de una unidad de $X$ no afecta el rendimiento de $Y$ o $Z$; lo cual, en la práctica, parecería muy poco frecuente.

## El individualismo metodológico y la prioridad de lo social

El enfoque metodológico que subyace a los planteos de los economistas austriacos es el individualismo metodológico, esto es, la idea de que todos los fenómenos sociales se explican a partir de los comportamientos individuales. Por ejemplo Hayek escribe: "No hay otro camino hacia una comprensión de los fenómenos, sino a través de nuestra comprensión de las acciones individuales dirigidas hacia otras personas guiadas por su comportamiento esperado" (citado por Lukes, 1973, p. 190). También Mises: "La praxeología en principio se interesa por la actuación del hombre individualizado" (1986, p. 78). En otro pasaje: "el único camino que conduce al conocimiento de los entes colectivos parte del análisis de la actuación del individuo" (*ibid.*, p. 79).

Pero para explicar lo social en términos de deseos, percepciones y comportamientos de los individuos se debería postular que esos deseos, percepciones y comportamientos son presociales, ya que de lo contrario lo social no se podría derivar de lo individual. Sin embargo, lo individual por fuera de lo social, sencillamente no existe. Salvo algunos comportamientos instintivos del recién nacido –por ejemplo, el reflejo de succión–, todo el resto de nuestros comportamientos son adquiridos socialmente (véase Lukes, 1973). El mismo Mises debe admitir que "[e]l hombre, en cuanto ser que piensa y actúa, emerge ya como ser social de su existencia prehumana" (*ibid.*, p. 80). También afirma que el ser humano al nacer "surge en determinada circunstancia ambiental" (*ibid.*, p. 84) y que "el hombre no es 'libre'... constríñele el ambiente y todos aquellos influjos que tanto él como sus antepasados experimentaron" (*ibid.*,). Y un poco más adelante, escribe que el ser humano no vive "en abstracto", es siempre "hijo de una familia, de una raza, de un pueblo, de una época; miembro de una cierta profesión..." (*ibid.*, p. 85). Pero si esto es así, y sin desconocer el rol del individuo, *lo social debería tener prioridad explicativa*. Por ejemplo, si lo social influye en nuestras elecciones y nuestras apreciaciones de la utilidad, no es posible explicar un fenómeno social, como es el valor, a partir de lo individual, de lo subjetivo, ya que este presupone lo social. Por ejemplo, es imposible no reconocer que las apreciaciones y elecciones subjetivas de los consumidores es-

tán influenciadas por los precios de los productos que se les ofrecen (toda mercancía llega al mercado con un precio al menos tentativo, que precede a la elección del consumidor).

Algo similar ocurre con las variables del ingreso. Por caso, la teoría subjetiva del valor sostiene que la preferencia por los bienes presentes, en relación a los bienes futuros, determina la tasa de interés.[8] Sin embargo, esa preferencia, como señala Dobb (1973), está influenciada por la distribución del ingreso, ya que no es igual la preferencia por el presente del que tiene un ingreso de 500 dólares por mes, del que tiene uno de 10.000 dólares por mes. Pero esto implica que la distribución del ingreso es lógicamente anterior a la determinación del interés. Algo similar ocurre cuando se dice que el salario se determina a partir de las preferencias de los individuos entre la utilidad marginal del ingreso y el "costo de oportunidad" implicado en la renuncia del goce. La realidad es que la elección entre trabajar como asalariado y no hacerlo será muy distinta si el individuo es propietario, o no, de tierras, o de otros medios de producción. Pero esto implica que el salario no puede determinarse con independencia de la situación distributiva en que se encuentra el individuo (véase Dobb, 1973, p. 113).

Todo apunta a lo mismo: no se puede explicar el valor (ni otras variables, como el salario, el interés, etcétera) por fuera y al margen de la relación social. En este respecto, es significativo que Wieser reconociera, de alguna manera, esta cuestión, al introducir la noción de "valor natural". Este sería el valor de los bienes escasos en una so-

8. La tasa de interés, según este enfoque, es la relación de intercambio entre dos tipos de bienes, los presentes y los futuros. El hecho de que la tasa de interés sea positiva se explica por la preferencia por el consumo presente sobre el futuro. Por ejemplo Rothbard: "Toda persona prefiere e intentará lograr la satisfacción de un fin dado en el presente a la satisfacción de tal fin el en futuro. Esta es la ley de la preferencia temporal" (2009, 320). Señalemos que Joan Robinson, en un conocido artículo, demuestra que es imposible explicar la tasa de interés positiva por esta vía: "Supongamos que algunos cazadores deseasen consumir más piezas de las cobradas, y que otros deseasen reservar su poder de compra para el futuro... El tipo de interés –diferencia entre la restitución y el préstamo originario– se establecería al nivel que equiparase la oferta y la demanda de los préstamos. (...) no existen indicios a priori en favor de un tipo de interés positivo. Por consiguiente, no puede explicarse el tipo de interés calificándolo de "coste de espera" (Robinson, 1988, p. 88).

ciedad comunista, que Wieser visualiza "completamente orgánica y altamente racional" (p. 60; esta afirmación le ha valido no pocas condenas dentro de la escuela austriaca). Sería un valor determinado por la oferta y la demanda social, o por la comparación entre la cantidad de bienes y la utilidad social (*ibid.*). En ese escenario los bienes serían estimados solo de acuerdo a su utilidad marginal. Sin embargo, sigue Wieser, en la sociedad capitalista el valor natural es solo "un elemento en la formación del valor de cambio". Es que en el valor de cambio, tal como existe en la realidad, inciden no solo el error, la fuerza y lo aleatorio, sino también "*la existencia de la propiedad privada y la distribución del ingreso entre ricos y pobres.* Todo lo cual introduce un segundo elemento en la formación del valor, a saber, el poder de compra" (p. 61). Como observa Roll, Wieser "parece haber advertido que había algunas insuficiencias en el subjetivismo puro. Sabía que la economía se ocupa de un proceso social, y que por lo tanto, tenía que basarse en el concepto de una economía social" (1973, p. 372). Aunque, de todas formas, su doctrina siguió descansando en el supuesto común a todas las corrientes subjetivistas, "de que es posible concebir un valor social subjetivo" (*ibid.*, p. 372-3).

## La producción no es "historia pasada"

El énfasis que los economistas austriacos ponen en el consumo y la valoración subjetiva del consumidor los lleva a sostener que, una vez llegado al mercado, los tiempos de trabajo, los costos de producción, pierden toda relevancia. Por ejemplo, Harper afirma que "al momento de la compra nadie se preocupa por las horas invertidas" en la producción. Rothbard, por su parte, escribe que "una vez que se ha hecho el producto, el costo no tiene influencia en su precio" (2009, p. 343).

Sin embargo, en la vida real la productividad, lejos de ser cosa "del pasado", está en el primer plano. Las empresas siempre están atentas a la productividad media imperante en la rama, productividad que se impone por la competencia. Pero por eso mismo el costo no puede ser historia para la empresa. Esta debe, por lo menos, recuperar el costo incurrido, más una tasa media de ganancia, a fin de continuar

con la producción. Lo cual se vincula con el enfoque de los economistas clásicos, y de Marx, que concebían al proceso económico en forma circular. Esto significa que los productores de mercancías (o los capitalistas) no sólo se preocupan por la producción inmediata para el mercado, *sino por las condiciones para su reproducción y, de ser posible, en escala creciente.* De ahí que Marx llame "precio de producción" al precio que incluye, además de los costos, la ganancia medial: "Le hemos dado el nombre de precio de producción... porque a la larga es la condición de la oferta, *de la reproducción de la mercancía* en cada esfera de la producción en particular" (Marx, 1999, p. 250, t. 3; énfasis agregado). Pero dada esta necesidad de "reproducir la mercancía", es imposible que los capitalistas, o los productores simples de mercancías, no presten atención a los costos de producción.

En el planteo austriaco, en cambio, ese carácter circular, o en espiral, de la producción se pierde. Crusoe lleva 5.000 bayas que intercambia por vaca, pero el economista austriaco jamás se pregunta si ese intercambio le permitirá a Crusoe reponer los costos, y renovar la producción de bayas. Por eso el escenario típico del mundo austriaco (también en los manuales usuales de Micro) es la subasta, con individuos que llegan al mercado con bienes "caídos como maná del cielo", para regatear.

## Demanda, producción, escasez, consumo

La teoría que tiene como centro al consumidor y sus evaluaciones, lleva necesariamente a afirmar que la demanda determina la producción. Es que mi impulso a ofertar la mercancía *A* es en realidad un derivado de mi impulso a adquirir *B*, ya que el objetivo último siempre es el consumo. De ahí que, como afirma Salama (1984), la oferta debería considerarse una demanda recíproca. Así, las funciones de la demanda dominan. Lo cual significa que domina el consumidor.

Sin embargo, para que exista demanda, y por lo tanto elecciones de los consumidores, estos deben disponer de ingresos. Esto es, antes de que las preferencias de los consumidores puedan ser "el origen y la fuente de la demanda" (Mises, 1986, p. 110), es necesario que esos

consumidores tengan poder de compra, o sea, ingresos. Ingresos que deben provenir de alguna parte. ¿De dónde? La respuesta austriaca debería ser "del valor derivado de las preferencias y de la escasez". Lo cual es lógicamente contradictorio con el hecho de que para que se manifiesten las preferencias a través de las compras, debe existir poder de compra. Por supuesto, la teoría del valor trabajo responde al intríngulis: el poder de compra es creado en la producción, y se realiza a través del mercado. Pero con esto estamos diciendo que en el origen y fuente de la demanda no están las preferencias, como afirma Mises, sino la producción.

Pero además, el hecho de que la producción condicione la existencia del ingreso, y de la demanda, impide hablar de la "escasez" en abstracto, como acostumbran hacer los economistas subjetivistas. Es que *la escasez está vinculada al poder de compra*; si, por ejemplo, la clase obrera no tiene poder de compra para demandar autos de lujo, no puede hablarse de escasez de autos de lujo en relación a la demanda de la clase obrera.[9] Puede, por supuesto, existir escasez en relación a algún bien en particular, como cuando se produce un aumento súbito de su demanda, que supera a la oferta disponible. Pero entonces se trata de una escasez *particular*, no general. En consecuencia, la posibilidad de aumentar la oferta (o sea, la producción) *se referirá a ese bien en particular*. Lo cual ocurre con los bienes que son reproducibles mediante el empleo de medios de producción y trabajo. Y una vez aumentada la producción de ese bien, *ya no será escaso con relación a la demanda*. De ahí también que el precio, una vez que se haya reajustado la producción, estará determinado por los precios de producción promedio.

De lo explicado hasta aquí, se puede entender con facilidad que también el valor de uso *hay que enfocarlo desde el punto de vista social*. Marx señala este aspecto de la cuestión en su Introducción al análisis de la renta de la tierra, en *El Capital*. Es que si bien el valor de uso de una mercancía depende de que satisfaga una necesidad (y esta es condición *sine qua non* del valor), cuando tratamos de la masa de esa

9. "... una cosa no puede ser escasa o abundante sino en tanto sea solicitada" (Marx, 1981, p. 30).

mercancía, la ley del valor se impone, no en relación a esa mercancía en particular, "sino a los productos globales originados en cada una de las esferas sociales particulares de la producción". Por eso, la masa social de los productos de esa mercancía "depende de que sea adecuada a la necesidad social cuantitativamente determinada de cada tipo de producto en particular". Aquí estamos tratando entonces con "valor de uso elevado a potencia social", o sea, con "la necesidad social". (Marx, 1999, pp. 817-8, t. 3). Se trata de la masa de mercancías que se demanda *según las necesidades sociales.* Así, por ejemplo, en una economía dada se determina una canasta salarial mínima de reproducción de la fuerza de trabajo, la cual se impone como *necesidad social.* Esta canasta *se establece como promedio,* y considerando de conjunto las mercancías necesarias, *sin que nadie realice ordenación alguna de utilidades marginales entre ellas.* De nuevo, estamos ante determinaciones que son sociales.

Por lo tanto, y contra lo que afirman los economistas austriacos, *es la producción la que determina un consumo acorde, y el correspondiente tipo de consumidor.* Escribe Marx: "El hambre es hambre, pero el hambre que se satisface con carne guisada, comida con cuchillo y tenedor, es un hambre distinta del que devora carne cruda con ayuda de manos y dientes. No es únicamente el objeto de consumo, sino también el modo de consumo, lo que la producción produce no solo objetiva, sino también subjetivamente. *La producción crea, pues, el consumidor*" (Marx, 1989, p. 12; énfasis agregado). Pero también la producción crea necesidades materiales: "El objeto de arte –de igual modo que cualquier otro objeto– crea un público sensible al arte, capaz del goce estético. De modo que la producción no solamente produce un objeto para el sujeto, sino también un sujeto para el objeto" (*ibid.*, pp. 12-3). No se trata, por supuesto, solo del siglo XIX. Por ejemplo, fue la producción de computadoras personales y de teléfonos celulares la que generó la necesidad de estos artículos, y moldeó los consumidores. De nuevo encontramos "gustos y preferencias" creados por la producción, que necesariamente, siempre es social.

Por último, la producción tampoco existe sin una previa distribución de la propiedad de los medios de producción. A su vez, esta distribución de los medios de producción condiciona la distribución

del ingreso. Y la distribución de los medios de producción y de los ingresos condiciona, como ya hemos visto, los gustos y preferencias. Por todos los poros de la teoría, se impone la primacía de la explicación social por sobre el individualismo.

Con esto concluimos la revisión crítica de la teoría del valor de la escuela austriaca. En lo que resta del capítulo examinamos la teoría del capital de Böhm Bawerk, el principal referente de la escuela en la materia.

## La teoría del capital de Böhm Bawerk

Para ubicar el enfoque de Böhm Bawerk, tengamos presente que en la teoría neoclásica *mainstream* el capital es "un factor de producción", cuya magnitud es independiente de la distribución del ingreso entre los salarios y beneficios, y por lo tanto puede utilizarse –en la función de producción– para calcular simultáneamente la tasa de ganancia (o el interés) y los salarios. Pero Sraffa, Garegnani y otros autores demostraron que es imposible medir el capital sin apelar a las variables distributivas, y que esto afecta el mismo concepto de capital, y a la función de producción. No se trata, además, de un problema "técnico", sino de las bases teóricas del esquema neoclásico. En última instancia, el problema deriva de una imposibilidad lógica: no se puede apelar a una medida del capital que sirva *al mismo tiempo* para homogeneizar bienes físicos heterogéneos, con el fin de derivar la ganancia (o el interés del capital) a partir de su productividad; y para medir el valor del capital, que está en manos de los capitalistas, y da lugar a la plusvalía.

Pues bien, la teoría del capital de Böhm Bawerk en apariencia supera las dificultades que presenta la teoría neoclásica, ya que mide el capital recurriendo al tiempo medio de producción. Es un aspecto menos conocido de las polémicas sobre el capital. En lo que sigue no tenemos ninguna pretensión de originalidad, solo pretendemos hacer accesible al estudiante de Economía Política, o al lector interesado, lo esencial de la crítica de Garegnani (y de Sraffa). Empezamos con la explicación de Böhm Bawerk sobre el interés y su noción del capital.

## Interés y capital

Según Böhm Bawerk, el problema teórico del interés es explicar por qué el poseedor de un capital tiene la posibilidad de obtener, con carácter permanente, una renta neta, o interés del capital, que es independiente de cualquier actividad del propietario. ¿De dónde proviene y por qué obtiene el capitalista ese aflujo interminable de bienes, sin esfuerzo de su parte?, se pregunta (1986, p. 27). Como no podía ser de otra manera, su respuesta está basada en la teoría subjetiva del valor. Este último no puede ser generado en la producción, ni por ningún otro medio. "No puede hablarse de producción de valor, pues el valor ni se produce ni puede producirse", declara (*ibid.*, p. 156). La producción solo genera bienes, que tienen valor a partir de la valoración de los consumidores. Por lo tanto, la ganancia no puede provenir del trabajo no pagado (como dice Marx), pero tampoco de "la productividad del capital" (como sostiene el *mainstream* neoclásico). En este respecto, Böhm Bawerk subraya que es necesario distinguir entre la productividad física y la producción de valor. El argumento lo desarrolla en las críticas que dirige a Say y Roscher, quienes explicaban la renta del capital por su productividad. Böhm Bawerk admite que la utilización de la máquina aumenta la productividad física, pero de aquí no se deriva, necesariamente, que el producto deje "una plusvalía después de cubrir el costo del capital invertido" (*ibid.*, p. 159). La productividad del medio de producción tendrá incidencia en el valor, pero hay que dilucidar el mecanismo por el que se genera el interés del capital.

La explicación está en la teoría del interés, contenida en el libro quinto de la *Teoría positiva del capital*. Según Böhm Bawerk, el interés se origina por tres razones combinadas. La primera, es que existe una preferencia por los bienes presentes por sobre los bienes futuros. Se supone que los individuos esperan que en el futuro sus ingresos sean mayores a los del presente, de manera que la utilidad marginal de un bien en el presente es mayor que en el futuro.[10] La segunda

10. Esta explicación coincide con la de Fisher, y se diferencia de la convencional (que repite, entre otros, Rothbard, véase nota 3), que simplemente postula la preferencia del consumo presente sobre el futuro.

razón es que la gente tiende a subestimar el futuro, por deficiencias de imaginación, limitación de la voluntad e incertidumbre de la vida. Puede verse que estos dos argumentos no tienen que ver con la producción; están anclados en el mundo de la pura subjetividad, los gustos y preferencias. La tercera razón, en cambio, se vincula a la producción, y a la tesis de que los bienes presentes tienen una superioridad técnica por sobre los bienes futuros, aunque también encuentra su fundamento último en la teoría subjetiva.

Esa superioridad de los bienes presentes sobre los futuros se explica porque, según Böhm Bawerk (1930), los trabajos aplicados a procesos productivos que requieren tiempo, esto es, que emplean métodos indirectos, son en general más productivos que los trabajos aplicados a la producción inmediata. Por ejemplo, Robinson Crusoe puede alimentarse recolectando frutos y empleando todo el tiempo disponible en la tarea, para estar bien alimentado; pero también puede, una vez asegurada la supervivencia, disponer de una parte del tiempo para fabricar un arco y flechas, con los cuales aumentar la productividad. Para esto, debe ahorrar fuerzas productivas para producir "bienes de capital", a costa del bienestar presente (se trata de una concepción a-histórica del capital, pero no entramos ahora en esta discusión). Una vez construidos el arco y las flechas, el bueno de Robinson puede aumentar su producción de alimentos.

Más en general, Böhm Bawerk afirma que el producto total aumenta invirtiendo siempre, de manera adecuada, en métodos de producción que consumen más tiempo. Por eso define al capital (como en general, lo hace toda la economía burguesa) como un conjunto de bienes procedentes de una producción anterior, que no están destinados al consumo directo, sino a ser medios para la adquisición de nuevos bienes (1986, p. 32). Pero este "agente de producción" es el resultado del trabajo y la naturaleza, los dos factores productivos independientes, o los dos únicos "factores técnicos" en la producción.

## Los métodos indirectos y el interés

Böhm Bawerk asocia entonces los incrementos de productividad con

los métodos más indirectos (o más capital intensivo). Los rodeos productivos aumentan el rendimiento, aunque a tasas decrecientes, porque habilitan a incorporar fuerzas de la naturaleza al proceso productivo. Pero siendo el trabajo y la tierra las potencias originarias, la producción se descompone en "capas" o "estratos" de tiempo y trabajo (la tierra se elimina por razones de simplicidad). Así, si tomamos la mercancía *A* se considera como si hubiera sido producida con trabajo que empezó la producción sin ningún medio de producción. Por eso, se opera un retroceso (mental o lógico) en el tiempo, en términos de trabajo aplicado en las sucesivas etapas. De esta forma, se rastrea el proceso mediante el cual los bienes de capital utilizados en la última etapa de la producción de *A* fueron producidos con trabajo y otros bienes de capital; y luego, se pasa a la etapa anterior, en la cual esos medios de producción fueron producidos a su vez con trabajo y medios de producción. Esto significa que no hay capital fijo; hay que suponer que los seres humanos comienzan en alguna etapa la producción con las manos. Dado que Böhm Bawerk elimina la tierra (y la renta), de hecho presenta una teoría del capital como acumulación de los años-hombre de trabajo que se tienen que añadir a las diversas fases del proceso productivo, hasta que las mercancías estén listas para el consumo.

Pero, ¿cómo surge la plusvalía? Surge en esencia del intercambio de los medios de producción contra bienes de consumo finales y presentes. En la medida en que el trabajo y el uso de la tierra son los medios de producción originales, la formación de sus precios decide la existencia del beneficio sobre el capital. Y en esto el mercado laboral es el más importante. Es que el precio de mercado del trabajo debe ser siempre menor que el valor y el precio del producto terminado, nos dice Böhm Bawerk. ¿Pero cómo es posible? La respuesta es por la situación desventajosa en que se encuentran los trabajadores con respecto a los empresarios. "En las circunstancias de la industria moderna, los trabajadores asalariados escasamente poseen medios suficientes para utilizar su propio trabajo en métodos de producción que se extiendan por años" (1930, p. 314). Notemos cómo Böhm Bawerk *reconoce que el punto de partida de la producción capitalista es la desposesión de una clase social de los medios de producción*; aunque esta circunstancia *está naturalizada.*

Sigamos sin embargo con el razonamiento de Böhm Bawerk. Debido a la situación en que se encuentran en la sociedad capitalista, los trabajadores están ante la alternativa de vender su trabajo, o de emplearlo por su cuenta en procesos tan cortos e improductivos como se los permiten sus escasos medios de producción. Los capitalistas, a su vez, quieren comprar la cantidad de trabajo que vale tanto como el producto que saldrá, en el futuro, del proceso de producción. El beneficio surge entonces de la diferencia entre ese bien futuro y lo que pagan en el presente por el trabajo, *que contiene un descuento.*

Esto es posible, insistimos, porque los trabajadores asalariados "no pueden emplear su trabajo remunerativamente trabajando por su cuenta, y por lo tanto están dispuestos, como un conjunto, a vender el futuro producto de su trabajo por un monto considerablemente menor de bienes presentes" (1930, p. 330). Si los bienes presentes y futuros se intercambiaran en el mercado de subsistencia a la par, y los trabajadores obtuvieran como pago por la semana de trabajo, en bienes presentes, todo el valor de su producto futuro, no aparecería el agio ni el interés del capital (véase *ibid.*, p. 333). En otras palabras, los bienes presentes deben tener un agio debido a que son más útiles que los bienes futuros: éste es el origen de la plusvalía, según Böhm Bawerk.

## La medición del capital y el período medio

Aunque Böhm Bawerk no adhiere a la explicación del interés por la productividad marginal del capital, necesita también establecer el valor del capital. Es que en su esquema la productividad depende del grado en que la producción es indirecta, y para determinar el grado en que la producción es indirecta es preciso asignar un valor al capital, que depende de la longitud del proceso productivo. Téngase presente que la estimación de los bienes futuros se gradúa por el tiempo, de manera que "el valor de los bienes productivos aumenta a medida que se alarga el proceso" (1930, p. 304). Esto significa que para conocer el interés se debe conocer el grado en que la producción es indirecta; y para esto es necesaria una medida del capital que sea independiente de la tasa de interés.

En principio, Böhm Bawerk parece lograrlo, ya que considera que el valor de un bien durable es la suma de todos los servicios materiales inherentes al mismo. Los factores originarios, en los que se descompone el capital, son la tierra y el trabajo. Sin embargo Böhm Bawerk deja de lado la tierra en el cálculo del valor del capital. Por lo tanto, mide su valor suponiendo que se invierte solo en salarios; se trata de períodos de inversión que se aplican de manera discreta cada año, pero uniformemente a lo largo de los años. Así, calcula el período medio de producción, considerándolo como la media aritmética ponderada de los períodos que deben transcurrir entre el momento en que se inició la producción, y el momento en que la mercancía está lista para la venta. Lo explicamos con un ejemplo numérico, que tomamos de Samuelson (1977).

Supongamos que para la producción de *A* tenemos el método (1), según el cual *A* se produce empleando 5 unidades de trabajo durante 2 años, y una unidad de trabajo durante un año. Con el método (2), se aplican 3 unidades de trabajo durante 3 años, 3 unidades durante 2 años, y 3 unidades durante el último año. Y con el método (3) se aplican 2 unidades durante 4 años, 2 unidades durante 3 años, 2 unidades durante 2 años y 2 unidades durante 1 año. Supongamos que el salario es igual a 1, igual a la unidad de trabajo (dejamos asentado que estamos dando por válido el supuesto, "heroico", de que en el primer año de cada proceso los trabajadores solo emplean las manos para producir los medios de producción).

Si llamamos $T_A$ al período medio, $L_A$ al trabajo total y $L_i$ (i = 1, 2, 3...) a los trabajos en los años sucesivos, $T_A$ será $(L_1 + 2L_2 + 3L_3 + \ldots)/LA$. Así, en el proceso (1) $T_A$ es $(5 \times 2 + 5)/10 = 1{,}5$ períodos. En el proceso (2) $T_A$ es $(3 \times 3 + 3 \times 2 + 3 \times 1)/9 = 2$ períodos; y haciendo el cálculo para el proceso (3), resulta $T_A = 2{,}5$ períodos. Se ve entonces que el método (3) es más indirecto que el (2), y el (2) más que el (1).

En base al supuesto de la ganancia simple (o del interés simple), se puede establecer entonces el valor de *A*, $V_A$, a partir de la suma de los salarios y las ganancias (Garegnani); tenemos entonces:

$V_A = L_1 (1 + r) + L_2 (1 + 2r) + L_3 (1 + 3r) + \ldots$; lo cual se puede resumir en la siguiente ecuación: $V_A = L_A (1 + r\,T_A)$ (*)

Si calculamos con (*) el valor de $A$, suponiendo una tasa de ganancia (interés) del 10%, tendremos que con el método (1) valdrá 11,5; aplicando el método (2) su valor será 10,8 y con el método (3) será 10. Se puede ver también que a tasas de interés altas, el método más indirecto no es el más productivo. Por ejemplo, si la tasa de interés es del 60%, $V_A$ con (1) es 19; aplicando (2) es 19,8; y con (3) es 20. Por eso, a medida que baja la tasa de interés, el método de producción es más indirecto (esto es, más intensivo en capital).[11] Además, el sistema no puede regresar jamás al método (1), una vez que lo ha dejado atrás.

La conclusión entonces es que cuanto mayor sea el tiempo insumido en la producción, menor será la cantidad de trabajo que se necesita. Con tasas de interés más elevadas, son más baratas las técnicas que emplean en total más trabajo pero menos tiempo; a tasas de ganancia más bajas, serán más rentables los métodos que emplean más tiempo. Hay que observar también que nunca se analiza el proceso por el cual la acumulación puede llevar a una caída de la tasa de ganancia (o interés), ya que siempre se comparan situaciones de equilibrio. De esta manera, Böhm Bawerk parece superar el problema de la heterogeneidad de los bienes de capital existentes, ya que el capital se reduce a un fondo que es avanzado por los capitalistas para pagar los salarios de los trabajadores (recordamos que en el cálculo ha dejado de lado el otro "factor originario", la tierra).

## La introducción del interés compuesto

Sin embargo, y como ya había señalado Wicksell, la medición del capital de Böhm Bawerk adolece de una falla crucial, que es el supuesto de que los bienes de capital acumulados durante la producción son remunerados según una tasa de interés (o de ganancias) simple. Es que

11. Aunque no lo podemos desarrollar aquí, la idea de que a medida que baja la tasa de interés los métodos de producción son más capital intensivos está en la base de la teoría de los economistas austriacos sobre la crisis. Según este enfoque, una baja tasa de interés provoca la sobre inversión en las industrias productoras de bienes de producción, lo que deriva en las crisis.

si las ganancias se distribuyen entre los capitalistas de acuerdo con la regla de la tasa de ganancia simple (o el interés simple), ello significa que "las ganancias generadas, pero aún no percibidas, no deben dar origen a otras ganancias, como sucedería con la tasa compuesta" (Garegnani, 1982, p. 36).

Para explicarlo con el ejemplo de Garegnani, supongamos que hay dos mercancías, *A* y *B*, que requieren la misma cantidad de trabajo para su producción, pero que *A* está lista después de un año, y *B* después de 2 años. Si el salario requerido por el trabajo es 100, y la tasa de ganancia (simple) es 20%, el precio de *A* será 120 y el de *B* 140. Pero en este caso conviene invertir en *A*, ya que los capitalistas en el segundo año obtendrán un beneficio del 20% sobre el beneficio de 20 realizado en el primer año; o sea, obtendrán al final del segundo año 144, en lugar de 140. En este respecto, es llamativo que con su supuesto de la tasa de interés simple Böhm Bawerk estuviera pasando por alto el mismo problema en el que se había trabado Ricardo (el famoso ejemplo del vino estacionado), y que en última instancia criticara en Marx.

La realidad entonces es que los capitales son remunerados según una tasa de interés compuesta. Sin embargo, su introducción socava la concepción de capital como "período medio de producción". "La concepción del capital como período de producción... debe modificarse sustancialmente una vez que se reconozca la inaceptabilidad de la tasa de ganancia simple" (Garegnani, 1982, p. 49).

El problema central es que ahora el período medio de producción variará al modificarse la tasa de ganancia (o de interés). En términos matemáticos, es:

$$V_A = L_1 (1 + r) + L_2 (1 + r)^2 + L_3 (1 + r)^3 + \ldots$$

Relación que se puede reducir a la forma:

$$V_A = L_A (1 + r)^{TA} \ (**)$$

Pero aquí aparece un problema: el período medio, $T_A$, que se puede determinar con (**) ya no coincide con el período medio esta-

blecido en (*). La razón es que en el cálculo de Böhm Bawerk, $T_A$ no aparece influenciado por r; pero si se introduce la tasa a interés compuesto, el período medio varía con la variación del interés. Lo explicamos con un ejemplo.

Tomemos el método (1) de producción de *A*. Suponiendo que la tasa de interés es del 20%, y de acuerdo al criterio de la tasa de interés simple, es:

$$V_A = 5\ (1 + 0{,}2 \times 2) + 5\ (1 + 0{,}2) = 10\ (1 + rT_A)$$

Si despejamos, obtenemos que $T_A = 1{,}5$ períodos. Este resultado se mantiene, cualquiera sea el valor de r; por caso, si suponemos que $r = 0{,}1$, también obtendremos que el período medio es 1,5 períodos. Veamos ahora qué sucede ahora si introducimos el interés compuesto. Suponiendo de nuevo que la tasa de interés es del 20%, tenemos:

$$V_A = 5\ (1 + 0{,}2)^2 + 5\ (1 + 0{,}2) = 10\ (1 + 0{,}2)^{TA}$$

Despejamos $T_A$, tomamos logaritmos y obtenemos que $T_A$ = (log 13,2 – log 10) / log 1,2. El resultado es $T_A = 1{,}522$ períodos, y no 1,5. De la misma manera, podemos comprobar que si r = 10%, $T_A = 1{,}512$; si r = 40%, $T_A = 1{,}54$; si r = 60%, $T_A = 1{,}558$. Algo similar ocurre con los otros métodos. Por ejemplo, con (2), si r = 20%, $T_A = 2{,}06$, y no 2; si r = 40%, $T_A = 2{,}11$; y si r = 60%, $T_A = 2{,}15$. *El período medio calculado aplicando el interés compuesto se altera con las variaciones de la tasa de interés, lo que no sucede cuando se aplica el interés simple.*

Escribe Garegnani: "cuando se usa la tasa de ganancia compuesta, el valor en unidades salario de *A* ya no puede expresarse como función de la tasa de ganancia y, además únicamente de las cantidades totales de trabajo $L_A$ y de un período *único* de tiempo cualquiera que cumpla con el requisito de independencia con respecto al nivel de la tasa de ganancia, requisito esencial para una medición no circular del capital" (p. 52). Y un poco más abajo, luego de señalar que $T_A$ variará al variar r, observa: Este "período medio", que después de todo es el sugerido por muchos autores, no podría constituir evidentemente

el dato que necesitamos para determinar la tasa de ganancia. (...) Antes de saber qué período medio corresponde a una cierta técnica de producción, deberíamos conocer la tasa de ganancia, que es precisamente lo que tenemos que determinar" (*ibid.*).

## El retorno de las técnicas

Como ya hemos señalado, una de las conclusiones fundamentales que se desprenden de la teoría de Böhm Bawerk del capital es que a medida que baja la tasa de interés, los métodos de producción empleados son más indirectos, esto es, más capital-intensivos. Tiene un claro paralelo con lo que se deriva de la función de producción neoclásica tradicional; a medida que baja la tasa de interés, aumenta la relación capital/producto y la relación capital/trabajo. La idea de una curva de demanda de bienes de capital de pendiente negativa, está asociada a estas relaciones. Aunque se trata de un tópico de los cursos de microeconomía, Sraffa, Garegnani y otros autores de Cambridge demostraron que esto no es necesariamente así. A tasas altas de interés puede emplearse una técnica α más intensiva en mano de obra; a tasas intermedias es más rentable una técnica β, más intensiva en capital; y a una tasa aún más baja, la técnica α vuelve a ser más rentable (véase, por ejemplo, Pasinetti, 1984, para una exposición sencilla; también Sraffa, 1966).

El tema es que en el enfoque austriaco también ocurre el retorno de las técnicas. Lo vemos con el ejemplo numérico que presentó Samuelson (1977).

Suponemos para esto que una mercancía *A* se puede producir con dos métodos alternativos. En el primero, se emplean 7 unidades de trabajo durante dos períodos de tiempo, y en el segundo método se utilizan 2 unidades de trabajo durante 3 períodos de tiempo, y 6 por un período. ¿Cuál es más indirecto? Es claro que a primera vista no hay forma de determinarlo; hay que introducir la tasa de interés. Veamos entonces qué pasa a diferentes tasas de interés compuesto.

Empezamos suponiendo que r = 0,2. A esa tasa de interés, (suponiendo el salario = 1), con la tecnología (1) *A* vale 10,08 y con

la tecnología (2), *A* vale 10,656; se impone entonces (1). Luego, si r = 0,5, con ambos métodos *A* tiene el mismo valor, 15,75. Si después suponemos que r está entre 0,5 y 1, se impone el método (2). Pero al ser r = 1, los dos métodos vuelven a ser indiferentes; *A* vale 28 con ambos. Por último, por encima de r = 1, la tecnología (1) vuelve a prevalecer; por ejemplo, si r = 150%, *A* vale 43,75 si se aplica (1), y 46,25 con el método (2).

En definitiva, la teoría del capital de Böhm Bawerk, basada en el período medio de producción, no puede superar las dificultades encerradas en el problema de homogeneizar el "factor capital" con independencia de las variables distributivas. Böhm Bawerk necesita una medida del capital que sea independiente de la tasa de interés (esto es, de la plusvalía) para fundar teóricamente la tasa de interés. Pero es imposible calcular el valor de los "servicios originarios", que componen el valor del capital, sin recurrir a la tasa de interés, ya que el período medio varía al modificarse la tasa de interés. Asimismo, el fenómeno del retorno de la técnica pone en evidencia que no se puede asociar de manera monotónica la baja de la tasa de interés con las tecnologías más intensivas de capital. Lo cual, por otra parte, quita fundamento teórico a la explicación austriaca de las crisis.

**Textos citados**

Böhm Bawerk, E. von (1986): *Capital e interés. Historia y crítica de las teorías sobre el interés*, México, FCE.

Böhm Bawerk, E. von (1930): *The Positive Theory of Capital*, New York, Stechert.

Bujarin, N. (1974): *Economía política del rentista*, Barcelona, Laia.

Clarke, S. (1991): *Marx, Marginalism and Modern Sociology*, Palgrave Macmillan.

Dobb, M. (1998): *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica*, México, Siglo XXI.

Dobb, M. (1973): *Economía Política y capitalismo*, México, FCE.

Doz, A. (1970): *Hegel. La théorie de la mesure*, París, Presses Universitaires de France.

Garegnani, P. (1982): *El capital en la teoría de la distribución*, Barcelona, Oikos.

Harper, F. A. (2006): "An Introduction to Value Theory", The Writings of F. A. Harper, vol. 2, Short Essays, https://mises.org/library/introduction-value-theory.

Hegel, G. W. F. (1968): *Ciencia de la lógica*, Buenos Aires, Solar / Hachette.

Lukes, S. (1973): "Reconsideración del individualismo metodológico", A. Ryan (recop.), *La filosofía de la explicación social*, México, FCE, pp. 187-203.

Marx, K. (1999): *El Capital*, México, Siglo XXI.

Marx, K. (1989): *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858*, México, Siglo XXI.

Marx, K. (1981): *Miseria de la filosofía*, Moscú, Editorial Progreso.

Marx, K. (1975): *Teorías sobre la plusvalía*, Buenos Aires, Cartago.

Marx, K. y F. Engels (1973): *Correspondencia*, Cartago, Buenos Aires.

Menger, C. (1985): *Principios de Economía Política*, Buenos Aires, Hyspamérica.

Mises, L. von, (1986): *La acción humana. Tratado de Economía*, Madrid, Unión Editorial.

Nussbaum, M. C. (2005): *El conocimiento del amor. Ensayos sobre filosofía y literatura*, Madrid, Machado Libros.

Nussbaum, M. C. (1997): "Flawed Foundations: The Philosophical Critique of (A Particular Type of) Economics", *University of Chicago Law Review*, vol. 64 pp. 1197-1214.

Pasinetti, L. (1984): *Lecciones de teoría de la producción*, México, FCE.

Robinson, J. (1984): "La función de producción y la teoría del capital", Ensayos críticos, pp. 81-98, Madrid, Hyspamérica.

Roll, E. (1973): *Historia de las doctrinas económicas*, México, FCE.

Rothbard, M. N. (2009): *Man, Economy and State. A Treatise on Economic Principles*, Ludwig von Mises Institute.

Rothbard, M. N. (1995): *Historia del pensamiento económico*, Madrid, Unión Editorial.

Salama, P. (1984): *Sobre el valor*, México, Era.

Samuelson, P. A. (1977): "Resumen", en C. G. Harcourt y N. F. Laing, (comps.), *Capital y crecimiento*, México, FCE, pp. 231-248.

Sraffa, P. (1966): *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona, Oikos.

Wieser, F. von (1893): *Natural Value*, Londres, Macmillan.

# II

# La crítica de Marx al modo de producción capitalista

# 1

# Explotación (y creciente): base material del capitalismo, piedra angular del análisis marxista

**Xabier Arrizabalo Montoro**[1]

Imaginemos que se convocara un gran congreso sobre la pobreza. Asistirían los gobiernos, los organismos internacionales, las iglesias, las ONG, las multinacionales. Bastaría sin embargo que el congreso fuera sobre la explotación, para que no fuera ninguno de los mencionados. La diferencia radica en que la pobreza es solamente la forma en que se manifiesta el problema, su expresión en la superficie, de modo que puede ser manoseado y desvirtuado. Incluso materia de mercadotecnia política. La explotación, por el contrario, es el fondo de todos los problemas. Sólo con la noción de explotación se hace posible la identificación de los sujetos protagonistas del principal conflicto en torno al cual se reproducen "*las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista*" (Marx, 1867: 43): la clase capitalista, explotadora, y la clase trabajadora, explotada. Sin duda existen otros conflictos en la sociedad actual, pero todos ellos están subordinados en última instancia al hecho que consigna la cita, la dominación capitalista que efectivamente somete a otras relaciones de producción con las que coexiste. *El capital* es, desde este punto de vista, un método completo[2].

1. Profesor de la Universidad Complutense de Madrid y miembro del Instituto Marxista de Economía. Desde 2010 dirige en dicha universidad el Diploma de Formación Continua titulado "Análisis crítico del capitalismo: el método marxista y su aplicación al estudio de la economía mundial actual".
2. Con implicaciones políticas, como se aprecia en formulaciones que plantean la necesidad de "completar" *El capital* con menciones por ejemplo a los recursos naturales

En el presente capítulo abordamos la explotación como categoría teórica, no moral. Teórica, es decir, resultado del conocimiento científico que permite aprehender el contenido sustantivo, el trasfondo de los fenómenos tal y como se presentan en la superficie: "*toda ciencia sería superflua si la forma de manifestación y la esencia de las cosas coincidiesen directamente*" (Marx, 1894: 1041). Lo hacemos desde el marxismo, porque constituye la culminación de la mejor tradición histórica del pensamiento, aquella que bucea hasta el fondo, para desde allí poder remontar la explicación de los problemas de los que a primera vista sólo observamos su manifestación, su apariencia (y las apariencias pueden engañar). No es una casualidad esta condición del marxismo como culminación. La economía vulgar, puramente apologética, se entroniza como análisis económico burgués dominante por su incapacidad para explicar. Es decir, porque no mira, asegurándose así de no ver. De esto se trata en un contexto histórico, el que se inicia en el último tercio del siglo XIX, caracterizado por-

(como si Marx no partiera de sociedades históricamente determinadas, disponibilidad de recursos naturales incluida y como si la utilización de éstos pudiese gestionarse en general de una forma distinta a la que imponen las exigencias de la rentabilidad). Así, se habla de "ecosocialismo", formulación propia de quien no ha entendido qué es el socialismo, y que sirve para diluir el conflicto de clase que ocupa el mencionado lugar central en la reproducción de la economía mundial actual. No sucede lo mismo con la legítima reivindicación igualitaria de las mujeres trabajadoras, que forman parte de la clase trabajadora y, por tanto, comparten intereses, aspiraciones y necesidad organizativa con el conjunto de ella. A este respecto es elocuente constatar como Naciones Unidas, mecanismo de coordinación entre los Estados burgueses bajo el control de la potencia dominante, el imperialismo estadounidense, busca desvirtuar y desnaturalizar dicha reivindicación, eliminando su contenido de clase. Así, frente a la conformación del 8 de marzo como Día Internacional de la Mujer Trabajadora (propuesta de Clara Zetkin acordada por la II Conferencia de Mujeres Socialistas celebrada en Copenhague en 1910), la ONU trata de usurpar la celebración obrera declarándola en 1975 "Día de la Mujer". Es muy interesante la constatación de que el triunfo de la insurrección el 25 de octubre de 1917 permitió que de forma inmediata se liquidaran todos los obstáculos legales para la igualdad (por ejemplo, la prohibición de la injerencia religiosa en el Estado). En cuanto a los obstáculos de fondo, asimismo se avanza aceleradamente a continuación, pese a las graves dificultades, proceso que se trunca con la degeneración burocrática desde finales de los años veinte, incluso con la reversión de algunos de los avances legales, como el libre derecho a la interrupción del embarazo en junio de 1936.

que el pleno despliegue de las relaciones de producción capitalistas deja ver no sólo sus contradicciones (particularmente con las crisis), sino también el conflicto de clase sobre el que se asientan, al expresarse políticamente la clase explotada al constituirse el movimiento obrero. El análisis económico se torna por tanto peligroso, porque su desarrollo no puede llevar sino a constatar la magnitud creciente de dicho conflicto, la necesidad acrecentada de explotación, los límites históricos del capitalismo.

Marx fue un militante comunista, por tanto revolucionario, cuya labor política le lleva a una reflexión teórica que desemboca en el análisis económico, para poner en el centro lo que está en el centro: la explotación. En realidad, no sólo la explotación sino particularmente la exigencia de que aumente, impuesta por la acumulación capitalista. En esto consiste esencialmente *El capital*, la obra más importante de la historia del pensamiento económico: el capital no es sino una relación social cuyo contenido sustantivo es la explotación. Marx detecta y formula las leyes que rigen el modo de producción capitalista, con el objetivo de explicar sus posibilidades históricas. La conclusión teórica la formula en la sección tercera del libro tercero: es "la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia", tendencia a la baja cuya forma de contrarrestarse acaba recayendo fundamentalmente en un aumento de la explotación, lo que cada vez resulta más complicado. La diferencia esencial entre Marx y la economía burguesa que se entroniza como dominante desde entonces, la economía vulgar, es que él tiene una pretensión científica, frente a la negación de toda intención explicativa seria por parte de ella. Y esta diferencia procede de que Marx rema a favor de corriente, pues los trabajadores no tienen nada que perder con el conocimiento de la verdad acerca de sus problemas. Los economistas burgueses, por el contrario, reman a contracorriente; obligados a defender lo indefendible, necesitan ocultar la verdad:

> Incapaces de comprender las teorías de sus propios grandes antepasados y aún menos de aceptar la doctrina de Marx, surgida de aquellas y que toca a muerto por la sociedad burguesa, nuestros doctos burgueses exponen, bajo el nombre de economía política, una masa amorfa de residuos de toda clase de ideas científicas y tergiversaciones interesadas, con lo cual ya no persiguen el objetivo de

desentrañar las verdaderas tendencias del capitalismo sino solamente el de ocultarlas para poder sostener que el capitalismo es el mejor, el único, el eterno orden social posible (Luxemburg, 1916-17: 60)[3].

La formulación teórica que plantea Marx en *El capital* es el resultado de un método de análisis basado en una concepción materialista del mundo y un modo dialéctico de pensar. Este método, aplicado a la reproducción de las sociedades, le permite formular tres categorías teóricas, mutuamente interrelacionadas, y que tienen una importancia decisiva. Se trata de las nociones de fuerzas productivas, relaciones de producción y superestructura (Arrizabalo: 2014, 59-70).

La enorme aportación de Marx en este terreno es precisamente el carácter social y por tanto histórico de ellas (negado al asociar las fuerzas productivas a la mera productividad –el rendimiento del trabajo–, que sólo es su premisa, pues el contenido social de la noción de fuerzas productivas es más amplio; de hecho, hablar de desarrollo o subdesarrollo rigurosamente es hablar del desarrollo o no de las fuerzas productivas). Sobre la base de una serie de categorías generales se baja al terreno específico de su concreción histórica. Por ejemplo, toda sociedad debe llevar a cabo un proceso de trabajo para proveerse de sus medios de existencia, de manera que el trabajo no es lo singular del capitalismo. Lo singular es la forma concreta que adopta el trabajo, a saber, el trabajo asalariado (lo mismo ocurre con nombres comunes como los de bienes, excedente o unidad de cuenta, cuyas formas concretas en el capitalismo son las de mercancías, plusvalía o dinero). Y de esto se ocupa Marx en *El capital*, que constituye la aplicación del materialismo histórico al estudio del capitalismo. Este materialismo es a su vez la aplicación de la dialéctica al desarrollo histórico de las sociedades, una vez liberada de su "cautiverio idealista" gracias a encuadrarla en una concepción materialista del mundo:

3. Los planteamientos que emanan de Keynes están incluidos en esta degeneración, más allá de matices relevantes en ciertas concreciones del debate sobre la política económica. Porque él, en tanto defensor del orden burgués, no rompe con la matriz neoclásica, como se revela en la posibilidad de su integración con ella, tal y como se lleva a cabo en la llamada "síntesis neoclásica" que incorpora la macroeconomía keynesiana.

*"es decir, la aplicación de la dialéctica materialista a la estructura de la sociedad humana y a su desarrollo histórico"* (Trotsky, 1928).

Evidentemente, hablamos del marxismo del propio Marx y de quienes siguen su método, que es justamente la antítesis de lo que pretendió imponerse como "marxismo oficial" desde finales de los años veinte en la antigua Unión Soviética, con la consolidación de la degeneración burocrática estalinista (Gill, 1996: 18-19). Entre otras aberraciones, pretendían legitimar la conducción económica mediante apelaciones a una "economía política del socialismo", supuestamente formulada por Marx y Engels: *"en El Capital y otras obras de Marx y en los trabajos de Engels se ofrece una caracterización general de la economía del socialismo y del comunismo (...) las tesis de Marx y Engels sobre problemas concretos de la economía del socialismo y del comunismo son una previsión científicamente fundamentada"*[4]. Obviamente, Marx y Engels nunca habían planteado eso ni nada parecido, como recordaba Marx en 1881: *"según el señor Wagner, la teoría del valor de Marx es 'la piedra angular de su sistema socialista' [...] Como yo nunca he construido un 'sistema socialista', esto es una fantasía de Wagner, Schäffle y tutti quanti"*[5].

Lo mismo ocurre con formulaciones que pretenden "lecturas" de Marx, en particular de *El capital*, amputando parte de lo escrito por el propio Marx. Conviene consignar al respecto la plena legitimidad de Engels, compañero de él durante décadas, tanto en la intervención política como en la elaboración teórica, para editar los libros segundo y tercero no publicados por Marx en vida (sobre la base de sus manuscritos)[6]. El propio Engels explica asimismo con claridad en

---

4. Rumiantsev, A., ed. (1980); *Economía Política. Socialismo, primera fase del modo comunista de producción. Manual*, Editorial Progreso, Moscú, págs. 601-602; tomado de De Blas (1994: 19). Mientras, se abandonaba el proyecto de publicación de las obras completas de Marx y Engels, impulsado por David Riazánov desde el Instituto Marx-Engels creado en 1919 y que tras varias reformulaciones acabó desapareciendo. Riazánov fue asesinado por orden de Stalin el 21 de enero de 1938, tras un juicio farsa.

5. Marx, Karl (1881); "Glosas marginales al 'Tratado de economía política' de Adolph Wagner", en VVAA (1970); *Estudios sobre El Capital*, Siglo XXI, Buenos Aires, pág. 171.

6. Es el caso del cuestionamiento de la ley del descenso tendencial de la tasa de

1895 qué es y qué no es lo que formula Marx: "*toda la concepción de Marx no es una doctrina, sino un método. No ofrece dogmas hechos, sino puntos de partida para la ulterior investigación y el método para dicha investigación*"[7].

## 1. Explotación capitalista: trabajo no pagado que se apropia como ganancias

El objetivo de *El capital* es explicar los fundamentos del capitalismo y, a partir de su comprensión, identificar sus límites. La motivación del proceso de acumulación capitalista es una rentabilidad suficiente, es decir, que el capital movilizado rinda nuevo valor, se valorice, en determinada proporción (es decir, una tasa de ganancia suficiente). Para entender las tendencias inherentes al capitalismo no basta con constatar que hay un desempleo elevado como resultado de que la acumulación se ha interrumpido –la crisis–, debido a su vez a la caída de la tasa de ganancia. Necesitamos explicar por qué la tasa de ganancia cae en ciertos momentos (o por qué pasan ya casi cincuenta años sin un periodo más o menos extenso de suficiente rentabilidad para estimular una acumulación amplia), cuáles son sus determinantes, si

---

ganancia, por afamados autores como David Harvey y Michael Heinrich, adecuadamente criticados por Andrew Kliman y Michael Roberts entre otros. Una recopilación bibliográfica de este tema se encuentra en www.institutomarxista-deeconomia.com/wp-content/uploads/2018/03/La-ley-del-descenso-tendencial-de-la-tasa-de-ganancia-y-las-crisis.pdf. Como explicaba Martínez Marzoa, "*no pretendemos en ningún punto demostrar que nuestra lectura de Marx sea la única posible. Tal lectura 'única posible' nunca existe con referencia a la obra de un pensador. Lo que sí hay son lecturas imposibles, o, para ser más exactos, presuntas lecturas que no son lecturas. En otras palabras: el conjunto de las lecturas posibles podrá ser 'infinito', pero es todo lo contrario de indeterminado*", Martínez Marzoa, Felipe (1983): *La filosofía de "El Capital"*, Taurus, Madrid, pág. 29. Y respecto a la ley mencionada, el propio Marx la había caracterizado como "*la ley más importante de la moderna economía política y la esencial para comprender las relaciones más dificultosas. Es, desde el punto de vista histórico, la ley más importante*" (Marx, 1857-58, II: 281).

7. Carta de Engels a Werner Sombart, del 11 de marzo de 1895; tomada de Marx, Karl y Engels, Friedrich (1845-1895); *Obras escogidas*, tomo 3, Progreso, Moscú, 1980, pág. 285.

existe alguna ley que explique su comportamiento. Y para abordar todo esto hay una cuestión previa por resolver, sin la cual nada puede explicarse: el numerador de la tasa de ganancia, esto es, la ganancia que obtiene el capital, ¿de dónde viene?

Comencemos descartando una ilusión: la de que se pueda producir ganancia "de cualquier modo", en cualquier operación mercantil. Sí es posible que uno de los participantes en una operación de intercambio obtenga ganancia, pero sólo a condición de que el otro participante pierda el valor equivalente a dicha ganancia. Partimos del mercado porque es la forma en la que se manifiestan los fenómenos en la sociedad capitalista, que es una economía de mercado. Pero la economía capitalista no es solamente una economía de mercado, es la máxima expresión histórica de la economía de mercado, en tanto que se mercantiliza incluso la capacidad de trabajar[8]. De hecho, las relaciones de producción capitalistas se conforman precisamente en torno a este asunto, la mercantilización de la fuerza de trabajo.

El fundamento del circuito mercantil simple "mercancía-dinero-mercancía" (M-D-M), se explica en su redacción "vender para comprar" (o más ampliamente, "para poder consumir, comprar y para comprar, vender primero"). Es decir, se persiguen los valores de uso de los que se carece (un pastor convierte en mercancía, M, el queso producido por él, cuyo valor de uso interesa a quien paga por él una cantidad de dinero, D, con la que el pastor puede acceder a otro valor de uso, unas botas a la venta como mercancía, M). No se requiere que en el paso desde la M inicial hasta la M final haya ganancia alguna, dado que la motivación de estas operaciones de intercambio M-D y D-M se sitúa en el terreno de la permuta de valores de uso (sin duda, esto implica unas determinadas relaciones sociales, pero sólo incluimos este ejemplo aquí para señalar que este proceso tiene sentido *per se*, en el terreno de los valores de uso, sin imperativo

8. Por eso, capitalismo y economía de mercado no son sinónimos, como se revela sencillamente constatando que también son mercantiles otros modos de producción, como el esclavista o el feudal. La transliteración de capitalismo como economía de mercado obedece al intento propagandístico de diluir el contenido de clase que se aprecia más directamente al hablar de capitalismo, frente a la pretensión del mercado como un supuesto mecanismo técnico, carente de contenido social conflictivo.

de ganancia monetaria... a diferencia del circuito capitalista).

La forma más sencilla de resumir el circuito capitalista, en su apariencia, sería con la fórmula D-M-D' (siendo D' mayor que D). Pero las apariencias pueden engañar, decíamos, y esta formulación hace aguas, como se aprecia al redactarlo, pues "comprar para vender más caro" implica, leído de derecha a izquierda (y toda operación comercial se puede leer en los dos sentidos), que siempre habría que encontrar a quien esté dispuesto a pagar D' por M, es decir, por lo que sólo vale D. Por tanto, no se puede explicar la reproducción capitalista sobre esta base. Es necesario fijarse en cuáles son esas mercancías M que permiten llegar a D' y cómo lo logran. Volvamos por tanto a las relaciones de producción capitalistas, de las que hemos dicho que la mercantilización de trabajo es lo que constituye su sustrato.

Para que se produzca históricamente esta mercantilización es necesaria la existencia de comprador de trabajo y vendedor de trabajo. Esto es, que por una parte haya poseedores de dinero, resultado de la apropiación privada de excedente precapitalista en cantidad suficiente para poder convertirlo en capital productivo (uno de cuyos componentes es precisamente ese trabajo vivo). Gracias a esta compra, que le aporta más trabajo del que paga (y en este mismo hecho radica la explotación, como explicaremos en seguida), el poseedor de dinero transformado en propietario capitalista obtiene el ingreso que es su medio de vida, tanto personalmente (consumo improductivo) como en su condición de capitalista (acumulación). Y por otra parte ha de existir, enfrente, quien puede vender trabajo y necesariamente ha de hacerlo. Es decir, "trabajadores doblemente libres", proletarios. Libres en el sentido de que, liberados de todo yugo feudal, disponen de todo su tiempo y la correspondiente capacidad de trabajar, para poder venderla. Y libres también en el sentido de que liberados de la propiedad de medios de producción y careciendo por tanto de la posibilidad de producir directamente sus medios de vida, están obligados, *de facto*, a vender su trabajo a cambio del ingreso que les permita comprar los bienes para sobrevivir[9].

9. Decimos excedente precapitalista para designar el origen histórico de este proceso, al que Marx denomina "acumulación originaria del capital", que conceptualmente

Decíamos que "es necesario fijarse en cuáles son esas mercancías M que permiten llegar a D' y cómo lo logran", para explicar el circuito capitalista que, a diferencia del mercantil simple (M-D-M), exige el cambio cuantitativo que se representa en el paso de D a D'. Que el capitalismo sea una economía de mercado y su máxima expresión histórica significa que tanto el reparto de los elementos a emplear en la producción (medios de producción y fuerza de trabajo) como el resultado de ella (la producción obtenida), se haga de forma indirecta, a través del intercambio mercantil, que no es sino la permuta de una propiedad por otra. Por tanto, el punto de partida del análisis ha de ser necesariamente la mercancía, en tanto forma social que adoptan los bienes –los valores de uso– en la sociedad capitalista; incluido el trabajo vivo. O dicho más concretamente, por qué los bienes, en su condición de mercancías, se intercambian en determinadas proporciones que, ciertamente, no son resultado de la casualidad. Por qué los precios son los que son, a qué obedecen.

Marx explica esto resolviendo definitivamente el viejo debate de las teorías del valor. Constatando de manera directa la existencia de valores de uso (categoría común a toda sociedad: la mesa lo es por sus propiedades técnicas y lo sería igual si viviéramos en una sociedad comunista), así como la existencia de valores de cambio (la mesa tiene un precio de 60 euros), queda por explicar la razón de este precio. Descartamos de entrada toda interesada pretensión de explicarlo por la utilidad que se le asigna subjetivamente, atendiendo exclusivamente al momento del intercambio, puesto que las mercancías no llegan a él caídas desde el cielo, sino resultado de un proceso social de producción (pretensión "interesada" porque obedece al deseo de camuflar así el conflicto de clase que se sustancia en la producción)[10]. Y nos concentramos en indagar cuál es el elemento que nos permite comparar las mercancías. Aquí aparece la teoría: dado que existe un hecho social y que es relevante (a saber, lo que cuesta producir una

es la capitalización –o transformación en capital– de un excedente precapitalista, proceso en torno al cual tiene lugar históricamente la transición al capitalismo. A partir de entonces, la acumulación será la capitalización del excedente ya capitalista, es decir, la capitalización de la plusvalía (Marx, 1867: 891-954).

10. Del Rosal (2015: 79-80).

determinada mercancía en una determinada sociedad y por tanto en promedio en ella: o más precisamente, el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla, ttsn), le ponemos nombre, lo conceptualizamos. Se trata del valor, del "valor intrínseco". En consecuencia, podemos explicar los precios fijándonos en cuánto contiene cada mercancía de aquello que comparten todas ellas, haber sido producidas mediante el trabajo.

Esto no significa negar la importancia del momento del intercambio para la fijación del precio. La venta es simplemente la validación de un trabajo privado, pero una validación social, no preestablecida y, por tanto, debe ser considerada como "complemento" para la explicación completa del precio. Porque éste se determina fundamentalmente por otro proceso social, previo, que es el de su producción, en el marco del cual se forma el valor[11]. Esto atañe al conjunto de las mercancías y, por tanto, también a la fuerza de trabajo, cuyo precio, el salario, se determinará por su valor, asimismo explicado por el tiempo de trabajo necesario para su producción (en este caso, el valor de las mercancías con las que se hace posible efectivamente su reproducción, ni que decir tiene que establecidas socialmente). La ley del valor no es simplemente el medio para explicar los precios, sino que aprehende el hecho social de que sólo se puede consumir lo previamente producido y repartido mercantilmente, que no es sino el trabajo mercantilizado, su resultado.

Apoyándonos en la ley del valor, podemos volver al punto aparcado: cómo se pasa de D a D' en la sociedad capitalista de forma general (no en tal o cual caso particular). La primera fase del circuito es D-M, una compra. Pero una compra particular porque tiene el

11. Ciertamente esto abre la posibilidad de que el precio de una mercancía se separe de su valor. Pero limitadamente porque la suma de todos los precios es igual a la suma de todos los valores. Y no sólo eso, sino que efectivamente los precios de las mercancías convergen hacia sus valores, dado que tanto quien "compra" como quien "vende" aspiraría a obtener la mayor cantidad posible de valor a cambio del valor al que renuncia, pero en todo caso no perder valor... lo que sólo pueden logar ambos si el precio es efectivamente el valor. La ley del valor está bien explicada en numerosos textos. Recomendamos especialmente, aparte de la imprescindible lectura de *El capital* (Marx, 1867: 43-102), las de Gill (1996: 91-140) y Arrizabalo (2014: 100-111).

objetivo de consumir lo adquirido de una forma específica: productivamente. Por tanto, la tarea de lograr un añadido respecto al valor inicial no reposa en la doble operación de intercambio (comprar y vender), sino en la actividad productiva que las engarza, lo que representamos como P en D-M...P...M'-D'. Con esta formulación no explicamos nada todavía, sólo estamos representando el proceso de valorización del capital, que hace posible su paso de D a D'. Pero gracias a ella podemos identificar la tasa de ganancia, (D'-D) / D. Mas seguimos teniendo pendiente la explicación de cómo se pasa de D a D', aunque hemos avanzado al mostrar que se hace posible a través de las formas intermedias del capital que son M y M' entre las que hay un proceso productivo. Para explicar el salto cuantitativo que tiene lugar en él, es decir, cuando el capital adopta la forma P, hemos de fijarnos por tanto en la M que entra. Ésta consta de dos componentes, los medios de producción y la fuerza de trabajo. Son las dos partes en que se concreta el capital. La primera parte son los medios de producción, que se definen por el hecho de que son el resultado acabado de un proceso productivo previo. Es decir, se definen por su condición de trabajo muerto o pasado o solidificado. Por tanto, no tienen capacidad creadora, productora de valor nuevo. Obviamente esto no supone menospreciar su importancia. Los medios de producción son imprescindibles en un doble sentido. En primer lugar, porque el sustrato de las mercancías es su valor de uso y, para decirlo gráficamente, no puede haber mesas de madera sin tableros (ya que los tableros son medios de producción en tanto materias primas). En segundo lugar, porque no hablamos de producción en términos técnicos, sino en los términos sociales propios del capitalismo y, por tanto, hay que producir de forma competitiva, lo que exige una determinada productividad, sólo alcanzable a su vez con cierto grado de mecanización (medios de producción en tanto maquinaria). Por esta incapacidad de crear valor, a la parte del capital que constituyen los medios de producción se le llama parte constante del capital o capital constante (c).

Sólo queda por tanto la segunda parte de la M inicial, la fuerza de trabajo. Ésta, por su condición de trabajo vivo o presente o líquido, sí tiene la capacidad de crear valor, sobre la base de que se extienda

por más tiempo que el necesario para producir el equivalente a su remuneración. Salta a la vista que la producción final en una fábrica, por ejemplo, no es el volumen de producción generado en ella, puesto que parte de esa producción final ya existía antes del proceso productivo realizado en la fábrica (por eso la primera forma de calcular el PIB es restando el "consumo intermedio" a la producción total y así evitar el doble cómputo del tablero, como producto de la serrería y como parte del producto de la fábrica de muebles). Ahora bien, descontado ya ese "consumo intermedio" (que no es sino el de los medios de producción o la parte del capital que llamamos constante porque no modifica su valor en el proceso productivo), nos queda lo efectivamente producido, que es lo que se reparte y lo que se consume (las otras dos formas de calcular el PIB). Es decir, el trabajo. Imaginemos una fábrica de muebles en la que la producción en una jornada laboral de 40 horas fuera de 60 mesas[12]. Supongamos asimismo que el valor de todos los medios de producción empleados efectivamente fuera de 20 horas, equivalente (es decir, de igual valor) a 20 mesas. Por tanto, el valor efectivamente producido sería de 40 mesas (producir el equivalente a 40 mesas en 40 horas significa que el valor unitario de cada mesa es de una hora).

De forma regular, ¿cuánto podría ser el salario, expresión monetaria del valor, de los trabajadores que han trabajado esas 40 horas? Veámoslo en términos de mesas, cuyo valor unitario, como acabamos de señalar, es de una hora. Y digámoslo poco a poco: ¿podría ser de 80 mesas? Obviamente no, pues ni siquiera el valor final de la producción alcanza esas 80 mesas. ¿Tal vez 60? De nuevo la respuesta es negativa, pues el valor producido en la fábrica y del que procede el salario es solamente de 40 (el valor final de las mesas es 60 gracias a que incorporan 20 horas de los medios de producción empleados en ella). Y así llegamos a la pregunta crucial: ¿podría ser el salario, en fin, equivalente a las 40 mesas que corresponden al valor efectivamente producido en la fábrica? Y la respuesta es que obviamente tampoco. Porque no hablamos de producción en general, sino de producción

12. Para facilitar la exposición, supondremos siempre que el trabajo se realiza de acuerdo al promedio social de intensidad y cualificación.

capitalista. Si el salario fuera de 40, entonces no quedarían mesas cuyo valor nutriera la ganancia. O dicho de otro modo: en el capitalismo la existencia de excedente no es deseable sino imprescindible, ya que su apropiación por el capitalista, en su condición de propietario del conjunto del capital, constituye la ganancia.

¿Qué estamos diciendo por tanto? Simplemente que, de las 40 horas de todo el trabajo vertido por los trabajadores, una parte debe quedar impagada necesariamente, que es la que se apropia el capitalista. A este trabajo no pagado es a lo que llamamos explotación. Como decíamos al principio, hablar de explotación no parte de una consideración moral, sino científica en tanto que sólo a través del método científico se aprehende el hecho social del trabajo no pagado, en su estatus de imperativo para la acumulación capitalista. Dicho de otro modo, la jornada laboral completa se divide en dos partes: una es el trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, es decir, el valor de la fuerza de trabajo, cuyo precio es el salario; la otra es el plustrabajo, el trabajo más allá del mencionado trabajo necesario (para la reproducción de la fuerza de trabajo), que hace posible la producción del valor extra que conforma la plusvalía o plusvalor (pv), base de la ganancia. No se trata por tanto de que el precio de la fuerza de trabajo sea inferior a su valor, sino de que el valor de ésta, de lo que efectivamente se mercantiliza, es necesariamente menor al valor generado en el conjunto de la jornada laboral. Por esta razón a la parte del capital que compone la fuerza de trabajo, que por ser trabajo vivo tiene la capacidad de crear valor nuevo en la forma referida, se le denomina parte variable del capital o capital variable (v)[13].

13. Por qué no crea valor el capital constante se muestra fácilmente pensando en una fábrica de mesas con 20 horas de tiempo de trabajo socialmente necesario (ttsn) en capital constante (para facilitar la exposición, suponemos que todo circulante, que todo traslada el conjunto de su valor a las nuevas mercancías en un solo periodo). Antes de iniciarse el proceso de producción, ¿cuánto valor hay? Está claro que esas 20 horas. ¿Por qué sólo 20, por qué no consideramos el valor de la fuerza de trabajo, etc.? Porque todavía no existe, al no haber comenzado el proceso de producción, que es cuando la potencialidad del trabajo vivo se materializa (en presente continuo, se trata de trabajo vivo, presente). El no vivo ya está materializado y, por tanto, en adelante sólo puede transmitirse. Ya durante el proceso de producción, ¿cuánto ttsn se añade? Los medios de producción, como resultado acabado de un proceso

Resumidamente: la explotación es el trabajo no pagado, trabajo realizado por el asalariado, pero apropiado por el capitalista gracias a la relación social que constituye el salariado. Constatamos teórica y empíricamente la necesidad de dicho trabajo no pagado, que además ocupa un lugar neurálgico para la reproducción capitalista, pues nutre la ganancia. Y en consecuencia lo conceptualizamos teóricamente: es la explotación, la explotación capitalista. Por tanto, un hecho cualitativamente distinto a otras formas de subordinación, propias de otras relaciones de producción. Porque el hecho sustantivo del capitalismo, vinculado a la mercantilización de la fuerza de trabajo, es que la entrega de trabajo a cambio de salario comporta para el trabajador también la exigencia de una entrega extra de trabajo sin nada a cambio. Y esto se produce en el marco de la plena separación entre el productor y la propiedad del producto, resultado de la mercantilización de la fuerza de trabajo.

---

de producción previo, aportan su valor, claro. Pero, ¿de dónde podrían incorporar más? ¿De dónde podrían salir más horas de trabajo de ellos? Imposible, por eso se les llama capital constante, expresión social de su condición de trabajo pasado, trabajo muerto o, quizá más gráficamente, trabajo ya solidificado (cerrado, inamovible).

¿Y cuánto añade el trabajo vivo? Está claro: su duración (ponderada en función de su intensidad o cualificación respecto a los promedios sociales respectivos). En el caso, 40 porque consideramos que esos elementos de intensidad y cualificación están en el promedio y porque 40 es el número de horas de la jornada semanal que establecemos como referencia. Cuando ha finalizado el proceso de producción, ¿cuánto es el valor de las mesas producidas? Todo el tiempo que ha sido necesario para producirlas, 60 horas de ttsn. ¿Acaso podría ser distinto? Y, ¿de dónde vienen esas 60? De las 20 ya existentes previamente más las 40 que se han añadido del trabajo vivo. No hay otra procedencia posible. Por tanto, ¿cuánto es el PIB, más fácil de visualizar si en lugar de asociar esos números a la fábrica de muebles estuviéramos asociándolos al conjunto de la economía? (El PIB es el valor añadido en la producción en un periodo determinado). El trabajo que se ha realizado en ese periodo, 40 horas de ttsn en nuestro ejemplo.

La imposibilidad de un proceso de producción (es decir, de creación de valor) sin trabajo vivo, puede parecer que no demuestra directamente por qué los medios de producción no crean valor, ya que se podría alegar que no lo hacen estando solos, pero sí lo crean "en compañía" de trabajo vivo. Sin embargo, el hecho cualitativo que subyace detrás de esa imposibilidad revela que cuando están acompañados podrán ayudar indirectamente a crear valor, haciendo que quien lo crea lo haga más ampliamente, pero no modifica su incapacidad directa, que es el hecho que, por cualitativo, subyace en todo caso.

En el lenguaje informal hablamos a menudo de explotación con otros sentidos (como se verifica en que se dice incluso "autoexplotación", expresión incompatible con la relación social que define la noción de explotación en el capitalismo). Asociándola a la utilización de recursos y especialmente cuando se hace de un modo abusivo. Son meras formas coloquiales de hablar, carentes del contenido teórico que sí tiene la forma en que Marx conceptualiza la explotación propia del capitalismo. ¿Qué dice la economía burguesa al respecto? En general, la posición abrumadoramente dominante desconsidera no ya la posibilidad siquiera de la explotación, salvo excepcionalmente y corregible, sino que formula una auténtica pantalla que obstaculice su consideración. Se trata de una formulación autorreferencial de la distribución: cada "factor" es remunerado de acuerdo con su aportación al producto. De este modo se cierra toda discusión al respecto. Sin embargo, la constatación es que las categorías de la distribución que observamos directamente, por expresarse en el mercado, son un reflejo de las relaciones de producción. Estas relaciones de producción entre capitalistas y trabajadores se materializan en un determinado reparto del trabajo entre el pagado y el no pagado (o dicho de otro modo, un determinado grado de explotación: la cantidad de trabajo no pagado por cada unidad de trabajo o de plusvalía respecto a capital variable, pv/v). Por tanto, de ellas, de las relaciones de producción surgen tanto el salario como las ganancias. A su vez, ésta se reparte entre los distintos capitales, en función de las relaciones de competencia que los enfrentan, con la forma de distintos tipos de ganancia: productiva, comercial, financiera. En consecuencia, las categorías de la distribución que vemos de forma directa (salario, ganancia productiva, ganancia comercial y ganancia financiera) son un reflejo de las relaciones de producción que enfrentan primero a la clase capitalista con la clase trabajadora y, después, a las distintas fracciones del capital entre sí. El planteamiento burgués mencionado, de que cada factor es remunerado de acuerdo con su aportación, constituye un mero ejercicio de blindaje teórico al servicio de un blindaje político y moral: no existe explotación ni, por tanto, conflicto social alguno que no sea evitable con una política económica adecuada, lo que

queda es esforzarse cada uno por dar lo mejor de sí mismo y toda una serie de vacuas retóricas similares.

Del imperativo de explotación que implica el capitalismo se deriva una conclusión política decisiva: los intereses de ambas clases, explotadora y explotada, son inconciliables. No irreconciliables, porque nunca pudieron conciliarse, sino inconciliables, desde la raíz misma. La idea de tiempos pasados en que efectivamente esto fue posible corresponde exclusivamente al terreno de la propaganda, como en relación con el periodo 1945-70[14]. Su expresión fetiche es "estado del bienestar", que no fue ningún estado, sino la contradictoria y limitada inclusión de una serie de conquistas obreras en Estados burgueses. Contradictoria porque se trata de "cuerpos extraños", ya que chocan con la función constitutiva de estos Estados, que es la de favorecer la acumulación capitalista (Gill, 1996: 271-272). Limitada en su contenido ya que todo "bienestar" sólo puede ser relativo respecto a las posibilidades materiales absolutas, ya que ha de ser compatibilizado con las exigencias de la rentabilidad. Y cada vez más limitada porque sólo excepcionalmente pueden mantenerse, en tanto inevitablemente acaban revelándose como fardos para la rentabilidad (Arrizabalo, 2014: 277).

En efecto, su inconciliabilidad no es circunstancial sino esencial, ya que deriva del hecho explicado de la explotación, base de la reproducción capitalista y, por lo mismo, fundamento material de la lucha de clases que, en consecuencia, no se interrumpe ni podría interrumpirse nunca. Cosa distinta es cómo se expresa, terreno en el que, efectivamente, la orientación de la dirección de las principales organizaciones de la clase trabajadora puede hacer posible su contención, la contención de la expresión política de la lucha de clases, aunque no ilimitadamente, desde luego[15].

14. Arrizabalo (2014: 277-367).

15. En Arrizabalo (2014: 419-428), desenmascaramos toda la retórica levantada por las instituciones del capital y sus colaboradores, para tratar de velar el conflicto inmanente: gobernanza, sociedad civil, democracia participativa, ONG, etc. Y coronando todo, el "diálogo social". Véase también Gill (1996: 240-252).

## 2. Acumulación capitalista y aumento del grado de explotación

Hemos visto cómo Marx demuestra que la explotación es una exigencia del capital: puesto que la ganancia sólo lo es realmente si hay un valor acrecentado y éste sólo puede proceder del trabajo vivo, es imperativa la existencia de trabajo no pagado. Este trabajo no pagado es el contenido mismo de la relación social que se establece entre la clase capitalista y la clase trabajadora, por tanto clase explotadora y clase explotada respectivamente. A su vez, sobre la base de la explotación que permite entender la fuente de la ganancia, Marx explica la reproducción en el tiempo de la sociedad capitalista (de "las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista"). La clave de la reproducción radica en la acumulación, esto es, la capitalización de la plusvalía, la parte de la ganancia –plusvalía– que se transforma en nuevo capital. Esta acumulación no la lleva a cabo el capital en general, sino en la forma en que existe realmente, los focos individuales de acumulación que constituyen los capitales individuales. Cada uno de los cuales debe valorizarse en la proporción necesaria para sobrevivir como tal, que eso y no otra cosa es la competencia. Por eso decimos que para todo capital esta valorización suficiente es literalmente un imperativo de vida o muerte. Y por esto mismo la competencia no es un hecho circunstancial sino inherente al capitalismo. De modo que puede cambiar, y ciertamente lo hace, la forma en que se desarrolla la pugna competitiva entre los capitales, impulsada por los procesos de concentración y centralización del capital[16]. Pero no el hecho sustan-

16. Es el hecho aprehendido con brillantez por Lenin (1916) en la caracterización del imperialismo como estadio histórico del capitalismo, como su estadio último, reflejando la forma particular que adopta cada vez más la competencia (el oligopolio e incluso eventualmente el monopolio en determinados sectores), pero en ningún caso cuestionando su existencia, insistimos en que consustancial al capitalismo.

La pugna competitiva es el segundo conflicto propio del capitalismo, tras el conflicto principal, de base, que es el que enfrenta a la clase capitalista y la clase trabajadora. Si éste revela la imposibilidad de conciliar los intereses de ambas clases, constitutivamente enfrentados, aquél muestra la imposibilidad de todo orden capitalista, de un capitalismo pacífico. Esto se aprecia bien en las guerras, cuyo trasfondo económico es simplemente la lucha por los mercados. Por muchas conferencias de paz que quieran convocarse, no hay forma de resolver esa lucha pacíficamente.

tivo, en la forma en que acabamos de definirlo.

Como resultado de esta explicación Marx concluirá que la acumulación capitalista va a exigir un grado de explotación cada vez mayor, debido a su carácter crecientemente contradictorio, que revela sus límites históricos. Exigencia que verificamos de una forma cada vez más marcada en la sistematización de los procesos de desvalorización de la fuerza de trabajo. Expuesto muy sintéticamente, se trata de que cada capital tiende ineludiblemente a mecanizar su proceso de producción, como medio para aumentar la productividad del trabajo vivo que permita así abaratar el valor unitario de cada mercancía. Y por tanto poder venderla más barata, de cara a mejorar así su posición competitiva. Esto es, su capacidad de valorizarse, para lo que debe llegar hasta D'; es decir, validar socialmente sus productos, vender lo producido. Esta mecanización reduce el peso relativo del trabajo vivo respecto al muerto, i.e., el que crea valor frente al que no. En consecuencia, se constata la existencia de dificultades crecientes de valorización, que lleva a Marx a formularlas como ley, en tanto suceden inevitablemente: es la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia. Tiene estatus de ley porque ocurre necesariamente y además se trata de una ley verdaderamente crucial, ya que afecta a la tasa de ganancia, a la rentabilidad, a la motivación de la acumulación capitalista.

Pero hay una particularidad en cuanto a lo que ocurre necesariamente: no es que la tasa de ganancia caiga, sino que tiende a caer. Es un disparate por tanto afirmar que la ley no se verificó por el hecho de que no descendiera de forma regular, pues para comprenderlo basta en realidad con fijarse en la redacción de la ley ("tendencial") o leer no ya los capítulos consecutivos al capítulo XIII del libro tercero de *El capital*, en el que Marx expone la ley, sino simplemente sus títulos respectivos: "Causas contrarrestantes" el XIV y "Desarrollo de las contradicciones internas de la ley" el XV[17].

Por ejemplo la Primera Guerra Mundial, que sólo podría haberse evitado por la intervención efectiva del movimiento obrero, estalla efectivamente ante la traición a éste por parte de la mayor parte de sus dirigentes, tomando partido en la *unión sacrée* bélica a favor de sus burguesías respectivas (Arrizabalo, 2014: 191).

17. Véase una ilustración de esta tendencia, para el caso de EEUU entre 1896 y 2011, en Arrizabalo (2014: 708), basada en datos de Antonio Linares. Otras fuentes

Aunque enumera seis factores como causas contrarrestantes, en última instancia la posibilidad de evitar, puntualmente, que la tendencia a la caída se materialice en una caída efectiva, se concreta esencialmente en el aumento del grado de explotación. La tasa de ganancia (g') la definimos conceptualmente como g' = pv / (c+v). Pero a la hora de hallar sus determinantes, nos fijamos en dos hechos sociales que, puesto que existen y tienen relevancia, los caracterizamos teóricamente, conceptualmente. En efecto, importa la proporción en la que el capital se concreta en su parte constante (c) y su parte variable (v). Es decir, la proporción entre ambas a la que llamamos composición del capital (q) y definimos así: q = c / v. Importa asimismo la proporción entre el plustrabajo o trabajo no pagado que nutre el plusvalor (pv) y el trabajo pagado, trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo o parte variable del capital (v). Y a esta proporción, cuya relevancia es indudable como determinante de la rentabilidad, ya la hemos caracterizado teóricamente como tasa de plusvalía (pv') o grado de explotación: pv' = pv / v.

A partir de las tres expresiones mencionadas, podemos dividir por v el numerador y el denominador en la definición de la tasa de ganancia: g' = (pv/v) / ((c/v) + (v/v)), esto es, g' = pv' / (q +1). Esta expresión de la tasa de ganancia deja ver con claridad la relación directa entre la tasa de plusvalía y la tasa de ganancia, es decir, entre el grado de explotación y la rentabilidad. Pero también la relación inversa entre la composición del capital y la rentabilidad o, dicho de otro modo, la relación inversa entre el peso relativo de la mercancía que no crea valor en el total del capital y la tasa de ganancia. Como por

---

al respecto se encuentran en Boundi, Fahd y Gaviola, Saúl (2013); "La tendencia de la tasa de ganancia y la desvalorización de la fuerza de trabajo en España (1964-2013): crisis, distribución y desigualdad", *XVIII Congreso Nacional de Sociología*, Almagro, Ciudad Real; Cámara, Sergio (2007), "The Dynamics of the Profit Rate in Spain, 1954-2001", *Review of Radical Political Economics*, vol. 39; Freeman, Alan (2013); "The profit rate in the presence of financial markets: a necessary correction", *Journal of Australian Political Economy*, n 70, Adelaida; Kliman (2011); Maito, Esteban Ezequiel (2014); "La transitoriedad histórica del capital. La tendencia descendente de la tasa de ganancia desde el siglo XIX", *Razón y revolución*, n.º 26, Buenos Aires; Roberts, Michael (2016); *The Long Depression*, Haymarket Books, Chicago (traducción española *La larga depresión*, El Viejo Topo, Barcelona, 2016).

otra parte ya hemos consignado que la mecanización consustancial al proceso de acumulación capitalista, pronto o tarde y en mayor o menor medida, acaba expresándose en un aumento de la composición del capital, llegamos así a la constatación de que la tasa de ganancia tiende a caer. Y que la forma de evitarlo es aumentando el grado de explotación, la tasa de plusvalía.

Es muy importante el orden expositivo: lo que podemos constatar con toda seguridad es el aumento de la composición del capital y, por tanto, finalmente, la necesidad de aumentar el grado de explotación. Dejamos un momento aquí el hilo conductor para enfatizar esta necesidad, dado que no es sólo que se requiera un aumento, sino que éste ha de ser cada vez mayor. Esto se aprecia fácilmente al comparar las expresiones de la tasa de ganancia y la tasa de plusvalía (cuyo aumento debe "insuflar aire" a aquella). Tenemos $g' = pv / (c+v)$ y $pv' = pv / v$, de modo que salta a la vista su parecido, puesto que el numerador es idéntico y el denominador parcialmente igual. Pero esa diferencia del denominador resulta decisiva, precisamente porque se trata del capital constante. Esto es: la tasa de ganancia siempre es menor que la tasa de plusvalía, pero además esta diferencia se va acrecentando, porque el lastre aritmético que se observa en la tasa de ganancia respecto a la de plusvalía, la c, aumenta respecto a la v (la diferencia entre el denominador de la tasa de ganancia y el de la tasa de plusvalía no deja de aumentar). Es un lastre aritméticamente hablando, porque en términos económicos resulta necesario por exigencias de la competencia.

En los *Grundrisse*, Marx (1857-58, I: 276-284) explica con un ejemplo que el plustrabajo y por tanto la plusvalía, así como la tasa de plusvalía, no pueden aumentar al mismo ritmo que aumenta la productividad; que, de hecho, aumentan a un ritmo decreciente: "*cuanto mayor sea la porción de plustrabajo antes del aumento de la productividad, menor será el incremento de la plusvalía que el capital obtiene del aumento de la capacidad productiva*" (Gill, 1996: 503):

> cuanto más desarrollado sea ya el capital, cuanto más plustrabajo haya creado, tanto más formidablemente tendrá que desarrollar la fuerza productiva para valorizarse a sí mismo en ínfima proporción, vale decir, para agregar plusvalía, porque su barrera es siempre la

> proporción entre la fracción del día –que expresa el trabajo necesario– y la jornada entera de trabajo. Únicamente puede moverse dentro de este límite. Cuanto menor sea ya la fracción que corresponde al trabajo necesario, cuanto mayor sea el plustrabajo, tanto menos puede cualquier incremento de la fuerza productiva reducir perceptiblemente el trabajo necesario [...]. La autovalorización del capital se vuelve más difícil en la medida en que ya esté valorizado (Marx, 1857-58, I: 283-284)[18].

Como en relación con la explotación, también respecto a la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia los economistas burgueses revelaban sus límites. Smith, Ricardo, Stuart Mill o Keynes reconocían de una forma u otra el fenómeno, pero negando su condición consustancial al capitalismo:

> aquellos economistas que, como Ricardo, consideran como absoluto el modo capitalista de producción, sienten aquí que ese modo de producción se crea una barrera a sí mismo, por lo cual atribuyen esa limitación no a la producción, sino a la naturaleza (en la teoría de la renta). Pero lo importante de su horror a la tasa decreciente de ganancia es la sensación de que el modo capitalista de producción halla en el desarrollo de las fuerzas productivas una barrera que nada tiene que ver con la producción de la riqueza en cuanto tal; y esta barrera peculiar atestigua la limitación y el carácter solamente histórico y transitorio del modo capitalista de producción; atestigua que éste no es un modo de producción absoluto para la producción de la riqueza, sino que, por el contrario, llegado a cierta etapa, entra en conflicto con el desarrollo ulterior de esa riqueza (Marx, 1894: 310).

18. El contenido no moral sino científico de la explotación es el que nos permite comprender por qué el grado de explotación es, por ejemplo, mayor en Europa que en África, a pesar de que las condiciones de vida de los trabajadores sean mucho peores en los países africanos. El grado de explotación mide simplemente la proporción de la jornada laboral que los trabajadores dedican a producir plusvalía, por tanto lo opuesto al tiempo de trabajo requerido para producir el valor de su fuerza de trabajo, que se expresa en el salario. Gracias a la disponibilidad de más y mejores medios de producción, los trabajadores europeos producen el equivalente a su salario en una parte de la jornada laboral proporcionalmente menor a la que requieren para ello los africanos.

Marx detecta que se trata de una ley ligada a la acumulación capitalista, "una expresión, peculiar al modo capitalista de producción, *al desarrollo progresivo de la fuerza productiva social del trabajo*" (Marx, 1894: 271). Como tal, es la ley capitalista más importante, porque revela adonde conduce inevitablemente la acumulación capitalista, a contradicciones cada vez más agudas. Estamos hablando de que los problemas para la acumulación no proceden de que la productividad caiga, sino que, al contrario, se plantean porque ésta aumenta:

> La tasa de ganancia no disminuye porque el trabajo se haga más improductivo, sino porque se torna más productivo. Ambas cosas, tanto el aumento en la tasa del plusvalor como la baja en la tasa de ganancia, sólo son formas particulares mediante las cuales se expresa en el modo capitalista de producción la creciente productividad del trabajo (ibídem: 306-307).

En definitiva, la capacidad de actuación de las contratendencias enfrenta límites insuperables:

> *el límite absoluto de la jornada laboral media, que por naturaleza será siempre de menos de 24 horas, constituye una barrera absoluta para compensar [la reducción de] el capital variable aumentando la tasa del plusvalor, o [la restricción de] el número de obreros explotados aumentando el grado de explotación de la fuerza de trabajo* (Marx, 1867: 370)[19].

Hasta el momento hemos expuesto las dos grandes aportaciones teóricas marxistas en torno a la explotación propia del modo de producción capitalista y, por tanto, diferentes de raíz de las otras formas de sometimiento de unas clases sociales por otras, características de otras relaciones de producción. La primera aportación se refiere a la formulación de la explotación capitalista, de acuerdo no a una consideración moral pero sí histórica, concretada en la exigencia de trabajo no pagado para la existencia de ganancia. Para hacerlo, Marx se separa tajantemente de la economía política burguesa. La segunda remite

19. Véase también Gill (1996: 513-515).

al hecho de que el despliegue de la acumulación del capital acaba implicando, inevitablemente, una exigencia asimismo de aumento constante del grado de explotación, de la tasa de plusvalía[20]. Hasta el punto de que la desvalorización de la fuerza de trabajo como mecanismo para el aumento de la explotación exigido, adopta formas cada vez más extremas, incluyendo entre otras modalidades las de trabajadores registrados como autónomos ("falsos autónomos"), carentes por ello de derecho laboral alguno (Vicent: 2017: 187-190); "contratos cero horas" que no garantizan ni una hora de trabajo y por consiguiente ningún salario, pero en los que se impone exclusividad; la extensión del fenómeno de los "trabajadores pobres", es decir, aquellos que con su salario no pueden acceder siquiera al consumo básico; incluso trabajo sin remuneración, mediante la apelación al prestigio curricular que supone hacerlo en una determinada empresa (medios de comunicación, restaurantes de lujo); además de otros muchos mecanismos para la reducción del salario por hora, como la imposición de horas extraordinarias no remuneradas[21]. Unido al fenómeno del desempleo y el subempleo, la propia noción de desvalorización de la fuerza de trabajo parece quedarse corta para definir una realidad en la que cada vez se sistematiza más la destrucción de fuerzas productivas y específicamente la fuerza de trabajo (Arrizabalo, 2014: 443-542).

Hay varias nociones en relación con el salario que facilitan la com-

---

20. Series estadísticas que muestran la tendencia para un par de casos, el español y el sueco, se encuentran respectivamente en Murillo (2015: 376) y Del Rosal (2015: 264, 326 y 388.).

21. Que se agudice la explotación a través de nuevas formas no modifica en absoluto su contenido como tal, como explotación laboral. Por esto mismo, cualquier pretensión de inventar una nueva clase, el precariado, sólo puede obedecer a una intención de división de la clase trabajadora. Algo parecido ocurre con la pretensión de distinguir dentro de la clase capitalista clases distintas, lo que en seguida se utiliza para defender que una de ellas (la industrial, productiva, blablablá) frente a la otra (la especulativa, parasitaria, etc.). En esta línea se encuadra toda la retórica de la "financiarización" como un exceso corregible con las políticas adecuadas, cuando la expansión de las finanzas simplemente obedece a las dificultades de valorización del capital en la esfera productiva. Y también sucede algo similar con la entronización del llamado neoliberalismo como capitalismo malo, abriendo por tanto la vía *de facto* para un capitalismo bueno. Contrariamente a lo que revela un adecuado uso del método marxista, revelador de la imposibilidad de toda gestión progresiva del capitalismo.

prensión de la situación actual. El salario es el precio de la mercancía fuerza de trabajo y por tanto se sitúa en torno a su valor (el valor de la fuerza de trabajo es el valor de las mercancías con las que se reproduce y se determina socialmente, a través de la lucha de clases que establece ciertas pautas para dicha reproducción). Las nociones más conocidas son el salario real, porque indica las posibilidades de consumo de los trabajadores, al poner en relación el precio de la mercancía fuerza de trabajo con el precio de las mercancías a través de cuya compra y consumo la fuerza de trabajo se reproduce, como decíamos. Por otra parte, el salario relativo mide el peso relativo del salario respecto a todo lo producido y, por tanto, es un indicador del grado de explotación. El vínculo entre salario real es importante, porque desvela la procedencia de la capacidad de consumo de los trabajadores, ya que es factible, por ejemplo, que un aumento del salario real esté "precedido" de una disminución del salario relativo, lo que significaría que los trabajadores están financiando más que de sobra con su mayor productividad esa posibilidad acrecentada de consumo. El hecho de que se verifiquen cada vez más descensos en el salario real es una buena prueba del grado de contradicción que ha alcanzado el capitalismo, cuando la crisis se profundiza incluso a pesar del aumento de la tasa de plusvalía. Por otra parte, hay dos nociones poco utilizadas, pero que ilustran bien asimismo esta grave situación actual. Se trata del "salario mínimo" y el "salario máximo". Salario mínimo no en el sentido legal del término, alusivo a situaciones en las que existe legislación que prohíbe la contratación (legal) de trabajadores con un salario inferior a determinado monto. Sino en el sentido conceptual de que por debajo de un determinado nivel de salario ni siquiera se hace posible la reproducción material de la fuerza de trabajo –en este sentido se habla de mínimo, es decir, de subsistencia física del trabajador que encarna la fuerza de trabajo. Y cuando constatamos ciertas situaciones en el mercado de trabajo, la sobreexplotación se presenta como plausible cada vez de forma menos excepcional, frente a otras formulaciones de la sobreexplotación (Arrizabalo, 2014: 165-166). Finalmente, hablamos de salario máximo aludiendo al nivel salarial por encima del cual ocurre algo relevante: que se compromete la rentabilidad. En realidad, no deja

de suponer una vuelta a la mencionada necesidad de aumento del grado de explotación. Pero puede resultar interesante formularlo en estos términos, porque desvela la incompatibilidad de las conquistas obreras con las exigencias de la rentabilidad y, por tanto, puede ayudar a dejar ver a los trabajadores la causa de sus problemas (en torno a esta noción se facilita por ejemplo la comprensión de los límites del llamado "modelo sueco")[22].

## 3. Implicaciones económicas, sociales y políticas: destrucción de fuerzas productivas y respuesta del movimiento obrero

Las formulaciones teóricas no son la carta de un restaurante de la que cada uno puede elegir la combinación de platos que desee (por cierto, elección condicionada en el capitalismo a que el poder de compra la permita). Toda teoría digna de este nombre se asienta en un núcleo básico constituido por la forma de responder a las preguntas fundamentales de la disciplina. Y a una determinada pregunta no se le puede responder de una forma y a la vez de la contraria, como pretenden los interesados eclécticos (sinónimo de acomodaticios)[23]. En el caso del análisis económico del modo de producción capitalista, la primera pregunta radica en cuál es el origen de la ganancia, dado que su conocimiento es imprescindible para poder evaluar las posibilidades del capitalismo, ya que en él la acumulación depende de la rentabilidad. Marx la responde formulando la ley del valor que explica el intercambio de las mercancías, para así poder explicar la peculiaridad de la mercancía fuerza de trabajo que, intercambiándose por su valor, permite sin embargo que el trabajador produzca plusvalía, dado que la fuerza de trabajo sólo representa una parte de toda la jornada laboral.

La comprensión teórica de las leyes que rigen el capitalismo, partiendo de la ley del valor y concluyendo con la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia, no tienen nada de determinismo en

22. Para todo esto puede verse Gill (1996: 257-290).
23. Moliner, María (1998); *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, pág. 1050.

cuanto a negar la posibilidad de intervención política para resolver los problemas. Sí tienen implicaciones estrictas en cuanto a poder hacerlo en el marco de la vigencia de dichas leyes, esto es, de supervivencia del capitalismo. Un ejemplo muy claro es el de la democracia o, mejor dicho, de las conquistas democráticas. Que la democracia es incompatible con el capitalismo salta a la vista en tanto, por ejemplo, no es el conjunto de la sociedad quien decide quién trabaja y quién no, sino fundamentalmente unos pocos de sus miembros, los propietarios de los medios de producción. Sin embargo, la clase trabajadora sí puede arrancar conquistas democráticas, aunque de forma limitada y no sólo por la imposibilidad de "democracia económica", sino también porque las exigencias crecientes de explotación provocan una explosividad ante la que el Estado burgués debe restringir cada vez más los derechos democráticos[24].

No sabemos si existirá el capitalismo como modo de producción dominante dentro de veinticinco años, pero sí sabemos, y con seguridad, que en el caso de que exista el grado de explotación habrá aumentado. A un nivel además que será incompatible no ya con la pretensión de mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la población, la clase trabajadora, sino simplemente de preservar las conquistadas[25]. Mientras tanto, las sacudidas económicas con la forma de crisis seguirán teniendo lugar y a buen seguro que con más

24. Es el caso del Estado de Emergencia vigente en Francia desde noviembre de 2015 y sustituido en octubre de 2017 por una "ley antiterrorista" que hace permanentes algunas restricciones. O la Ley de Seguridad Ciudadana en el caso español, conocida popularmente como "Ley Mordaza". Abordamos la necesidad de precisar de qué se habla al utilizar los términos democracia y dictadura, a la luz de la experiencia revolucionaria soviética en Arrizabalo (2018).
25. Un ejemplo muy elocuente al respecto son los ataques a la seguridad social, en tanto que salario indirecto o diferido que revela la imposibilidad de hablar de privatización de la seguridad social, dada la incompatibilidad conceptual entre seguridad social y privado. Por ejemplo en el caso español, en el marco viciado de raíz que es el Pacto de Toledo, en el que se integran organizaciones políticas y es apoyado por sindicatos, pese a que su premisa es la falacia de que las pensiones son insostenibles. Se prepara así su paulatino desmantelamiento con el horizonte de su destrucción total como en Chile, a través de pasos intermedios como financiarlas por impuestos, para romper su contenido profundo de salario, haciendo depender su dotación presupuestaria de cada gobierno y en el marco del sometimiento a la UE y el BCE.

intensidad y amplitud, al igual que las guerras, que también constituyen parte inevitable del proceso de acumulación capitalista. Es decir, una situación circular de crisis-ajuste-crisis plasmada en destrucción económica por doquier, regresión social y el mencionado cuestionamiento de las conquistas obreras y democráticas. Un proceso cada vez más sistemático de destrucción de fuerzas productivas.

Ante esta situación, ¿qué puede hacer la clase trabajadora? Hablamos de clase trabajadora para identificar el sujeto que se constituye como tal de acuerdo con su posición en las relaciones de producción dominantes hoy, las capitalistas[26]. Es decir, poniendo en el centro del análisis lo que está en el centro en la realidad. Sobre esta base, puesto que el aumento de la explotación es la causa del cuestionamiento cada vez más frontal de sus condiciones de vida, y dicho aumento es el resultado inevitable de la sociedad organizada en torno a la propiedad privada de los medios de producción y todo su despliegue histórico (con la forma capitalista finalmente y en particular en su estadio imperialista), la única vía de solución para la clase trabajadora es la expropiación del capital. Insistimos en este punto: la explotación no es una categoría moral sino teórica, resultado de la aproximación científica que realiza Marx a la problemática de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista. La única forma de superar la explotación es eliminar su causa.

Es muy importante precisar bien que no estamos diciendo que los acuciantes problemas actuales sean irresolubles. Únicamente decimos, a la luz de todo lo explicado, que son irresolubles en el capitalismo, bajo el que, para decirlo gráficamente de acuerdo a los datos de la propia FAO, pese a producirse alimentos con los que habría capacidad de nutrir a 12.000 millones de personas a razón de 2.700 calorías diarias, más de 815 millones de personas padecen malnutrición... de los 7.500 millones de habitantes[27]. Todos los intentos de

---

26. Por esto mismo no es una exquisitez formal plantear que en la URSS, pese a la degeneración burocrática, el control del aparato de Estado por un grupo no le constituía a éste en clase (Arrizabalo, 2018). Véase Trotsky (1936); *La revolución traicionada*, Fundación Federico Engels, Madrid, 1991, págs. 210-213.
27. FAO y otros (2017); *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2017*, Roma, pág. vi. Y Ziegler, Jean (2008); "El hambre y los Derechos del

un capitalismo bueno, o más bien su retórica, se han revelado falaces, inevitablemente falaces por las razones señaladas a lo largo del texto[28].

Sin embargo, basta imaginar una situación en la que gracias a la expropiación del capital no es sólo que todas las necesidades materiales de la población estarían aseguradas, sino que a partir de ello se abrirían todas las posibilidades de desarrollo de las capacidades del ser humano, castradas bajo las exigencias de la rentabilidad. De hecho, en una sociedad comunista, es decir, una sociedad en la que no se dedicara ni una sola hora de trabajo, ni vivo ni pasado, a actividades que sólo se llevan a cabo hoy por exigencias de la explotación y de la competencia, en torno a las cuales se levanta la rentabilidad que motiva la acumulación capitalista... en dicha sociedad, ¿de cuántas horas sería la jornada laboral semanal? Acabamos de hacer desaparecer la industria de armamento, las finanzas, la publicidad, etc. Y también el desempleo y el parasitismo de quienes no aportan valores de uso a la sociedad. La jornada laboral sería tan reducida que efectivamente, como decíamos, la especie humana podría desplegar todas sus posibilidades:

> es tan difícil predecir cuáles serán los límites del dominio de sí mismo que es capaz de alcanzar el hombre futuro, como prever hasta dónde se podrá desarrollar el dominio técnico sobre la naturaleza. La construcción social y la autoeducación psicofísica serán dos aspectos paralelos de un único proceso. Todas las artes –la literatura, el teatro, la pintura, la escultura, la música y la arquitectura– darán a este proceso una forma sublime. Más exactamente, la forma que revestirá el proceso de edificación cultural y de autoeducación del hombre comunista desarrollará hasta el grado más alto los elementos vivos del arte contemporáneo. El hombre se hará incomparablemente más fuerte, más sabio y más complejo. Su cuerpo será más armonioso, sus movimientos más rítmicos, su voz más melodiosa. Las formas de su existencia adquirirán una calidad dinámicamente dramática. El hombre normal se elevará a las alturas de un Aristóteles, un Goethe o

---

Hombre", en *Revista Colombiana de Sociología*, n.º 30, pág. 13, quien atribuye el dato a Jacques Diof, director entonces de FAO.

28. Véanse por ejemplo Gill (1989) y Del Rosal (2015). Y de forma más general Arrizabalo (2014).

un Marx. Y por encima de estas alturas se elevarán nuevas cúspides[29].

Esta consideración es importante desde el punto de vista de que los trabajadores sí tenemos una alternativa. Desde el punto de vista de que lo anacrónico no es lo relativo a una organización de la sociedad ordenada de acuerdo con sus posibilidades materiales, sino que lo anacrónico es el capitalismo, en tanto su supervivencia implica una distancia cada vez mayor entre las posibilidades materiales factibles gracias a la productividad del trabajo y su plasmación efectiva en términos de las condiciones de vida de la población, es decir, en tanto implica una destrucción de fuerzas productivas cada vez más sistemática.

Pero nada de esto va a ocurrir gratuitamente, porque las clases dominantes nunca ceden sus privilegios pacífica y amablemente. La emancipación de la clase trabajadora sólo podrá ser obra de ella misma, organizándose políticamente de forma independiente de todo compromiso con la clase capitalista y todas y cada una de sus instituciones. No mantenemos ninguna posición maximalista al respecto, ni menospreciamos las conquistas que puedan arrancarse mientras sobreviva la relación social que es el capital, en tanto alivien las condiciones de explotación (por limitado que sea dicho alivio) y aporten la enseñanza de que sólo mediante la organización se consiguen los objetivos. Sí planteamos una cuestión irrenunciable de principio, que se sintetiza en la mencionada organización unida de quienes compartimos objetivamente los intereses más elementales por nuestra condición de explotados, de miembros de la clase explotada. Unida e independiente de la clase explotadora, para poder defender nuestras aspiraciones de la única forma acorde a este verbo "defender": incondicionalmente, sin someterlas a ninguna condición. En este camino se adquirirán necesariamente todos los aprendizajes necesarios para que una salida digna de este nombre cuaje efectivamente en la revolución que abra la transición del socialismo, antesala a su vez del comunismo. Todo lo cual no es un deseo, sino una acuciante necesidad.

29. Trotsky (1924); *Literatura y revolución*, en www.marxists.org/espanol/trotsky/1920s/literatura/8a.htm.

**Bibliografía**

Arrizabalo, Xabier (2018); *Enseñanzas de la Revolución rusa (Interpretación marxista de la experiencia soviética a través de sus textos)*, IME, Madrid.

Arrizabalo, Xabier (2014); *Capitalismo y economía mundial*, IME-ARCIS-UdeC, Madrid.

De Blas, Jesús (1994); "La formación del 'mecanismo económico estalinista' (M.E.E.) en la antigua U.R.S.S. y su imposición en la Europa del Este; el caso de Hungría (crisis de la concepción estalinista autárquica 'versus' proceso de integración en la economía capitalista mundial)", *Tesis doctoral*, UCM, Madrid.

Del Rosal, Mario (2015); "El capitalismo sueco y los límites del socialismo reformista. Una crítica Marxista del modelo Rehn-Meidner (1932-1983)", *Tesis doctoral*, UCM, Madrid.

Gill, Louis (1996); *Fundamentos y límites del capitalismo*, Trotta, Madrid, 2002.

Gill, Louis (1989); *Les limites du partenariat. Les expériences social-démocrates de gestion* économique *en Suède, en Allemagne, en Autriche et en Norvège*, Boréal, Montreal.

Guerrero, Diego (2006); *La explotación. Trabajo y capital en España (1954-2001)*, El Viejo Topo, Barcelona.

Guerrero, Diego (1996); "Un Marx imposible: el Marxismo sin teoría del valor", *V Jornadas de Economía Crítica*, Universidad de Santiago de Compostela, mayo.

Kliman, Andrew (2011); *The Failure of Capitalist Production (Underlying Causes of the Great Recession)*, Plutopress, Nueva York.

Lenin (1916); *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Progreso Moscú, 1976.

Luxemburg, Rosa (1925); *Introducción a la economía política*, Siglo XXI, 1972, Madrid (escrito en 1916).

Macías, Alfredo (2017); *El colapso del capitalismo tecnológico*, Escolar y Mayo, Madrid.

Marx, Karl (1857-1858); *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política [Grundrisse]*, Siglo XXI, México, 1971-1976, 3 vols. (publicados por primera vez en 1939).

Marx, Karl (1867-1894); *El capital (Crítica de la economía política)*, Siglo XXI, Buenos Aires-Madrid-México, 1976-1981 (los dos últimos libros editados por Engels).

Marx, Karl y Engels F. (1848); *Manifiesto del partido comunista*, FCE, México D.F., 1988.

Murillo, Javier (2015); "Análisis marxista del milagro económico español (1994-

2007): dinámica salarial e impacto sobre la estructura de propiedad", *Tesis doctoral*, UCM, Madrid.

Nieto, Maxi (2016); *Cómo funciona la economía capitalista*, Escolar y Mayo, Madrid.

Riazanov, David (2012); *La vida y el pensamiento revolucionario de Marx y Engels*, Ocean Sur, Caracas.

Rosdolsky, Roman (1968); *Génesis y estructura de El Capital de Marx (Estudios sobre los Grundrisse)*, Siglo XXI, México, 1978.

Rubin, Isaak Illich (1928, tercera edición); *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1974.

Trotsky (1928); "Las tendencias filosóficas del burocratismo", en www.ceipleon-trotsky.org/Las-tendencias-filosoficas-del-burocratismo.

Vicent, Lucía (2017); "Precariedad laboral en la economía española. Una perspectiva de género el mercado de trabajo en los primeros años del siglo XXI", *Tesis doctoral*, Universidad Complutense de Madrid.

# 2

# Acumulación capitalista y polarización creciente

**F. Javier Murillo Arroyo**

*"La acumulación de riqueza en un polo es al propio tiempo, pues, acumulación de miseria, tormentos de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto"*
(Marx, 1867: 805)

## 1. Introducción

El análisis marxista no considera que la desigualdad sea únicamente el resultado de la acumulación capitalista sino que la concibe como el punto de partida del proceso. Para que la valorización del capital se ponga en marcha se requiere que existan dos clases sociales claramente polarizadas: un grupo de sujetos que ostente la propiedad de los medios de producción y otro compuesto por personas alejadas de ella. Además, se requiere que esta desigualdad se perpetúe para garantizar las relaciones de producción en las que se sustenta el capital, por lo que se activan ciertos mecanismos para conseguirlo. El capital es una relación entre extremos opuestos, representados por cada una de las dos clases esenciales, a saber, capitalistas y asalariados, que mantienen intereses crecientemente antagónicos entre ellos.

Así, sus diferencias se reproducen en una escala ampliada, de tal manera que la distancia entre el capital y el trabajo tiende a ensancharse gradualmente. Como respuesta a las crecientes dificultades de valorización a las que se enfrenta el capital se despliegan mecanismos que favorecen el incremento del plusvalor, lo que se refleja en una distribución del ingreso cada vez más favorable a los intereses del capital. Pero la agudización de las diferencias entre estas dos clases no se limita al plano de la renta. El análisis marxista propone también

una pauta distributiva para los medios de producción, en función de la que su propiedad queda centralizada en un número cada vez más reducido de propietarios.

En realidad, la propuesta sobre la polarización social creciente trasciende la esfera definida por la distribución del ingreso y del patrimonio: en la cita que abre este capítulo se puede constatar que Marx contempla el impacto de la acumulación capitalista sobre las condiciones laborales y vitales de los asalariados en un sentido amplio. Sin embargo, el capítulo queda focalizado en el análisis en las pautas estructurales que determinan la distribución del ingreso y de los medios de producción, dejando de lado el resto de dimensiones en las que también se materializa la polarización social a la que conduce el capital. A continuación se exponen las dinámicas que subyacen a la creciente polarización, definidas como tendencias estructurales al ser planteadas en un plano de cierta abstracción. De ahí que el estudio de formaciones sociales específicas requiera la integración en el análisis de otros elementos vinculados a la realidad social concreta, que explican su materialización de una forma particular.

Para ello, se explica en primer lugar el esquema de clases sociales del que parte el análisis marxista. A continuación, se expone la teoría del salario que se deriva de la teoría laboral del valor, de la que se desprende la propuesta sobre el empobrecimiento relativo de los asalariados. La dinámica de polarización se completa con el estudio de los procesos de concentración y centralización de la propiedad así como de la proletarización que de ellos se deriva. Por último, el capítulo se cierra con una síntesis de las principales conclusiones derivadas del estudio del impacto de la acumulación de capital sobre la situación de las clases sociales.

## 2. Las clases sociales: la relación polar entre capitalistas y asalariados

El análisis marxista aborda el estudio del proceso de reproducción material de la sociedad como una realidad única, desde una perspectiva global, por lo que no concibe la desigualdad como un fenómeno cir-

cunscrito a la distribución. Más bien, considera que las relaciones de distribución del ingreso son el reflejo de las relaciones de producción que establecen entre sí las clases sociales, siendo estas, a su vez, el resultado de la estructura de propiedad sobre los medios de producción imperantes en una determinada formación social.

La unidad de análisis del enfoque marxista es la clase social. De hecho, se considera que el comportamiento de los sujetos queda constreñido por las relaciones de producción que encarnan y los intereses que de ellas se derivan. Marx concibe a los sujetos como "la personificación de categorías económicas, portadores de determinadas relaciones e intereses de clase" (Marx, 1894: 1117). Por lo tanto, la clase social es una categoría a la que se le concede entidad propia que representa un instrumento analítico esencial para comprender la confrontación de intereses característica del modo de producción capitalista. Aunque *El capital* no incluye una sistematización teórica sobre las clases sociales inherentes al capitalismo[1], del contenido global de la obra se desprende no solo una definición del concepto de clase social y su aplicación al capitalismo sino también una propuesta acerca del impacto que genera el desarrollo ordinario de la acumulación capitalista sobre la estructura de clases.

El análisis marxista parte de un enfoque relacional para definir las clases sociales. No todos los sujetos cumplen la misma función en el proceso de reproducción material, mediante el que la sociedad se procura los bienes requeridos para cubrir sus necesidades. En función de las relaciones de propiedad que mantengan sobre los medios de producción, participarán de una manera u otra en él: así, las clases sociales quedan compuestas por personas que mantienen una posición común en este proceso. Al encontrarse en una situación similar compartirán una serie de intereses comunes.

De ahí que las diferencias entre clases no radiquen en el nivel de ingresos de los sujetos que las componen sino en su fuente de procedencia. Las relaciones de producción definen la forma particular a través de la que cada clase social participa en el proceso de reproduc-

1. Precisamente, el tercer tomo de *El capital* se cierra con el inconcluso capítulo en el que el autor pretendía acometer su análisis, que queda interrumpido bruscamente.

ción material. Es decir, definen las funciones encomendadas a cada una de las clases sociales y, por lo tanto, van a determinar la forma mediante la que cada una se apropia del producto resultante. Se derivan de las relaciones de propiedad sobre los medios de producción, de tal manera que su distribución conforma la premisa básica que permite comprender la forma en la que participan los sujetos en el proceso productivo, así como en la distribución de su resultado. De aquí se concluye que la clase es una categoría de carácter social y no técnico, ya que la integración de los sujetos en ellas no depende de las tareas concretas que realicen sino de la forma mediante la que participen en el proceso de reproducción material en función de su relación con los medios de producción.

Por lo tanto, ofrece una demarcación objetiva de las clases sociales, definidas según la posición que los sujetos ocupan en el entramado de relaciones sociales con independencia de que sean más o menos conscientes de la posición de clase que mantienen y al margen de su voluntad. Esta es la definición de clase en sí que propone Marx, en función de la posición socioeconómica común de los sujetos en el proceso de reproducción material. Aunque desde una perspectiva subjetiva las clases no siempre conforman una fuerza política, desde una perspectiva objetiva, todos los sujetos que comparten la misma relación con la propiedad de los medios de producción las nutren. Si la masa de sujetos que conforman cada clase social toma consciencia de su situación y se organiza para defender sus intereses comunes formarán una clase para sí (Cohen, 1986). Pero este último aspecto, que determinará la forma particular a través de la que se manifieste el conflicto entre clases, es independiente de la existencia de la clase social como tal.

Aplicando este planteamiento al estudio del capitalismo es posible entender las relaciones sociales de producción que le son inherentes. Por una parte, aparecen los capitalistas, que ostentan la propiedad sobre los medios de producción. Por otra, los trabajadores asalariados, que al no disponer de medios de producción en propiedad están abocados a vender su capacidad de trabajar para obtener los ingresos que le permiten garantizar su subsistencia: representan un conjunto de trabajadores "que no tienen nada más que vender que su fuerza

de trabajo, sus brazos laboriosos y sus cerebros" (Marx, 1865: 40). Por lo tanto, este modo de producción presupone una determinada distribución de los medios de producción: los asalariados deben quedar alejados de su propiedad mientras que su posesión queda monopolizada por los capitalistas. Así, la relación entre capitalistas y asalariados es una relación polar: en un extremo, los propietarios de los medios de producción, que se apropiarán del producto final en forma de ganancia, una vez que hayan descontado la parte con la que remuneran al polo opuesto, los asalariados, a cambio de su fuerza de trabajo. El conflicto de intereses que se deriva de esta relación revela el carácter antagónico en torno al que pivota la organización de las sociedades capitalistas. Teniendo en cuenta que la clase trabajadora es la responsable de la generación del valor nuevo en su totalidad mientras que los capitalistas se apropian de una fracción del mismo se puede afirmar que el capitalismo se basa en la explotación de una clase social por otra.

Obviamente, esta estructura de clases no tiene un carácter universal y ahistórico sino que el proceso de escisión entre los trabajadores y la propiedad de los medios de producción es el resultado de un proceso histórico que hunde sus raíces en la incautación por parte de la burguesía del trabajo acumulado en la forma de medios de producción, a través de diferentes vías, no solo económicas sino también violentas[2]. El alejamiento de los trabajadores de la propiedad de los medios de producción implica la mercantilización de su fuerza de trabajo, lo que conforma una de las principales singularidades del capitalismo frente al resto de modos de producción. De este modo, los trabajadores transfieren temporalmente el derecho de uso de su fuerza de trabajo al capital a cambio de un salario. El salario, como se comprobará más adelante, se fija en un nivel que garantiza la reproducción de las relaciones sociales de producción, perpetuando la separación de los trabajadores de la propiedad sobre los medios de producción.

Asimismo, ha de comprenderse que Marx plantea este esquema bipolar de clases en el nivel más elevado de abstracción de su análisis,

---

2. En el capítulo XXIV de Marx (1867) puede encontrarse un análisis completo de este proceso.

cuando aborda el estudio del capitalismo en estado puro[3]. En este plano del análisis deja de lado los modos de producción subordinados con los que coexiste en aquellas formaciones sociales en las que domina la actividad económica con el objetivo de analizar la esencia de la dinámica capitalista, desenmascarando las leyes que la definen bajo una forma ideal. En primer lugar, este capitalismo puro es una herramienta de análisis de carácter conceptual, un "punto de partida analítico", como lo denomina Guerrero (2008). De aquí se desprende el particular carácter que tienen las leyes de la acumulación en el análisis marxista: al quedar definidas en este nivel de abstracción deben ser entendidas como tendencias estructurales a las que, inexorablemente, conduce el funcionamiento ordinario del capitalismo. Pero en ningún caso pueden ser consideradas determinaciones absolutas ya que pueden aparecer factores específicos, vinculados a la realidad social concreta, que las contrarresten o que, incluso, las neutralicen (Meek, 1962).

Sin embargo, el capitalismo puro representa algo más que una mera herramienta metodológica en la obra de Marx. El capital necesita extender su hegemonía frente al resto de formas de producción en las sociedades en las que domina la actividad económica. De este modo, se desencadena una tendencia consustancial a la acumulación capitalista que implica que las leyes que la rigen evolucionen hacia su forma más pura. En el plano de las clases sociales, esto se refleja mediante una simplificación de las relaciones de clase: la estructura social tiende a polarizarse crecientemente en torno a la relación antagónica básica que encarna el capital, la que protagonizan capitalistas y asalariados, en detrimento del resto de clases sociales secundarias vinculadas a modos de producción subordinados en las sociedades capitalistas. La ley del desarrollo del modo capitalista de producción provoca el deterioro de la importancia relativa de las clases secundarias ya que consiste en "separar más y más del trabajo los medios

3. "El físico observa los procesos naturales allí donde se presentan en la forma más nítida y menos oscurecidos por influjos perturbadores, o bien, cuando es posible, efectúa experimentos en condiciones que aseguren el transcurso incontaminado del proceso. Lo que he de investigar en esta obra es el modo de producción capitalista y las relaciones de producción e intercambio a él correspondientes" (Marx, 1867: 6).

de producción, así como concentrar más y más en grandes grupos los medios de producción dispersos, esto es, transformar el trabajo en trabajo asalariado y los medios de producción en capital" (Marx, 1894: 1123). El resto de clases sociales tienden a quedar subsumidas bajo alguna de las dos clases inmanentes al capital.

De lo anterior se deriva que el análisis marxista parte de la concepción de las clases sociales como entes permeables que continuamente ven modificada su composición al interactuar entre sí y se van transformando en función de las leyes que rigen la acumulación capitalista. Las fronteras en las que se sustentan las diferencias de clase son de carácter económico por lo que la movilidad de los sujetos entre ellas es el reflejo de las dinámicas a las que se ve sometido el modo de producción capitalista. En este sentido, Marx sostiene que el desarrollo ordinario de la acumulación de capital engendra una tendencia hacia el engrosamiento de la clase asalariada: aunque se producen desplazamientos en todos los sentidos, el predominante es el flujo de sujetos que crecientemente la nutren. Más adelante se explican con detalle los factores que desencadenan la creciente importancia relativa de los asalariados.

Con base en todo lo anterior puede afirmarse que el capitalismo es una forma social de producción basada en la polarización de la sociedad. La desigualdad es la premisa básica de funcionamiento de la acumulación capitalista: requiere la aparición conjunta de un grupo de sujetos carentes de medios de producción con los que trabajar y de un colectivo de sujetos que ostente su propiedad. Por lo tanto, no es suficiente indagar en el plano distributivo para comprender el fenómeno de la desigualdad sino que es necesario ahondar en el estudio de la dimensión productiva, concretamente en el plano de la propiedad de los medios de producción y la forma mediante la que las diferentes clases sociales participan en el proceso productivo. Esto implica que en los análisis de clase no solo deba ser considerada la variable renta sino que también es necesario integrar el estudio del patrimonio. Además, el desarrollo ordinario de la acumulación capitalista provoca que esta polarización social en la que se sustenta el capital se agudice. En los siguientes epígrafes se explican las causas que subyacen a la intensificación de las diferencias de clase, así como las principales tendencias mediante las que se manifiesta.

## 3. Distribución del ingreso y depauperación relativa de los asalariados

La primera de las tendencias mediante la que se manifiesta la creciente polarización de las clases sociales como consecuencia del desarrollo ordinario del proceso de acumulación capitalista es la erosión del salario relativo (SR). La participación de los asalariados en la distribución del ingreso representa una fracción cada vez más reducida de la magnitud total. Al igual que el resto de las leyes que rigen el funcionamiento del modo de producción capitalista tiene un carácter tendencial y responde a la reacción que emprende el capital para intentar paliar los efectos de las crecientes contradicciones a las que se enfrenta. Para comprenderla en todas sus dimensiones es necesario analizar, en primer lugar, el propio proceso de determinación del salario y, posteriormente, indagar en las raíces que explican la necesidad del capital de explotar crecientemente a los trabajadores.

### *3.1. ¿Cómo se determina el salario? La aplicación de la teoría laboral del valor al caso de la fuerza de trabajo*

Al convertirse en una mercancía, la fuerza de trabajo se intercambia en el mercado por un determinado precio, el salario. Por lo tanto, extendiendo los principios generales de la teoría laboral del valor (TLV) a este caso, posición que Grossmann (1979) defiende como la única coherente con este sistema teórico, el salario queda regulado, fundamentalmente, por el valor de la fuerza de trabajo. En función de diferentes circunstancias del mercado, el salario puede quedar sometido a diferentes desviaciones pero, en todo caso, gravitando en torno al valor de la mercancía intercambiada.

Al igual que ocurre en el caso del resto de mercancías, el valor viene determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para reproducir la fuerza de trabajo en las condiciones de cada momento. Al existir únicamente como una capacidad de los sujetos vivos, su reproducción exige también la de su portador, el trabajador. Por lo tanto, queda condicionada por el valor de los medios de consumo necesarios para el sustento del trabajador así como para

el desarrollo de sus facultades. A partir de esta definición se hace necesario realizar una serie de aclaraciones.

Por una parte, se ha de dedicar cierta cantidad de tiempo de trabajo social para alcanzar un determinado nivel de cualificación de la fuerza de trabajo con el objetivo de que sea capaz de desarrollar ciertas capacidades técnicas. Este proceso trasciende la esfera mercantil y se pueden diferenciar las fases de formación, tanto en lo relativo a la instrucción general como al aprendizaje de habilidades técnicas, y de acumulación de experiencia, en el ámbito del desempeño de la propia actividad laboral.

Además, la conservación de la fuerza de trabajo requiere la reproducción del propio trabajador que porta esta capacidad por lo que también se debe tener en cuenta el conjunto de medios de consumo necesarios para cubrir sus necesidades. Y no solo desde un punto de vista limitado, circunscrito a las necesidades fisiológicas: el salario debe garantizar la subsistencia del trabajador desde una perspectiva social (Nieto, 2015). Por lo tanto, la cesta de medios de consumo necesaria para la reproducción de los trabajadores tiene una composición variable y depende del patrón estándar de consumo de cada sociedad. Es decir, incorpora, además del físico, un componente social e histórico que tiene un carácter variable y que depende, fundamentalmente, del grado de desarrollo socioeconómico de cada sociedad. Por otro lado, también se ha de considerar que la reproducción de la fuerza de trabajo implica el relevo generacional, por lo que ha de entenderse que no es un proceso que se resuelva en el plano individual sino en el colectivo.

Por lo tanto, el valor de la FT depende de dos factores[4]:

1. Medios de consumo que componen la cesta necesaria para la subsistencia social del asalariado, que tiene una doble dimensión: física y social. Responde al patrón de necesidades que brotan del contexto social en un momento determinado por lo que tiene un carácter variable. El avance de la capacidad productiva del trabajo permite la incorporación de medios de consumo adicionales lo que justifica

4. Para un desarrollo completo de la explicación del valor de la fuerza de trabajo ver Guerrero (1989) o el capítulo 5 de Murillo (2016).

el carácter elástico que tiene el salario. 2. Desarrollo de la capacidad productiva del trabajo. A medida que progresa la productividad el esfuerzo requerido para la obtención de una unidad de producto es menor, tendencia que también afecta a los medios de consumo que garantizan la reproducción de los asalariados. Como consecuencia del desarrollo de la productividad el valor unitario de los medios de consumo que conforman esta cesta tiende a caer.

Conforme a todo ello se puede definir el valor de la fuerza de trabajo como una magnitud variable que encuentra su valor mínimo en el límite que marca la subsistencia física del trabajador y el máximo en aquel nivel que ponga en compromiso la obtención de la ganancia promedio. Al igual que ocurre en el caso del resto de mercancías, el salario gravita en torno al valor de la fuerza de trabajo pero existen ciertos factores que explican las divergencias entre una magnitud y otra: la presión ejercida por el ejército industrial de reserva, el grado de dinamismo de cada sector, la correlación de fuerzas entre clases sociales o la regulación existente en el mercado laboral son algunos de los elementos más importantes que explican estas diferencias.

El ingreso no es más que la expresión monetaria del valor generado en el proceso productivo. A partir de los elementos mencionados más arriba se define el salario, la renta de la que se apropian los trabajadores asalariados. ¿Cuál es la fuente de la que se nutre el beneficio, que representa el otro tipo esencial de renta en el capitalismo? En realidad, es una magnitud definida como un residuo. El capitalista adquiere la fuerza de trabajo y paga a su propietario íntegramente su valor; no obstante, el uso de la capacidad de trabajo del asalariado genera una masa de valor superior al requerido para reproducir su fuerza de trabajo. Aparentemente podría parecer que al trabajador se le remunera con el producto íntegro de su trabajo pero no es así. El capitalista paga al trabajador el equivalente al valor de la fuerza de trabajo; sin embargo, el valor del resultado del uso de la fuerza de trabajo (v+pv) es superior al valor de la propia fuerza de trabajo (v): la diferencia es el plusvalor (pv), del que se nutre la ganancia. El uso productivo de la fuerza de trabajo permite obtener una cantidad de valor superior al que tiene la propia fuerza de trabajo. La cantidad de valor que agrega un trabajador al producto no depende del valor de la

fuerza de trabajo sino de la medida en la que el trabajo gastado actúa como trabajo abstracto generador de valor (Heinrich, 2008).

El trabajador asalariado es el responsable de la generación de la masa total de valor nuevo en el proceso productivo. Sin embargo, solo se apropia de una fracción en forma de salario; el resto es el ingreso del que se apropia el capitalista, el beneficio. Es en este sentido en el que debe entenderse la explotación: como un fenómeno objetivo, lejos de reproches morales y común a todos los trabajadores asalariados. Evidentemente, el grado de explotación al que pueden quedar sometidos los trabajadores es variable, pudiendo alcanzar incluso situaciones de sobreexplotación.

La tasa de plusvalía (p'), que relaciona el plusvalor con el capital variable con el que se remunera al trabajador asalariado, sirve para medir el grado de explotación. Por ello, se erige como un indicador de la distribución del ingreso total:

$$p' = \frac{pv}{v} \qquad (3.1)$$

Como puede deducirse de esta expresión, el grado de explotación de los trabajadores peor remunerados no siempre ha de ser mayor que en el caso de trabajadores con salarios más elevados porque también depende de la capacidad que tiene el trabajo de producir plusvalor.

### *3.2. Incremento tendencial del salario real*

La dinámica salarial derivada del desarrollo ordinario de la acumulación capitalista se articula en torno a dos grandes tendencias. Por un lado, genera un incremento tendencial del salario real[5] en términos medios. La competencia capitalista promueve un desarrollo estructural de la productividad que posibilita el incremento de la capacidad de

5. Que se corresponde con la relación del salario nominal, en unidades monetarias, con el nivel de precios. Este indicador expresa el poder adquisitivo de los asalariados. Hay que considerar, además, que el salario real no coincide íntegramente con la capacidad de consumo de los asalariados, ya que hay valores de uso de los que pueden disfrutar fuera del ámbito puramente mercantil (instituciones públicas, ámbito familiar,...). No obstante, como consecuencia de la extensión del dominio capitalista frente al resto de modos de producción, el salario real es cada vez más representativo.

consumo de los trabajadores asalariados (Meek, 1962). La principal arma de la que dispone el capital para afrontar la batalla competitiva es la reducción de sus costes totales unitarios (CT ) de producción a través del avance técnico, lo que redunda en avances de la productividad.

No obstante, aunque propicie el incremento del salario real, este avance no se alcanza de manera automática sino que su materialización depende de la forma en la que se articule la confrontación entre el capital y el trabajo. El progreso técnico que repercute en la mejora de la productividad posibilita la mejora de la capacidad adquisitiva de los trabajadores, abocados a luchar para alcanzar mayores cotas de bienestar, lo que permite al capital reproducirse en un clima de mayor legitimación social. Además, la mejora del poder adquisitivo de los trabajadores no implica la superación del vínculo del salario con el nivel de subsistencia ya que este límite se define en términos sociales, concibiéndolo como una magnitud elástica.

Asimismo, el incremento de la capacidad adquisitiva de los asalariados es funcional para el capital ya que le permite colocar en el mercado la producción masiva de valores de uso derivada de los incrementos de productividad. De este modo, los trabajadores no solo son los responsables de la generación de la plusvalía, sino que también contribuyen a su realización a través del consumo.

En la Tabla 3.1 se puede constatar esta tendencia para las principales potencias durante las últimas décadas, si bien es destacable que el ritmo de crecimiento ha sido menguante, hasta mostrar unos exiguos márgenes de mejora en el último periodo.

**Tabla 3.1.** Trayectoria del salario real (deflactor del PIB): tasa media anual acumulativa

| | 1981-1990 | 1991-2000 | 2001-2010 | 2011-2016 |
|---|---|---|---|---|
| UE15 | 0,69 | 1,18 | 0,82 | 0,27 |
| EEUU | 1,35 | 2,17 | 0,74 | 0,41 |
| Japón | 2,40 | 0,96 | -0,03 | 0,05 |

**Fuente:** elaboración propia a partir de datos de AMECO

De todo ello se deduce que las teorías de la depauperación de los asalariados definida en términos absolutos no sean compatibles con el sistema teórico erigido sobre la teoría laboral del valor. Estos enfoques, que predicen una caída o un estancamiento tendencial del salario real[6] no son coherentes con los planteamientos derivados del análisis marxista: vinculan el salario a la subsistencia física del trabajador asalariado y, sin embargo, Marx explicita que el valor de la fuerza de trabajo queda definido por un componente de carácter sociohistórico que depende del grado de desarrollo de cada formación social. Es verdad que en el *Manifiesto Comunista* se pueden encontrar pasajes en los que se apunta a la depauperación de los trabajadores en términos absolutos, lo que se traduciría en un descenso de los salarios reales, pero en *El capital*, que es la obra en la que Marx expone en su máximo grado de madurez su propuesta teórica acerca del funcionamiento de la acumulación capitalista, solo pueden encontrarse argumentos para defender una tendencia al empobrecimiento en términos relativos. Aunque, efectivamente, pueden aparecer elementos vinculados a la realidad concreta de una determinada formación social capaces de contrarrestar esta tendencia, la evidencia empírica ha demostrado que la acumulación capitalista a escala mundial es capaz de favorecer un progreso estructural de los salarios definidos en términos reales.

### *3.3. El empobrecimiento relativo de los asalariados*

Pero este escenario de mejora de la capacidad adquisitiva de los asalariados es compatible con la intensificación de las condiciones de explotación. Los efectos derivados de las contradicciones a las que se enfrenta inexorablemente el capital se pretenden aliviar, entre otras medidas, mediante el incremento de la tasa de plusvalor, lo que se refleja en la dilatación de las diferencias entre el capital y el trabajo. Grossmann (1979) resalta el vínculo de la teoría del empobrecimiento relativo con las contradicciones internas que azotan a la acumulación de capital. Es en capítulo XXIIII del libro primero de *El capital* donde

6. Ley de hierro o de bronce de los salarios, según las versiones de Ricardo y Lasalle, respectivamente.

se pueden encontrar los elementos en base a los que se construye la tendencia a la depauperación relativa de los asalariados.

Como consecuencia de la competencia aparece una tendencia hacia la mecanización incesante del capital. Entendiendo la composición del capital (cc') como la relación entre el capital constante (c) y el variable (v), la mecanización se traduce en un incremento de este indicador[7]. Por una parte, el capital promueve la mecanización con la pretensión de reforzar su grado de dominio frente a los asalariados. Mediante la expulsión del trabajo vivo y su sustitución por capital constante se refuerza la subsunción de los trabajadores. Por otra parte, según se ha indicado anteriormente, la batalla competitiva entre los propios capitalistas se resuelve a favor de aquellos que consiguen reducir al mínimo los $CT_u$ de producción. Aunque existen otras vías para conseguirlo la principal alternativa de la que dispone el capital es la de favorecer un proceso de mecanización que le permite abaratar los costes de producción a través del desarrollo de la productividad.

Al incrementarse la composición del capital, el peso relativo del capital variable sobre el capital total invertido cae. Es decir, la fuente de la que procede el plusvalor, el capital variable, pierde importancia relativa al quedar desplazado en favor del capital constante y, por lo tanto, la capacidad de generar valor nuevo del capital considerado en su conjunto se ve deteriorada. Gradualmente, se requiere un mayor esfuerzo en forma de capital total invertido para alcanzar una masa de ganancia similar, de ahí que acaben apareciendo problemas de rentabilidad. Esta es la principal contradicción a la que se enfrenta el capital y la causa última que late bajo los problemas de valorización que se acaban manifestando, recurrentemente, en forma de crisis (Arrizabalo, 2014).

¿Por qué se mecanizan, entonces, los capitales individuales si esta decisión acaba teniendo funestas consecuencias para el capitalismo?

7. En realidad, la cc' puede ser expresada en términos de valor o en unidades físicas. En el segundo caso la tendencia hacia su crecimiento es más evidente que en el primero, ya que el capital constante también puede quedar sometido a un proceso de abaratamiento. No obstante, aunque sea a diferente ritmo, en ambos casos el indicador se ve sometido a una tendencia estructural creciente por lo que, a efectos de favorecer la claridad explicativa, no se diferencia si el indicador se presenta en unos términos u otros.

Para comprenderlo es necesario considerar que cada capital individual no se apropia del plusvalor extraído a la fuerza de trabajo que contrata a nivel particular sino que los procesos de generación y apropiación del plusvalor se sitúan en planos distintos[8]. Aunque el beneficio considerado en su conjunto coincide con la masa total de plusvalor extraído por el capital, esta igualdad no se cumple para cada uno de los capitales individuales. El núcleo de la teoría de la competencia del análisis marxista radica precisamente en explicar las divergencias existentes entre la capacidad de cada capital de extraer plusvalor y la cantidad de beneficio de la que cada uno de ellos se apropia. La capacidad de generación de valor nuevo por parte de los capitales individuales depende inversamente de su grado de mecanización. De este modo, aquellos capitales individuales más mecanizados tienen una capacidad menor de generar valor nuevo. No obstante, todos ellos se enfrentan a un precio único de mercado y, de este modo, se apropiarán de una cuota variable del plusvalor generado, en forma de ganancia, en función de la capacidad competitiva de cada uno de ellos. Aquellos capitales individuales más mecanizados, a pesar de contribuir en menor medida a la generación de plusvalor, conseguirán apropiarse de una porción más elevada de los beneficios como consecuencia de que comercializan su mercancía al mismo precio que la competencia a pesar de disfrutar de unos $CT_u$ más reducidos gracias al mayor grado de cc'.

A través de la competencia intercapitalista la plusvalía generada se distribuye entre los diferentes capitales individuales, de tal modo que aquellos capitales más mecanizados, situados en una posición competitiva privilegiada, se apropian de una cuota de ganancia superior a la que han contribuido a generar. Por su parte, aquellos capitales menos mecanizados, que no sean capaces de incorporar los avances técnicos, acabarán siendo eliminados del mercado al operar con costes más elevados.

Por lo tanto, la competencia capitalista promueve una renovación constante de los métodos de producción de tal manera que la mecanización creciente se impone como una necesidad a los diferentes capitales

8. No es que se considere que estos procesos aparezcan escindidos en la realidad sino que esta distinción es un recurso metodológico para favorecer la comprensión del funcionamiento del capital. Para una explicación detallada de este tipo de modelos, revisar Shaikh (1990), Guerrero (1995) y Gouverneur (2002).

individuales y obedece completamente a la lógica de funcionamiento capitalista. A pesar de que el resultado conjunto de la mecanización de los capitales individuales provoca nefastas consecuencias para el proceso de acumulación considerado globalmente, para cada uno de los capitales, en el plano individual, responde a decisiones coherentes con sus objetivos, que les permiten maximizar sus intereses particulares.

De este modo, la tasa de ganancia del conjunto de la economía se ve sometida a una presión decreciente, tal y como permite confirmar su expresión analítica. Entendida como la relación entre el plusvalor generado (pv) y el capital invertido para su obtención (c+v), su desarrollo permite comprender la relación inversa que mantiene con la cc':

$$g' = \frac{pv}{c+v} = \frac{\frac{pv}{v}}{\frac{(c-v)}{v}} = \frac{p'}{cc'+1} \qquad (3.2)$$

La aparición de la composición del capital en el denominador de la expresión refleja el impacto negativo sobre las condiciones de rentabilidad de la incesante tendencia hacia la mecanización del capital.

No obstante, esta presión no se materializa en todo momento en un deterioro de la tasa de ganancia porque aparecen factores que pueden contrarrestar esta tendencia. De entre todas ellas, cabe destacar el incremento de la tasa de plusvalor[9]. Aunque pueden aparecer otras causas que contrarresten la tendencia estructural a la caída de la tasa de ganancia, como el abaratamiento de los elementos del capital constante o el comercio exterior, la tendencia al incremento de la tasa de plusvalor se erige como una de las principales alternativas para intentar afrontar las crecientes dificultades de valorización al poder ser sostenida a lo largo del tiempo.

El capital, considerado globalmente, al ver deteriorada su capacidad de generar valor como consecuencia de la menor importancia relativa del capital variable, requiere que el valor nuevo se distribuya de

9. Marx desarrolla el conjunto de contratendencias que debilitan la caída tendencial de la tasa de ganancia o incluso revierten sus efectos en el capítulo XIV del Libro III de *El capital*.

manera más favorable a sus propios intereses. Los requerimientos de rentabilidad por parte del capital provocan que tenga una necesidad objetiva de explotar de manera más intensa a los trabajadores asalariados, tendencia que subyace a la polarización creciente entre clases sociales manifestada en la forma del empobrecimiento relativo de la clase asalariada. Como las dificultades de valorización son crecientes, la necesidad de explotación de los asalariados también lo es. A través de esta vía se consigue acrecentar la masa de plusvalor, a pesar del deterioro de la capacidad del capital de generar valor nuevo, a costa de que los asalariados se apropien de una porción menor del valor nuevo creado.

Asimismo, debe resaltarse que las dificultades de valorización se presentan cada vez de manera más aguda, exigiendo así una reacción más virulenta por parte del capital para elevar el grado de explotación. De este modo, la polarización entre el capital y el trabajo en la que se sustenta el modo de producción capitalista no solo se reproduce como consecuencia del funcionamiento ordinario de la acumulación sino que tiende a acrecentarse.

¿Cómo consigue el capital incrementar el grado de explotación de los asalariados? Las vías de las que dispone son dos:

- El incremento absoluto del plusvalor consiste, fundamentalmente, en alargar la duración de la jornada o en incrementar su intensidad manteniendo el salario real (o bien aceptando una mejora de menor calibre que permita, en todo caso, incrementar la masa de plusvalor). Esta alternativa presenta ciertas restricciones ya que existen límites objetivos a la prolongación de la jornada y, además, es más evidente para los asalariados por lo que será más probable que intenten desarrollar estrategias de oposición frente a ella.
- El incremento relativo del plusvalor, al basarse en el desarrollo de la productividad, representa una vía más sostenible a largo plazo ya que incluso es compatible con mejoras del salario real. En este caso, gracias al incremento de la productividad[10]

10. Siempre que el avance de la capacidad productiva del trabajo tenga lugar en ramas que afecten, directa o indirectamente, a la obtención de los medios de vida de los asalariados.

se reduce la porción de la jornada durante la que el trabajador genera una cantidad de valor equivalente al de la masa de medios de consumo necesarios para su reproducción. Según se ha indicado más arriba, la competencia capitalista generará una presión constante sobre el avance de la productividad con el objetivo de abaratar los costes de producción. Esta ley, al igual que el resto de las que rigen la acumulación capitalista, son independientes de la voluntad de los capitalistas individuales: la competencia se impone como una presión de carácter coercitivo sobre ellos. Pero la división de la jornada laboral en estas dos partes no es evidente para los trabajadores por lo que no son conscientes de la dedicación de una fracción creciente de la jornada a la creación de plusvalor. El progreso de la capacidad productiva del trabajo incluso posibilita mejoras del poder adquisitivo de los asalariados, materializadas en avances del salario real siempre que no agoten el avance experimentado por la productividad.

Aunque ambas alternativas son utilizadas simultáneamente por el capital para hacer frente a la presión que se cierne sobre la ganancia, la segunda estrategia le permite saciar su creciente necesidad de explotación en un clima de mayor estabilidad social. No obstante, incluso en un escenario de mejora del salario real, el incremento relativo de la tasa de plusvalor propicia una dilatación de las diferencias entre el capital y el trabajo. La utilización del salario definido en términos relativos permite comprenderlo.

El salario relativo (SR) se define como la participación de las rentas salariales en el ingreso total. Es decir, informa de la fracción del valor total generado de la que se apropian los asalariados. Es el indicador más adecuado para valorar su posición en las relaciones de distribución del ingreso porque permite relacionarla con el grado de desarrollo económico alcanzado por la sociedad en cada momento. Representa el elemento central de la teoría del salario de Marx[11] y pone de manifiesto

11. "La situación de las clases entre sí depende más del salario relativo que del monto absoluto del salario" (Marx, 1975, II, 359). Rosdolsky (1978) afirma que la única interpretación de la teoría de la miseria creciente acorde con el sistema teórico desplegado por Marx en El capital es la que la define en términos relativos. Tam-

el antagonismo entre ambas clases: en la proporción en la que se incrementa el ingreso de una determinada clase social se reduce el de la otra. Esta forma de expresión del salario pone de relieve el carácter antagónico entre las rentas que derivadas de la propiedad y del trabajo. Incluso en ambientes de mejora de la productividad, que permiten un avance de la capacidad de consumo de asalariados y capitalistas, prevalece la pugna por la distribución del progreso material alcanzado.

Así como el salario definido en términos reales es utilizado para analizar la distribución del ingreso desde una perspectiva absoluta, este otro indicador es acorde con el análisis relativo, permitiendo valorar si la trayectoria de las rentas salariales queda acompasada al ritmo de progreso material del conjunto de la sociedad. Definido en términos globales refleja la participación de los salarios en la renta total. Desde este enfoque se destaca la posición social que ocupan las clases sociales, definiendo el bienestar de cada una de ellas en relación al de la otra. Por el convencimiento de que es un concepto de carácter social y, como tal, solo puede ser comparado en términos relativos.

Puede expresarse, por lo tanto, del siguiente modo:

$$SR = \frac{v}{v + pv} = \frac{\frac{v}{v}}{\frac{(v + pv)}{v}} = \frac{1}{1 + p'} \qquad (3.3)$$

Su descomposición permite comprobar la relación inversa que mantiene con la tasa de plusvalor (p'). Por lo tanto, la intensificación de las condiciones de explotación que requiere el capital representa la tendencia estructural subyacente que explica la erosión del salario relativo. Descomponiendo el indicador de otro modo es posible comprobar la dinámica salarial auspiciada por el desarrollo ordinario del proceso de acumulación. Representando las unidades de trabajo asalariado utilizadas en el proceso productivo:

bién el propio David Ricardo realza la importancia del estudio de las posiciones relativas de cada una de las clase sociales frente al análisis en términos absolutos de la trayectoria seguida por sus rentas. En estos términos cobra sentido la afirmación de Marx (1849: 96) de que la ganancia "aumenta en la medida en la que disminuye el salario y disminuye en la medida en la que este aumenta".

$$SR = \frac{v}{v + pv} = \frac{\frac{v}{l}}{\frac{(v + pv)}{v}} = \frac{\text{Salario medio}}{\text{Productividad}} \qquad (3.4)$$

En la expresión 2.4[12] puede comprobarse que la activación de los mecanismos para incrementar el plusvalor en términos relativos propicia el deterioro del salario relativo. Esta es la dinámica de empobrecimiento relativo de los asalariados que resulta de la lógica inherente al funcionamiento del capital. El crecimiento de la productividad provoca una caída en el valor de la fuerza de trabajo al permitir la reproducción de la misma masa de valores de uso en un periodo de tiempo más reducido. Si, ante esta situación, el salario real se mantiene "aunque el nivel de vida absoluto del obrero seguiría siendo el mismo, su salario relativo, y por tanto su posición social relativa, comparada con la del capitalista, habrían bajado" (Marx, 1865: 53, énfasis en el original). En realidad, el escenario definido está vigente siempre que los salarios reales crezcan a un ritmo inferior a la productividad, lo que provoca que su participación en el ingreso total tienda a descender. La desconexión entre el avance de la productividad y la trayectoria mantenida por los salarios reales constata el ensanchamiento de la masa de ganancia. Cuanto mayor es el ritmo de progreso de la productividad más elevado es el margen de mejora de los salarios reales, ya que la tasa de crecimiento de la capacidad productiva del trabajo representa un límite infranqueable, en términos estructurales, para los salarios reales.

Por lo tanto, del análisis sustentado en la teoría laboral del valor se derivan dos tendencias estructurales sobre la dinámica salarial que contribuyen a explicar la distribución del ingreso inherente a la acumulación capitalista. Por una parte, una mejora de los salarios reales que permite a los asalariados incrementar sus posibilidades de consu-

---

12. Como se puede comprobar, esta forma de expresar el salario relativo coincide con el indicador de costes laborales unitarios (CLU). Por lo tanto, se puede comprobar que bajo el discurso oficialista que insta a reducir los CLU en pro de la competitividad para contribuir a los intereses generales de la sociedad, late la necesidad del capital de explotar crecientemente a los trabajadores asalariados para contrarrestar la presión a la baja sobre la tasa de ganancia.

mo. Pero, por otro lado, la necesidad por parte del capital de explotar en un grado cada vez más intenso a los asalariados se traduce en una distribución del ingreso cada vez más polarizada entre clases sociales. La caída tendencial del salario relativo representa la denominada depauperación relativa de los asalariados. Como consecuencia de la presión tendencial al incremento del plusvalor a través de vías relativas se desvaloriza la fuerza de trabajo. Esta es la principal estrategia que utiliza el capital para abordar la presión a la baja que se cierne sobre la rentabilidad. Aunque como todas las leyes que rigen la acumulación capitalista puede verse contrarrestada por diferentes elementos vinculados a la realidad concreta de cada formación social[13], estructuralmente, las diferencias entre salarios y beneficios tienden a dilatarse. El abaratamiento de los bienes salario posibilita que el trabajador incremente su nivel de consumo a pesar de que su situación relativa respecto a los capitalistas se vea empeorada. Los beneficios se aprovechan en un mayor grado de las mejoras derivadas de la productividad.

Conforme a todo ello, puede afirmarse que la distribución del ingreso entre clases sociales obedece a una pauta estructural que propicia la polarización entre el capital y el trabajo. La dinámica salarial derivada del proceso de acumulación capitalista encarna la teoría sobre la distribución del ingreso de Marx. Sin embargo, esta es solo la mitad de la historia: el análisis de la distribución de la riqueza, entendida desde una perspectiva activa, como el patrimonio puesto a disposición del proceso productivo, también genera una dinámica estructural que refuerza la polarización entre clases sociales.

## 4. La polarización en la distribución de la riqueza: concentración y centralización del capital

### *4.1. Salario y estructura social*

El salario es un elemento importante para el capital. No hay que olvidar que la fuerza de trabajo representa uno de sus componentes,

13. Como, por ejemplo, durante la denominada época dorada del capitalismo, fase en la que tienen lugar una serie de circunstancias excepcionales que inhiben esta tendencia.

concretamente aquel de carácter variable. Por ello, es necesario que alcance el nivel que garantice la reproducción de la fuerza de trabajo en las condiciones normales de la sociedad para que la explotación se perpetúe. Pero, además, el salario también permite reproducir las propias relaciones de producción inherentes al capital. Es decir, para desplegar la acumulación capitalista es necesario que los trabajadores queden separados de la propiedad de los medios de producción. Pero la reproducción del sistema capitalista requiere la perpetuación de esta situación: los asalariados, considerados como clase, no deben acceder a la propiedad de los medios de producción. El trabajador sale simplemente reproducido de la relación salarial mientras que el capital consigue salir enriquecido. Por lo tanto, se activan diferentes mecanismos que, como se verá a continuación, no solo reproducen la separación por parte de los trabajadores de la propiedad de los medios de producción sino que profundizan en ella.

En primer lugar, el propio proceso de concentración del capital que genera el desarrollo ordinario de la acumulación, provoca un alza tendencial del umbral mínimo de acumulación. Es decir, la cantidad de capital inicial mínimo para operar en una determinada rama productiva de manera viable cada vez es mayor. Marx denomina concentración del capital al crecimiento de la escala de producción, que implica el aumento del tamaño de los capitales individuales (Foley, 1989).

Esto dificulta la movilidad de los sujetos desde la clase asalariada hacia la clase propietaria aunque no la inhibe: un trabajador podría ahorrar una parte de su salario con el objetivo de adquirir una masa de medios de producción. Pero solo en el caso de que sea capaz de acumular un nivel que le genere una renta suficiente para dejar de depender del salario se puede considerar que abandona la condición de proletario: el asalariado no deja de serlo simplemente por adquirir cualquier activo que represente medios de producción. Por ejemplo, no es suficiente la posesión de un paquete de acciones para convertirse en propietario y modificar la posición que se mantiene en la estructura social a no ser que las rentas derivadas de esta propiedad garanticen por sí solas la reproducción material del sujeto.

Además, conviene aclarar que buena parte de lo que se denomina ahorro salarial no se dedica a la adquisición de medios de produc-

ción. Más bien, se corresponde con la decisión de anticipar ciertas decisiones de medios de consumo (vivienda, automóvil,...). Y, por último, se ha de tener en cuenta que buena parte de los asalariados no solo no ahorran sino que se encuentran en una situación de endeudamiento (o desahorro), por lo que considerando globalmente a la clase asalariada, la mayor parte de la masa salarial se dedica a la compra de medios de consumo y el flujo dedicado a la adquisición de medios de producción tiene una importancia menor.

En la Tabla 4.1 se muestran datos que reflejan los efectos del salario sobre la distribución de la riqueza, referidos al caso español durante la fase de crecimiento 2002-2008. En ella se refleja, para cada uno de los elementos patrimoniales analizados, el porcentaje que representa el valor de los activos poseídos por la clase asalariada respecto a su valor total. Es decir, la participación de los trabajadores asalariados en la propiedad de cada uno de ellos[14].

**Tabla 4.1** Participación de la clase asalariada en la propiedad de activos

| | 2002 | 2008 |
|---|---|---|
| Acciones cotizadas | 14,27 | 9,82 |
| Resto de títulos de propiedad | 8,64 | 5,68 |
| Fondos de inversión | 19,51 | 9,05 |
| Título de renta fija | 30,07 | 25,28 |
| Cuentas corrientesy depósitos bancarios | 25,08 | 21,7 |
| Planes de pensiones | 43,4 | 34,5 |
| Inmuebles distintos a la vivienda personal | 23,88 | 21,28 |

**Fuente**: elaboración propia a partir de datos de la Encuesta Financiera de las Familias, Banco de España.

14. Para una explicación metodológica más detallada sobre el cálculo de los indicadores reflejados en la tabla, así como para un análisis más pormenorizado de la distribución de la riqueza en el caso español, consultar Murillo (2016).

Como se puede constatar, la participación de los asalariados en la propiedad de la mayor parte de los elementos patrimoniales es reducida. No obstante, lo más significativo es que, para todos los casos analizados, quedó mermada a lo largo del periodo. Focalizando el estudio sobre los activos que representan medios de producción puede afirmarse que los asalariados se alejaron gradualmente de su propiedad.

### *4.2. Centralización de la propiedad y proletarización de la población*

AUn considerando estas dificultades, se contempla la posibilidad de que un trabajador asalariado consiga modificar su posición en el marco de relaciones de producción, habitualmente mediante el sacrificio de tiempo de descanso o a través de la abstención del consumo. Pero como las clases sociales se conciben como entes permeables también es posible la movilidad a la inversa, de manera que aparecen propietarios que se convierten en trabajadores asalariados. De hecho, la principal propuesta del análisis marxista radica en que el flujo de entrada a la clase asalariada desde la clase social opuesta es de mayor magnitud, tendencialmente, que el inverso. Este proceso es conocido como proletarización[15] de la población y no responde a una tendencia demográfica, basada en el mayor ritmo de reproducción de la clase asalariada frente a la de los propietarios sino a factores de índole económica.

Este fenómeno responde a los requerimientos del capital: al reproducirse de manera ampliada, las necesidades de fuerza de trabajo son crecientes. Aunque no haya un incremento de la demanda de fuerza de trabajo proporcional a la del flujo de inversión como consecuencia de la mecanización, la acumulación de capital en un mayor grado necesita que se mercantilice una fracción creciente de la fuerza de trabajo disponible en sociedad. Además, es el resultado del propio proceso de competencia capitalista. Como consecuencia del marco

15. Aquí se usa el término proletario en el sentido en el que Marx lo utiliza en *El Capital*: desde un enfoque objetivo para definir la posición que ocupan los trabajadores en el marco de las relaciones sociales de producción, manteniendo al margen otra serie de aspectos.

competitivo en el que tiene lugar la acumulación capitalista hay unidades de producción que son expulsadas del mercado por no operar en condiciones de rentabilidad.

Habitualmente, los capitales más débiles son aquellos dominados por pequeños propietarios que presentan severas dificultades para competir frente a unidades de mayor tamaño. La propia escala puede ser fuente de ventaja competitiva por lo que los capitales de mayor tamaño pueden operar en condiciones ventajosas frente a aquellos otros de menor magnitud. Cada capital individual pretende incrementar su cuota de mercado en detrimento del resto lo que conlleva un mayor grado de centralización. Además de la concentración, está es la segunda vía de crecimiento para los capitales individuales. La principal estrategia de la que disponen las unidades de producción para reducir sus costes de producción consiste en la aplicación de algún avance técnico. Los capitales menos competitivos que no son capaces de incorporar el cambio técnico desaparecen y los que sobreviven acaparan una parte creciente del capital global, proceso que se ve favorecido por el préstamo y la creación de sociedades anónimas. El resultado de la competencia suele ser la desaparición de propietarios poco competitivos y el traspaso de sus capitales a favor de los capitales más potentes: la centralización implica la expropiación de unos capitalistas por otros, transformando un conjunto más o menos numeroso de capitales menores en un grupo más reducido de capitales de mayor tamaño.

La propiedad del capital existente se redistribuye de tal manera que varios capitales individuales se funden bajo un mando único. Como resultado de este proceso de expropiación la propiedad del capital aparece centralizada en un menor número de manos. Cada capital individual no encuentra límites a su crecimiento en las fronteras que diferencian unas ramas productivas de otras ya que pueden formar conglomerados vinculados a diferentes sectores.

Refiriéndonos de nuevo al caso español, las ratios de concentración muestran que los capitales más competitivos reforzaron su posición durante la fase de crecimiento comprendida entre los años 1995 y 2007. Durante esta periodo, la cúpula empresarial, conformada por las 500 empresas de mayor tamaño según su volumen de ingresos,

duplicó su participación en el reparto del beneficio total y mejoró en un 40% su posición en la propiedad del capital total[16].

Se puede considerar que la proletarización no es más que el envés del proceso de centralización de la propiedad de los medios de producción que caracteriza a la acumulación capitalista. No solo es que la acumulación garantice, a través del salario, la perpetuación de la separación de los trabajadores de la propiedad de los medios de producción, sino que se activan diferentes mecanismos para ahondar en esta escisión. Y el grupo de propietarios queda formado por un grupo minoritario de sujetos cada vez más reducido. Aunque el número de propietarios de títulos de propiedad crezca ya se ha explicado que su mera adquisición no permite a los sujetos cambiar su posición de clase.

Por otro lado, se ha de entender el proceso de proletarización como un fenómeno definido una vez que se ha reducido el grado de abstracción del análisis y se contemplan las clases sociales secundarias vinculadas a los modos de producción que, con carácter subordinado, coexisten con el capitalismo. De este modo, se puede comprender que la clase asalariada no solo quede engrosada por aquellos propietarios que sucumben frente a la competencia frente a otros capitales. El capital, al extender su hegemonía sobre el conjunto de la actividad económica, destruye el resto de formas de producción (doméstica, estatal,...). Mediante la mercantilización de ciertas esferas vinculadas anteriormente al ámbito privado (cuidados, entretenimiento, ocio,...), resueltas en el ámbito de la producción doméstica, el capital encuentra nuevos espacios de acumulación. Lo mismo ocurre con aquellos segmentos de la actividad económica reservados anteriormente a la producción por parte de las administraciones públicas (sanidad, educación, comunicaciones, transporte,...): mediante las privatizaciones se amplían los espacios de revalorización para el capital. La incesante necesidad de obtención de beneficios, más si cabe teniendo en cuenta las crecientes dificultades de valorización a las que se enfrenta, explica la necesidad objetiva del capital de fagocitar

16. Para una explicación sobre el cálculo de estos indicadores y un análisis detallado sobre el papel de la cúpula empresarial en el caso español, se puede consultar el capítulo 12 de Murillo (2016).

estas otras esferas de la producción. Y la extensión del capital implica, por lo tanto, la del trabajo asalariado.

Incluso en el propio ámbito mercantil, el capital tiende a desplazar a través de la competencia a los trabajadores autónomos, que representan una clase intermedia entre capitalistas y asalariados, que generalmente representan una capacidad competitiva más reducida. Ha habido sectores tradicionalmente dominados por trabajadores independientes que se han visto sometidos a una profunda transformación como consecuencia de la penetración del capital[17]. La caída de la importancia relativa de esta clase social ha quedado camuflada en las últimas décadas por la proliferación de lo que se conoce como falsos autónomos: aunque formalmente el capital los contrata como trabajadores autónomos en realidad son trabajadores asalariados que dependen del propietario para el que trabajan. El único motivo por el que el capital está interesado en contratarlos mediante este régimen es el de evitar el pago de las cotizaciones sociales, al transformar una relación laboral efectiva en una aparentemente mercantil[18].

Por lo tanto, se puede considerar que de la dinámica de acumulación de capital se desprende una determinada pauta de distribución de la riqueza, concretamente de aquella materializada en la forma de medios de producción. La creciente concentración de su propiedad en un grupo minoritario tiene un impacto notable en la propia estructura social de las sociedades capitalistas. De este modo, el desarrollo ordinario del proceso de acumulación de capital tiende a simplificar las relaciones sociales de producción. La reproducción ampliada del capital implica la extensión de las relaciones capitalistas de producción a diferentes esferas de la sociedad. Además, suele implicar la adopción de nuevos métodos productivos que pretenden aprovechar las ventajas de la producción a gran escala. No solo es que la mayor parte de la población quede vinculada a las clases sociales esenciales del capitalismo, capitalistas y asalariados, sino que esta fracción, además, es creciente. El proceso de proletarización agudiza las diferencias entre clases: los

17. No solo actividades vinculadas al sector primario, sino también otras como el comercio o la restauración.

18. Este colectivo no es el único que realiza un trabajo asalariado bajo la aparente forma de una relación de otro tipo. Otro caso notable es el de muchos becarios.

asalariados conforman una clase social cada vez más numerosa frente a un grupo cada vez más minoritario de propietarios que manejan la mayor parte del capital. Y todo ello como consecuencia de las propias leyes inmanentes al capital. La lucha competitiva entre los diferentes capitales, que desencadenan una dinámica de centralización de la propiedad de los medios de producción, así como la necesidad del capital de destruir otras formas de producción para extender su dominio, extienden la relación salarial en aquellas formaciones sociales en las que el capital opera de manera hegemónica. La Tabla 4.2 muestra el creciente peso relativo de los asalariados para algunas de las principales potencias de la economía mundial.

**Tabla 4.2.** Grado de proletarización (% de asalariados sobre el total de empleo)

| | 1990 | 2016 |
|---|---|---|
| Francia | 84,30 | 88,18 |
| Alemania | 89,01 | 89,58 |
| España | 73,52 | 83,02 |
| EEUU | 91,20 | 93,60 |
| Japón | 77,37 | 88,96 |

**Fuente**: elaboración propia a partir de datos de la OIT

Esta transformación de la estructura social ha de ser tenida en cuenta a la hora de valorar el proceso de distribución del ingreso. Es importante considerar la importancia relativa de cada clase social para valorar su participación en el proceso de distribución. Guerrero (2006) propone utilizar el coeficiente salarial para valorar de manera más precisa la posición de los asalariados. Este indicador se obtiene relacionando el salario relativo con la tasa de asalarización o peso relativo de los asalariados sobre la población[19]. De este modo, corrige

19. De manera análoga, puede definirse el coeficiente de beneficios.

la participación de los trabajadores en la renta total, considerando la creciente importancia relativa que representan sobre la población total. En el Gráfico 4.1 puede observarse la tendencia decreciente a la que ha quedado sometido este indicador durante las últimas décadas en las principales potencias del capitalismo mundial, que refleja el efecto conjunto de la caída del salario relativo y la creciente proletarización de la población.

**Gráfico 4.1.** Coeficiente salarial

**Fuente**: elaboración propia a partir de datos de AMECO

## 5. Conclusiones

Con base en todo lo planteado anteriormente, se puede afirmar que el análisis marxista establece una serie de pautas estructurales sobre la distribución del ingreso así como de los medios de producción. En primer lugar, determina que la acumulación capitalista propicia una distribución del ingreso cada vez más desigual entre clases sociales y, más concretamente, con un carácter regresivo para los trabajadores asalariados. La participación de los salarios en la renta total tiende a caer como resultado del intento de contrarrestar los efectos de las

crecientes dificultades de valorización a las que inexorablemente se enfrenta el capital. El hecho de que las diferencias entre los salarios y los beneficios se acentúen no es óbice para que el poder adquisitivo de los asalariados mejore. Pero la mejora estructural de los salarios reales no provoca el desvanecimiento de las diferencias entre clases sociales. Como las tensiones sobre la rentabilidad se expresan de manera cada vez más aguda, la respuesta del capital se sitúa en un plano cada vez más incisivo. Este es el primero de los ejes sobre los que erigir la polarización social a la que conduce el capital. El otro lo representa la creciente desigualdad en la distribución de los propios activos que representan medios de producción, cuya propiedad queda crecientemente concentrada en un grupo minoritario de capitalistas, lo que desde el punto de vista de la estructura social se traduce en un creciente peso relativo de los asalariados. El envés del fenómeno de la centralización del capital en manos de un selecto grupo de propietarios es la privación de la propiedad de los medios de producción para una mayoría creciente de la población. De este modo, se profundiza en el alejamiento de los trabajadores de la propiedad de los medios de producción que requieren las relaciones de producción capitalistas.

Así, la agudización de las diferencias entre clases sociales es el resultado ordinario del modo de producción capitalista y no un elemento extraño a él. De ahí que no se pueda confiar en la aplicación de medidas reformistas para neutralizar el incremento de la desigualdad: no es posible corregir los efectos dejando intactas las causas, que son las mismas relaciones de producción capitalistas.

Por lo tanto, la acumulación de capital promueve un creciente antagonismo de clase entre el capital y el trabajo que solo puede ser resuelto superando la producción capitalista basada en la lógica de la rentabilidad. La polarización social en la que se basa el capitalismo no solo se perpetúa sino que se agudiza como consecuencia de su lógica de funcionamiento: la desigualdad creciente en la distribución del ingreso aparece junto a una estructura de propiedad de los medios de producción cada vez más concentrada.

## Bibliografía


Arrizabalo, X. (2014): *Capitalismo y economía mundial.* IME, Madrid.

Cohen, G. A. (1986): *La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa*, Siglo XXI. Madrid.

Foley, D. (1989): *Para entender El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México DF.

Grossmann, H. (1979): *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, Siglo XXI, México.

Gouverneur, J. (2002): *Comprender la economía: un manual para descubrir la cara oculta de la economía contemporánea*, disponible en http://www.i6doc.com (revisado en febrero de 2018).

Guerrero, D. (2008): *Un resumen completo de El Capital de Marx*, Maia, Madrid.

Guerrero, D. (1995): *Competitividad: teoría y política*, Ariel Economía, Barcelona.

Guerrero, D. (1989): *Acumulación de capital, distribución de la renta y crisis de rentabilidad en España (1954-1987)*, Tesis Doctoral, UCM.

Heinrich, M. (2008): *Crítica de la Economía Política*, Escolar y Mayo editores. Madrid.

Marx, K. [1979 (1894)]: *El capital. Crítica de la Economía Política, Libro III*, Siglo XXI, 3 volúmenes, Madrid.

Marx, K. [1979 (1885)]: *El capital. Crítica de la Economía Política, Libro II*, Siglo XXI, 2 volúmenes, Madrid.

Marx, K. [1979 (1867)]: *El capital. Crítica de la Economía Política, Libro* I, Siglo XXI, 3 volúmenes, Madrid.

Marx, K. [2003 (1865)]: *Salario, precio y ganancia*, Fundación Federico Engels, Madrid.

Marx, K. [1975 (1862)]: *Teorías sobre la plusvalía*, Tomos I y II, Cartago, Buenos Aires.

Marx, K. [2003 (1849)]: *Trabajo asalariado y capital*, Fundación Federico Engels, Madrid.

Meek, R.L. (1962): "Marx's 'doctrine of increasing misery'", *Science and Society*, Vol.26, pp. 422-441.

Murillo, J. (2016): *Análisis marxista del 'milagro económico' español (1994-2007)*, Tesis Doctoral, UCM.

Nieto, M. (2015): *Cómo funciona la economía capitalista*, Escolar y Mayo editores, Madrid.

Rosdolsky, R. [1978 (1968)]: *Génesis y estructura de El capital de Marx. Estudios sobre los Grundisse*, Siglo XXI, México.

Shaikh, A. (1990): *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de Economía Política*, Tercer Mundo Editores, Bogotá.

# 3

# Las crisis económicas y la incompatibilidad entre capitalismo y democracia

**Diego Guerrero**

## 1. Introducción

Hay, entre otras, dos características del capitalismo que hacen que cualquiera que no sea un liberal en economía desee sustituir este sistema por otro superior: su tendencia a las crisis generales y su esencial carácter antidemocrático.

La primera consiste en una dinámica que consume y despilfarra recursos de todo tipo y empobrece y hace sufrir a la sociedad, siendo esto aun más penoso si se confirma la tendencia histórica a que estas crisis sean cada vez más frecuentes y más graves. La gravedad de la "crisis global" de 2007-2009, seguida de la llamada "Gran Recesión" (Shaikh 2016, pp. 6, 244) en la que todavía estamos inmersos, puede servir de confirmación de la citada tendencia. Los dañinos efectos de todas las crisis, y en especial de estas últimas, junto a la comprensión de la esencia antidemocrática de este sistema deberían llevar a muchos a combatir al capitalismo en busca de algo mejor, como podría ser el "modo de producción asociado" al que nos referiremos luego.

Por consiguiente, la primera parte de este artículo la dedicaremos a las diversas turbulencias y crisis que corroen el capitalismo, y la segunda a la falta de democracia que caracteriza a este sistema.

## 2. Turbulencias, crisis y efectos de las crisis

Antes de hablar de las causas de las crisis, nos preocupa cómo son estas crisis y cuánto duran, sabiendo que la propia acumulación de capital es un proceso "turbulento" que genera inevitablemente crisis que son también turbulentas. Por una parte, en ese "tumulto irreprimible que es el capitalismo", observamos continuamente "la inevitable turbulencia que simplemente sucede cuando mezclamos la libertad con la propiedad privada" o "la creatividad con la expropiación" (Varoufakis *et al.* 2011, p. 432). Esta turbulencia de los mercados (en especial en los mercados monetarios y financieros) ha sido ampliamente estudiada por diversos autores[1] desde varios puntos de vista, pero forma una parte esencial de uno de los libros más relevantes de los últimos tiempos, el *Capitalism* de Anwar Shaikh (2016), cuya tercera y última parte se dedica a la "Teoría de la macrodinámica turbulenta" (p. 7)[2], una concepción esencial para analizar el comportamiento del capitalismo según este autor[3]. En España, diversos autores se han inspirado en estos planteamientos; por ejemplo, Carmen Anula escribe que "el mercado se instituye como un mecanismo de *regulación turbulenta*", estando la sociedad capitalista "gobernada por la dinámica turbulenta propia del mercado" (Anula 2002, p. 297); y Maxi Nieto aplica esta idea a aspectos más concretos como son la

1. Por ejemplo, Brenner 1998, Arrighi 2003 o Louça 1997.
2. Las otras dos se dedican a "Fundamentos" y "Teoría de la competencia real".
3. Este autor lleva décadas insistiendo en este enfoque, que él llama "clásico" (pero es especialmente marxista), un enfoque que lo lleva a ocuparse prioritariamente del estudio de la "*macrodinámica turbulenta* del sistema", por una parte impulsada por "tendencias turbulentas" y caracterizada por un "crecimiento turbulento", y por otra parte expresada en el funcionamiento de "arbitrajes turbulentos", o "gravitaciones turbulentas", tan importantes como la "igualación turbulenta de las tasas de ganancia entre los sectores industriales" (Shaikh 2016, pp. 6, 56, 66, 104, 8). En realidad, lo que más interesa a este autor es la contraposición existente entre la concepción del equilibrio característica de la economía neoclásica –es decir, "el equilibrio como un estado ya alcanzado"– y su propia concepción, centrada en "el proceso hacia el equilibrio como un proceso turbulento"; o, dicho de otra manera, contraposición entre "la idea convencional de los ciclos de negocio como una trayectoria fluctuante *de equilibrio*" y su idea de las "fluctuaciones alrededor del equilibrio" entendidas como "trayectorias *de desequilibrio*" (ibid., p. 104).

formación de precios, la competencia o la acumulación de capital. Así, para este autor el proceso de ajuste de los precios "no conduce automáticamente al equilibrio sino que puede generar dinámicas turbulentas", la competencia constituye "un *proceso* turbulento y destructivo de guerra abierta de todos contra todos en el que inevitablemente hay ganadores y perdedores", y el desarrollo de la acumulación de capital "tiende a desestabilizar recurrentemente todo el proceso de reproducción económica, lo que determina que los ajustes no sean automáticos o lineales sino turbulentos." (Nieto 2015, pp. 199-201).

Por supuesto, todas estas turbulencias ayudan a entender por qué las crisis cíclicas se manifiestan también de forma turbulenta, sometiendo al sistema a diversas clases de rupturas que generan tensiones de diversa duración. Shaikh afirma que, "una vez comprendido que el equilibrio es un proceso gravitatorio turbulento, debemos preguntarnos necesariamente cuánto tiempo necesita" este proceso, y su respuesta es que "cabe esperar que la longitud del ciclo varíe considerablemente en las diferentes industrias", de forma que en esos diferentes sectores los "ciclos individuales oscilan entre dos y siete años"; ahora bien, "la duración media de los ciclos de las diferentes industrias es muy similar, situándose en el estrecho rango de cuatro a cinco años" (Shaikh 2016, pp. 105-6; véase también Mueller 1986, pp. 12-13). En cuanto a los ciclos de la economía como un todo,

> "los estudios sobre ciclos han identificado dos clases principales de fluctuaciones agregadas recurrentes, ligada cada una a la inversión en un tipo distinto de capital: 1) ciclos de los inventarios, de entre tres a cinco años; y 2) ciclos de los equipos, de entre siete y once años. (...) Finalmente, existe la posibilidad de ondas largas del orden de entre cuarenta y cinco y sesenta años" (Shaikh 2016, p. 107; véanse también Shaikh 1983, Mandel 1975, van Duijn 1983 y Su 1996)."

Los dolorosísimos efectos de las crisis económicas sobre la mayoría de la sociedad fueron perfectamente identificados y denunciados desde la primera aparición de este fenómeno histórico, que aún hoy se manifiesta de la misma manera. Sin ser exhaustivos en la búsqueda, podemos indicar que autores como Sismondi o el propio Engels

se adelantaron en esto al *Manifiesto comunista*, el cual, por cierto, elogia la perspicacia de Sismondi[4]. Es importante señalar que, al referirse Sismondi a las "crisis violentas a las que ha estado expuesta la industria desde hace diez años" y ligarlas "a la velocidad con que se suceden los descubrimientos científicos"(Sismondi 1827, p. 639; 1837-8, II, pp. 305-6, 366), este autor apunta a una idea sobre la auténtica causa de las crisis que desarrollaría Marx años más tarde. Aunque se ha atribuido a Sismondi otras interpretaciones (para unos su teoría es una simple teoría del subconsumo, y para otros se basa en "múltiples causas" de la crisis), realmente la causa última que él descubre no es sino la contradicción entre el valor de uso y el valor (de cambio). Más concretamente, Sismondi afirma que el desarrollo del comercio ha "suprimido su carácter de valor de uso [de la riqueza producida anualmente] y no ha dejado más que el valor de cambio", con lo que este último deja de ser la verdadera expresión del valor intrínseco de los bienes, de la riqueza real, para convertirse en una "falsa riqueza", una "ilusión", una "sombra sin realidad" que tiene un carácter a la vez "social", generalizador y "abstracto" (Sismondi, 1837-8, II, pp. 230, 234; 1827, p. 407)[5].

En cuanto a Engels, él prefiere atacar la falta de humanidad con que trata el capitalismo a esa masa de asalariados que forman el pro-

4. En el *Manifiesto*, Marx y Engels, tras caracterizar a Sismondi como el principal representante del "socialismo pequeñoburgués", lo elogian con generosidad, señalando que "este socialismo analizó agudamente las contradicciones existentes en las modernas relaciones de producción. Desveló los hipócritas encubrimientos de los economistas. Demostró de manera irrefutable los efectos destructivos de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad de la tierra, la sobreproducción, las crisis, el necesario hundimiento de los pequeños burgueses y pequeños campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía de la producción, las escandalosas desigualdades en el reparto de la riqueza, la guerra industrial de exterminio entre las naciones, la disolución de las viejas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las antiguas nacionalidades." (Marx y Engels 1848, pp. 83-84)

5. Puede decirse, por tanto, que el análisis macroeconómico de las crisis deriva en Sismondi de su análisis microeconómico: el valor (de cambio); y que, como dice Marx, Sismondi sitúa el origen de la crisis en la "contradicción entre la producción por la producción misma, y la distribución que hace imposible el desarrollo absoluto de la productividad" (Marx 1862-63, III, p. 70).

letariado, ya entonces igual que ahora[6], anticipándose al *Manifiesto comunista* en su denuncia de que "la creciente concurrencia de la burguesía entre sí y las crisis comerciales de ella resultantes hacen oscilar cada vez más el salario del obrero" (Marx y Engels 1848, p. 61); por eso el *Manifiesto* presta atención a la plaga que generan estas "crisis comerciales, que en su periódica reaparición, cada vez más amenazante, cuestionan la existencia de la sociedad burguesa":

> "En las crisis comerciales no sólo se destruye regularmente gran parte de lo producido, sino gran parte de las fuerzas productivas ya creadas. En las crisis se desata una epidemia social, que en todas las épocas anteriores, hubiese aparecido como algo absurdo, la epidemia de sobreproducción. La sociedad se halla de pronto retrotraída a un estado de momentánea barbarie; el hambre, la devastadora guerra general, parecen haberla privado de todas las provisiones; la industria, el comercio, parecen estar destruidos, y ¿por qué? Porque posee demasiada civilización, demasiadas provisiones, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas que tienen a su disposición no sirven ya para fomentar las relaciones de propiedad burguesas. Al contrario, se han vuelto demasiado poderosas para esas relaciones, que las frenan ahora; y tan pronto como superan ese freno, provocan el desorden de toda la sociedad burguesa, ponen en peligro la existencia de la sociedad burguesa. Las relaciones burguesas se han vuelto demasiado estrechas para abarcar la riqueza que han creado. ¿Cómo supera las crisis la burguesía? Por un lado, mediante

6. "Pero al proletario que no posee más que sus dos brazos, que come hoy lo que ganó ayer, que depende del menor azar, que no tiene la menor garantía de que poseerá la capacidad de adquirir los artículos más indispensables –cada crisis, el menor capricho de su patrón, puede hacer de él un parado– se le coloca en la situación más inhumana que nadie puede imaginarse. La existencia del esclavo está al menos asegurada por el interés de su amo, el siervo tiene por lo menos una parcela de tierra para procurarse el sustento, ambos tienen al menos la garantía de poder subsistir, pero el proletario es reducido a sí mismo e inutilizado para usar sus fuerzas de manera que pueda contar con ellas. Todo lo que puede intentar el proletario para mejorar su situación, es una gota de agua en el mar, comparado con las vicisitudes a las cuales está expuesto y contra las que no puede hacer absolutamente nada. Es el juguete pasivo de todas las combinaciones posibles de las circunstancias y puede estimarse dichoso de salvar el pellejo, aun cuando solo sea por un tiempo." (Engels 1845, p.).

la forzada destrucción de una masa de fuerzas productivas; por otro, conquistando nuevos mercados y explotando más a fondo los viejos. ¿De qué manera entonces? Preparando crisis más universales y violentas y disminuyendo los medios de prevenirla." (ibid., pp. 57-58)

## 3. Las causas de las crisis

Como se sabe, en Marx las crisis son un resultado necesario[7] de la expansión, de forma que tanto esta como la crisis son manifestaciones igualmente normales del turbulento proceso capitalista. Veremos que, antes de desarrollar el mecanismo general y abstracto que engendra la crisis en el capitalismo (industrial) puro, Marx aborda otras cuestiones relacionadas con la crisis, y en particular las que mencionaremos aquí brevemente: la influencia del crédito, de un cambio súbito en los precios (especialmente de los de las materias primas) y de la "desproporcionalidad". Hay que tener mucho cuidado en distinguir la causa o causas de las crisis como algo distinto de los "desencadenantes" de la crisis, las "posibilidades de crisis", los "marcos" de la crisis, etc. Además, hay que tener en cuenta las diferencias entre el análisis del capital en cuanto tal –lo que Marx llama a menudo "capital industrial" y al que corresponde el más elevado nivel de abstracción que emplea en su obra– y el análisis de un capitalismo más concreto en el que el capital industrial se ve acompañado por diversas instancias adicionales, como el capital comercial, el financiero (el sistema crediticio), la propiedad terrateniente, las clases medias, los trabajadores improductivos, etc., con las que se va completando al primero. El análisis de los factores de crisis no puede ser el mismo si nos colocamos en uno u otro punto de vista. Asimismo, ya dentro del capital en abstracto, es diferente suponer, como haremos al final, que el capital "se mueve" de acuerdo con sus *leyes más generales* y desarrolladas –de forma que los valores y los

7. Marx se opone a quienes piensan que "es *accidental* que las crisis ocurran o no, y, en consecuencia, que su aparición es, por sí misma, nada más que una *obra del azar*" (Marx 1862-63, II, p. 439). Esto no quiere decir que el azar no desempeñe ningún lugar en la teoría de Marx: como ha demostrado Vadée (1998), es todo lo contrario.

precios cambian constantemente en el tiempo, y además no todos en paralelo, fundamentalmente como consecuencia del cambio científico y técnico y las mejoras en la productividad del trabajo– o si suponemos *provisionalmente* que los valores están *dados* y los precios reflejan directa y proporcionalmente esos valores, como se supone en el análisis de la "reproducción simple" que antecede al de la "reproducción ampliada del capital" (libro II de *El capital*).

Lo que lastra la comprensión de la concepción marxiana de las crisis son, pues, dos factores principales: en primer lugar, como decimos, no todas sus afirmaciones sobre la crisis se hacen al mismo nivel de abstracción, y, en segundo lugar, en sus explicaciones usa conceptos e incluso términos y expresiones iguales a, o emparentados con, los de las teorías económicas que él critica, pero insertados en el contexto de su propia teoría, donde a menudo adquieren un nuevo significado. Todo esto lleva a algunos a pensar que en la obra de Marx "no se encuentra ninguna teoría coherente sobre las crisis, sino simplemente observaciones sueltas, de mayor o menor amplitud, que fueron transformadas por la tradición marxista en teorías completamente diversas" (Heinrich 2008, pp. 174-175)[8].

Sin embargo, dejando de lado teorías que se le atribuyen pero no son suyas[9], está claro que lo fundamental es que la crisis resulta de una insuficiente "valorización" del capital (una insuficiente rentabilidad del dinero que la clase capitalista adelanta con el fin de obtener su ganancia global), algo que se produce porque los capitalistas no sólo aumentan continuamente el volumen de sus medios de producción en sentido físico, sino que acumulan el capital (formado por el

8. O también que Marx era, más que un teórico de la crisis, un teórico del "crecimiento equilibrado" o de la "tendencia al estancamiento secular a largo plazo" (Harvey 1982, p. 77).

9. Para Marx, el subconsumo es característico de toda sociedad de clases, no algo específico de la sociedad capitalista, y por tanto no puede explicar las crisis capitalistas en ningún caso. Además, la explicación de la crisis como un exceso (relativo) de oferta –o insuficiencia (relativa) de demanda– es algo que sólo pueden reivindicar quienes todo lo reconducen a la oferta y la demanda, pero no quienes –como él– pretenden demostrar precisamente que la oferta y la demanda no explican nada por sí mismas, sino que tienen que ser explicadas por algo distinto, en particular, por la acumulación del capital.

valor de esos medios) de una forma patológica, con lo que consiguen que, en un primer momento, la acumulación e incluso "sobreacumulación" de capital estimulen con fuerza la economía, que esta se infle más y más, pero luego dan paso a que esta acumulación se convierta en una "crisis de sobreacumulación" de capital. Esto infla primero la burbuja capitalista y después la hace estallar necesariamente.

Sin embargo, antes de exponer con más detalle estas ideas (en el epígrafe 4), tenemos que analizar brevemente los tres elementos citados más arriba:

*1. Crisis financieras o del sistema crediticio*

El análisis de Marx comienza por "la posibilidad general de la crisis" que está "contenida en el movimiento del capital, en la medida en que este último es *también* una mercancía, y nada más que mercancía": hay que tener en cuenta que "la transformación de un capital de la forma-mercancía en la forma-dinero debe corresponder a la reconversión del otro capital, de la forma-dinero en la forma-mercancía", sabiendo que "este entrelazamiento y fusión de los procesos de reproducción o circulación de distintos capitales lo impone por un lado la división del trabajo, y por otro es accidental" (Marx, 1862-63, II, pp. 437-8). En segundo lugar, existe la "posibilidad de crisis que surjan de la forma-dinero como *medio de pago*": en este caso, el capital "puede ofrecer una base mucho más concreta para convertir esta posibilidad en realidad" debido al efecto dominó que se genera por el impago de un cliente a su proveedor, que es a su vez el cliente de un segundo proveedor, y así sucesivamente...; ésta es "la *forma característica de las crisis monetarias*", y esta "*segunda forma* de crisis sigue, como cosa normal, cuando *ocurre la primera*" (ibid., p. 438). Como señala Marx:

"En un sistema de producción en el cual toda la conexión del sistema de reproducción se basa en el crédito, si el crédito cesa súbitamente, y sólo vale ya el pago en efectivo, debe producirse evidentemente una crisis, una violenta corrida en procura de medios de pago. Por ello, a primera vista toda la crisis sólo se presenta como una crisis de crédito y de dinero." (Marx 1894, p. 630)

Para Marx, lo importante es que todos estos factores son *principalmente* "síntomas", "efectos" o "fases" de las *crisis que nacen del pro-*

*pio movimiento del capital industrial*, de modo que "la superficialidad de la economía política se pone de manifiesto, entre otras cosas, en el hecho de que convierte a la expansión y contracción del crédito, mero síntoma de los periodos alternos del ciclo industrial, en causa de éstos". Por tanto, aunque con matices, lo importante es que la verdadera causa de la crisis trasciende siempre al sistema monetario-crediticio, pues "la expansión y la contracción de los medios de circulación (...) son siempre el efecto y nunca la causa de las fluctuaciones de precios" y "la circulación monetaria, en general, no es sino un movimiento secundario" (Marx, 1859, pp. 188-9).[10]

*2. Oscilaciones en los valores y precios de las materias primas*

Al analizar concretamente las "circunstancias peculiares" de la crisis de 1851 en Francia e Inglaterra, Marx se centra en "el alza y luego la baja repentina, en una palabra, las oscilaciones de los precios del algodón", y en que "la manufactura lanera se había extendido tanto, desde 1848, que la producción de lana no podía darle abasto y el precio de la lana en bruto subió muy desproporcionadamente en relación con el precio de los artículos de lana" (Marx 1852, p. 334). Esto es sólo un ejemplo, pero en el libro III de *El capital* analiza de forma general los "efectos directos" de las "oscilaciones de precios de las materias primas" sobre la tasa de ganancia. Sabemos que los problemas de valorización y rentabilidad del capital están en el centro de su teoría de la crisis como *crisis de sobreacumulación*, pero también es verdad que las citadas oscilaciones pueden provocar crisis concretas, al menos en algunos casos. Hay que tener en cuenta que, si las "condiciones naturales incontrolables" son el primer elemento importante en las "oscilaciones del precio

10. Y algo parecido ocurre con el "capital comercial", pues, "a pesar de su autonomización, el movimiento del capital comercial nunca es otra cosa que el movimiento del capital industrial dentro de la esfera de la circulación": "La dependencia interna y la autonomía externa [del capital comercial] llevan las cosas hasta un punto en el cual se restablece por la fuerza, mediante una crisis, la conexión interna. De ahí el fenómeno que ocurre en las crisis, de que éstas no se revelen y estallen por primera vez en la venta al pormenor, que tiene relación con el consumo directo, sino en las esferas del comercio mayorista y de los bancos, que ponen a disposición de éste el capital dinerario de la sociedad." (Marx, 1894, pp. 389-90).

de las materias primas", existe también "un segundo elemento", que es "el hecho de que las sustancias vegetales y animales cuyo crecimiento y producción se hallan sometidos a determinadas leyes orgánicas, ligadas a ciertos lapsos naturales, no puedan aumentarse súbitamente en la misma medida en que se aumentan, por ejemplo, las máquinas y otro capital fijo" (Marx, 1894, pp. 146-7).

De forma general, "la devaluación de capital en diferentes formas" produce diversas "convulsiones", y estas serán cada vez más frecuentes, debido a que

> "cuanto más desarrollada esté la producción capitalista, y cuantos mayores sean, por ende, los medios para un aumento súbito y sostenido de la parte del capital constante integrada por maquinaria, etc., cuanto más rápida sea la acumulación (como ocurre principalmente en tiempos de prosperidad), tanto mayor será la sobreproducción relativa de maquinaria y del restante capital fijo, y tanto más frecuente será la subproducción relativa de las materias primas vegetales y animales, tanto más intenso será el anteriormente descrito ascenso de su precio y la reacción correspondiente a dicho aumento." (ibid., p. 147)

Otra vía distinta para que se genere un problema de "escasez de materias primas" consiste en lo siguiente:

> "Si se invierte una *porción excesiva de la plusvalía, del capital adicional,* en maquinaria, etc., en determinada rama de la producción, aunque la materia prima resultara suficiente para el *antiguo nivel de producción,* será insuficiente para el *nuevo.* Esto surge, entonces, de la conversión *desproporcionada* de capital adicional en sus diversos elementos. Es un caso de *sobreproducción de capital fijo,* y provoca exactamente los mismos fenómenos que ocurren en el primer caso." (ibid., p. 442)

Y, junto a estas crisis que "se deben a una *sobreproducción de capital fijo,* y por lo tanto a una subproducción relativa de capital circulante", se pueden dar "revoluciones" en el valor del capital fijo; y ambas cosas conducen a la desproporcionalidad en la producción. Ello se debe a que, si bien cuando se estudiaba el valor de un determinado tipo de mercancía "la forma natural del producto mercantil era ab-

solutamente indiferente", esto ya no puede ser así cuando se analiza el "capital global social y el valor de su producto", cuya reproducción exige "no sólo reposición de valor sino también de material y de ahí que esté tan condicionado por la interrelación de los componentes de valor del producto social como por su valor de uso, su figura material"; si no hay compatibilidad en alguno de los dos sentidos, "la reproducción puede tener lugar bajo condiciones (...) más desfavorables, las cuales pueden resultar en una reproducción incompleta, defectuosa" (Marx, 1885, pp. 482-3). Además, "en lo que respecta a las revoluciones de valor, si son generales y se distribuyen de manera uniforme no cambian en nada las relaciones entre los componentes de valor del producto global anual", pero "si son parciales y no se distribuyen uniformemente, representan perturbaciones que (...) sólo es posible comprender en cuanto tales si se las considera como *desviaciones* respecto de relaciones permanentes de valor." (ibid., p. 481).

*3. Desproporciones*

Marx se detiene a considerar qué puede causar una crisis en un sistema capitalista ideal que está en condiciones de "reproducción simple", en la que "el método de producción se mantiene igual" y "el volumen de las mercancías producidas se acrecienta" tan sólo porque "se emplea más capital, y no porque se emplee más capital en forma más productiva" (Marx, 1862-63, II, p. 446). En este caso, pueden aparecer "crisis en la medida en que surgen de la producción desproporcionada, es decir, de la desproporción en la distribución del trabajo social entre cada esfera de producción"; entonces "el aumento o la disminución del valor de mercado que provoca esa desproporción culminan en el retiro de capitales de una rama de la producción, y su traslado a otra, la migración de capitales de una rama a otra de la producción"; pero "esta nivelación implica ya, como condición previa, lo contrario de la nivelación, y por lo tanto puede contener *crisis*; la crisis misma puede ser una forma de nivelación. Ricardo, etc., admite esta forma de crisis." (ibídem)

Ahora bien, aunque este tipo de desequilibrios, que incluyen "el desequilibrio en la producción de capital fijo y capital circulante", es "una de las causas favoritas a que echan mano los economistas para explicar las crisis", éstos por lo general no entienden "que ese

desequilibrio pueda y deba surgir cuando se trata de la mera *conservación* del capital fijo, que pueda y deba surgir en el supuesto de una producción normal ideal, con reproducción simple del capital social ya operante" (Marx, 1885, pp. 571-2). Lo que no entienden, en particular, es que las condiciones para la reproducción simple, al exigir que el *valor nuevo* creado en la sección que produce los medios de producción (sección I) coincida necesariamente con el *capital constante consumido* en la sección de medios de consumo (sección II), generan por sí solas problemas de desproporcionalidad: basta para ello con que la edad de los elementos materiales del capital fijo no esté distribuida de forma perfectamente uniforme.

El problema es que "dentro de los límites de la sociedad capitalista", esto incluye "un elemento anárquico" (Marx, 1885, p. 571), pues "el equilibrio real (...) en lo que respecta al intercambio mercantil mismo, al intercambio entre las diversas partes del producto anual, está condicionado por el importe igual de valor de las mercancías intercambiadas recíprocamente"; y "en la medida en que sólo tienen lugar intercambios unilaterales (...) sólo existe en la hipótesis de que el importe de valor de las compras unilaterales coincida con el importe de valor de las ventas unilaterales" (ibid., p. 604).

## 4. La teoría general de la crisis en cuanto tal: la acumulación de capital

Todas estas manifestaciones de crisis pueden dar lugar o desencadenar crisis de sobreacumulación de capital. Aunque estudiemos la teoría de la crisis como crisis de sobreacumulación de capital, este resultado lo produce un mecanismo genérico que lo mismo se puede poner en marcha por el acaecimiento de algunos de los elementos 1 a 3 ya estudiados, como se puede generar también como consecuencia inevitable de que la tendencia de la producción capitalista al aumento de la productividad laboral se lleve a cabo gracias a la entronización siempre presente y omnipresente de la máquina en todos los procesos productivos. Este impulso mecanizador es doble ya que la máquina la requiere el capital en primer lugar para someter al trabajo, y en

segundo lugar como el principal método para sobrevivir en la guerra competitiva de cada capitalista contra todos los demás. La "mecanización" es obligatoria pero también costosa, e implica necesariamente la "capitalización" progresiva de la producción, que es la base de que la acumulación de capital tienda a convertirse necesariamente en sobreacumulación. Dicho de esta forma tan general, la dinámica de la acumulación se asemeja a la actuación de de un termostato que, por propia construcción y por definición, tiene que apagarse y encenderse sucesivamente (como resultado de su propio funcionamiento); evidentemente, las diversas circunstancias externas que ya conocemos, e incluso el influjo del azar, tienen mucho que decir sobre la duración de los periodos de encendido y apagado del citado mecanismo.

Pues bien, la razón de la continuidad en el funcionamiento del termostato capitalista es la dinámica que contiene la "ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia" (LTDTG). Esta ley –la más importante de la Economía Política, según Marx– es de hecho compartida por todas las escuelas del pensamiento económico, desde A. Smith (al menos) hasta Samuelson, pero con diferencias muy notables; por ejemplo, la economía neoclásica piensa que esta tendencia puede ser contrarrestada por el cambio técnico y la mecanización, todo lo contrario de lo que cree Marx. La explicación de la LTDTG parte de definiciones sencillas, como por ejemplo la de "tasa de ganancia" (*g*), que es el cociente entre el *flujo* anual de ganancia o beneficio a escala global, *B* (que es la expresión monetaria del plusvalor global, *pv*), y el *stock* de capital invertido por el conjunto de los capitalistas, *C*, que, como ya explicara Duménil (1975), consiste íntegramente en capital constante (no variable); por tanto:

$$g = pv/C, \text{ o bien}$$
$$g = B/C$$

Marx muestra que, dividiendo numerador y denominador por *v* (el capital variable o salarios), esta tasa puede escribirse también como:

$$g = p'/q,$$

donde $p'$ es la "tasa de plusvalor" (la medida de la explotación, o cociente entre el plusvalor y los salarios: $p' = pv/v$) y $q$ es la composición en valor del capital (cociente entre el capital constante invertido y el capital variable pagado en el periodo: $q = C/v$), todo lo cual muestra que $g$ tiende a caer en el tiempo como consecuencia de que, aunque $p'$ crecerá en el tiempo[11], lo hará a un ritmo más lento que el de $q$. Entonces, $p'$ crece porque el grado de explotación aumenta[12], pero más lentamente que $q$ porque el avance técnico y la mecanización no encuentran límites que impidan ligar cantidades más elevadas de capital constante (fijo y circulante) a cantidades más bajas de trabajo directo, debido a la tendencia de la economía capitalista a funcionar como un *sistema automático de máquinas* cada vez más perfeccionado. Por el contrario, el aumento de la

11. Muchos marxistas defensores de la LTDTG dan razones distintas a las de Marx para explicar la tendencia. Por ejemplo, los teóricos de la *profit squeeze* (compresión o estrujamiento de la ganancia), regulacionistas franceses, radicales americanos, postkeynesianos, segmentacionistas, etc., piensan que $g$ cae porque el aumento de organización obrera eleva los salarios más deprisa que la productividad, y hace bajar, por consiguiente, la tasa de plusvalía (véase una crítica de este argumento en Brenner 1998; y una crítica del mismo argumento y también del de Brenner, en Shaikh 1999). Esto lo descartó Marx diciendo que si eso fuera así, el capital lo reconduciría a lo contrario por medio de un frenazo temporal en la inversión, que llevaría la dinámica del salario (variable *dependiente* de la acumulación de capital) hacia una senda compatible con la prolongación de la acumulación. Esto quiere decir que, si bien episodios de este tipo pueden provocar crisis de corta duración, la gran crisis de derrumbe de la acumulación no puede explicarse por esta vía.

12. El aumento de $p'$ expresa el grado creciente de explotación generado por la evolución capitalista. La subsunción real del trabajo en el capital y el aumento consiguiente de la productividad hacen que el valor de cualquier unidad de mercancía tienda a descender (y, por tanto, también el de cualquier cesta de mercancías, por ejemplo la que se compone de los medios de subsistencia obrera). Desciende, por tanto, el valor de la fuerza de trabajo en el tiempo (como *fracción* del valor creado), incluso si el contenido material de la cesta de subsistencia va ampliándose y mejorando (como de hecho ocurre a largo plazo). Otra forma de expresar esta tendencia al aumento del grado de explotación (o tasa de plusvalía) es decir que el *salario relativo* a escala global (o participación de la masa salarial global en el valor añadido global, o renta nacional) tiende a bajar, que equivale a afirmar la depauperación *relativa* de los trabajadores (sin que esto excluya la depauperación *absoluta* en ciertos momentos, como ocurre en las graves depresiones que resultan de ciertas crisis).

tasa de plusvalor encuentra un doble obstáculo a corto plazo: no sólo la mecanización intensifica y cualifica el trabajo social medio, volviendo más costosa la reposición de lo consumido por la fuerza de trabajo, sino que la propia expansión de la acumulación genera sobrecompetencia en el lado capitalista si la acumulación marcha muy deprisa, y, con ello, genera un movimiento alcista en el salario que tiende a frenar el incremento de *p'*.

Cada capitalista quiere llevar al límite su capacidad de acumulación porque quiere que su dinero crezca tan deprisa como sea posible. Pero entonces, hasta el beneficio que obtiene se convierte en un obstáculo para ese fin; dicho de otra manera, el capitalista se ve obligado a acumular a un ritmo superior al determinado por el crecimiento de sus propios beneficios, y cuando esto ocurre *C* crece aun más deprisa que *B*, el capital está en su apogeo, la acumulación pasa por su etapa más saludable y, al mismo tiempo, *g* está descendiendo necesariamente. Es un error identificar la crisis con la simple caída de *g*, como hacen muchos marxistas. En realidad, Marx insistió mucho más en la evolución de la masa de plusvalía (*pv* o *B*). Para él, la crisis se produce cuando el descenso de *g* (que es su comportamiento normal) lleva además al descenso de *B*. Obsérvese que si despejamos *B* en la fórmula que define la tasa de ganancia, tenemos $B = g \cdot C$; pues bien, la acumulación proseguirá sana y salva (es decir, *B* crecerá) mientras la caída de *g* se vea compensada por el crecimiento de *C*. Ahora bien, Marx se dio cuenta de que el descenso de *g* a su vez retroalimenta negativamente la dinámica de *C*, y hoy en día se puede demostrar matemáticamente por qué y cómo esto es así (Shaikh 1990, 2000; Guerrero 1997). Si escribimos la relación anterior en forma de tasas de variación porcentual en el tiempo (donde, para cualquier variable *x*, representaremos como $x'$ a la derivada en el tiempo de *x*, y como $x^{\bullet}$ al cociente $x'/x$)[13], entonces:

$$B^{\bullet} = g^{\bullet} + C^{\bullet}.$$

Puesto que $g^{\bullet}$ es negativa (porque *g* tiende a caer a largo plazo), $B^{\bullet}$

13. Es decir, $B^{\bullet} = (dB/dt)/B$, $g^{\bullet} = (dg/dt)/g$, y $C^{\bullet} = (dC/dt)/C$.

puede seguir siendo positiva (no negativa ni cero) mientras $C^{\bullet}$ sea positiva y superior en términos absolutos a $g^{\bullet}$. Ahora bien, $C^{\bullet}$ es la tasa de acumulación, es decir, $\Delta C/C = I/C$ (donde *I* significa inversión), por lo que puede escribirse:

$$C^{\bullet} = I/C = (I/B) \cdot (B/C) = i{\cdot}g.$$

Si *g* va disminuyendo en el tiempo (y supondremos que la caída a largo plazo de *g* se produce a un ritmo anual medio negativo de *-a*), la única forma de que $C^{\bullet}$ se mantenga (una tasa de acumulación del capital dada) es mediante un aumento continuo de *i* (que no es sino la tasa de reinversión de los beneficios) que compense el decrecimiento de *g*. Por tanto, la tasa de variación de los beneficios puede escribirse como:

$$B^{\bullet} = -a + i{\cdot}g,$$

de manera que la crisis de sobrecumulación se produce cuando los beneficios se estancan o decrecen, es decir, cuando $B^{\bullet} \leq 0$, y esto último se produce cuando $-a + i{\cdot}g \leq 0$, lo que equivale a decir que ocurre cuando *g* desciende por debajo del nivel *a/i*.

Gráficamente, lo anterior puede representarse diciendo que la crisis se produce cuando la tasa de ganancia *normal* ($g^*$, es decir, la que constituye el centro de gravedad en torno al cual fluctúa la tasa efectiva, *g*) cae por debajo de la línea recta (una simplificación, pues en realidad esta línea es también una curva fluctuante en el tiempo) trazada al nivel del cociente *a/i*. Se comprueba en la figura 1 que si $g^*$ fluctúa en largas oscilaciones alrededor de una tendencia secular descendente, la duración y la profundidad de los periodos de depresión serán cada vez más largos y más graves, razón por la cual parece muy factible la tesis marxiana de la creciente gravedad de las crisis económicas capitalistas[14].

14. Una ilustración excelente de esta idea se encuentra en Grossmann 1929; para una interpretación de LTDTG como teoría de las ondas largas de Kondratief, véase Shaikh, 2000; y para una sugerente, aunque discutible, explicación de los llamados *ciclos seculares*, aun más largos que los de Kondrátiev, véase Arrighi 1994.

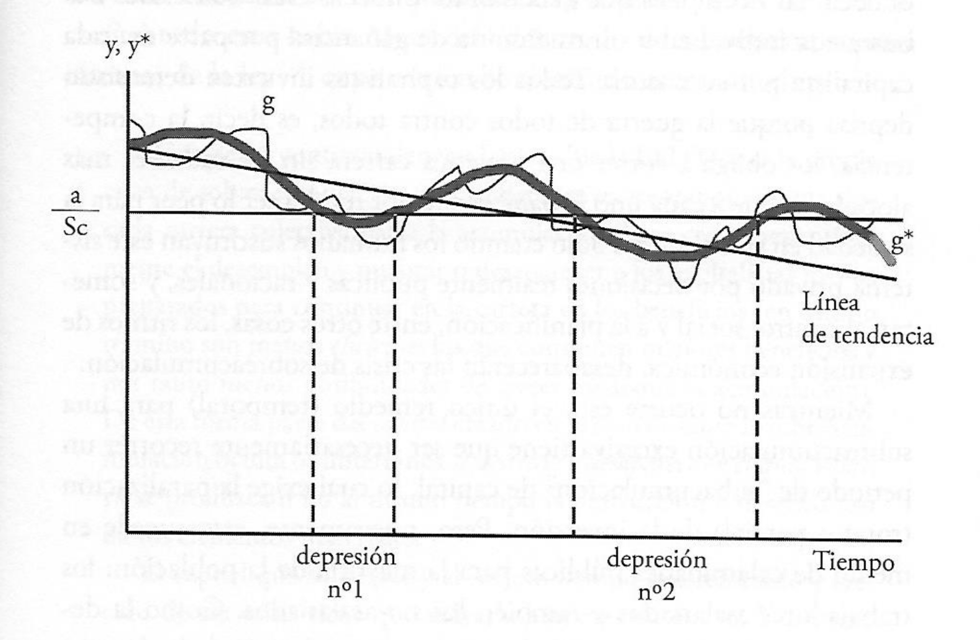



**Figura 1**: La dinámica de la acumulación capitalista: expansión, crisis y depresión, como resultado de la búsqueda de la máxima ganancia.[15]

La crisis de sobreacumulación es crisis porque sólo después de estallar lo que tan sólo parecía acumulación a secas (y no sobreacumulación) se entiende que en realidad era sobreacumulación. En realidad, la propia sobreacumulación es lo que genera un crecimiento aparentemente sano y sostenido (adecuadamente alabado por los poderes económicos, políticos y mediáticos como una época de jauja), pero dicho acumulación se convierte en "excesiva" cuando se comprende que esa burbuja continuamente creciente ha estallado: en ese momento, la burbuja estalla y la aparentemente benéfica sobreacumulación se convierte en "crisis" de sobreacumulación.

La irracionalidad de este sistema consiste en que la inversión a escala social que toda economía necesita está "privatizada" por unos pocos,

15. Nota al gráfico: El cociente *a/i* que usamos en el texto aparece en el gráfico como $a/s_c$, donde además de distingue entre una tasa de ganancia corriente y a corto plazo, *g*, y una tasa de ganancia "normal" para un periodo de tiempo más largo, *g**; la tendencia a la que nos referimos en el texto se refiere a *g**.

es decir, las decisiones que deberían ser públicas están sometidas a la búsqueda individual y contradictoria de ganancias por parte de cada capitalista por su cuenta. Todos los capitalistas invierten demasiado deprisa porque la guerra de todos contra todos, es decir, la competencia, los obliga a correr una frenética carrera sin fin cada vez más alocada: lo que a cada uno le parece lo mejor resulta ser lo peor para la sociedad en su conjunto. Sólo cuando los humanos sustituyan este sistema privado por decisiones realmente públicas y racionales, y sometan al control social y a la planificación, entre otros cosas, los ritmos de expansión económica, desaparecerán las crisis de sobreacumulación.

Mientras no ocurra eso, el único remedio (temporal) para una sobreacumulación excesiva tiene que ser necesariamente recorrer un periodo de "subacumulación" de capital, lo cual exige la paralización (total o parcial) de la inversión. Pero, nuevamente, esto sucede en medio de calamidades públicas para la mayoría de la población: los trabajadores asalariados y también los no asalariados. Como la demanda de inversión es uno de los cuatro componentes de la demanda agregada, la producción social va a disminuir como consecuencia de que, en primer lugar, al frenarse la inversión, se pierden las ventas potenciales de máquinas y otros medios de producción que sus respectivos productores estaban acostumbrados a producir para sus clientes (que ahora han dejado de comprar sus productos al frenar sus planes de inversión). En segundo lugar, la caída de la producción y de los beneficios de estas empresas los conducen a dejar de contratar a nuevos trabajadores e incluso a despedir a una parte de sus plantillas, con lo que a la caída de la inversión se une ahora la caída de la demanda de consumo, de forma que la paralización de la producción y las ventas afectará ahora a las empresas productoras de bienes de consumo y no sólo de bienes de inversión. Esta espiral viciosa genera turbulencias y crisis de todo tipo y obliga a subacumular y a destruir capital (no necesariamente en términos físicos pero sí en términos de valor, por medios que van desde el hundimiento bursátil generalizado hasta el control de las empresas devaluadas y quebradas por parte de las que logran sobrevivir a la crisis) hasta que las bases de una nueva recuperación de la inversión estén ya echadas. Pero para ello la rentabilidad tiene que recuperarse, y para eso se tiene que producir el

descenso necesario del denominador en $g = B/K$.

Por todo esto habla Marx del "desarrollo de las contradicciones internas de la ley"[16], cuyo núcleo he resumido así en otro lugar:

> "Una de las contratendencias básicas [de la LTDTG] es la propia *crisis* de sobreacumulación que, al detener *momentáneamente* la alocada carrera colectiva hacia la acumulación, hace crecer repentinamente el desempleo y quebrar o desaparecer a los capitalistas menos preparados para continuar en la carrera de los beneficios (en último término son menos *eficientes* los que consiguen menores beneficios y por tanto menos posibilidades de crecer mediante la acumulación). De esta forma parte del *capital* creado en exceso durante la sobreacumulación oculta o subterránea *se destruye y desaparece en cuanto valor*, ya se produzca o no al mismo tiempo la destrucción o desecho real de sus elementos materiales.
>
> El capital que sobrevive y al mismo tiempo sale reforzado y crecido de esa crisis tiene que volver a empezar de nuevo. Y así, uno tras otro, *cada ciclo* hace que los desequilibrios, compulsiones, crisis y derrumbes periódicos de la acumulación, *se repitan* cada vez *a una escala mayor y más elevada*, en un movimiento sin fin y en espiral lleno de contradicciones que sólo puede hacer cada vez más cercano el final del sistema. Como escribe Marx, 'el propio capital se convierte en el principal obstáculo del capital': el *fin y objeto* del capital, su crecimiento a base de nuevas y crecientes cantidades de trabajo

16. Al parecer fue Engels, y no Marx, el autor de la división en tres capítulos sucesivos de la LTDTG en el libro III de *El capital*, el último de los cuales se llama de esta manera. Como ha señalado el editor al inglés (Fred Moseley) del manuscrito marxiano de 1864-65, hasta ahora sólo publicado en alemán, parece ser que Engels editó el manuscrito de Marx intentando reforzar la idea de que la tendencia al descenso de la tasa de ganancia era más fuerte de lo que el análisis de Marx reflejaba en su manuscrito. Moseley señala que "Engels insertó las importantes frases siguientes al final del texto reubicado sin advertir de la inserción: 'Pero en realidad, como ya se ha visto, la tasa de ganancia disminuirá a la larga'. Esta frase da claramente la impresión de que Marx concluyó que la tasa de ganancia definitivamente caería a largo plazo, pero es una impresión engañosa, como argumenta Reuten, porque la frase fue escrita por Engels y no por Marx. Por otro lado, la terminación del título de Marx del capítulo 3 ('… conforme avanza la producción capitalista'), que Engels eliminó, parece sugerir una caída secular a largo plazo." (Moseley 2017, p. 85)

expropiado, se ve contradicho cada vez más por el *medio* que utiliza en su crecimiento: la expulsión del trabajo creador de valor y su sustitución por máquinas que no lo crean." (Guerrero 2008, p. 27)

Podemos añadir aquí una pincelada más sobre el aspecto financiero de las crisis. Dejando de lado el debate sobre el papel de las finanzas en la crisis global de 2007-2009 y en la Gran Recesión, nos parece que la crisis financiera no es en general independiente de la dinámica general de la crisis de sobreacumulación de capital[17]. Una forma general de hacer más suaves los retrocesos y dificultades en que cae la economía al entrar en un largo periodo depresivo (por ejemplo, en la fase depresiva de una onda larga) es el recurso masivo al crédito, que afecta tanto a las familias como a las empresas, los bancos y los Estados. Pero la expansión del crédito es al mismo tiempo la expansión de la deuda (Shaikh, 1990), y, si la depresión es larga, la continua expansión del crédito para contrarrestar una caída persistente de la demanda significa una acumulación de deuda que se constituye en una carga cada vez más pesada para la continuidad de la senda de crecimiento a largo plazo de la economía.

Esto quiere decir, que la burbuja crediticia y la especulación financiera no son sino síntomas de que la depresión en el ámbito de la producción de valor aún continúa, de forma que el "exceso de capacidad productiva" instalada por el capital mundial en los comienzos del siglo XXI, que es resultado de la sobreacumulación forzada, desaparecerá muy lentamente. En general, si se intenta compensar la debilidad de la demanda con una expansión crediticia de larga duración, se consigue crear una burbuja financiera que, a la vez que suaviza los efectos del bajo nivel de demanda, está poniendo las bases para una crisis futura por exceso de deuda y estallido de la burbuja financiera. Todo ello puede crear un largo periodo transitorio de dislocamiento entre lo que parecen ser dos subsectores independientes de la economía, el capital productivo y el financiero… hasta que la crisis pone las cosas en su sitio y la caída del sector financiero termina con su hipertrofia,

17. Como ha explicado Wolfson (1986), que analiza la coincidencia al respecto entre Marx y Veblen (1923) o Minsky (1982).

devolviéndolo a su tendencia secular[18]. En realidad, el capital financiero (y la deuda) hipertrofiado, tan actual, es sólo consecuencia de la enorme masa de plusvalía que pulula por los mercados financieros y bolsas mundiales en busca de activos cada vez más sofisticados y más dudosos, sin posibilidad de fijarse en una inversión productiva satisfactoria porque no desaparece nunca el exceso de capacidad instalada en numerosos e importantes sectores de la industria mundial[19].

---

18. En octubre de 2006, en una entrevista para la revista argentina *El Aromo*, respondí así a la pregunta: "¿Cómo se explica el crecimiento del capital financiero?":

> "A largo plazo, no creo que el capital financiero o el comercial crezcan a un ritmo superior al del capital industrial. Crece más que la economía, porque también el capital crece dentro de las economías. Por poner un ejemplo, hace medio siglo en España casi la mitad de la población activa era pequeño productora mercantil, no productora de plusvalía, y hoy éstos son más del 82%. Ahora bien, en una fase de baja rentabilidad relativa, como la de las últimas tres décadas, ocurren muchas cosas. Una, el intento llamado "neoliberal" de recuperar la tasa de ganancia mediante el aumento sólo de la tasa de explotación. Otra, la inversión de una parte creciente de la plusvalía extraída hacia sectores ajenos a la acumulación de capital pro- ductivo donde se espera hacer más ganancias. En ese contexto, la oferta y la demanda de activos financieros de todo tipo se expanden, por lo que aumenta el peso del sector financiero en la economía total, aunque el precio relativo de esos activos en comparación con los reales no suba. Las ganancias que proporcionan las burbujas son ganancias que se redistribuyen desde otros sectores. Pero la masa global de ganancia depende, como siempre, de la masa global de trabajo explotado, y es ésta la que regula en qué fase –de expansión o crisis– estamos en cada momento. *Por tanto, cuando la expansión del capital global es más lenta, es más probable que se produzcan burbujas y crezca, por ejemplo, el peso de lo financiero en la economía capitalista. No obstante, a eso sucederá probablemente una fase inversa. Por lo tanto, la relación secular entre capital financiero y global, en mi opinión, se mantiene más o menos constante.*"

19. Por eso, pensando en ciclos de larga duración, escribí en 2000 lo siguiente: "La única salida posible de esta situación de doble crisis (sobreacumulación de capital productivo; hipertrofia de la burbuja financiera) es la destrucción de capital. La última crisis de sobreacumulación condujo a la 2ª guerra mundial, que, al destruir mano de obra "sobrante" y grandes masas de "capital" físico, puso las bases (terribles, pero bases) de la nueva onda expansiva del capitalismo mundial. De la depresión de los últimos 25/30 años aún no hemos salido. En mi opinión, la salida está cercana y se producirá por un estallido que tendrá consecuencias desastrosas para la situación económica y social de la población mundial. La generación joven

## 5. La incompatibilidad entre capitalismo y democracia

El capitalismo se rige por un principio "plutocrático", no por el principio democrático. Al igual que en el siglo XIX la mayoría de la población europea, incluso en los países más desarrollados, no estaba autorizada a votar –pues el sufragio "censitario" entonces vigente estaba restringido a quienes figuraban en el reducido censo formado por quienes poseían un determinado nivel de renta y/o riqueza, lo que excluía a la mayoría de los asalariados y otros trabajadores– y sin embargo, a pesar de no votar, se hablaba de democracia (cuando está claro que aquellas no eran sino falsas democracias), así también ahora hay que rechazar, por casi las mismas razones, llamar democracia a un sistema que no da los mismos derechos a todos ni en el terreno político ni el económico, que es donde se centrará nuestra atención. En concreto, veremos que esto es lo que ocurre tanto en el ámbito del trabajo como en el de la propiedad y en el del mercado.

En el trabajo, en el interior de una empresa, las decisiones importantes no las toma la mayoría (es decir, los trabajadores) sino los representantes de la minoría (es decir, el capataz, el directivo, cualquier pequeño grupo de personas designado por el capital para ejecutar

---

actual, aniñada y completamente ajena a la realidad de los hechos, en parte porque sus profesores y *maîtres à penser (et à ignorer)* están igual de infantilizados en lo intelectual, no tiene la menor idea de lo que por desgracia le espera. Las ilusiones de quienes creen que lo malo de la historia ya pertenece al pasado van a estallar tan estrepitosamente como la economía, y no porque la salida de esta onda depresiva tenga que conducir necesariamente a la 3ª guerra mundial (aunque tampoco lo descarto). Hay otras muchas formas de destruir capital, sin necesidad de tirar bombas (el movimiento de las bolsas puede destruir capital con la misma rapidez que una bomba atómica). Así que id preparando las armas, queridos colegas, porque nos queda mucho por sufrir. Como no me da miedo equivocarme, lo digo aquí. Tras el análisis de la situación, mi pronóstico sólo puede ser que la catástrofe está a la vuelta de la esquina. Pero que nadie se haga ilusiones, porque la bocacalle que hay después de esa esquina puede reconducirnos a más capitalismo. El páramo de reflexión sobre lo que está pasando va a coger tan desprevenidos a casi todos que el capitalismo puede ser capaz de fabricar una nueva vía, que será sin duda otro callejón sin salida, pero que tendremos que andar hasta el final si no nos sublevamos. Los cambios ideológicos que se avecinan –consecuencia de cambios sociales, económicos y políticos que están a punto de pasar– van a dar mucho trabajo a los historiadores e ideólogos de las próximas décadas." (Guerrero 2000, p. 60)

sus órdenes[20]...); así, por ejemplo, si se trata de hacer un ERE o de ejecutar un despido individual, subir o bajar los salarios de la plantilla o rebajar o aumentar la jornada laboral, los trabajadores no pueden opinar aunque sean el 99% de los empleados.

Asimismo, si se trata de la propiedad de una empresa, dos o tres grandes accionistas tienen el derecho a decidir los destinos de la empresa si controlan la mayoría de dicha propiedad (es decir, la mayoría de las acciones en que se divide el capital social de la sociedad anónima correspondiente) aunque sea en contra de miles, decenas o centenas de miles de accionistas que no pueden hacer otra cosa que aceptar esas decisiones que les son completamente ajenas, por mucho que representen a la inmensa mayoría del número de accionistas.

Y lo mismo ocurre en el mercado. En esta sociedad, un millonario es mucho más "valioso" que un ciudadano de la calle cualquiera porque el dinero que posee es mucho mayor, y esto se manifiesta obviamente a la hora de comportarse todos como consumidores. Pongamos un ejemplo: si en una pequeña ciudad las empresas de la construcción facturan 10 millones de euros anuales, lo mismo le da a estas que el pedido que reciben por ese valor provenga de un solo gran consumidor (el millonario) que desea vivir en una mansión de diez millones de euros, o que provenga de la suma de cien personas que quieren comprar para vivir un total de cien pisos de cien mil euros cada uno. Este tipo de fenómenos, que es lo que expresan movimientos sociales contemporáneos, como el del 99% y otros, es el que nos interesa estudiar aquí.

Una tesis fundamental del liberalismo económico –quizás la más importante de todas– es la idea de la supuesta "soberanía del consumidor" dentro del capitalismo, es decir, la idea de que las empresas se limitan a satisfacer los deseos de los consumidores: estos deciden qué es lo que quieren consumir (formando la "demanda de mercado") y ellas deciden producir lo que los consumidores demandan (formando la "oferta de mercado"). En nuestra opinión, quienes critican

20. Tenemos un ejemplo muy actual en el caso del presidente de una gran empresa como es El Corte Inglés, donde la propiedad, el capital, puede decidir despedir a su máximo ejecutivo como si del último empleado temporal de la campaña de Navidad se tratara...

esta tesis liberal a menudo no lo hacen de la forma más adecuada. Muchos niegan que las empresas se comporten así: hablan de los monopolios, del "poder de mercado" de las grandes empresas en general, de cómo es la oferta la que determina la demanda a través del marketing y otras formas de manipulación de los consumidores, etc. Sin embargo, la clave de la crítica no debería ser esa sino la apelación a la realidad consistente en que lo que las empresas satisfacen no es lo que podríamos llamar "demanda democrática" de los consumidores, sino su "demanda plutocrática". Lo que cuenta no es la demanda determinada por las necesidades reales de la población, que tienen que ver con los valores de uso, sino la demanda "solvente", regulada por el valor de cambio, es decir, por la posesión de valores o dinero.

Por tanto, cuando se habla de la "mano invisible" del mercado, la cuestión no es criticarla contraponiéndole la "mano visible" del Estado. No se trata de que el Estado (ya se trate del famoso Estado del bienestar o no) deba atar en corto al mercado, regularlo, controlarlo, limitarlo... y una larga lista de sinónimos aproximados. Se trata de algo que puede expresarse mediante la metáfora de Manuel Román, un economista español cuya obra apenas se ha reconocido como se debe: el capitalismo y el mercado son como un perro agresivo; podría pensarse que es mejor tenerlo a raya y ponerle un bozal para que no muerda ni ladre y deje de suponer un peligro para todos; pero es obvio que ese bozal no puede estar permanentemente puesto, porque el perro necesita comer y si no se le quita el bozal no podría comer y moriría. Hay que entender que el perro, si es perro, tiene que ladrar por naturaleza, le guste o no a su propietario o a quienes están a su alrededor. Pues bien, podríamos completar la metáfora añadiendo que a la inmensa mayoría de los economistas les gusta discutir sobre cómo debería ser el bozal, qué modelo de bozal es el más adecuado, cómo alimentar mejor al perro, cómo sedarlo cuando haga falta..., y cosas por el estilo. Pero, evidentemente, esto es un error y una nimiedad si lo que se quiere de verdad es sustituir al perro por un gato: algo así como sustituir el capitalismo por un postcapitalismo de naturaleza socialista y comunista, un modo de producción plutocrático por un nuevo modo de producción democrático basado en la libre cooperación y asociación de personas conscientes y libres que desean

controlar la economía y vivir en democracia (lo que ese perspicaz crítico del capitalismo que es Paresh Chattopadyay, inspirado por Marx, llama el "modo de producción asociado"): vid. Chattopadyay 2016.

Por tanto, la crítica de la idea de la mano invisible no puede desconocer que Marx dividía esta idea normalmente atribuida a Adam Smith en dos partes separables, de las cuales él rechazaba una pero aceptaba la otra. Pues en Smith hay dos ideas: una –la que Marx sí acepta– es simplemente el reconocimiento de que el capitalismo, esa nueva forma de sociedad a cuyo nacimiento está asistiendo Smith en 1776, sí puede reproducirse por sí solo sin que nadie se vea obligado a respetar costumbres inveteradas ni someterse a directrices ajenas inspiradas por la conveniencia de fomentar desde alguna instancia pública la producción y el comercio agregados en una dirección u otra; basta con que cada capitalista pueda buscar libre y egoístamente su propio interés (sin ningún poder que lo impida) para que el sistema se reproduzca como economía capitalista realmente sostenible (al menos durante mucho tiempo). La segunda idea encerrada en la metáfora de la mano invisible es rechazada por Marx: la idea de que esta sociedad capitalista que Smith defiende es la mejor de las sociedades posibles y obtiene resultados óptimos.

Pues bien, de lo que se trata, insistamos, es de saber ver que el mercado sí funciona como mecanismo que asigna los recursos productivos en función de la demanda realmente existente, aunque esa demanda no represente, por supuesto, las necesidades de la población democráticamente considerada. ¿Cómo sería la demanda "democrática" de consumidores iguales? Evidentemente, muy diferente de la actual. Si la "renta" monetaria de cada cual, o su capacidad de "compra", fuera idéntica para todos, o –si se prefiere pensar en la inexistencia de dinero y precios– si la capacidad de consumo privado (es decir, la que restaría tras determinarse democráticamente el consumo social) fuera equivalente para todos, muchos bienes dejarían de producirse (por ejemplo, la mayoría de los bienes de lujo, como la mansión del ejemplo anterior) o se producirían en un montante muy inferior, mientras que los bienes más necesarios serían producidos en cantidades más elevadas... Desde luego, estos cambios se trasmitirían asimismo del consumo a la producción de medios de producción, y

así sucesivamente... hasta adentrarnos en una red de interdependencias cuya temática no podemos desarrollar aquí. Simplemente, podríamos dejar unas preguntas en el aire: ¿es posible y factible esto que provocativamente podríamos llamar un "comunismo de mercado"? ¿No sería esto una alternativa democrática y superior al capitalismo?

Evidentemente, mientras los economistas de derecha y de izquierda tengan una tendencia más "canina" que "gatuna" (siguiendo con la anterior metáfora), mientras se limiten a ser y a disputarse las dos mitades de la esfera liberal que los encierra, mientras no se den cuenta de que decir capitalismo es decir ausencia de democracia, mientras todo eso no ocurra, no serán capaces de ver y comprender el fallo número 1 de este sistema. Sólo después de comprender esto último debe prestarse atención a las múltiples razones que impiden considerar que este sistema tenga ningún parecido con óptimo alguno, y entre ellas los desgraciados efectos que las inevitables crisis del capitalismo tienen que producir en aquellos cuya potencialidad humana se ha convertido en mercancía, haciendo de ellos mercaderes a la fuerza que se ven obligados a intentar vender una mercancía que, como todas, tiende a devaluarse como consecuencia del aumento de su propia productividad laboral, de la que sólo pueden aprovecharse los capitalistas. Como dice Marx, no importa realmente si los salarios son más altos o más bajos, no importa al menos, relativamente, cuando esto se compara con lo más decisivo: sólo nos veremos libres de la plaga de las crisis cuando dejemos de ser asalariados. Si, a escala agregada, cada miembro trabajador de la población supera la desgracia de ser asalariado, podremos aspirar a realizar un trabajo igual e igualmente enriquecedor para todos (no, como hasta ahora, excesivo para la mayoría y nulo para una minoría privilegiada), un trabajo entreverado de no-trabajo para todos, un trabajo creativo y, en definitiva, que nos guste tanto a todos como para convertirse en una libre necesidad de cada uno.

**Bibliografía**

Anula, Carmen (2002): "Economía y ciencia política", en *Manual de Economía Política*, coord. Diego Guerrero, Madrid: Síntesis, pp. 293-324.

Arrighi, Giovanni (1994): *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of Our Times*, London: Verso [*El largo siglo XX*, Madrid: Akal, 1999].

Arrighi, Giovanni (2003): "The social and political economy of global turbulence", *New Left Review*, 20, March-April.

Brenner, Robert (1998): "The economics of global turbulence" (Special Report of the World Economy, 1950-1998), *New Left Review*, 229.

Chattopadhyay, Paresh (2016): *Marx's Associated Mode of Production. A Critique of Marxism*, New York: Palgrave Macmillan.

Duménil, Gérard (1975): "L'expression du taux de profit dans *Le Capital*", *Revue Économique*, marzo, pp. 198-219.

Engels, Friedrich (1845): *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid: Akal, ed. de Lorenzo Díaz, 1976.

Grossmann, Henryk (1929): *Das akkumulations-und zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen systems* [*La ley de la Acumulación y del Derrumbe del sistema capitalista*, México: Siglo XXI, 1979].

Guerrero, Diego (1997): *Historia del pensamiento económico heterodoxo*, Madrid: Trotta.

Guerrero, Diego (2000): "Reflexiones sobre la teoría del valor y de la crisis económica capitalista desde una perspectiva crítica", *Laberinto*, 4, pp. 46-61.

Guerrero, Diego (2008): *Un resumen completo de El capital de Marx*, Madrid: Maia.

Harvey, David (1982): *The Limits to Capital*, Chicago: The University of Chicago Press.

Heinrich, Michael (2004): *Kritik der politischen* Ökonomie. *Eine Einführung*, Schmetteling Verlag [*Crítica de la economía política. Una introducción a* El capital *de Marx*, Madrid: Escolar y Mayo (prólogo de César Ruiz Sanjuán), 2008].

Louçã, Francisco (1997): *Turbulence in Economics. An Evolutionary Appraisal of Cycles and Complexity in Historical Processes*, Aldershot: E. Elgar.

Mandel, Ernest (1975): *Late Capitalism*, London: New Left Books.

Marx, Karl (1852): *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid: Austral, 1985.

Marx, Karl (1862-63): *Teorías sobre la plusvalía*, 3 volúmenes, Buenos Aires: Cartago, 1974.

Marx, Karl (1885): *El capital. Crítica de la Economía Política. Libro II*, Madrid: Siglo XXI, 1979 (2ª edición).

Marx, Karl (1894): *El capital. Crítica de la Economía Política. Libro III*, Madrid: Siglo XXI, 1979.

Marx, Karl; Engels, Friedrich (1848): *Manifiesto comunista*, ed. Pedro Ribas, Madrid: Alianza, 2ª edición, 2011.

Minsky, Hyman P. (1982): "Capitalist financial processes and the instability of capitalism", en *Can "It" Happen Again? Essays on Stability and Finance*, New York: M. E. Sharpe.

Moseley, Fred (2017): *Ensayos de economía marxista*, Madrid: Maia.

Mueller, Dennis C. (1986): *Profits in the Long Run*, Cambridge: Cambridge University Press.

Nieto, Maxi (2015): *Cómo funciona la economía capitalista. Una introducción a la teoría del valor-trabajo de Marx*, Madrid: Escolar y Mayo.

Shaikh, Anwar (1983): "The falling rate of profit", in J. J. van Duijn, *The Long Wave in Economic Life*, London: Allen and Unwin.

Shaikh, Anwar (1990): *The Falling Rate of Profit as the Cause of Long Waves: Theory and Empirical Evidence*, Working Papers Series, nº 2, New School for Social Research, New York.

Shaikh, Anwar (1999): "Explaining the global economic crisis", *Historical Materialism*, 5, pp. 103-144.

Shaikh, Anwar (2000): "La onda larga de la economía mundial en la segunda mitad del siglo XX", en D. Guerrero y J. Arriola, eds., *La nueva economía política de la globalización*, Bilbao: Universidad del País Vasco.

Shaikh, Anwar (2016): *Capitalism: Competition, Conflict, Crises*, Oxford: Oxford University Press.

Sismondi, Jean-Charles-Léonard Simonde de (1827): *Nouveaux principes d'économie politique ou de la richesse dans ses rapports avec la population*, Paris: Delaunay.

Sismondi, Jean-Charles-Léonard Simonde de (1837-8): *Études sur l'économie politique*, Paris: Treuttel et Würtz (2 vols.).

Su, Vincent (1996): *Economic Fluctuations and Forecasting*, New York: HarperCollins.

Vadée, Michel (1998): *Marx, penseur du possible*, Paris: L'Harmattan.

Varoufakis, Yanis; Halevi, Joseph; Theocarakis, Nicholas (2011): *Modern Political Economics. Making sense of the Post-2008 World*, London: Routledge.

Veblen, Thornstein (1923): *Absentee Ownership and Business Enterprise in Recent Times; the Case of America*, New York: A.M. Kelley, 1965.

Wolfson, Murray H. (1986): *Financial Crisis: Understanding the Postwar U. S. Experience*, New York: M. E. Sharpe.

# III

# Los límites del reformismo

1

# Teorías económicas, crisis y la crítica del reformismo

Juan Pablo Mateo

## 1. Introducción

En este capítulo se lleva a cabo una crítica de los planteamientos reformistas en economía política a partir de los fundamentos teóricos del análisis marxista y su concepción de la crisis económica. La manera como una teoría explica la dinámica de crecimiento posee implícitamente una concepción dada de las razones por las que se quiebra tal expansión (Shaikh 1990). Por tanto, el análisis de la crisis proporciona una línea divisoria entre las teorías económicas, con implicaciones decisivas para las propuestas de política económica. Se debe diferenciar, en este sentido, una crisis general, que implica un colapso global del proceso de acumulación a escala mundial, de una crisis parcial vinculada al ciclo económico. La teoría de la crisis a la que se alude en este documento se referirá al primer tipo, una crisis general del capital.

La hipótesis que planteamos hace referencia al lugar que ocupa la crisis en la concepción más amplia sobre el modo de producción capitalista (en adelante MPC). Una propuesta de carácter anticapitalista, como caracteriza al enfoque de Marx, está unida a una teoría de la crisis como necesidad, es decir, de la ineludible recurrencia de las crisis en el proceso de reproducción capitalista. Por ello, se mostrará que el resto de corrientes heterodoxas i) poseen fundamentos teóricos diferentes al marxismo, lo cual se revela en ii) su concepción de la crisis como mera posibilidad, que a su vez iii) conduce a un planteamiento reformista, pues enfatiza una estructura no fundamental del

capitalismo (véase Smith 1990) como origen de las contradicciones.

Siguiendo la propuesta de Guerrero (1997), la heterodoxia en economía política requiere, bien de una determinada interpretación de que el valor surge del trabajo (una teoría laboral del valor), o de una apuesta por trascender el capitalismo hacia algún tipo de sociedad socialista. Así, pretendo explicar, precisamente, que sólo en la tradición de Marx lo segundo –la propuesta del socialismo– se sigue necesariamente de lo primero –la teoría del valor–, y más en general, de los fundamentos analíticos del edificio teórico. No se pretende negar, aclaremos, la defensa de la transformación socialista que realizan autores de otras corrientes de pensamiento, por supuesto honesta, pertinente y justificada, pero sí mostrar la debilidad del vínculo con el marco teórico.

En Marx, la crisis constituye un momento necesario de la dinámica de acumulación, en tanto que inevitable e ineludible (Gill 1996). Se trata, por tanto, de una teoría de la necesidad de la crisis (Shaikh 1990). En consecuencia, la teoría marxista de la crisis constituye una dimensión de la teoría de la reproducción del sistema económico en los mismos términos ontológicos, pues tanto el crecimiento como la crisis configuran la forma que adopta la dinámica de movimiento del MPC.

La disquisición teórica mostrará que el contenido revolucionario de una teoría económica no radica tanto en las proclamas respecto de la lucha de clases, la alusión a los conflictos económicos y políticos, o la denuncia del contenido imperialista en las relaciones internacionales, como a su análisis del significado y tendencias objetivas (materiales) de la economía capitalista. Aunque pudiera parecer contraintuitivo, precisamente el énfasis en el papel de elementos objetivos como la estructura de relaciones sociales de producción, la teoría del valor, y la existencia de una lógica o tendencia en el movimiento de la sociedad capitalista –al margen de la voluntad humana–, es lo que confiere el marxismo su significado plenamente revolucionario. En otras palabras, el análisis marxista en tanto que filosofía materialista. Y ello porque en Marx existe un vínculo entre las categorías más abstractas, como la mercancía, el dinero y la relación capital-trabajo, con la estructura de relaciones que define y la lógica propia que caracteriza su movimiento en el tiempo. Así pues, la crisis como necesidad

se deriva de la noción de ley como expresión de la lógica intrínseca del capital. Alternativamente, la crisis como posibilidad resulta de la conjunción coyuntural de una serie de factores, en ausencia de una lógica subyacente (Shaikh 1990). En estas condiciones, el soporte de la apuesta revolucionaria queda ciertamente comprometido.

En los términos planteados, la crítica del capital en Marx es absolutamente radical en tanto que es eminentemente material–objetiva, pues no se basa primordialmente en juicios éticos o deseos. El significado revolucionario procede, *estáticamente*, del contenido explotador de la producción capitalista, que establece el conflicto capital-trabajo (la lucha de clases), y *dinámicamente*, de las contradicciones que genera el proceso de acumulación de capital, materializadas en volatilidad, turbulencias, inestabilidad, y que culminan en crisis periódicas que entorpecen el desarrollo de las fuerzas productivas. De lo cual se sigue que la apuesta por la planificación democrática de la economía debe permitir un más amplio desarrollo productivo, pero con un concepto diferente de la eficiencia, en el cual la sostenibilidad medioambiental debe ser una prioridad.

Esta alusión al reformismo y la radicalidad requiere no obstante de cierta clarificación. La dicotomía 'reforma o revolución' no alude aquí a los medios propuestos,[1] sino al objetivo que se pretende lograr, siempre en un plano de análisis teórico. El interrogante sería ¿qué sistema económico se defiende a partir de los fundamentos económicos de las diversas corrientes del pensamiento económico, y de manera particular, a partir de su teoría de la crisis? El reformismo hace referencia a la pretensión de solucionar ciertos problemas del capitalismo (desigualdad, pobreza, crisis, imperialismo) por medio de una adecuada gestión por parte del Estado (Cockshott y Nieto 2017). Para el marxismo, sin embargo, se trata de ir a la raíz, a aquello que imprime al capitalismo una esencia dada, en definitiva, modificar estructuras fundamentales de la sociedad, como son la propiedad privada de los medios de producción, el trabajo asalariado y la producción mercantil.

1. Es decir, si se aboga por trascender el capitalismo por vías legales o por un proceso revolucionario por vías ajenas al parlamentarismo.

Bajo el término "economía heterodoxa" se hace referencia al conjunto de teorías opuestas a la ortodoxia de la economía neoclásica (y austríaca), a lo que se puede añadir, con matices, el pensamiento de Keynes. Principalmente, pues, se incluye a i) las corrientes postkeynesianas, que agrupa a los propios keynesianos, kaleckianos (y neo-ricardianos/sraffianos), ii) la economía radical y regulacionista y iii) las escuelas neomarxistas.[2]

## 2. Fundamentos teóricos

En este apartado se analizan las diferentes bases teóricas de la teoría económica marxista y de otras corrientes heterodoxas, lo que permitirá abordar en la siguiente sección las diversas concepciones de la crisis, y así, el significado reformista o rupturista respecto del marco capitalista.

### *2.1 El análisis económico de Marx*

Como se ha expuesto en los primeros capítulos, la teoría laboral del valor se erige en el aspecto representativo del enfoque marxista, y se revela en este documento a la hora de mostrar las implicaciones de la teoría de la crisis respecto de otras concepciones tanto ortodoxas como heterodoxas. Por ello, aquí nos limitamos a exponer los elementos directamente relacionados con la crisis.

Metodológicamente, el análisis marxista tiene un carácter totalizador, holista, porque parte macroeconómicamente de la totalidad –la sociedad capitalista–, a la que se confiere prioridad analítica. Como esta totalidad no es el producto de la agregación de una serie de factores relativamente inconexos, sino que constituye una *estructura* de relaciones sociales de producción, su movimiento está caracterizado por una serie de tendencias o pautas que operan según una lógica (Mateo 2018a). A partir de esta caracterización de la totalidad se puede estable-

2. Nos centraremos a la vinculada a la revista *Monthly Review*, aunque se puede incluir al sistema-mundo, las teorías de la dependencia o las tesis clásicas del imperialismo. Remitimos a la excelente revisión de las corrientes heterodoxas de Guerrero (1997).

cer el eje unificador del análisis, el capital entendido como una relación social, el cual adopta diversas formas en su circuito de valorización, y que se denota como ['D'–]D–M... P{MP, FT}...M'–D' [–'D']. Solo una perspectiva global de este ciclo permite aprehender el significado de sus partes constitutivas, el capital–dinero, capital–mercancías, capital productivo, y/o capital constante y variable.

Aclaremos no obstante que los elementos que conforman la estructura del capitalismo inciden recíprocamente unos sobre otros, tienen por tanto una relativa autonomía. Así, el ámbito financiero no es un mero reflejo pasivo de la esfera productiva, los gobiernos tienen la capacidad de influir en la dinámica económica, y por supuesto los trabajadores pueden lograr conquistas salariales que erosionan la rentabilidad. Pero al mismo tiempo, se ha de explicitar la existencia de límites, ya que ciertos elementos poseen prioridad analítica. No todos los factores operan al mismo nivel, de ahí que se pueda hablar de una causalidad fundamental. Aunque existe una relación interna y recíproca entre la producción, la distribución y el consumo, la esfera de la producción tiene un lugar prioritario (Marx 1857-58), pues la generación de plusvalía constituye la fuerza motriz del sistema. En otras palabras, la estructura de la distribución está determinada por la producción, y esta distinción atraviesa el conjunto de *El Capital*, y de hecho constituye la base de su perspectiva metodológica (Weeks 2010).[3]

Existe por tanto una esencia en el sistema, que no coincide con la manifestación externa de los fenómenos, en este caso la crisis, y que asimismo justifica la necesidad de la ciencia. Para Marx (1867, III: 77), "la producción de plusvalía o la obtención de ganancia es la ley absoluta de este modo de producción," y esta esencia o naturaleza específica de la sociedad capitalista procede del modo de producción. La reproducción en el tiempo del MPC no constituye, pues, un movimiento arbitrario, sujeto al azar, o bien susceptible de ser gobernado

3. Hay que precisar sobre esta cuestión la diferencia entre Marx y Engels, ya que éste último veía la producción y la distribución como dos esferas equivalentes, con la misma capacidad explicativa. Como bien afirma el mencionado Weeks (2010), ello no permitió a Engels aprehender lo que Marx denominó la ciencia de la economía moderna, que sólo comienza cuando el análisis se traslada del proceso de circulación a la producción.

por la voluntad humana, los capitales financieros, países poderosos u organismos transnacionales. Su movimiento, por el contario, sigue una determinada lógica o pauta que surge inevitablemente del marco de relaciones sociales de producción. Esta lógica se expresa por medio de lo que Marx denominaba como leyes fundamentales del movimiento, cuyo estudio constituyó el propósito de su obra económica, y expresan la regularidad o recurrencia de ciertos fenómenos.

Cabe señalar i) la concentración y la centralización del capital, relativo a la composición del capital, en la esfera de la producción; ii) la generación y mantenimiento en el tiempo de un ejército industrial de reserva, que contribuye a supeditar la evolución de los salarios en el ciclo económico a las necesidades de la valorización del capital; y iii) la tendencia descendente de la tasa de beneficio, la ley más importante de la economía política, consecuencia de las anteriores y fundamento de la crisis económica. Estas leyes surgen de la propia esencia del capital en su generalidad como relación social, aunque se expresan por medio del capital en su multiplicidad (la competencia) (véase Mateo 2018a). Es decir, las partes constitutivas de la totalidad (individuos/clase sociales, fracciones del capital, gobiernos) no pueden crear nuevas leyes del desarrollo, pero sí pueden incidir en la manera como se expresan.

Estas leyes se caracterizan por tres rasgos básicos. En primer lugar, tienen un carácter socio-histórico, pues surgen de las relaciones sociales de producción –no brotan de la naturaleza ni tienen carácter técnico– y son propias de la fase histórica capitalista. Asimismo, son objetivas en tanto en cuanto no dependen de la voluntad humana, sino que condicionan ampliamente la dimensión subjetiva. Y finalmente, poseen un carácter tendencial, pues las leyes son tendencias, en el sentido de una presión, fuerza, algo que impulsa en una determinada dirección (Fleetwood 2012).

En definitiva, y de acuerdo la disyuntiva planteada respecto del contenido reformista o rupturista de un análisis económico, cabe afirmar que el carácter revolucionario –en el sentido de su radicalidad anticapitalista– del pensamiento de Marx se explica por su focalización en una realidad *impersonal* como es el marco de relaciones sociales de producción, revelando la existencia de una lógica subyacente

que no es susceptible de transformar. En otras palabras, Marx integra lo económico y lo sociopolítico, pero destacando el papel central del modo de producción en la conformación de la estructura y el tipo de reproducción de la sociedad. Ello se revela en el carácter endógeno de la crisis –teoría de la necesidad de la crisis–, lo que implica la apuesta por transformar las estructuras fundamentales que definen el modo de producción.

### *2.2 Elementos analíticos de la heterodoxia reformista*

Repasamos en esta sección algunas de las diferencias en cuanto a los aspectos metodológicos que poseen otras corrientes económicas. Como ya se explicó en los capítulos 1 y 2, el aspecto central es la teoría del valor, eje divisor de las corrientes del pensamiento económico. El rechazo del trabajo abstracto como fundamento del valor constituye el punto de partida del reformismo,[4] y se caracteriza por algunos elementos que se mencionan a continuación.

#### *2.2.1 Individualismo metodológico y dimensión subjetiva*

El reformismo tiene entre sus señas de identidad el papel prioritario que otorga a los fundamentos microeconómicos, lo que se conoce como el individualismo metodológico. Esta perspectiva se caracteriza por derivar la dinámica global de las acciones de los agentes individuales –o al menos establecer una relación complementaria, no contradictoria, entre ambas instancias–, por lo que se prioriza la dimensión subjetiva de las decisiones, impresiones subjetivas, el poder o el conflicto. De esta forma, la teorización de las tendencias macroeconómicas resultaría de, o sería compatible con, la agregación de acciones individuales racionales por parte de trabajadores, empresas multinacionales o gobiernos.

Los planteamientos reformistas sostienen que la esfera política y el Estado poseen una extensa autonomía en el sistema capitalista,

4. Por eso, uno de los exponentes de la economía radical, H. Gintis, sostiene que "la teoría del valor trabajo, la teoría marxista de la explotación y de la alienación, y la teoría marxista del Estado son parte de esta tradición difunta," (Gintis, 1992: 114), planteamiento compartido por el resto de teorías.

"sin que exista ninguna relación o instancia central unificadora del conjunto social" (Cockshott y Nieto 2017: 62), por lo que no existen tendencias subyacentes de carácter objetivo.[5] Este subjetivismo, o idealismo (filosófico) se contrapone al materialismo marxista, de carácter holista, para el que el capitalismo constituye una totalidad orgánica con una primacía del modo de producción. Y una consecuencia de esta perspectiva es la focalización del análisis no en la producción, sino en la esfera de la circulación o la distribución, donde se confina (de existir) el conflicto social.

El liberalismo clásico es paradigmático al respecto, lo que sirve de base para su refinación por parte de la economía neoclásica contemporánea con sus variantes monetaristas, de las expectativas racionales o la economía de la oferta. El protagonista es aquí el individuo-consumidor y sus deseos, sensaciones, creencias, utilidad, racionalidad, iniciativa y esfuerzo. Al fin y al cabo, la economía neoclásica no es sino la aplicación de esta concepción humanista a la producción y distribución de riqueza, y el análisis de la evolución de la economía en su conjunto resulta de la agregación del comportamiento previo de individuos independientes (Wolff y Resnick 2012). Por tanto, es la naturaleza humana la que determina los resultados de la economía. Aunque igualmente esencialista, pues cabe extraer una causa fundamental, la perspectiva es diametralmente opuesta al marxismo. En este marco, obviamente no puede existir explotación.[6] Este enfoque ha influido, paradójicamente, en la conformación de una corriente denominada marxismo analítico, neoclásico o de la elección racional, una mezcolanza ciertamente curiosa entre metodología de la ortodoxia neoclásica y ropaje pseudomarxista (véase Guerrero 1997).

Keynes (1936), venerado por la izquierda reformista aunque procedente de la burguesía liberal, sustituye el enfoque microeconómico

5. Que alcanza su más alta expresión en el enfoque neoclásico y su *homo economicus*, en el cual se aprecia una dicotomía entre las esferas económica y política, pero que en diferente grado aparece en las diversas heterodoxias.

6. En puridad, si se vulnera el libre mercado debido a alguna interferencia (sindicatos, gobiernos), un grupo social puede obtener como ingreso más de lo que aporta en su actividad. En este caso, es racionalmente posible afirmar que los trabajadores exploten a los capitalistas, como de hecho sostiene von Mises (Guerrero 1997).

propio de la economía neoclásica por una macroeconomía que en puridad le acerca a Marx, junto a su crítica de las preferencias y la utilidad para explicar la oferta de ahorro y el mercado de trabajo. Ahora bien, Keynes acepta el rol de la escasez –la idea de la productividad marginal y la dotación inicial de factores–, y su teoría de la inversión, categoría central del capitalismo, está basada en el subjetivismo individual del inversor (Wolff y Resnick 2012). Es decir, en última instancia el proceso de acumulación lo explica a partir de expectativas, confianza personal, aversión al riesgo, etc.

En este marco de análisis, las corrientes postkeynesianas otorgan un peso decisivo en sus análisis a la dimensión subjetiva del conflicto social. Así, las limitaciones de la naturaleza humana juegan un papel esencial en cuando a su incapacidad de tomar decisiones en situaciones de incertidumbre (Murillo 2009). Sus teorías del precio y de la acumulación parten de la perspectiva individual del capitalista, no de la dinámica global del sistema (Nicholas 2011). La explicación más extendida del precio –tomando como referencia el sector manufacturero, ya que en la agricultura y los recursos naturales enfatizan el papel de la demanda– se basa en el coste promedio de producción más un margen, conocido como *mark-up*, función a su vez del poder de mercado de cada empresa.

Por otra parte, se enfatiza la competencia imperfecta o monopolista, en la cual el poder de las grandes corporaciones resulta central, y se expresa en el grado de monopolio, como ocurre con el enfoque de M. Kalecki. En esta misma línea de análisis, las teorías del capitalismo monopolista –R. Hilferding, V.I. Lenin, J. Steindl, P. Baran y P. Sweezy– parten analíticamente de la dimensión microeconómica de la competencia oligopolista, que define la trayectoria macroeconómica. De esta forma, analizan el nivel del salario real en función del grado de monopolio (Sawyer 1988). En cierta medida como un desarrollo de este enfoque, las corrientes actuales de la financiarización parten del ámbito financiero, materializado en el poder de estas grandes empresas (bancos, fondos de inversión, accionistas, etc) para explicar la lógica de la dinámica de acumulación. A nivel internacional, estos principios metodológicos están presentes en las teorías que explican el subdesarrollo a partir del comercio internacional (la tesis

del intercambio desigual), las transferencias de valor, la exportación de capitales que dan lugar a ganancias extraordinarias y a una extraversión del excedente, o la dominación imperialista (Guerrero 2012).

Sin embargo, el pensamiento marxista no tiene un carácter micro ni humanista en la medida que no parte de una concepción de la naturaleza humana que determine la evolución de la sociedad (Milios, Dimoulis y Economakis 2002). A diferencia de estos enfoques, Marx prioriza el marco de relaciones sociales de producción de lo cual surge la clase social, no el individuo aislado. El capitalista y el trabajador son relevantes, pero en tanto personifican o expresan *relaciones sociales*, ya que existe una cierta determinación social –o fuerza condicionante objetiva– en la actividad del individuo, lo que no se debe identificar con mecanicismo o determinismo alguno (Mateo 2018a).[7]

### *2.2.2 Causalidad y relativismo*

Una corriente reformista, pero cualitativamente diferente a las anteriormente mencionadas, es la postmoderna, con un creciente seguimiento en los últimos años de la mano de autores como J. Lacan, J.F. Lyotard, M. Foucault, J. Derrida o J. Baudrillard. Ante la carencia de una delimitación analítica adeudada, esta perspectiva se puede definir en términos negativos. Es decir, a partir de lo que rechaza, en lo cual cabe encontrar una coherencia argumentativa en su oposición a la teleología y la utopía (Foster 1997), el concepto orgánico de sociedad, junto al "principio de la lucha de clases, y de la dialéctica como dualidad que produce la unidad social." (Lyotard 1987:13) Por ello, el postmodernismo se opone a las grandes narrativas, como el marxismo o el liberalismo, y su pretendido reduccionismo o esencialismo.[8]

El postmodernismo, pues, se opone a la objetividad del conocimiento objetivo, por lo que todo sería subjetivamente relativo, en

7. En cualquier caso, se debe tener en cuenta que el enfoque materialista no niega el papel de la subjetividad, así como las ideas, pero sí se opone a que se desvincule de la actividad humana en la producción social, el trabajo, como si tuviera una existencia independiente (McNally 1997).

8. El postmodernismo no es tanto una reacción a la caída del socialismo, como –en sus versiones más reaccionarias– un producto o respuesta al éxito del capitalismo (Eagleton 1997), sobre todo en la fase gloriosa de posguerra.

función de la interpretación que realice cada grupo social. No existiría entonces un núcleo esencial (plusvalía) cognoscible, ni categorías con capacidad explicativa primaria, y todo punto de vista sería igualmente válido. En consecuencia, el postmodernismo critica la mera idea de causalidad sobre la que se enfrentan ramas del pensamiento como el liberalismo y el marxismo, por lo que no puede existir un sistema social –el modo de producción capitalista– dotado de unidad sistémica y leyes de desarrollo (Wood 1997). Frente a la demonizada causalidad, se sustenta la mera contingencia. Por tanto, la perspectiva interpretativa de la realidad del explotador y del explotado pasarían a estar en un mismo plano discursivo (Astarita 2014), y más aún, la propia relación de explotación en el capitalismo no sería cognoscible. Igualmente, niega la primacía de las relaciones sociales de producción, situando en el mismo nivel a otras instancias, como el discurso o la ideología.

Por consiguiente, critica al marxismo que privilegie una visión que considera *monolítica* del mundo, el modo de producción y la clase social, frente a otras identidades, determinantes económicos o materiales. En lugar de una clase social que surge objetivamente en función del lugar que se ocupe en el proceso social de la producción capitalista, y al margen de la subjetividad desarrollada, la identidad es local, contingente, y libremente elegida. Sólo habría diferentes tipos de poder, opresión, identidad y discurso, en última instancia diferencias anárquicas, desconectadas e inexplicables. En definitiva, se enfatizan así la diversidad de la experiencia humana, las culturas, los valores y las identidades.

Finalmente, una corriente crítica con la idea de causalidad, y con elementos que pueden converger con el postmodernismo, es el análisis de la sobredeterminación, de la totalidad descentralizada o institucionalista, también conocida por su origen en la University of Massachusetts–Amherst en Estados Unidos. Defiende una tercera vía entre individualismo metodológico (humanismo, subjetivismo) y el estructuralismo de un pretendido marxismo *ortodoxo* al que atribuye un visión mecanicista, determinista y teleológica (véase Wolff y Resnick 2012).

El concepto de sobredeterminación significa que tanto individuos como estructuras interactúan y se van transformando mutuamen-

te. Todo es simultáneamente causa y efecto, todo sobredetermina a todo y es a la vez sobredeterminado por elementos externos. Por ello, identifica la idea de causa esencial y efecto, o la dicotomía variable independiente–dependiente, con el determinismo económico que pretende superar, y que a su juicio constituye un elemento común a los enfoques neoclásicos, keynesianos y el marxismo *determinista*.

El MPC no tendría una esencia objetiva en su funcionamiento –no se podría afirmar que el capital (la empresa) tenga una pulsión innata hacia la valorización–, sino que depende de cada una, del contexto institucional, etc. En consecuencia, la dimensión o instancia política, institucional, o social (la lucha de clases), puede ocupar el mismo lugar en la dinámica de reproducción social que la infraestructura económica (las relaciones sociales de producción). Al no existir una lógica subyacente, todo se reduce a la capacidad de influencia de cada instancia, y así, "puede verse entonces que la negación de la lógica del capital no es políticamente neutra: *se asocia a la* negación de *la centralidad de la explotación del trabajo*." (Astarita 2014) Esta indeterminación se reflejará en la carencia de una teoría de la crisis.

## 3. Controversias sobre la concepción de la crisis

### *3.1 La necesidad de la crisis en Marx*

En este apartado se exponen de manera sintética los aspectos metodológicos característicos de la teoría de la crisis en Marx, que permitirán identificar las diferencias con los planteamientos opuestos. Y se debe empezar aclarando que Marx explica la tendencia hacia la crisis en un elevado grado de abstracción, suponiendo que no existen modificaciones de los precios al margen de las relaciones de valor, incluido el precio más importante, el de la fuerza de trabajo (el salario), y haciendo abstracción de la competencia de capitales y las diversas facciones del capital. Pero ello significa, por una parte, que incluso en estas condiciones *ideales* la acumulación conduce a las crisis. Y por otra, que los desequilibrios o dinámicas concretas que involucran los salarios, pagos por intereses, la competencia entre capitales, sólo pueden agudizar o moldear –no crear– contradicciones ya existentes, y que

surgen de la propia esencia del concepto de capital en su generalidad, como relación social frente al trabajo asalariado (Marx 1857-58, I).[9]

La crisis surge cuando la capacidad de producir excedente es insuficiente en relación al volumen de capital acumulado para la continuación de la acumulación. Más específicamente, se deriva del crecimiento relativamente superior del capital constante respecto de la fuerza de trabajo, fuente de la creación de valor. Este cambio técnico ahorrador de trabajo no es una elección, sino que "se convierte en una necesidad para todo capitalista individual", (Marx 1884, IV: 97) y se explica primeramente a partir de la pulsión del capital por maximizar la ganancia, aunque se expresa mediante la competencia.

Si bien la mecanización del proceso productivo contribuye a mejorar la productividad y la reducción de los costes de producción, la mayor tasa de plusvalía no puede compensar el incremento de la composición orgánica del capital. Esta aseveración sólo se comprende a partir de la ley del valor, que establece en la jornada total de la clase trabajadora un límite objetivo a la capacidad de extraer plustrabajo del obrero (véase Mateo 2007). En consecuencia, el curso del desarrollo del capital tiende a presionar a la baja la rentabilidad, lo que se conoce como la tendencia descendente de la tasa de ganancia,[10] culminación de las contradicciones del capital. Metodológicamente, nótese un aspecto esencial del enfoque marxista que lo distingue de

9. En la propia obra de Marx, la tendencia hacia la crisis se encuentra ya de manera embrionaria en el primer libro de *El Capital* y su "ley general de la acumulación". Así, Marx expone la ley de la tendencia descendente de la tasa de beneficio en el tercer libro, pero todavía grado de abstracción del capital en general, antes de abordar sus partes constitutivas. Sobre este tema, remito a Mateo (2018b)

10. No es posible en estas líneas abordar todos los aspectos de esta ley, por lo que me limito a señalar que no implica en modo alguno que la rentabilidad deba descender siempre, ni mucho menos, sino que la presión hacia su caída tiende a ser más intensa con el desarrollo del capitalismo. Por su parte, la evolución efectiva de la tasa de beneficio sí que es el producto de la fuerza relativa de los factores determinantes, que presionan en sentidos opuestos. Ahora bien, el estatus de los factores no es el mismo, de ahí la mayor relevancia de la composición del capital. Al fin y al cabo, sus límites son meramente físicos, mientras que el valor se ve constreñido por el número de trabajadores y la extensión de la jornada laboral. Es por ello que se puede hablar de ley, pues existe una fuerza dominante.

otras corrientes heterodoxas: un resultado global en forma de caída de la rentabilidad que conduce al estallido de la crisis es complementario de la existencia de capitalistas que persiguen la maximización de la rentabilidad.[11] Adviértase que caracterizar la crisis a partir de la fuerza motriz que mueve la producción capitalista vincula el fenómeno de la crisis a la naturaleza del capital. Así, la constatación histórica de la recurrencia de la crisis confirma la validez de la predicción del análisis de Marx, pues la crisis constituye la manifestación externa de la lógica interna del capital.

Se ha de subrayar que para el enfoque marxiano la causalidad remite al denominador común de la recurrencia de las crisis. De ahí que preguntarse en torno a las causas coyunturales de un fenómeno que se repite periódicamente no pueda ser el aspecto relevante de una ciencia, de ahí lo absurdo por preguntarse por las causas de cada una de las crisis (Tapia 2009). Por el contrario, este enfoque plantea explicar las razones por las cuales cada crisis se manifiesta de una forma determinada. En otras palabras, se trataría de diferenciar la causa última –la producción de plusvalía– de los factores desencadenantes, cuya relación con la coyuntura obstaculiza una teorización.

En verdad, los desequilibrios percibidos en la superficie de las relaciones mercantiles, como la imposibilidad de vender, el exceso de producción, el elevado endeudamiento, el encarecimiento del trabajo o las burbujas especulativas, constituyen consecuencias de problemas subyacentes en la esfera de valor, es decir, en cuanto al nivel de generación de excedente. De manera simplificada, y a partir del ciclo D–M...P...M'–D', la causa última reside en [P], aunque se manifiesta en desequilibrios ubicados en el acceso a [D], el paso [D–M] o [M'–D'], o la devolución de deudas o realización de pagos a partir de [D']. Si seguimos con este vínculo, el conjunto de problemas del capitalismo, como la pobreza, desigualdad, imperialismo, guerras, etc., se explican en última instancia por los rasgos definito-

11. Mientras el marxismo analítico (P. Roemer) y la economía radical consideran que la tendencia descendente de la tasa de beneficio (macro) contradice el supuesto del capitalista maximizador de ganancias (micro) (Gintis 1992). En este sentido, aclaremos que el marxismo no se opone a los microfundamentos, para lo que remito a Mateo (2018a).

rios de este sistema, es decir, en las relaciones sociales de producción.

Esta perspectiva metodológica, caracterizada por un enfoque materialista, se refleja en el análisis de las categorías económicas. La variable clave por el lado de la demanda en la teoría marxista es la inversión, supeditada al propósito de maximizar la tasa de ganancia, por lo que las siguientes categorías no son de primer orden para la caracterización de la crisis.

i) La demanda de consumo, porque constituye un momento de la acumulación (Marx 1894), que viene en gran medida determinada por el desembolso previo de los empresarios para contratar trabajadores. Consumo e inversión no son independientes, ya que "es la magnitud de la acumulación la que determina la proporción en que se efectúa esta división" entre consumo e inversión." (Marx 1894: 18). A su vez, partir analíticamente de la demanda de consumo supone pensar que el valor se fija por ella, la demanda, lo que lleva a la teoría subjetiva del valor.[12]

ii) El ahorro también es una categoría derivada del aspecto esencial, la capacidad de generar excedente. La prioridad de la categoría 'ahorro' se correspondería con el marco del individualismo metodológico y la crítica de la teoría laboral del valor, pues implica hablar de decisión libre entre fines alternativos, de renuncia al consumo presente (abstinencia), en detrimento de la producción.

iii) El nivel del tipo de interés (i) tampoco es independiente de la inversión y la rentabilidad (r). La causalidad es diferente, ya que su nivel tiene como primer fundamento el desarrollo de las fuerzas productivas y, más concretamente, la tasa bruta de ganancia, por lo que (r⟶i). Aunque el tipo de interés es un precio 'irracional' (Marx 1894) que carece de la relación de valor (o precio de producción) subyacente, sí muestra una dependencia respecto del ciclo de acumulación. Su primer fundamento radica, en este sen-

12. De la misma forma, el salario tampoco explica la crisis, pues su fundamento es el valor de la fuerza de trabajo. No obstante, precisamente por ello permite calcular el excedente como residuo del producto o valor total respecto del coste salarial. En el apartado 3.2 se mostrará una crítica tanto del alza como del estancamiento salarial como elementos para explicar la crisis.

tido, en la demanda de capital–dinero. Ocurre no obstante que su dinámica procede en sentido inverso a la rentabilidad del sector productivo, alcanzando un máximo al final de la expansión y primeras fases de la recesión, cuando la demanda de fondos es mayor, lo que da lugar a la apariencia de que explica los ciclos.[13]

Por tanto, la caracterización de la crisis no puede hacerse a partir de la demanda de consumo, las decisiones de ahorro, los salarios o el nivel de tipos de interés (deuda y/o especulación), cuya evolución se deriva de la esfera de la producción de valor. De lo cual se sigue que la superación del sistema no puede venir por actos de los trabajadores en la esfera del consumo, como la organización de boicots a ciertas empresas o productos, por una regulación del sistema financiero o por decisiones conscientes de los capitalistas, en lo que constituye la conspiranoica consideración de la crisis como estafa –y así, un acto programado–, y la necesaria búsqueda de los responsables de la misma. Dada la primacía de la valorización y la inversión, se sigue en Marx que la colaboración de los trabajadores debe incidir en el corazón del sistema, la actividad productiva que les enfrenta al capital. En última instancia, el ámbito de la generación de excedente define la particularidad del capitalismo, y es el lugar central de la lucha de clases entre capital y trabajo.

### *3.2 La crisis como posibilidad en las corrientes reformistas*

Una vez expuesta en sus contornos generales la teoría de la crisis en Marx, repasamos a continuación los planteamientos más extendidos por parte de otras corrientes heterodoxas. Se mostrarán sus fundamentos, las diferencias con el análisis marxiano y las posibles implicaciones reformistas. Como se verá, este conjunto de diagnósticos conforma una concepción de la crisis como mera posibilidad.

---

13. Por extensión, el crédito y el endeudamiento, junto a las burbujas especulativas, no constituyen categorías que expliquen la crisis, son consustanciales a la dinámica del capital, contribuyen a expresar sus tendencias, y en todo caso su protagonismo no es independiente de un problema subyacente de rentabilidad (véase Mateo 2018c).

*3.2.1 La presión salarial*

Esta caracterización de la crisis se centra en los incrementos de los salarios, en general por encima de la productividad, ya que presionan a la baja la rentabilidad del capital. Históricamente, este planteamiento ha sido compartido por diversos enfoques. Dentro de la economía burguesa, hay que destacar entre los clásicos a D. Ricardo –representante de los intereses de la burguesía ascendente de la primera mitad del s. XIX, frente a T.R. Malthus y su defensa de la clase terrateniente–, junto a contemporáneos de Marx como F. Bastiat o H. Carey. Más recientemente, constituye sin duda uno de los rasgos de la economía neoclásica, que siempre dispone de una variante de esta idea para explicar cada crisis en forma de rigideces del mercado de trabajo, existencia de sindicatos, y más en general, al coste que supone el estado del bienestar. En el campo heterodoxo, es sustentada por la economía radical estadounidense, la denominada Nueva Izquierda (*New Left*) de Gran Bretaña, junto a otras corrientes como el "marxismo analítico". Alcanzó una gran popularidad en el contexto de la crisis de 1970s, dada la intensificación del conflicto social y el auge del movimiento obrero.

Analíticamente, esta teoría se caracteriza por atribuir al salario, y por extensión a la esfera de la distribución del ingreso, el papel central en cuanto a la materialización de las tendencias de la acumulación de capital. El salario se forma en la esfera de la distribución, careciendo por tanto de un referente objetivo de acuerdo al desarrollo de las fuerzas productivas. No existe, en puridad, una teoría del salario, es decir, un nivel objetivo en torno al cual fluctúen los salarios efectivos, por lo que su nivel y evolución son indeterminados a priori. Todo dependerá de la lucha política, que define el patrón distributivo del ingreso. En consecuencia, sustituye tendencias objetivas por el conflicto de grupos sociales. Curiosamente, mientras unos, los economistas neoclásicos, la esgrimen para demonizar la actividad sindical, los economistas heterodoxos celebran el papel del conflicto distributivo propiciado por los trabajadores en la agudización de las contradicciones.

Marx, por el contrario, fija un valor de la fuerza de trabajo sobre el cual el salario oscila, que depende del desarrollo de las fuerzas productivas y las luchas obreras. De hecho, lo esencial en el análisis

marxista es la dinámica del ciclo de acumulación –variable independiente–, que se refleja en el volumen de fuerza de trabajo explotable, y así condiciona la evolución de los salarios –variable dependiente.[14] Precisamente, ahí reside la funcionalidad del ejército industrial de reserva. Por tanto, "la subida del precio del trabajo queda confinada a los límites que no sólo dejan intacta la base del sistema capitalista, sino también aseguran su reproducción a escala cada vez mayor." (Marx 1867, III: 80) Existe, y es el aspecto más relevante, un límite superior para el salario, aquel que amenaza la propia existencia del capital, tanto por poder hacer colapsar la continuidad de la acumulación, como por permitir que el trabajador pueda convertirse en capitalista.

Esta presión salarial sobre los beneficios empresariales constituye en cualquier caso un elemento normal de la fase final del ciclo alcista. Como apunta Marx (1885, V: 90), "las crisis van precedidas siempre, precisamente, de un período de subida general de los salarios en el que la clase obrera recibe *realitier* [realmente] una participación mayor en la parte del producto anual destinada al consumo." En este contexto, la demanda de inversión ejerce una intensa presión sobre la oferta, y ciertos precios se incrementan sobremanera, no sólo los salarios, sino también los precios de materias primas y otros elementos del capital constante, junto a los tipos de interés. En este sentido, los incrementos salariales resultan en cierta manera funcionales en estas etapas expansivas en la medida que se convierten en el mecanismo de redistribución de la fuerza de trabajo. Los asalariados se moverán en busca de los mayores salarios, lo que ocurrirá en aquellas actividades que obtengan beneficios superiores. Por tanto, las empresas (o ramas) más competitivas, que introducen mejoras técnicas que reducen costes y proporcionan ganancias extras, podrán contratar a nuevos trabajadores, con mayor cualificación.

14. Marx se refiere explícitamente a esta cuestión cuando señala que "la acumulación se amortigua a consecuencia de la subida del precio del trabajo, por embotarse el aguijón de la ganancia. La acumulación disminuye. Mas con su disminución desaparece la causa de éste, a saber, la desproporción entre capital y fuerza de trabajo explotable." La propia ralentización de la acumulación de capital contribuye al descenso del salario "a un nivel correspondiente a las necesidades de valorización del capital." (Marx 1867, III: 78)

En definitiva, "nada más tonto, pues, que explicar la baja de la cuota de ganancia por un alza en la cuota del salario, aunque excepcionalmente así pueda ocurrir," (Marx 1894, VI: 315) por lo que no puede explicar una crisis general del capital. La crítica a esta teoría de la crisis no implica desconocer la oposición de salarios y beneficios. Indudablemente, los incrementos salariales perjudican la rentabilidad. Pero para Marx constituyen un factor desencadenante, o más comúnmente, de agudización de contradicciones que ya existen. Así pues, si los sindicatos renuncian a luchar por mejoras salariales, ¿significará ello que el capitalismo puede evitar las crisis? Implícitamente, estos diagnósticos sostienen que si el salario no aumenta, el capitalismo tiende hacia el incremento de la tasa de beneficio, o bien no existe tendencia alguna y todo se resuelve en la práctica en función de la fuerza relativa de cada grupo social en el marco de su lucha. En última instancia, la barrera para el capitalismo no residiría en el propio capital, sino en el trabajo en su capacidad de *extralimitarse* en sus reivindicaciones (Mateo 2007). El proceso de acumulación aparece así gobernado, paradójicamente, por los trabajadores.

### *3.2.2 El subconsumo*

A diferencia del anterior diagnóstico, este explicación considera que la contradicción esencial del capitalismo radica en la insuficiente demanda, en su mayor parte procedente de los trabajadores –demanda de bienes de consumo– para absorber la producción. Dado que la remuneración salarial es inferior al producto generado, existe una desproporción entre la oferta y la demanda que origina problemas para el capitalismo. Pero de manera similar, la raíz de las dificultades reside en la esfera de la distribución del ingreso, aunque la caída de la tasa de beneficio sería una consecuencia del insuficiente nivel salarial.

El subconsumismo tiene una larga tradición histórica, que se remonta a S. de Sismondi, continuado por autores de procedencia ideológica tan variada como el reaccionario reverendo T.R. Malthus, liberales como J.A. Hobson o el marxista K. Kautsky, y posteriormente se retoma por J.M. Keynes y M. Kalecki. Actualmente, estas ideas han cobrado popularidad dentro de las explicaciones heterodo-

xas de la Gran Recesión, con marxistas como D. Foley, M. Husson o D. Harvey (véase Mateo 2013).

Considérese no obstante que el subconsumo "ha existido siempre y dondequiera que ha habido clases explotadoras y explotadas", aunque bajo las relaciones capitalistas adopta formas precisas. Por ello, "ni nos explica las causas de que existan actualmente las crisis ni nos dice por qué no existieron antes." (Engels 1878: 349-350) En el capitalismo, la condición del trabajador como productor de plusvalía es lo que determina su consumo, y además, en el socialismo también deberá generar un excedente, si bien en beneficio de la sociedad. Por tanto, este término carece de una apropiada definición. ¿Cuál es el umbral a partir del cual aparece el subconsumo? Y si esta teoría es cierta, lo que habría que explicar no es la crisis, sino el propio crecimiento, que se convierte en un elemento exógeno y excepcional.

El salario se aborda aquí también de una forma parcial o unilateral. Si para la presión salarial es un coste, aquí aparece como fuente de demanda. Para Marx, sin embargo, estas dimensiones son parciales y secundarias respecto de su fundamento, la parte del capital invertido por el empresario en la contratación de fuerza de trabajo, fuente de la creación del excedente. Asimismo, subyace la perspectiva individualista (micro) del empresario en la fase de circulación, quien percibe que sus problemas económicos se derivan de la ausencia de compradores para sus productos.

Se ha de aclarar que en ocasiones se lleva a cabo una lectura descontextualizada de Marx cuando éste afirma que cada capitalista quiere que los trabajadores de sus competidores reciban más salario para vender sus mercancías. Sin embargo, "dicha relación sólo pone de manifiesto la ilusión de cada capitalista, pero nada cambia en la relación entre el capital en general y el trabajo", ya que "la relación entre cada capitalista y sus obreros es la relación en general entre el capital y el trabajo, la relación esencial." (Marx 1857-58, I: 373-374). Así pues, para Marx la contraposición capital–consumidores, que justificaría el subconsumo, constituye una percepción subjetiva, individual y por ello distorsionada, ilusoria, que no capta el significado del capital y el funcionamiento del capitalismo. Se revela por tanto que la concepción subconsumista es contraria a la teoría laboral

del valor (Weeks 1982), ya que el beneficio se determinaría exógenamente por la demanda, no por el trabajo excedente en la producción.

Las implicaciones de estos postulados son harto evidentes: si el problema es que los salarios son reducidos, la solución para las dificultades del capitalismo pasa por elevar las remuneraciones. Se estaría abogando no ya por la posibilidad de un reformismo, sino por una armonía de intereses entre el trabajo y el capital. La particularidad residiría, a diferencia de los planteamientos neoliberales, no en la miopía de los sindicatos, sino en el cortoplacismo de los empresarios, ignorantes de que compartir una mayor parte del producto con sus trabajadores sería beneficioso para ellos. Hay que reconocer no obstante que este diagnóstico sí justifica la lucha de los trabajadores por mejorar sus derechos laborales y salariales. Sin embargo, la limita a la esfera de la demanda de consumo, y en lugar de tratar de minar el capitalismo, desea impulsar su reproducción. En definitiva, frente a la huelga, la persuasión académica hacia las organizaciones empresariales, aunque no parece que en este marco de análisis pueda sustentarse un proyecto de transformación socialista.

### *3.2.3 El capital monopolista y el incremento del excedente*

Por su incidencia en el pensamiento heterodoxo, en este apartado es importante centrarse en la teoría del capitalismo monopolista asociada con la revista estadounidense *Monthly Review*, que sigue la estela de P. Sweezy y P. Baran, cuyos máximos exponentes en la actualidad son Foster y Magdoff (2009). Más que una teoría de la crisis, esta concepción señala que el capitalismo posee una tendencia estructural o congénita hacia el estancamiento, "en el sentido de utilización de los recursos productivos por debajo de su capacidad." (Sweezy 1942: 197).

A diferencia del enfoque subconsumista, parte analíticamente de la esfera de la producción, señalando el problema del exceso de plusvalía debido al papel central de las grandes corporaciones transnacionales, y en concreto su capacidad de manipular precios para aumentar sus beneficios. En virtud del limitado mercado, esta estructura monopolista lastra el incentivo a invertir productivamente. Pero como sucedía en la visión del subconsumo, el aspecto a explicar pasa a ser el crecimiento económico, cuyas fases siempre deben es-

tar alimentadas por una fuente de demanda externa, procedente del complejo militar-industrial, o más recientemente, en las innovaciones financieras (financiarización). Igualmente, estos autores consideran que "el proceso de la producción es (...) un proceso destinado a producir artículos para el consumo humano." (Sweezy 1942: 192)

Frente al enfoque marxista, se sustituye el concepto de valorización por la producción de cosas (valores de uso), una teoría objetiva del valor para explicar los precios por un enfoque subjetivo a partir de la fortaleza relativa de las empresas, y en lugar de una competencia articulada mediante la reducción de precios, sostienen que se caracteriza por acuerdos y manipulación alcista de precios entre las empresas. La ley general del capital se convierte por tanto en una tendencia hacia el incremento del excedente (Sweezy 1942), y la caída de la rentabilidad sería en todo caso una consecuencia de esta desproporción esencial ante la imposibilidad por vender.

La caracterización más apropiada de la crisis podría ser la de sobreproducción, debido, eso sí, a una demanda insuficiente *congénita* al capitalismo monopolista, y no por decisiones de política económica. Pero este aparente estatus ontológico de la crisis como necesidad se difumina ante la limitación de la crisis a esta fase del capitalismo (véase el apartado 3.2.5), y a la posibilidad de que el Estado haga frente a los monopolios para evitar la crisis (Shaikh 1990), lo que revela el contenido reformista de estas teorías, si bien su focalización en la producción proporciona un potencial explicativo superior a otros enfoques.

### *3.2.4 Teorías de la desproporción: la financiarización*

En este apartado se hace referencia a los diagnósticos de la crisis que parten de lo que se conoce como desproporción sectorial, término popularizado en las décadas posteriores a la publicación del libro II de *El Capital* de Marx (véase Gill 1996). Más recientemente, ciertos autores han aludido a otras desproporciones para explicar la caída de la rentabilidad: i) la expansión de las actividades consideradas improductivas, como puedan ser las finanzas, el comercio y ciertos servicios no de mercado (F. Moseley); ii) el aumento del tiempo de circulación (M. Lebowitz); iii) o la carga impositiva del Estado en la crisis de 1970s (J. O'Connor y E.O. Wright) (véase Mateo 2007). Es en este marco de

análisis donde se puede ubicar el enfoque de la financiarización, como una variante de estos planteamientos centrados en la desproporción intersectorial y la expansión del ámbito improductivo.

Pese a la ausencia de concreción en cuanto a la delimitación teórica del término, y por tanto, respecto de la conformación de una teoría de la crisis, genéricamente se puede señalar que la financiarización explica la crisis a partir del ámbito financiero (ingresos, mercados, agentes, prácticas), con diversas variantes. Por una parte, es común la idea de un sobredimensionamiento financiero disfuncional producto del estancamiento o retroceso de los salarios. En este caso, sería más bien consecuencia o manifestación de una causa anterior, como el subconsumo antes analizado. Por otra, la financiarización como rasgo esencial que moldearía la pauta de la dinámica de acumulación, y ámbito en el que se origina la crisis.

Esta concepción retoma la concepción de Keynes (1936) del rentista como agente parasitario, y está presente en las corrientes postkeynesianas, que poseen dos teorías complementarias de la crisis financiera (Keen 2015), la hipótesis de la inestabilidad financiera de Minsky (1982) y el enfoque stock–flujo de Godley. Ambas sostienen que la causa radica en la dinámica de la deuda de sector privado, que tiene la capacidad de generar demanda agregada. En este marco, el sistema financiero genera volatilidad y la tendencia hacia la crisis por sobreinversión con exceso de endeudamiento, por lo que el crédito y la deuda sustituyen el rol de la tasa de beneficio en Marx.

Para Minsky (1982), la hipótesis de la inestabilidad financiera sería más bien una teoría del comportamiento cíclico de las economías capitalistas. Se constata no obstante una importante similitud entre la explicación de Minsky y las desarrolladas por parte de autores de la corriente austríaca –exponente del liberalismo económico más extremo– como Ludwig von Mises y su discípulo Friedrich Hayek, autores neoclásicos (R. McKinnon), junto a neokeynesianos (P. Krugman, B. Bernanke o O. Blanchard) y keynesianos de izquierda (J. Eatwell, M. Milgate o L. Taylor), e incluso ciertos marxistas (C. Lapavitsas, G. Duménil y D. Levy) (véase Astarita 2010).

Otros autores enfatizan el peso creciente de las finanzas en forma de intereses o dividendos para explicar la caída de la rentabilidad del

ámbito productivo –la punción financiera–, en términos del valor agregado o empleo que corresponde a las actividades financieras, junto con un cambio en las relaciones de poder de las compañías, que lleva a que se supediten a los intereses de los accionistas (gobernanza corporativa) (véase Mateo 2015). Esta desproporción entre el capital productivo y financiero justifica aludir a la existencia de un régimen de acumulación guiado o dominado por las finanzas, o incluso de una *dictadura* de las mismas, que resultaría disfuncional para el crecimiento económico. Con la extensión de las políticas neoliberales y la desregulación financiera, estos postulados tienen un creciente protagonismo entre los economistas heterodoxos, señalando al triángulo conformado por las finanzas, el neoliberalismo y la desigualdad.

Desde el pensamiento marxista, son varias las críticas a realizar (véanse Astarita 2008, Mateo 2015, 2018c, Sotiropoulos, Milios y Lapatsioras 2013). En primer lugar, estos planteamientos se centran en la manera como se distribuye el excedente. No olvidemos que en el libro III de *El Capital*, donde se expone la ley de la tendencia descendente de la tasa de beneficio como fundamento de la teoría de la crisis, Marx (1894, VI: 281) destaca "la independencia de esta exposición respecto del desdoblamiento de la ganancia en distintas partes que corresponden a distintas categorías de personas", lo cual "demuestra de antemano la independencia de la ley en su generalidad respecto de ese desdoblamiento y de las relaciones mutuas de las categorías de ganancia que nacen de ella." En efecto, Marx expone el desarrollo de las contradicciones de la acumulación, materializadas en la presión a la baja de la rentabilidad, antes de abordar las diferentes facciones del capital, en coherencia con su perspectiva holista y la centralidad de la ley del valor.

Estas visiones desconocen la funcionalidad de las finanzas para desplegar las tendencias propias de la acumulación, no a crear rasgos o leyes diferentes. Es decir, el desarrollo de las finanzas no vulnera ni distorsiona, sino que se corresponde con la naturaleza y la lógica de desarrollo del capitalismo. El título financiero, pues, representa la forma ideal, más avanzada de propiedad sobre el capital, por la liquidez, flexibilidad y movilidad que permite a su poseedor (Sotiropoulos, Milios y Lapatsioras 2013). El concepto de crisis financiera, en definitiva, en la medida que alude a una causa externa a la esfera de la

producción de valor, resulta contradictoria con la integración que el marxismo realiza de los diversos segmentos del capital. Confunde así un factor desencadenante y/o que en cualquier caso es parte ineludible del capital como relación social, con la causa esencial al margen de la esfera de la producción de valor (Mateo 2018c).

Asimismo, y a pesar de las críticas de Minsky (1982) a los planteamientos neoclásicos de raíz monetarista y keynesianos que explican la crisis por factores exógenos, ya que no integran las finanzas en la explicación de los ingresos, precios y el empleo, su teoría no resulta tan novedosa. En última instancia, se atribuye la crisis a un elemento subjetivo, a saber: los espíritus animales de los inversores, comportamientos especulativos, rasgos psicológicos e incentivos al riesgo, haber prestado y/o endeudado excesivamente, junto a las decisiones de política económica de desregulación financiera propiciada por la reestructuración neoliberal.

A partir de lo expuesto, se comprueba que estas concepciones de la crisis tienen como implicación la posibilidad de que una adecuada gestión económica por parte del Estado evite las crisis económicas. Precisamente, era lo que sostenían los autores de principios del siglo XX mencionados, los denominados "neoarmonistas", y que subyace en estas versiones más modernas centradas en la esfera financiera. El problema no sería tanto el capitalismo como tal, sino los desmanes de una actividad que podría ser susceptible de una adecuada regulación.

### *3.2.5 Otros enfoques*

Finalmente, en este apartado se abordan los enfoques que establecen, por una parte, la existencia de varios tipos de capitalismo, sea por su evolución histórica o por el tipo de gestión en su regulación, y por otra, las corrientes que sostienen una indeterminación en la teoría de la crisis.

En primer lugar, ciertas explicaciones de la crisis se refieren no al capitalismo en tanto que modo de producción, sino a una u otra etapa de su desarrollo. Desde una perspectiva histórica, en gran medida se explica por la alusión al capitalismo imperialista y de los monopolios por parte de V.I. Lenin, que habría sustituido a un capitalismo basado en la libre competencia. Esta nueva fase histórica se ha rela-

cionado con otras proclamas como el capitalismo monopolista (de Estado), financiarizado, e incluso se podría continuar la lista con términos como industrial, postindustrial, la sociedad de servicios, etc.

Para los neomarxistas Baran y Sweezy (1966), la tendencia creciente del excedente sustituye a la caída de la tasa de ganancia como ley del desarrollo capitalista en su fase monopolista, debido a los nuevos rasgos de la estructura económica de este sistema, mientras que para un referente de la economía marxista como M. Dobb, la crisis de la fase monopolista del capitalismo se explica por la presión salarial, que a su vez contribuye al incremento de la composición del capital (véase Mateo 2007).

Una variante muy popular en la actualidad la encontramos en la caracterización de los economistas radicales, para quienes las causas de la crisis dependen del tipo de acumulación de capital, que denominan como estructuras sociales de acumulación (SSA por sus siglas en inglés, véase Wolfson y Kotz 2010). Eso sí, señalan que las crisis ocurren en ambas. En las SSA neoliberales, propias de la fase posterior a 1980s, las crisis surgen por una insuficiente demanda agregada y sobrecapacidad debido a la regresividad del patrón distributivo del ingreso, y además suelen producirse crisis financieras en virtud de la desregulación de los mercados financieros. En cuanto a las SSA más reguladas, de tipo socialdemócrata tras la II Guerra Mundial, las crisis aparecen por la presión salarial, dada la mayor capacidad negociadora de los trabajadores. Por ello, una posible salida a la Gran Recesión contemporánea sería "un cambio estructural (...) que pudiera alterar la distribución del ingreso en su favor [del trabajo] y abordar el problema de demanda agregada, como ocurrió en 1930s-40s" (Wolfson y Kotz 2010: 85).[15]

En segundo lugar, y con ciertos elementos en común con los planteamientos del apartado anterior, se debe mencionar una serie de concepciones de la crisis que, metodológicamente, se basan en la *indeterminación causal* para su caracterización. Por una parte, el menciona-

---

15. Finalmente, esta clasificación se puede ampliar hasta incorporar la clasificación de autores postkeynesianos, que aluden a economías cuya dinámica de acumulación está liderada por los salarios o los beneficios (*wage-led* y *profit-led*, respectivamente), lo que da lugar a diferentes concepciones de la crisis.

do enfoque de la sobredeterminación carece de una teoría de la crisis en el sentido de que incluso su posibilidad puede obedecer a diversas causas. La evolución de la rentabilidad del capital sería indeterminada, no existe tendencia o patrón alguno en su dinámica, por lo que su trayectoria efectiva depende del peso que tengan en un momento dado los factores determinantes. Así, el estallido de las crisis no se explica por la inversión, el consumo o las finanzas. Para Wolff y Resnick (2012), una recesión se deriva del conjunto de todos los factores existentes, rechazando el propio esencialismo del concepto de *causa*.

Este enfoque enlaza en el resultado con lo que cabe denominar como las teorías multicausales de la crisis. Se trata de una serie de planteamientos eclécticos que niegan igualmente la centralidad de la valorización del capital, es decir, la producción de plusvalía, para explicar la crisis. En función del régimen de acumulación y el contexto, las causas oscilarán en torno a la tasa de beneficio, el subconsumo y la desproporcionalidad, como se comprueba en autores como E. Mandel o los autores de la escuela francesa de la regulación, cuyos máximos exponentes son R. Boyer y M. Aglietta (véase Mateo 2007).

Por consiguiente, en estas explicaciones el capitalismo como tal carece de un rasgo inherente o esencial que pueda fundar una teoría de la crisis. Son varios los capitalismos históricos, lo que abre la puerta a nuevas modalidades futuras. Y de existir, al aspecto distintivo lo proporciona la política económica, el contexto histórico o la capacidad de influencia de un grupo social. Ineludiblemente se sigue, pues, una propuesta reformista que procure un rasgo nuevo que elimine la necesidad de la crisis, y así, la base objetiva de una propuesta superadora del capitalismo.

## 4. Reflexiones finales

La primera conclusión de este análisis es la constatación del carácter radicalmente heterodoxo del análisis marxista. Es la única teórica que incorpora una teoría del valor basada en el trabajo y justifica así la necesidad del socialismo. Sustenta no sólo la explotación de los trabajadores como el fundamento del capitalismo, sino una teoría de la

crisis como fenómeno necesario de la acumulación, producto de una serie de contradicciones inherentes a la forma *capital*.

El resto de corrientes del pensamiento económico, incluso las críticas con la ortodoxia liberal (postkeynesianos, radicales/regulacionistas y neomarxistas), carecen de una teoría de la recurrencia de las crisis en el capitalismo. Destacan diversas contradicciones para explicar las crisis, pero en ningún caso aluden a lo que distingue al capitalismo como tal. Así, toman como elemento explicativo lo que para Marx es una consecuencia de problemas en la esfera de la valorización, es decir, se confunde la causa fundamental –estructural– con el factor desencadenante –coyuntural–. Expresado alternativamente, apuntan a la manifestación externa como el punto de partida del análisis, lo que lleva a generar *ad hoc* la "teoría de cada crisis", destacando así su singularidad. En consecuencia, su concepción de la crisis se centra en fases del ciclo del capital en las cuales se lleva a cabo un intercambio de equivalentes, sea en la adquisición de los recursos necesarios para llevar a cabo la producción (presión salarial, encarecimiento de materias primas, financiación), la venta de las mercancías producidas (sobreproducción o subconsumo), o la devolución de las deudas (tipos de interés, especulación), soslayando la esfera de la producción de excedente.

Estas corrientes heterodoxas no obstante pueden ser profundamente críticas con el capitalismo, pues denuncian los problemas de desigualdad, pobreza, las asimetrías de poder en beneficio de multinacionales o gobiernos, la especulación en el ámbito financiero o las relaciones imperialistas. Pero mientras para el marxismo estos elementos son la manifestación *ineludible* de un régimen de producción basado en la generación de plusvalía por parte de los trabajadores, para el resto de corrientes críticas tales fenómenos constituyen el punto de partida del análisis, la causa u origen de la crítica sistémica.

La segunda conclusión atañe a las implicaciones de las teorías de la crisis respecto de la propuesta programática. Para el marxismo, la forma mercancía –la producción para el mercado– y la relación social que constituye el capital –trabajo asalariado y apropiación de excedente– definen la estructura de relaciones sociales de producción y, por extensión, articulan una lógica o tendencia en el movimiento del modo de producción. Sólo su superación, su transformación

radical, puede evitar las crisis y los problemas asociados al capitalismo. Este objetivo requiere de la acción sindical y política de los trabajadores, en primer lugar batallando en la esfera productiva. Y aclaremos este punto: precisamente por la focalización del marxismo en estructuras y tendencias objetivas es que puede fundamentar una actividad revolucionaria por parte de la clase trabajadora, y luchar contra las ilusiones reformistas. La propuesta concreta se materializa en construir una economía democráticamente planificada en la que no exista explotación, que permita desarrollar las fuerzas productivas y la preservación del medio ambiente. Tal es la dimensión humanista del pensamiento marxista, porque el comunismo representa el único proyecto emancipador de la humanidad y la naturaleza.

En contraposición, las teorías de la crisis de estas corrientes heterodoxas cuestionan el patrón distributivo vigente, la pretendida eficiencia del sector financiero, la benevolencia de las grandes corporaciones o las relaciones internacionales, pero no reconocen el papel central del conflicto capital–trabajo. De ahí que no exista un cuestionamiento radical de las estructuras fundamentales del sistema que dan lugar a tales disfunciones. En última instancia, se abre la posibilidad de un "capitalismo bueno" a condición de que la gestión estatal regule el mercado de trabajo, la actividad financiera y otros ámbitos del marco institucional. En este sentido, contribuyen a que los problemas del capital se canalicen hacia la esfera de la política económica.

Por otra parte, el pensamiento postmoderno va más allá, y su énfasis en la descentralización o fragmentación analítica y las identidades subjetivas conduce necesariamente a la imposibilidad de la solidaridad colectiva en la acción política de la clase trabajadora. Se privilegia así la lucha parcial en torno a la identidad, que en ningún caso puede fungir como soporte de una propuesta de crítica del neoliberalismo, y mucho menos del ideal socialista.

En definitiva, los fundamentos teóricos de un enfoque implican una determinada teoría de la reproducción, incluida la crisis. La concepción de la crisis proporciona, pues, un marco delimitador esencial de la especificidad del marxismo y su potencial revolucionario, lo que revela su carácter revolucionario o reformista, y por extensión, el tipo de propuestas de política económica.

**Bibliografía**

Astarita, Rolando (2008). "Crítica de la tesis de la financiarización", diciembre. Disponible en <http://www.rolandoastarita.com/>

——— (2010). "Finanzas y 'radicals'", 1 de diciembre. Disponible en <http://rolandoastarita.wordpress.com/2010/12/01/finanzas-y-radicals/#more-1008>

——— (2014a). "Lógica del capital y crítica marxista", agosto–septiembre. Disponible en <https://rolandoastarita.blog/2014/09/11/logica-del-capital-y-critica-marxista-4/>

Baran, Paul y Paul Sweezy (1966). *El capital monopolista. Ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*. México DF: Siglo XXI, 1982.

Cockshott, Paul y Maxi Nieto (2017). *Ciber–comunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*. Madrid: Trotta.

Eagleton, Terry (1997). "Where do postmodernists come from?", en Ellen M. Wood y John B. Foster, *In defense of history. Marxism and the postmodern agenda*. New York: Monthly Review Press, pp. 17-25.

Engels, Friedrich (1878). *Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*. La Habana: Editora Política, 1963.

Fleetwood, Steve (2012). "Laws and tendencies in Marxist political economy", *Capital & Class* 36(2): 235–262.

Foster, John Bellamy y Fred Magdoff (2009), *The great financial crisis: causes and consequences*. Nueva York: Monthly Review Press.

Gill, Louis (1996): *Fundamentos y límites del capitalismo*. Madrid: Trotta, 2002.

Gintis, Herbert (1992). "The analytical foundations of contemporary political economy: a comment on Hunt", en Bruce Roberts y Susan Feiner (eds), *Radical economics*. Springer: Kluwer Academic Publishers, pp. 108-116.

Guerrero, Diego (1997). *Historia del pensamiento económico heterodoxo*. Madrid: Trotta.

Guerrero, Diego (2012). "El pensamiento económico neomarxista", *Información Comercial Española*, 865: 31-42.

Keen, Steve (2015). "Post Keynesian theories of crisis", *American Journal of Economics and Sociology* 74(2): 298–324.

Keynes, John M. (1936). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1970.

Lyotard, Jean-François (1987). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber.* Buenos Aires: Editorial R.E.I., 1991.

Marx, Karl (1857-58). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse).* México: Siglo XXI, 2005, 3 vols.

——— (1867). *El Capital,* vol. I. Madrid: Akal, 1976, 3 tomos.

——— (1885). *El Capital,* vol. II. Madrid: Akal, 1977, 2 tomos.

——— (1894). *El Capital,* vol. III. Madrid: Akal, 1978, 3 tomos.

Mateo, Juan Pablo (2007). *La tasa de ganancia en México, 1970-2003. Análisis de la crisis de rentabilidad a partir de la composición del capital y la distribución del ingreso,* Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

——— (2013). "La crisis económica mundial y la acumulación de capital, las finanzas y la distribución del ingreso. Debates en la economía marxista", *Revista de Economía Crítica* 15: 31-60.

——— (2015). "La financiarización como teoría de la crisis en perspectiva histórica", *Cuadernos de Economía* 34(64): 23-44.

——— (2018a). "Neither determinism nor overdetermination. Marx's law of the profit rate and the reproduction of capitalism", *World Review of Political Economy* 9(1) (próxima publicación)

——— (2018b). "Capital, trabajo y la ley general de la acumulación", *Sociología Histórica* 8 (próxima publicación)

——— (2018c). Crisis, teoría de la crisis y dinámica financiera, ponencia presentada en *Crítica de la economía política.* Universidad del País Vasco, 1-3 de marzo.

McNally, David (1997). "Language, history and class struggle", en Ellen M. Wood y John B. Foster, *In defense of history. Marxism and the postmodern agenda.* New York: Monthly Review Press, pp. 26-42.

Milios, John; Dimitris Dimoulis y George Economakis (2002). *Karl Marx and the Classics. An essay on value, crises and the capitalist mode of production.* Hampshire: Ashgate.

Minsky, Hyman P. (1982). *Can 'it' happen again?: essays on instability and finance.* Armonk, NY: Taylor and Francis, 2015.

Murillo, Francisco Javier (2009). "La inestabilidad financiera en Minsky: una interpretación endógena de las crisis", *Oikos* 28: 17-46.

Nicholas, Howard (2011). *Marx's theory of price and its modern rivals.* Londres: Palgrave.

Sawyer, Malcolm (1988). "Theories of monopoly capitalism", *Journal of Economic Surveys* 2(1): 47-76.

Shaikh, Anwar (1990). *Valor, acumulación y crisis: ensayos de economía política.* Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.

Smith, Tony (1990). *The logic of Marx's Capital. Replies to Hegelian criticisms. Albany*: State University of New York Press.

Sotiropoulos, Dmitris; John Milios y Spyros Lapatsioras (2013). *A political economy of contemporary capitalism and its crisis: demystifying finance.* Londres: Routledge.

Sweezy, Paul (1942). *Teoría del desarrollo capitalista.* México DF: Fondo de Cultura Económica, 1987.

Tapia, Jose Antonio (2009). "Causas de las crisis: especulación financiera, burbujas inmobiliarias, machismo desaforado y otras explicaciones económicas de nuestra penuria", *Ensayos de Economía* 34: 35-46.

Weeks, John (1982). "A note on underconsumptionist theory and the labor theory of value", *Science & Society* XLVI(1): 60-76.

——— (2010). *Capital, exploitation and economic crisis.* London: Routledge.

Wolff, Richard y Stephen Resnick (2012). *Contending economic theories: Neoclassical, Keynesian, and Marxian.* Cambridge, MA: MIT Press.

Wolfson Martin y David Kotz (2010). "A reconceptualization of social structure of accumulation theory", en Terrence McDonough, Michael Reich y David M. Kotz, *Contemporary capitalism and its crises. Social structure of accumulation theory for the 21st century.* Cambridge: Cambridge University Press, pp. 72-90.

Wood, Ellen M. (1997). "What is the "potmodern" agenda?", en Ellen M. Wood y John B. Foster, *In defense of history. Marxism and the postmodern agenda.* New York: Monthly Review Press, pp. 1-16.

# 2

# Reformismo y marxismo

**Rolando Astarita**

La discusión entre reformismo y marxismo siempre estuvo en el centro de las discusiones sobre la estrategia socialista. Aunque existen muchos reformismos, en lo que sigue centraremos la atención en sus formas clásicas. Por un lado, los que sostienen que se puede mejorar de manera gradual y permanente la situación de la clase obrera en el sistema capitalista, sin que por eso se evolucione hacia otro régimen social; por otra parte, los que afirman que las reformas llevan al socialismo, sin necesidad de rupturas revolucionarias. Una forma característica del primer reformismo es el que Marx y Engels caracterizaron como socialismo burgués, (o vulgar); el keynesianismo de izquierda podría considerarse una versión moderna de aquel reformismo del siglo XIX. En cuanto al segundo tipo de reformismo, fueron característicos los fabianos y la corriente que en la Segunda Internacional se conoció como "revisionista". Naturalmente, entre estas dos variantes existen muchos casos intermedios, y también corrientes políticas que no se dejan encasillar fácilmente en las categorías mencionadas. Por ejemplo, partidos y movimientos que se reivindican del socialismo revolucionario, pero proponen avanzar al socialismo sin cuestionar al Estado capitalista o la propiedad privada. En lo que sigue no examinaremos estas variantes particulares del reformismo; nuestro propósito es presentar la crítica del marxismo a sus expresiones más tradicionales y características.

## La crítica al socialismo burgués

En el *Manifiesto Comunista* Marx y Engels distinguieron y criticaron tres tipos principales de socialismos: el "reaccionario"; el conservador o burgués; y el socialismo y comunismo crítico-utópico. A su vez, dentro de la categoría del socialismo reaccionario distinguieron el socialismo feudal; el pequeño burgués; y el "verdadero" (o alemán).

La crítica al socialismo burgués presenta las aristas más interesantes y actuales, debido a la variedad de formas en que se expresa.[1] *Filosofía de la Miseria,* de Proudhon, es citada como ejemplo de este tipo de socialismo.[2] En otros escritos Marx y Engels consideraron representantes del socialismo burgués a los socialistas ricardianos (en quienes se basó Proudhon) y a Eugen Dühring, (véase Marx, 1981, p. 56 y p. 81; Engels, 1968, pp. 309-310). En cualquier caso, la característica fundamental de este tipo de socialismo es que procura moderar los males del sistema capitalista modificando la distribución del ingreso, sin alterar las relaciones de producción. Lo cual determina la principal crítica que le dirigen Marx y Engels, a saber, que *es imposible separar la distribución del ingreso de las relaciones de producción que la condicionan.* Escribe Marx: "...es equivocado, en general,

---

1. En el *Manifiesto Comunista* Marx y Engels incluían en el socialismo burgués a "los filántropos, los humanitarios, los mejoradores de la suerte de la clase obrera, los organizadores de la beneficencia" y "los reformadores de todo pelaje" (p. 67). Palabras más o menos, la enumeración abarca prácticamente todo el arco de lo que hoy conocemos como reformismo izquierdista, o progresista.
2. De todas maneras, Marx también caracterizó a Proudhon como representante del socialismo pequeño burgués. Por ejemplo, en *Miseria de la filosofía* afirma que Proudhon "[p]retende flotar sobre burgueses y proletarios como hombre de ciencia, y no es más que un pequeño burgués, que oscila constantemente entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo" (Marx, 1981 p. 103). Años más tarde, en carta a J. B. Schweitzer, del 24 de enero de 1865, ratificó este juicio, y agregó que en el escrito de Proudhon "Los impuestos", "no queda más que el pequeño burgués puro y simple" (*ibid.*, p. 166). Y acerca de *El golpe de Estado,* también de Proudhon, dice que "corresponde plenamente a su punto de vista pequeño burgués" (*ibid.*, p. 167). Para no entrar en falsas disquisiciones, en lo que sigue consideramos al socialismo pequeño burgués como la corriente que propone el regreso a la pequeña propiedad. Las propuestas de mejorar el capitalismo sin alterar las relaciones de producción las consideraremos manifestaciones del socialismo burgués.

tomar como esencial la llamada distribución y hacer hincapié en ella, como si fuera lo más importante. La distribución de los medios de consumo es, en todo momento, un corolario de la distribución de las propias condiciones de producción. Y esta es una característica del modo mismo de producción". Luego de señalar que en la sociedad actual algunos son propietarios del capital y del suelo, y otros solo son propietarios de su fuerza de trabajo, continúa: "*Distribuidos de este modo los elementos de producción, la actual distribución de los medios de consumo es una consecuencia natural.* (...) El socialismo vulgar (y por intermedio suyo, una parte de la democracia) ha aprendido de los economistas burgueses a considerar y tratar la distribución como algo independiente del modo de producción, y, por tanto, a exponer el socialismo como una doctrina que gira principalmente en torno a la distribución" (Marx, 2000, p. 18; énfasis agregado).

En otros términos, el problema central es que la propiedad privada del capital establece "una relación de hegemonía y subordinación (que a su vez produce también sus propias formas políticas)" (Marx, 1983, p. 62), la cual *impone límites a las reformas en la esfera de la distribución.* Así, por ejemplo, la posibilidad de elevar los salarios tiene límites que están determinados por la producción de plusvalía, que es "la ley absoluta" del modo de producción capitalista (véase Marx, 1999, p. 767, t. 1). Naturalmente, dentro de ciertos rangos –que dependerán de la fase del ciclo capitalista, de la presión obrera, y otras circunstancias- el precio de la fuerza de trabajo puede aumentar, y en consecuencia disminuir la cantidad de plusvalía. Sin embargo, esa disminución "nunca puede alcanzar el punto en el que pondría en peligro seriamente el carácter capitalista del proceso de producción y la reproducción de las condiciones existentes" (*ibid.*, p. 768). Es que en esa eventualidad, o bien la acumulación se hace más lenta, o los capitalistas aceleran el cambio tecnológico que sustituye mano de obra. Por cualquiera de estas vías (o por una combinación de ellas) aumenta la desocupación, disminuye la presión obrera, y se restablece la rentabilidad. Actualmente también podemos incluir a la huelga de inversiones –o el desplazamiento de las empresas hacia países en los cuales encuentren condiciones más favorables para los negocios– entre las armas del capital frente trabajo.

Estos mecanismos, que son sistémicos, *están en el corazón de las diferencias del marxismo con el reformismo*. Es que para el reformismo no habría límites objetivos a la obtención de mejoras salariales, o de otro tipo, dentro del sistema capitalista. Todo dependería de la "voluntad de luchar", o del grado de presión –sindical, a través de los representantes parlamentarios, etcétera- de los trabajadores. En esta visión, la relación de fuerzas lo es todo. En cambio, de acuerdo al enfoque marxista, las mejoras salariales, o de las condiciones laborales, chocan en determinado punto con *límites derivados del poder económico del capital*.

Es significativo, este respecto, que la existencia de estos límites fuera admitida, hace ya muchas décadas, por los mejores exponentes del keynesianismo. Así, Michael Kalecki y Joan Robinson reconocieron que, superados ciertos umbrales, los aumentos de salarios pueden ser respondidos con aumentos de precios por parte de los empresarios, desatando la inflación; o, alternativamente, una reducción de las ganancias debida a los aumentos salariales podría frenar la inversión. Por otra parte, en una situación de pleno empleo se debilitaría la autoridad del capital en los lugares del trabajo, lo que también frenaría la inversión.[3] Pero una distribución más igualitaria del ingreso y el pleno empleo son los ejes del programa del keynesianismo de izquierda.

## Luchas reivindicativas y programa socialista

Si bien el marxismo plantea que la estrategia reformista tiene como límite *objetivo* el poder económico del capital, no desconoce la lucha por reformas. Más aún, afirma que, si bien con las luchas reformistas los trabajadores no pueden eliminar la explotación, sí pueden obtener

3. Kalecki decía que los capitalistas no deseaban el pleno empleo porque se debilitaría la posición social del patrón, a la par que crecería la seguridad y conciencia de clase de los trabajadores, y se potenciarían las huelgas por aumentos de salarios y mejoras laborales, creando tensión política. Por eso concluía que un capitalismo de pleno empleo debería desarrollar nuevas instituciones políticas y sociales para reflejar el poder de la clase obrera, y si no pudiera hacerlo, "se revelaría como un sistema obsoleto, que debería ser desechado" (1972, p. 429); véase también Robinson, 2009.

mejoras. Por eso Marx criticó a aquellos que, como Lasalle, se basaban en una pretendida "ley de hierro de los salarios" para "demostrar" que era imposible mejorar el salario real.[4] Por otra parte, Marx tuvo una activa participación en la redacción del programa del Partido Obrero de Francia, de 1880, que contenía una precisa lista de reivindicaciones económicas y democráticas. El criterio general de Marx y Engels es luchar por mejoras dentro del sistema capitalista, y defender los objetivos generales del socialismo.[5]

Este doble carácter de la política socialista es explicitado en *Salario, precio y ganancia*. En este escrito Marx sostiene que la clase obrera debe esforzarse por "aprovechar todas las posibilidades que se le ofrezcan para mejorar temporalmente su situación" (2010, pp. 80-1). Es que si no lo hiciera se vería "degradada en una masa uniforme de hombres desgraciados y quebrantados, sin salvación posible" (*ibid.* 81); y los trabajadores "se descalificarían sin duda para emprender movimientos de mayor envergadura" (*ibid.*). Sin embargo, aconseja a la clase obrera "no exagerar ante sus propios ojos el resultado final de estas luchas diarias"; y no olvidar "que lucha contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos; que lo que hace es contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección; que *aplica paliativos*, pero *no cura la enfermedad* (véase *ibid.*; énfasis añadido).

En definitiva, los obreros deberían luchar sin hacerse ilusiones, y siendo conscientes de que en la medida en que el capitalismo subsista, deberán emprender, una y otra vez, la pelea por el salario.[6] Rosa

---

4. Según esa ley, los trabajadores en promedio reciben solo el salario mínimo, necesario para su reproducción fisiológica. Se trataría de un fenómeno natural, explicado por la teoría de la población de Malthus. Por eso, siempre según esta teoría, los salarios también se mantendrían en el mínimo fisiológico bajo un régimen socialista (véase Marx, 2000, pp. 23-4). En *El Capital* Marx demostró que el valor de la fuerza de trabajo tiene un componente histórico y social, y por lo tanto la determinación del salario es un fenómeno complejo, muy alejado de la simplificación malthusiana; véase también *Salario, precio y ganancia.*

5. La idea está formulada ya en *El Manifiesto Comunista*, cuando se afirma que "Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento" (Marx y Engels, 2011, p. 73).

6. La idea de luchar sin ilusiones (esto es, sin falsas esperanzas) lo encontramos en los escritos juveniles de Marx. En 1844 escribía: "Sobreponerse a la religión como

Luxemburg, en crítica al reformismo, también subrayó este aspecto del mensaje socialista, al comparar la lucha sindical con el trabajo de Sísifo, con un "tejer y destejer" permanente (1974, p. 72).

## Interludio: la tesis del "giro" de 1870 al reformismo

A fin de profundizar en el estudio de la relación entre el marxismo y el reformismo, es útil examinar la tesis de Sina Talachian (2016), quien afirma que el pensamiento de Marx tuvo tres grandes etapas –el período de juventud; la etapa 1843-4 a 1870; y la posterior a 1870– y que en la última habría aceptado el enfoque reformista.[7] Talachian sostiene que el Marx del segundo período (1844-1870) pensaba que la revolución era el único medio para la transición a la sociedad post-capitalista. Sin embargo, después de 1870 consideró que en Francia, Estados Unidos, Inglaterra y Países Bajos se abría la posibilidad de que los trabajadores llegaran al poder por la vía pacífica. Las condiciones para ello eran el sufragio universal, una poderosa clase obrera (y un partido comunista), y tradiciones e instituciones democráticas. Lo cual probaría que Marx había virado hacia una perspectiva reformista.

Además, siempre según Talachian, ese giro habría ido de la mano de un cambio de perspectiva general, en el mismo sentido que lo planteó Teodor Shanin en un muy citado trabajo, de 1983: en el período 1844-1870 Marx había intentado establecer "leyes" del proceso histórico, y relaciones universales y causales invariantes, pero en los 1870 había adoptado una perspectiva más flexible, que tenía en cuenta los contextos particulares y las múltiples posibilidades de desarrollo de las sociedades. Shanin cita, como ejemplo del enfoque

---

la dicha ilusoria del pueblo es exigir para este una dicha real. *El pugnar por acabar con las ilusiones acerca de una situación, significa pedir que se acabe con la situación que necesita de ilusiones*" (1987, p. 491; énfasis añadido). Y un poco más abajo: "Se trata de no dejar a los alemanes ni un instante de tregua para la ilusión y la resignación. Hay que hacer la opresión real aún más opresiva, *añadiendo a ella la conciencia de la opresión*, haciendo que la infamia se vuelve todavía más infamante, al pregonarla" (*ibid.*, p. 494; énfasis añadido).

7. Hasta donde alcanza nuestro conocimiento, esta periodización del desarrollo teórico de Marx fue planteada originariamente por Shanin (1983).

de Marx en el segundo período, el Prólogo a la primera edición de *El Capital*, donde planteó que los países menos desarrollados seguirían inevitablemente el camino del país más desarrollado.[8] De acuerdo a Shanin, era una visión simplista, unilineal y evolucionista (1983, p. 5). Como ejemplo del pensamiento posterior a 1870, Shanin cita la carta a Mijailovski, de fines de 1877, donde Marx sostiene que en *El Capital* no había pretendido elaborar "una teoría histórico-filosófica de la marcha general que el destino le impone a todo pueblo". Shanin dice que es un rechazo de Marx a la interpretación evolucionista, relacionada con Rusia, de sus propios escritos (*ibid.*, p. 8). Talachian retoma entonces esta tesis de Shanin y sostiene que después de 1870 Marx había abandonado el "determinismo economicista", en paralelo a su giro al reformismo.[9]

Pues bien, pensamos que efectivamente Marx, en la década de 1870, adoptó un enfoque más abierto a posibles vías de desarrollo de las sociedades, incluidas las transiciones desde sociedades precapitalistas al capitalismo. Sin embargo, es muy cuestionable que esto haya implicado un cambio sustancial de sus concepciones sobre las leyes económicas analizadas en *El Capital*, y en especial, sobre su naturaleza objetiva. Por caso, lo expuesto en la parte económica del *Anti-Dühring* –que fue escrita por Marx en 1877– no se diferencia, en lo esencial, de los textos de las décadas de 1850 y 1860. De manera que, contra lo que dicen Shanin y Talachian, el Marx "del tercer período" mantuvo el mismo "determinismo economicista" del segundo. Por lo cual se impone clarificar la cuestión del famoso "determinismo economicista".

Aquí lo importante es diferenciar el determinismo mecánico, de otros tipos de determinismo.[10] Por ejemplo, si decimos que inevitablemente el hijo de Juan será obrero porque Juan es obrero, estamos

8. El pasaje completo es: "... no se trata aquí del mayor o menor grado alcanzado en su desarrollo por los antagonismos sociales que resultan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de estas leyes mismas, de esas tendencias que operan y se imponen con férrea necesidad. El país industrialmente más desarrollado no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro" (Marx, 1999, p. 7, t. 1).
9. Shanin no trata la cuestión de si Marx tuvo algún cambio con respecto al reformismo después de 1870.
10. Sobre esta cuestión, véase Bunge, 1959.

ante un determinismo mecánico (o lineal). Si en cambio decimos que los hijos de la clase obrera, en promedio, estarán obligados a vender su fuerza de trabajo al capital, estamos ante un determinismo estadístico, que da cabida a los singulares que se desvían del promedio. El mismo razonamiento se aplica, por caso, a la determinación del valor de las mercancías por los tiempos de trabajo; o a leyes como las referidas a la concentración del capital y la polarización social. En estos casos se da lugar a desarrollos que no pueden anticiparse en su particularidad (o singularidad) a partir de las leyes generales. Lo cual no niega que esas leyes generales sean esenciales para comprender los desarrollos particulares o singulares. Por ejemplo, la afirmación de que ciertas leyes tienden a imponerse en todos los países capitalistas, no implica que los desarrollos de todos los países sean idénticos, como parece pretender Shanin (1983). Aunque esos desarrollos particulares o singulares solo se explican por las leyes generales.

Esta relación entre lo general universal, y lo particular, o singular, permite entender entonces por qué, en la carta a Mijailovski, Marx sostuvo que "una vez que [Rusia] entre en el seno del régimen capitalista, tendrá que someterse a las *leyes inexorables*, como cualquier otro pueblo" (Marx, 2017, pp. 3-4, énfasis agregado). Con ello no quería decir que el desarrollo de Rusia sería igual al de Inglaterra, por ejemplo, sino que esas leyes operarían, en el largo plazo, de forma inevitable, aunque sin anular las particularidades del capitalismo ruso. Pero todo esto implica que el corazón de la crítica de Marx al reformismo –a su creencia de que las leyes de la distribución no están *determinadas* por las relaciones de propiedad y que se pueden modificar a voluntad– se mantiene, tanto antes como después de 1870. La tesis de Talachian parece difícil de encajar con este hecho.

En lo que respecta a que Marx en los 1870 habría virado hacia el reformismo porque contempló la posibilidad de un acceso de la clase obrera por vía electoral y pacífica, es de observar que la cuestión de la vía revolucionaria siempre dependió del contexto histórico y social en que se desenvuelve la lucha de clases. Incluso Talachian explica que "el universalismo revolucionario" de Marx posterior a la revolución de 1848 tuvo como contexto el fortalecimiento de regímenes autocráticos en Europa, ante los cuales la única alternativa era la re-

volución. Es natural entonces que luego, con el avance del sufragio y de los derechos democráticos, y el crecimiento de los partidos socialistas, Marx considerara la posibilidad de un acceso al poder por vía electoral; máxime cuando se pisaba un terreno nuevo, inexplorado.

Sin embargo, esta posibilidad no hizo desaparecer de su pensamiento la necesidad de la *transformación revolucionaria* de la economía y del Estado (eliminación del ejército burgués y de la burocracia, establecimiento de la Comuna). Por eso, hasta el final de sus días mantuvo la necesidad de la revolución. Lo demuestran sus escritos sobre la Comuna de París; o sus críticas al reformismo que crecía al interior del Partido Socialdemócrata (véase más abajo). Lo que sí contempló Marx fue la posibilidad de que esa revolución transcurriera por carriles pacíficos. Y en esto, no hay fórmulas prefijadas. De hecho, a principios de septiembre de 1917, luego de la derrota del golpe de Kornilov, Lenin consideró la posibilidad de que el poder pasara a los soviets por vía pacífica. ¿Diría por ello Talachian que Lenin había abrazado el reformismo? Además, la toma del poder en Octubre fue semi-pacífica.[11]

## La crítica al estatismo burgués

Una idea arraigada en el socialismo burgués, o vulgar, es que las nacionalizaciones de empresas y el aumento de la injerencia del Estado en la economía nos acercan al socialismo. Incluso militantes y partidos que adhieren al marxismo comparten esta creencia. Sin embargo, desde un análisis materialista, no hay razones para sostener semejante cosa. Es que la estatización, por parte del Estado burgués, de algunos medios de producción, no altera el carácter capitalista de la producción. Más aún, existen muchos ejemplos históricos de cómo las estatizaciones promovieron o protegieron al modo de producción capitalista. Para

11. Aunque poco después la República Soviética fue invadida y atacada por la contrarrevolución. Además, la experiencia de "la vía chilena al socialismo", en los 1970, y lo ocurrido en Indonesia a mediados de los 1960 –asesinato de cientos de miles de comunistas por el Ejército– parecen evidenciar que la clase dominante intentará bloquear, por todos los medios, la transición pacífica al socialismo.

mencionar solo algunos casos: En Prusia, en el siglo XVIII, el Estado, dirigido por Federico el Grande, fundó fábricas textiles, de metales, armamento, refinado de azúcar, entre otras (véase Chang, 2009, p. 160). También Bismarck promovió empresas estatales (véase más abajo). De la misma manera, en el siglo XIX el Estado Meiji, en Japón, estableció empresas de acero, construcción naval, minería, textiles, que luego fueron privatizadas (*ibid.*,). En Argentina, en la década de 1930, gobiernos conservadores promovieron controles estatales y empresas estatales. En Inglaterra, entre 1946 y 1951, se nacionalizó el Banco de Inglaterra, las minas de carbón, la aviación civil, los transportes, la producción de electricidad y gas, las industrias del hierro y el acero. Otros casos característicos son los capitalismos de Estado en Singapur y Taiwán; o más recientemente, en China. Ninguna de estas políticas dio por resultado que la clase obrera se liberara de las cadenas del capital.

Tal vez esto ayude a comprender por qué Marx y Engels no consideraron al estatismo en sí mismo "socialista", ni beneficioso para la clase obrera. Por caso Engels, refiriéndose a las estatizaciones en Alemania, decía: "... desde que Bismarck emprendió el camino de la nacionalización, ha surgido una especie de falso socialismo, que degenera alguna que otra vez en un tipo especial de socialismo sumiso y servil, que en todo acto de nacionalización, hasta en los dictados por Bismarck, ve una medida socialista. Si la nacionalización del tabaco fuese socialismo, habría que incluir entre los fundadores del socialismo a Napoleón y a Metternich. Cuando el Estado belga, por razones políticas y financieras perfectamente vulgares, decidió construir por su cuenta las principales líneas férreas del país, o cuando Bismarck, sin que ninguna necesidad económica lo impulsase a ello, nacionalizó las líneas más importantes de la red ferroviaria de Prusia, pura y simplemente para así poder manejarlas y aprovecharlas mejor en caso de guerra, para convertir al personal de ferrocarriles en ganado electoral sumiso al gobierno y, sobre todo, para procurarse una nueva fuente de ingresos sustraída a la fiscalización del parlamento, *todas esas medidas no tenían, ni directa ni indirectamente, ni consciente ni inconscientemente, nada de socialistas*" (Engels, 1975, p. 152, nota, énfasis agregado). Años más tarde, también afirmaba que "en tanto las clases propietarias permanezcan al mando, cualquier nacionalización

no es una abolición, sino una alteración en la forma de explotación; en las repúblicas de Francia, Suiza y América no menos que en la monárquica y despótica Europa Central y del Este" (Marx y Engels, 2010, p. 152, vol. 49; énfasis agregado).

Tampoco Marx encontró algo esencialmente progresista, o de naturaleza "socialista", en el fortalecimiento del Estado capitalista. Por ejemplo, en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* señaló que "el Estado tiene atada, fiscalizada, regulada, vigilada y tutelada a la sociedad civil... este cuerpo parasitario adquiere, por medio de una centralización extraordinaria, una ubicuidad, una omnisciencia, una capacidad acelerada de movimientos y una elasticidad que sólo encuentran correspondencia en la dependencia desamparada, en el carácter caóticamente informe del auténtico cuerpo social..." (2003, p. 52). En otro pasaje se refiere al Estado como ese "espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le tapona todos los poros" (*ibid.*, p. 104).

Pero incluso cuando escribió sobre intervenciones del Estado que protegían a la clase obrera –limitación de la jornada de trabajo, prohibición del trabajo infantil–, destacó su carácter capitalista, y de qué manera también beneficiaban al capital "en general" (véase Marx, 1999, caps. 8 y 13, t. 1). Por otra parte, calificó de "panacea socialista" la demanda de estatización de la renta de la tierra en EEUU[12]; y criticó las cooperativas de trabajo promovidas por Bismarck porque *significaban un factor de sumisión y control de la clase obrera.*[13] En el

12. Véase la carta de Marx a Sorge, del 20 de junio de 1881. En ella explica que la apropiación de la renta de la tierra por parte del Estado fue una de muchas otras medidas transicionales contenidas en *El Manifiesto Comunista*; medidas que "son, y no pueden no serlo, contradictorias en sí mismas" (Marx y Engels, 2010, p. 100, vol. 46). Luego: "Todos estos 'socialistas' desde Colins tienen esto en común –permiten que subsista el trabajo asalariado y por lo tanto la producción capitalista, al tiempo que se esfuerzan en hacer creer a ellos mismos y al mundo que la transformación de la renta en impuesto pagado al Estado debe traer la desaparición automática de todos los abusos del régimen capitalista. Por lo tanto toda la cosa es solo un intento, disfrazado con socialismo, de salvar al régimen capitalista e, incluso, de restablecerlo sobre una base más amplia que en el presente" (*ibid.*, p. 101).
13. Por ejemplo, en carta a Engels: "... la ayuda del gobierno Real Prusiano a las sociedades cooperativas... carece de valor como medida económica, en tanto que

mismo sentido Engels sostuvo que las reformas urbanísticas en París, de Haussmann, además del aspecto militar, tenían el objetivo de "formar un proletariado de la construcción específicamente bonapartista y dependiente del gobierno" (Engels, 2006, p. 76, énfasis añadido). A pesar de su importancia, la tradición anti-estatista del marxismo ha sido olvidada, o ignorada, por generaciones de marxistas.

## Reformadores del sistema monetario

Entre los remedios que se han propuesto para eliminar los males del sistema capitalista, las reformas monetarias ocupan un rol destacado. En el siglo XIX, socialistas ricardianos y proudhonianos abogaron por este tipo de medidas. Por ejemplo, el ricardiano John Gray sostenía que era necesario reemplazar el dinero por bonos, emitidos por un banco central, que representaran tiempo de trabajo. Lo cual significaba suponer que el trabajo contenido en las mercancías fuera inmediatamente social, sin alterar la producción basada en la propiedad privada (véase Marx, 1981, p. 71). Sin embargo, la realidad es que el trabajo privado contenido en una mercancía no se puede transformar en social por el mero hecho "de que un banco crea en ello y opere en conformidad" (*ibid.*, p. 72). No hay forma entonces de poner en práctica semejante reforma.

Marx también criticó la reforma monetaria que había ideado Alfred Darimon, seguidor de Proudhon. Darimon proponía eliminar la convertibilidad de los billetes de banco, y cualquier otra asignación reembolsable en oro y en plata (como los depósitos). De esta manera, el oro y la plata serían mercancías como las otras o, más precisamente, todas las mercancías pasarían a ser medios de cambio con el mismo rango que el oro y la plata. Pensaba que así el Banco de Francia podría tener un control absoluto del crédito. Pero el Banco

al mismo tiempo sirve para extender el sistema de tutelaje, corrompe a una parte de la clase obrera y mutila el movimiento" (Marx y Engels, 2010, p. 96, vol. 42). En la *Crítica del programa de Gotha* sostuvo que las cooperativas solo tenían valor "en cuanto son creaciones independientes de los propios obreros, no protegidas ni por los gobiernos ni por los burgueses" (Marx, 2000, p. 26).

de Francia, observaba Marx, no podía escapar a la ley económica. Por caso, si existía déficit en la balanza comercial, el mismo no se podía remediar creando signos monetarios; ni el Banco de Francia tenía el poder para solucionar el problema. Tampoco podía dejar de elevar la tasa de interés cuando se endurecían las condiciones del crédito (véase Marx, 1989, pp. 37 y ss., t. 1).

A pesar de los problemas que encierran, las propuestas de reformas monetarias para solucionar los problemas del capitalismo resurgen una y otra vez. Por ejemplo, en la *Teoría General* Keynes citó extensa y aprobatoriamente a Silvio Gesell, quien pensaba que si se erosionaba el rol del dinero como reserva de valor, y si se reducía la tasa de interés, se eliminarían los frenos para el crecimiento del "capital real" (véase Keynes, 1986, pp. 312-6). Su propuesta implicaba una economía capitalista que funcionara según la ley de Say –el dinero no se atesora–, convirtiendo a toda mercancía en dinero. Se trata de una solución fantástica del mismo tenor que la propuesta por Gray.

Otra variante de este tipo de programas postula reemplazar el mercado, tal como lo conocemos, por una economía de trueque. Por ejemplo, durante la crisis argentina de 2001 se realizaron varios intentos para establecer mercados de trueque. Pero rápidamente el trueque se demostró inviable, y los "mercados populares" comenzaron a emitir dinero. Proliferaron entonces billetes "populares" genuinos mezclados con billetes falsos, y el experimentó fracasó.[14]

---

14. Aunque desde un enfoque ideológico muy distinto del que defienden los reformadores progresistas de izquierda, Friedrich Hayek, de la escuela austriaca, propuso el reemplazo del dinero emitido por los bancos centrales, por dinero privado. En este esquema, las empresas podrían emitir monedas fiduciarias que entrarían en competencia (véase Hayek, 1996). De nuevo, se trata de un programa imposible de aplicar en el capitalismo. Es que no habría forma de estabilizar, en tanto deben ser encarnación de valor, a los muchos dineros en competencia, emitidos por particulares. Para verlo de manera práctica, ¿de qué manera se habría establecido, en 2007, por ejemplo, el valor encarnado en los dineros emitidos por Lehman Brothers, Bears o General Motors? ¿Había que analizar los balances de estas empresas antes de aceptarlos? Pensemos ahora en 10.000 o más empresas, emitiendo cada una su dinero particular. Lo que los institucionalistas llaman "costos de transacción" serían descomunales, imposibilitando la validación de los tiempos de trabajo privado en el mercado.

## Bajar por decreto la tasa de interés, o eliminar el interés

Otra propuesta reformista muy popular es bajar la tasa de interés, o incluso suprimirla. Por ejemplo Proudhon pensaba que no había nada más fácil que bajar el interés al uno por ciento mediante un decreto. Sin embargo, dejaba intactas las condiciones que generan la tasa de interés. Lo cual implicaba pasar por alto "la conexión entre las leyes del Estado y las condiciones de producción" (Engels, 1971, pp. 138-9). Pero dadas las condiciones materiales de producción, si se decretara una baja de la tasa de interés ello no impediría que la misma continuase siendo regulada por las leyes económicas (véase *ibid.*). Y aun si fuese posible eliminar el interés, los rentistas, en lugar de prestar sus capitales, los invertirían por su cuenta en empresas industriales propias o en sociedades por acciones. En ese caso, concluía Engels, "[l]a masa de la plusvalía arrancada a la clase obrera por la clase capitalista seguiría siendo la misma: solo su reparto se modificaría, y no mucho" (*ibid.*, 139).[15]

## La crítica al socialismo pequeño-burgués

Marx y Engels también fueron críticos del socialismo que defiende la pequeña unidad productiva frente al avance de la gran empresa. Esto explica por qué en *El Manifiesto Comunista* sostuvieron que en Alemania "el Partido Comunista lucha al lado de la burguesía, en tanto esta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la gran propiedad territorial feudal y *la pequeña burguesía reaccionaria*" (p. 74, énfasis añadido).

Es que la concentración de los medios de producción permite un

15. También Marx, en la carta a Schweitzer, de 1865, ya citada: "... es una fantasía genuinamente pequeñoburguesa considerar que el capital que produce intereses es la forma principal del capital y tratar de convertir una aplicación particular del crédito –una supuesta abolición del interés- en la base de la transformación de la sociedad. En efecto, esta fantasía ya había sido minuciosamente desarrollada por los portavoces económicos de la pequeña burguesía inglesa del siglo XVII" (Marx, 1981, p. 166).

mayor desarrollo de las fuerzas productivas y genera mejores condiciones para la futura socialización. Esta perspectiva fue desarrollada por Marx en muchos pasajes de su obra madura. Por ejemplo, en *El Capital* explicó cómo la generalización de las leyes fabriles aceleraba la concentración del capital y contribuía a "aniquilar las esferas de la pequeña empresa y de la industria domiciliaria" (1999, p. 606-7, t. 1). Lo cual hacía que "maduren las condiciones materiales y la combinación social del proceso de producción hace madurar las contradicciones y antagonismos de la forma capitalista de ese proceso, y por ende, al mismo tiempo, *los elementos creadores de una nueva sociedad y los factores que trastruecan la vieja*" (*ibid.*, pp. 608-9; énfasis agregado).

Todo apunta, por lo tanto, a la misma conclusión: el objetivo de la clase obrera debería ser socializar los medios de producción, y no su desguace; o su reparto en pequeñas unidades para que produzcan privadamente. Esta postura se extiende a la pequeña propiedad campesina.[16]

Agreguemos que la crítica de Marx y Engels al socialismo pequeño burgués estableció los fundamentos de la crítica de los marxistas al populismo ruso. El populismo negaba la progresividad histórica del capitalismo e intentaba implantar en Rusia una suerte de socialismo basado en la comuna campesina y la pequeña propiedad campesina o artesana. Respaldados en el análisis del desarrollo del capitalismo ruso de fines de siglo XIX, los marxistas consideraron que era imposible implantar el socialismo a partir de las antiguas relaciones comunales; estas ya habían alcanzado un alto grado de descomposición. Por eso Lenin destacó la diferenciación de clases, la explotación, la miseria y el atraso que encerraban las aldeas y sus "economías populares". Escribía: "Esta masa de pequeños explotadores rurales es una fuerza te-

16. Sobre el programa para los campesinos en Alemania, Engels sostenía, en 1874, que los obreros agrícolas solo podían salir de la miseria si "la tierra... es arrancada a la propiedad privada de los grandes señores feudales y convertida en propiedad social, cultivada colectivamente por cooperativas de obreros agrícolas" (Engels, 1970, p. 28). Y los pequeños campesinos, explotados por los "capitalistas usureros" deberían ser convencidos de que la salida era un gobierno de la clase obrera (*ibid.*, pp. 27-8). Nunca el marxismo consideró que la entrega de tierra en propiedad privada fuera una medida socialista; por más pequeña que fuera esa propiedad.

mible, en especial porque oprime al trabajador que se encuentra solo y aislado, porque lo amarra a su yugo y lo priva de toda esperanza de liberación...". Y consideraba progresista el desarrollo capitalista: "Si se compara esta aldea real con nuestro capitalismo se comprenderá por qué los socialdemócratas consideran progresista el papel de nuestro capitalismo, cuando este concentra esos pequeños mercados dispersos en un mercado que abarca toda Rusia... cuando rompe esta subordinación del trabajador a chupasangres locales y lo subordina al gran capital. Esta subordinación es progresista en comparación con aquella..." (Lenin, 1970a, p. 251, OC, t. 1).[17]

## La crítica al reformismo en la socialdemocracia

Mencionemos por último la crítica de Marx y Engels al reformismo que crecía, en las últimas décadas del siglo XIX, al interior de la socialdemocracia. Tal vez el texto más representativo sea la carta circular que enviaron a dirigentes del Partido Socialdemócrata, con fecha 17-18 de setiembre de 1879. En ella criticaron a los que reclamaban que la Socialdemocracia fuera "un partido multilateral de todos los que estén imbuidos de un verdadero amor por la humanidad", y planteaban que la clase obrera debía ponerse "bajo la dirección de burgueses educados y con propiedades, los únicos que poseen el tiempo y las oportunidades para informarse de lo que es bueno para los obreros" (Marx y Engels, 2010, p. 403, vol. 45). Los reformistas también pedían que el Partido abandonara la perspectiva de la revolución para "seguir el camino de la legalidad, es decir, de la reforma" (*ibid.*, p. 404). En la carta Marx y Engels sintetizaban: "En lugar de resuelta oposición política, conciliación general; en lugar de lucha contra el gobierno y

17. Esta postura del marxismo puede sorprender, ya que hoy mucha gente de izquierda, incluso marxistas, piensa que, por alguna razón, el pequeño comerciante o industrial es más democrático y progresista que el gran capital. Sin embargo, en repetidas oportunidades esa pequeña burguesía "nacional e industriosa" ha conformado la base social de partidos y movimientos abiertamente reaccionarios. Para dar solo algunos ejemplos recientes, mencionemos la base social de la Liga del Norte, de Italia; y del Tea Party de EEUU.

la burguesía, un intento de ganarlos y persuadirlos; en lugar de desafiante resistencia al maltrato desde arriba, humilde sumisión y confesión de que el castigo era merecido. (...) Las personas que en 1848 entraron en la arena como demócratas burgueses, hoy podrían muy bien llamarse a sí mismos socialdemócratas" (*ibid.*, p. 406). Observemos también que parece muy difícil conciliar esta carta circular con la tesis de que Marx habría girado hacia el reformismo después de 1870.

## Fabianos y revisionistas, y respuestas marxistas

A finales del siglo XIX se elaboraron muchas de las ideas que animarían luego a todo tipo de socialismos reformistas. En sus líneas generales, el enfoque fue establecido por los fabianos.[18]

Los fabianos sostenían que a lo largo del siglo XIX la propiedad privada de los medios de producción había sido regulada con éxito por el Estado, y que la historia económica del siglo era un registro de continuo progreso del socialismo (véase Webb, en Shaw, 1889, p. 11). Esa nueva organización social era por lo tanto el resultado de la Revolución Industrial y del "irresistible progreso de la democracia" (*ibid.*, p. 13); en consecuencia, los cambios debían ser "democráticos, graduales... constitucionales y pacíficos" (*ibid.*, p. 14). Webb aseguraba que la intervención del poder político había limitado "la competición anárquica de la codicia privada" (*ibid.*, p. 23). Su conclusión era que, con la profundización de la democra-

18. La Sociedad Fabiana se formó en Inglaterra, en 1883. Como anota Sweezy, el fabianismo precedió al revisionismo. Cuando Bernstein fue exiliado por Bismarck, se refugió en Londres, donde estuvo en estrecho contacto con los fabianos. Poco después de volver a Alemania, publicó, en 1899, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, donde atacó al marxismo y abogó por un camino de reformas y gradual, abandonando todo proyecto revolucionario (véase Sweezy, 1953, pp. 134-5). Escribe Sweezy: "cuando el fabianismo apareció en el continente, se le dio el nombre de 'revisionismo', esto es, de un movimiento basado en una pretendida 'revisión' del marxismo. Pero en cuanto al contenido, el fabianismo y el revisionismo son hermanos de sangre, o quizá debiera decir 'padre e hijo', porque tanto la prioridad del fabianismo como la directa relación entre el fabianismo y el revisionismo son hechos demostrados" (p. 134).

cia, el advenimiento gradual del socialismo estaba asegurado.[19]

La otra expresión "clásica" del reformismo es, por supuesto, Bernstein, quien propuso "revisar" –en realidad, cambiar radicalmente– las ideas centrales de Marx y Engels, incluida la teoría del valor y de la plusvalía.[20] Bernstein planteó que, contra la polarización social prevista por Marx, crecía la clase media y amplias capas de la clase obrera accedían a ella. Además, las grandes empresas y las coaliciones empresarias regulaban la producción, evitando las crisis y la anarquía capitalista. De manera que no se verificaba la teoría de Marx del "derrumbe" capitalista, ni la polarización social creciente. Por lo tanto la socialdemocracia debía abandonar el objetivo de la toma del poder político, para abocarse a la elevación de la clase obrera y la implantación, mediante reformas, del socialismo. Los medios para lograrlo eran la ampliación del control social y de los derechos de las municipalidades; la extensión de las cooperativas; y el fortalecimiento de las organizaciones sindicales, las cuales llevaban a "destruir el absolutismo del capitalismo y procurar para el obrero una influencia directa en la administración de una industria" (Bernstein, 1966, p. 114). Agreguemos que Bernstein aprobaba el colonialismo: "... la democracia social alemana no tiene nada que temer de la política colonial del imperio alemán" (*ibid.*, p. 131).

El debate sobre el revisionismo ocupó a los más destacados representantes del ala izquierda de la socialdemocracia. Entre ellos, Rosa Luxemburg, con su conocido folleto *Reforma o revolución*, y Lenin, que escribió numerosos artículos criticando a Bernstein y sus seguidores ru-

19. Sweezy señala que, según este enfoque, el socialismo impregnaría irresistiblemente a todas las clases y todos los partidos, y por consiguiente "no hay necesidad de un partido político socialista separado, con un programa y una estrategia propios". Pero esta concepción coexistió en el fabianismo con otra, que sostenía que el desarrollo de la sociedad favorecía el crecimiento del socialismo, "pero su definitiva introducción solo puede ser consecuencia de la acción consciente de un partido separadamente organizado, que desarrolle una lucha política continua contra todos los partidos burgueses" (Sweezy, 1974, p. 138).

20. Probablemente bajo influencia de los fabianos, Bernstein adhirió a la teoría subjetiva del valor. También Shaw y otros fabianos habían adherido a la teoría del valor basado en la utilidad marginal, por influencia de Jevons.

sos.[21] Los marxistas argumentaron que, contra lo que decía Bernstein, no habían desaparecido la anarquía de la producción capitalista ni las crisis de sobreproducción.[22] Por el contrario, las contradicciones del capitalismo se agudizaban, y se acentuaba la polarización social. En el plano internacional, el proteccionismo, el colonialismo y las carreras armamentistas entre las potencias empujaban a crecientes conflictos y guerras. En cuanto a las reformas y concesiones de la burguesía, tenían un carácter dual, ya que mejoraban la situación de la clase obrera, *pero también eran un instrumento de dominación del capital y el Estado.*[23] Además, dado que la conciencia socialista no surgía espontáneamente de las luchas económicas, la principal tarea de la socialdemocracia era la crítica del capitalismo y la agitación por el programa socialista.

## El reformismo se recicla

En la actualidad las corrientes reformistas tienen múltiples expresiones. Entre ellas figuran los partidos comunistas acomodados a los nuevos tiempos post-caída del Muro de Berlín; los movimientos nacionalistas burgueses y pequeño burgueses en los países atrasados; y los partidos y reformadores sociales, que se ubican en el "progresis-

---

21. El artículo "Marxismo y reformismo", de septiembre de 1913, sintetiza las principales ideas de Lenin sobre el revisionismo; véase Lenin,1970b, pp. 123-6, t. 20.
22. La discusión sobre si las crisis capitalistas habían sido superadas enlazó con un debate sobre si el capitalismo colapsaría por causas puramente económicas. En su polémica con Bernstein Rosa Luxemburg sostuvo que el sistema capitalista avanzaba inexorablemente hacia el derrumbe. La tesis del derrumbe del capitalismo tuvo partidarios y críticos tanto en la derecha y como en la izquierda de la socialdemocracia. Para un panorama de esta polémica puede consultarse Colletti, 1983.
23. Por ejemplo, en 1911 Lenin planteaba que la burguesía de Europa y Norteamérica, representada por sus ideólogos, "se pronuncia cada vez con mayor frecuencia en defensa de las llamadas reformas sociales, para contrarrestar la idea de la revolución social. No se trata de liberalismo contra socialismo, sino de reformismo contra revolución socialista; esta es la fórmula de la burguesía culta y "avanzada" de nuestros días. [...] reformas contra revolución, parches del régimen que sucumbe, a fin de dividir y debilitar a la clase obrera, de conservar el poder de la burguesía contra el derrocamiento revolucionario de ese poder" (Lenin, 1970c, p. 236).

mo", o en las tradiciones de la socialdemocracia. En la mayoría de los casos, sus programas se reducen a un keynesianismo izquierdista, más o menos remozado. En lo que sigue analizamos brevemente esta variante del reformismo, y tres propuestas que han logrado cierta audiencia: acabar la desocupación repartiendo las horas de trabajo; establecer el control de precios por el Estado; y entregar una Renta Básica Ciudadana.

***a) Keynesianismo bastardo "de izquierda"***

A poco de publicada la *Teoría General*, las ideas centrales de Keynes fueron adaptadas a la economía ortodoxa, dando lugar a la llamada síntesis neoclásica-keynesiana. Se trató, en sustancia, de un modelo de equilibrio walrasiano, pero con "imperfecciones". Una de las consecuencias que se desprendía de este enfoque fue que, con alguna dosis de estímulo monetario y gasto fiscal, las economías capitalistas podían mantener niveles de producto cercanos al pleno empleo, y superar las recesiones o depresiones económicas. Aunque los keynesianos de izquierda, con centro en Cambridge, Inglaterra, llamaron "bastardo", o "hidráulico", a ese keynesianismo tipo "manual de Samuelson", lo cierto es que con ese encuadre se administró la política económica durante el boom de posguerra. Sin embargo, en los 1970, y en respuesta a la crisis capitalista, la ortodoxia keynesiana adoptó enfoques cada vez más marcadamente neoclásicos, reduciendo al mínimo el componente de "keynesianismo" de sus recetas. En respuesta, los keynesianos de izquierda, que pasaron a ser conocidos como poskeynesianos, profundizaron sus críticas al *mainstream*. Pero con ese movimiento muchos poskeynesianos ahora parecen idealizar al keynesianismo del boom, y reclaman la vuelta a las políticas de estímulo de la demanda de los años dorados.[24]

---

24. Véase, por ejemplo, Davidson (2009), referente de la escuela poskeynesiana en EEUU. Davidson sostiene que, a pesar de que el pensamiento "revolucionario" de Keynes fue mal comprendido por la mayoría de los economistas profesionales, "las prescripciones de política de Keynes fueron seguidas por los gobiernos posteriores a la Segunda Guerra, para desarrollar condiciones económicas prósperas" (p. 2). Según Davidson, gracias a ello las economías crecieron y se redujeron las desigualdades sociales. Sin embargo, también dice que "por los 1970 ocurrió una contra-

Lo importante para lo que nos ocupa es que en esta coyuntura una parte sustancial del reformismo izquierdista *profundizó* el keynesianismo bastardo, o hidráulico. La idea central que anima a estos programas es sostener la demanda poniendo el acento en el consumo y el gasto estatal (sea mediante subsidios al consumo, o empleo público); a lo que se agrega, en muchos casos, una dosis de proteccionismo.

El problema con este planteo es que *el gasto estatal no constituye una fuente autónoma de demanda*. En otros términos, para que el Estado pueda recaudar los impuestos que cubran el gasto, es necesario que haya trabajo productivo que genere valor y plusvalía (o sea, no el tipo de trabajo que "entierra y desentierra botellas" para generar demanda). Si esto no se cumple, y el gasto supera a los ingresos, habrá déficit que solo puede ser cubierto con deuda, o emisión monetaria. En consecuencia, la demanda no podrá sostenerse indefinidamente por esta vía.[25] En otros términos, *el gasto estatal no puede solucionar*

---

rrevolución tanto en la teoría económica como en la política" (*ibid.*). Pero... ¿cómo se explica este contragolpe si las cosas marchaban de maravillas? Más precisamente, ¿cómo se puede dar cuenta de la rapidez con que ganaron terreno los monetaristas, los ofertistas, los "nuevos-nuevos clásicos", y similares, al margen de la crisis de acumulación de 1974-5, y de la necesidad de la burguesía de restablecer la tasa de rentabilidad del capital? Incluso Davidson admite que *desde 1973* el crecimiento económico de muchos países se redujo significativamente (*ibid.*, p. 3). Pero a comienzos de los 1970 dominaban las políticas keynesianas. ¿Por qué entonces esa caída del crecimiento *desde* 1973? Una respuesta es la que ha dado el marxismo: a mediados de los 1970 estalló una crisis de sobreacumulación capitalista, frente a la cual las políticas keynesianas poco pudieron hacer. Sin embargo, ¿cuál es la explicación de los poskeynesianos? ¿Decir que los líderes políticos y sus consejeros no habían entendido del todo a Keynes? Es una explicación subjetivista, casi caprichosa. Pero es funcional a la idea de que los males del capitalismo se arreglan con más intervención estatal. El keynesianismo de izquierda se alimenta de esta fantasía.

25. Precisemos que Keynes no proponía mantener déficits gubernamentales como parte de su política de pleno empleo. Por el contrario, cuando fue funcionario del Tesoro, en la década de 1940, aconsejó separar los ítems del capital y de los gastos corrientes en cuentas separadas. Los gastos públicos de inversión aparecerían en el presupuesto de capital, y serían financiados con deuda o con el cobro de servicios a los usuarios. En cuanto al presupuesto ordinario, si se mantenía el pleno empleo, debería estar equilibrado en el largo plazo, de manera que la deuda pública bajara en términos del ingreso nacional (véase por ejemplo Kregel, 1985; Seccareccia, 1995).

*una crisis de acumulación*. Lo cual se evidencia en el hecho de que las políticas "keynesianas populistas", cuando se aplicaron, terminaron, casi invariablemente, en inflación, fugas de capitales, caída de la demanda, elevado endeudamiento, y por último, en crisis cambiarias y financieras. Ocurrió, por ejemplo, en muchos países de América Latina a lo largo de las últimas décadas. Peor aún, en repetidas ocasiones estas crisis constituyeron la base del consenso político para imponer programas de "ajuste" o neoliberales.[26] También ocurrió que los mismos movimientos o partidos "keynesianos" aplicaron los "ajustes" cuando las crisis les estallaron en las manos.

***b) Eliminar la desocupación repartiendo las horas de trabajo***

En Argentina, y en otros países, se ha propuesto reducir la jornada de trabajo (paralelamente aumentar los salarios), con el objetivo de acabar el desempleo. No se reclama reducir la jornada de trabajo para impedir un desgaste excesivo de la fuerza de trabajo, como ocurrió cuando la lucha obrera por las 10 horas de trabajo, y luego por las ocho horas, sino que ahora el objetivo es eliminar la desocupación. De nuevo, se trata de un objetivo imposible en tanto permanezca el capitalismo, ya que la mecanización, las crisis periódicas y las huelgas de inversiones *no* pueden eliminarse mediante la reducción de la jornada de trabajo.

Pero además de lo que dice la teoría, está la frustrante experiencia francesa. Es que bajo el gobierno socialista de Juspin, en 1997, se redujo la jornada laboral a 35 horas, con el objetivo declarado de disminuir el desempleo. El resultado es decepcionante: dos décadas después de haberse implantado las 35 horas, la tasa de desocupación en Francia era más alta que el promedio europeo. Además, los sindicatos denunciaron repetidas veces que la reducción de la jornada laboral fue un caballo de Troya mediante el cual las patronales avanzaron en la precarización y la flexibilización del empleo; en 2016 el

26. En palabras de Seccareccia: "Dado que este keynesianismo híbrido y *ad hoc* del período temprano de la posguerra descansó en un modelo primitivo hidráulico de macroeconomía que retuvo la mayoría de los supuestos subyacentes del modelo neoclásico, sus inconsistencias internas hicieron de él un blanco fácil de los ataques monetaristas y de los nuevos clásicos que iban a surgir en los 1970 y 1980" (1995, p. 45).

trabajo *part-time* alcanzaba el 14,4% del desempleo total. De nuevo: la ley puede decir muchas cosas, pero lo que importa son las condiciones económicas y sociales bajo las que el capital contrata, o no, a la fuerza de trabajo.

***c) Control de precios***

Es otra propuesta reformista, destinada a controlar la inflación. Partidarios del "socialismo de Estado", nacionalistas de izquierda, sindicalistas progresistas, economistas de izquierda y toda clase de "amigos del pueblo" son entusiastas defensores del control de precios por parte del Estado. El argumento es: 1) los precios son manejados por un "puñado de formadores de precios"; 2) la inflación es obra de esos grupos; 3) pero los precios pueden manejarse desde el Estado, a condición de que el pueblo ejerza la suficiente presión.

Una vez más, estamos ante un programa voluntarista e idealista, que parece pasar por alto que la ley del valor trabajo es el resultado natural de la producción basada en la propiedad privada. Es la razón de fondo que explica por qué no hay forma de establecer precios para millones de productos –a lo que deberían agregarse, salarios, tasas de rentabilidad, rentas, intereses– desde el Estado capitalista, y sin transgredir los sacrosantos derechos de la propiedad privada. Pero además, lo que nos dice la teoría de nuevo es confirmado por la experiencia de los muchos controles de precios que se han intentado a lo largo de la historia. Entre ellos, bajo la dictadura de Onganía, en Argentina, en los 1960; con el gobierno de Nixon, en EEUU, en los años 1970; de Perón, en Argentina, entre 1973-4; o en Venezuela, con el chavismo.[27] Si bien algunos controles lograron moderar la inflación durante algún tiempo, nunca torcieron las tendencias de fondo. Además, el argumento de "controlamos los precios" en repetidas ocasiones sirvió de excusa-compensación para poner topes a los aumentos de salarios cuando los trabajadores querían recuperar lo perdido por inflación.

27. Nótese que los controles no fueron patrimonio exclusivo de gobiernos izquierdistas, o "socialistas".

*d) La Renta Básica Ciudadana*

Desde hace años en muchos países se realizan campañas a favor de establecer una Renta Básica Ciudadana. La RBC sería un ingreso pagado por el Estado a toda persona mayor de 18 años, trabaje o no de manera remunerada. Se propone que esté justo por encima del nivel de pobreza, y que se financie con un impuesto. El objetivo declarado es proporcionar a toda persona mayor de edad un umbral mínimo de bienestar, sin importar su contribución al producto social. Entre sus virtudes, se sostiene que la RBC fortalecería el consumo y la producción, en detrimento del capital financiero; reforzaría las libertades de los individuos y la unidad de la clase obrera; y supondría una caja de resistencia para huelgas y luchas de los trabajadores (véase AA.VV., 2013).

Aunque la propuesta de la RBC parece atractiva, encierra el mismo problema que Marx apuntaba en los programas de los socialistas ricardianos, o de Proudhon: la riqueza que se pretende distribuir es "*riqueza de la burguesía*" (Marx, 1981, p. 81). Lo cual significa que esa riqueza *supone la explotación del trabajo*. En otros términos, al poner el foco en la RBC, *se deja intacta la que sería su fuente, el trabajo explotado*. Sin embargo, el objetivo del socialismo es acabar con la explotación que hace posible el fruto que se quiere repartir. Por eso, lo que procura el socialismo es *que nadie viva a costa del trabajo de otro, y que cada cual reciba de acuerdo a su contribución al producto social.*

Este objetivo explica por qué Marx criticó "el derecho a la asistencia" que proclamó la Constitución francesa de 1848, en lugar del "derecho al trabajo", que figuraba en su primer proyecto (redactado antes de las jornadas de junio). Es que la demanda del "derecho al trabajo", aunque de forma torpe, resumía "las reivindicaciones revolucionarias del proletariado". Pero en la segunda redacción de la Constitución "el derecho al trabajo" se convertía "en el derecho a la asistencia pública, y ¿qué Estado moderno no alimenta, en una u otra forma, a sus pobres? El derecho al trabajo es, en el sentido burgués, un contrasentido, un mezquino deseo piadoso, *pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital, y detrás del poder sobre el capital la apropiación de los medios de producción*... la abolición tanto del trabajo asalariado como del capital y sus relaciones mutuas" (Marx, 2015, p. 82; énfasis agregado).

Expresado el problema en lenguaje accesible a cualquier persona antes de "repartir la torta" hay que preguntarse quiénes y cómo produjeron esa "torta". Y no es posible eludir esta pregunta sin infringir los proclamados ideales de "justicia". Por ejemplo, en caso de que se aplicara la RBC, ¿con qué argumento se justifica que *A*, que vive de rentas (por ejemplo, porque tiene en alquiler inmuebles de su propiedad) reciba la RBC que tiene como origen la explotación del trabajador *B*? ¿Qué contenido progresista tiene un programa de este tipo? Esto dejando de lado fantasías como que los capitales van a invertir en un país que les obliga a sostener un fondo de huelga permanente para que la clase obrera haga huelgas.

## En el balance, ¿Sociedad Fabiana o Marx? ¿Bernstein o Lenin?

A lo largo de décadas los voceros del reformismo burgués aseguraron que el mundo progresaba hacia el achicamiento de las desigualdades sociales, o incluso hacia alguna forma de socialismo. A partir de mediados de la década de los 1940 el keynesianismo, en particular, jugó un rol de primer orden en el armado de este discurso. Recordemos que Keynes pensaba que el motivo de la ganancia tendía a desaparecer del gobierno de las empresas; y que la evolución social llevaba a una distribución más equitativa del ingreso y a la "eutanasia del rentista" (véase Keynes, 1986, cap. 24). Además, en su faceta más "izquierdista", Keynes aconsejó la socialización de las inversiones, que pasarían a ser administradas por organismos controlados por la comunidad (véase *ibid.*).

Estas ideas se combinaron entonces con las tradiciones fabianas y revisionistas, conformando una ideología y un programa que resultaron sumamente atractivos para la socialdemocracia y todo tipo de reformadores sociales. Pero no quedó solo en la teoría. Luego de los horrores de las dos guerras mundiales y la Gran Depresión de entreguerras, algunos puntos de ese programa parecieron cobrar vida durante las décadas de los 1950 y 1960, de fuerte crecimiento económico. Es lo que los autores de la escuela de la Regulación llamaron

"el modelo de acumulación fordista": las cadenas de montaje, los métodos tayloristas y la alienación en el trabajo se justificaron en aras del pacto entre el capital y el trabajo, los aumentos de productividad y el consumo en masa. Los grandes sindicatos comunistas y socialdemócratas, y los partidos comunistas occidentales, aceptaron esas políticas y colaboraron en su instrumentación.[28] A cambio, la burguesía otorgó mejoras a la clase obrera, y las desigualdades del ingreso se achicaron en la mayoría de los países industrializados. En los países atrasados los partidos y movimientos nacionalistas burgueses también aplicaron políticas keynesianas, y promovieron la conciliación entre el capital y el trabajo. Se dijo entonces que Bernstein triunfaba sobre Lenin. La revolución proletaria era cosa del pasado.

Sin embargo, desde mediados de los años 1970 el panorama cambió radicalmente. La crisis de mediados de la década evidenció que la ganancia seguía dominando en las decisiones de los capitalistas. Lejos de la "socialización de las inversiones", a partir de fines de los 1970 se multiplicaron las privatizaciones de empresas estatales. Además, las que permanecieron en manos del Estado pasaron a regirse, cada vez más, según los criterios de rentabilidad de las empresas privadas. Paralelamente, la mundialización del capital puso límites cada vez más estrechos a la regulación keynesiana nacional-centrada, y exacerbó las presiones en pos de más y más productividad. Por todos lados las patronales impusieron "racionalizaciones" –despidos, desregulaciones laborales, multiplicidad de tareas, ataques a los sindicatos–, "necesarias para mantenernos competitivos". El Estado fue parte de esta ofen-

28. El pacto fordista de colaboración de clases tuvo como antecedente inmediato la colaboración con la burguesía de los partidos socialistas y comunistas occidentales, a fin de estabilizar la situación política en Europa cuando terminaba la guerra. Por caso, en 1944 Maurice Thorez, secretario general del PC francés, afirmaba: "Producir es hoy la forma más elevada del deber de clase, el deber de los franceses. Ayer nuestra arma era el sabotaje, la lucha armada contra el enemigo, hoy el arma es la producción para hacer fracasar los planes de la reacción". El 11° Congreso, realizado en 1947, llamó a la unidad con los socialistas "para salvar a Francia y la República". En ese Congreso Étienne Fajon, miembro de la dirección, sostuvo que la guerra en Indochina era una "guerra fratricida"; no fue refutado. La colaboración con la burguesía de las grandes organizaciones obreras fue destacada por Mandel (1979), como un factor fundamental para la recuperación del capitalismo durante la segunda posguerra.

siva sobre el trabajo y los sindicatos. La desigualdad social aumentó, y retrocedió la participación de los trabajadores en el ingreso.[29] Además, y contra lo que preveían fabianos, revisionistas y socialdemócratas, no hubo votación democrática que torciera esa tendencia. Peor todavía, los herederos de Bernstein pasaron a ser presidentes y ministros de gobiernos que aplicaron las políticas "neoliberales". El gobierno de Syriza instrumentando en Grecia un duro programa "de ajuste", parece ejemplar; también la socialdemocracia alemana, que integra gobiernos de coalición con los conservadores. Todo indica que el poder económico, cada vez más concentrado, tiene como correlato un poder político, sea del color que sea, cada vez más subordinado a las exigencias del capital. Por otra parte, en los territorios de la ex URSS, Europa del Este, Yugoslavia, China y Vietnam, la explotación del trabajo hoy es tan intensa como en cualquier otro país capitalista. Esto sin importar si se trata de empresas estatales o privadas.

A partir de esta evolución, puede entenderse en perspectiva el significado del reformismo keynesiano. La hipótesis que avanzamos, siguiendo a Toni Negri, es que el keynesianismo de izquierda, o socialdemócrata, tuvo como causa última el cambio de la relación de fuerzas entre el capital y el trabajo, determinado por la ofensiva revolucionaria de 1917.[30] Como alguna vez observó Lenin, las conquistas reformistas en el sistema capitalista parecieran ser subproductos de las luchas revolucionarias.[31] En otros términos, la burguesía cede algo cuando teme perderlo todo.

---

29. Véase, por ejemplo, World Inequality Report 2018 (http://wir2018.wid.world/).
30. Negri (1991) sostiene que el Estado de bienestar keynesiano fue una respuesta de la burguesía ilustrada a la Revolución de Octubre. Tengamos presente que Keynes fue consciente del peligro que representaba el comunismo, dado el paro crónico y las profundas desigualdades sociales existentes en los 1930. Por ejemplo, en una carta abierta al presidente Rooseveltm, de 1933, sostuvo que el objetivo de la política económica debía ser "curar los males de nuestra condición mediante un experimento razonado dentro del sistema social existente. Si usted fracasa, el cambio será gravemente perjudicado en todo el mundo, dejando la pelea en manos de la ortodoxia y la revolución" ("Una carta al presidente Roosevelt" fue publicada por el *Sunday* de Londres, el 31 de diciembre de 1933).
31. "La socialdemocracia considera y *utiliza las reformas como subproducto de la lucha revolucionaria de clases del proletariado*" (Lenin, 1970d, pp. 227; énfasis agregado).

Si esto es así, podríamos decir que las concesiones a la clase obrera, en especial durante la inmediata segunda posguerra, *fueron más el producto del miedo a Lenin, que de la voluntad de la burguesía de seguir los consejos de Bernstein*. Su base material, por supuesto, fue la recuperación económica del capitalismo. Pero esa recuperación no tuvo como causa el estímulo keynesiano de la demanda, como pretende el reformismo socialdemócrata, sino el restablecimiento de la rentabilidad de las inversiones, y de las condiciones políticas y sociales para la acumulación del capital.[32] Sin embargo, la crisis de los 1970 y las políticas de conciliación de los partidos socialistas y comunistas, abrieron el camino para la contraofensiva "neoliberal". A su vez, el giro de China y Vietnam hacia el capitalismo, y el colapso de la URSS y los regímenes de Europa del Este, reforzaron la idea de "no hay alternativa" al sistema vigente. Así, desaparecido, al menos por el momento, el peligro revolucionario, las tendencias del capital se despliegan de la forma más cruda y abierta. Tendencias que llevan a un escenario mucho más parecido a lo que predijo Marx, que a lo que previeron los fabianos, Bernstein o Keynes.

**Textos citados:**

AA.VV. (2013): *Renta Básica Ciudadana*, Sin Permiso.

Bernstein, E. (1966): *Socialismo teórico y socialismo práctico*, Buenos Aires, Claridad. Bunge, M. (1959): *Causalidad. El principio de causalidad en la ciencia moderna*, Buenos Aires, Eudeba.

Chang, H. J. (2009: *¿Qué fue del buen Samaritano? Naciones ricas, políticas pobres*, Bernal Argentina, UNQ.
Colletti, L. (1983): *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*, México, Siglo XXI.

Davidson, P. (2009): *John Maynard Keynes*, Palgrave Macmillan.

Engels, F. (2006): *Contribución al problema de la vivienda*, Madrid, Fundación Federico Engels. Engels, F. (1975): *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Marx y Engels, Obras Escogidas, t. 2, pp. 92-161, Madrid, Akal.
Engels, F. (1970): *Las guerras campesinas en Alemania*, Buenos Aires, Andes.
Engels, F. (1968): *Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, México, Grijalbo.

32. Véase, por ejemplo, Mandel (1979).

Hayek, F. (1996): *La desnacionalización del dinero,* Barcelona, Instituto de Economía de Mercado.

Kalecki, M. (1972): "Political Aspects of Full Employment", E. Hunt y J. Schwartz (ed.) A Critique of Economic Theory, Middlesex, Inglaterra, pp. 420-430.
Keynes, J. M. (1986): *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero,* México, FCE.
Kregel, J. A. (1985): "Budget Deficits, Stabilization Policy and Liquidity Preference: Keynes's Post-War Policy Proposals", en F. Vicarelli (ed.), *Keynes's Relevance Today*, Londres, Macmillan, pp. 28-50. Lenin, V. I. (1970a): "¿Quiénes son los amigos del pueblo?", O C, t. 1, Cartago, Buenos Aires.

Lenin, V. I. (1970b): "Marxismo y reformismo", OC. t. 20, Cartago, Buenos Aires.
Lenin, V. I. (1970c): "El reformismo de la socialdemocracia rusa", OC, t. 17, Cartago, Buenos Aires.
Lenin, V. I. (1970d): "Cómo no se debe escribir resoluciones", OC, t. 12, Cartago, Buenos Aires.
Luxemburg, R. (1974): *Reforma o revolución*, Buenos Aires, Papeles Políticos. Mandel, E. (1979): *El capitalismo tardío*, México, Era.

Marx, K. (2017): "Carta a la redacción del periódico Anales de la Patria", *Karl Marx: Algunas cartas, intercambios y materiales con los populistas rusos*, Cátedra de Teoría Sociológica "De la teoría social de Marx a la teoría crítica latinoamericana", UBA. Marx, K. (2015): *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, Madrid, Fundación Federico Engels.
Marx, K. (2010): *Salario, precio y ganancia*, México, Centro de Estudios Socialistas.
Marx, K. (2000): *Crítica del programa de Gotha*, elaleph, http://www.elaleph.com/.
Marx, K. (2003): *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Fundación Federico Engels. Marx, K. (1989): *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857 – 1858*, México, Siglo XXI.
Marx, K. (1987): *Escritos de juventud*, México, FCE. Marx, K. (1983): *El Capital. Libro I – capítulo VI Inédito*, México, Siglo XXI. Marx, K. (1981): *Miseria de la filosofía*, Moscú, Progreso.
Marx, K. (1981a): *Contribución a la crítica de la Economía Política*, México, Siglo XXI.
Marx, K. y F. Engels (2011): *Manifiesto del Partido Comunista*, México, Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx. Marx, K. y F. Engels (2010): *Collected Works*, Digital Edition Copyright © Lawrence & Wishart.

Negri, T. (1991): "John M. Keynes y la teoría capitalista del Estado en el '29'", *El cielo por asalto*, N°2, pp. 97-118.

Robinson, J. (2009): "The Problem of Full Employment", Langer Chicago, http://sites.roosevelt.edu/glanger/files/2012/12/Robinson-on-the-Problem-of-Full-Employment.pdf.

Seccareccia, M. (1995), "Keynesianism and Public Investment: A Left-Keynesian Perspective on the Role of Government and Expenditures and Debt", *Studies in Political Economy*, vol. 46, pp. 43-78. Shaw, G. B. (1889): *Fabian Essays in Socialism*, Online Library of Liberty: Fabian Essays in Socialism.
Shanin, T. (1983): "Late Marx: gods and craftsmen", Shanin (ed.), *Late Marx and the Russian Road. Marx and 'the peripheries of capitalism'*, Nueva York, Monthly Review Press, pp. 3-39.
Sweezy, P. M. (1974): *El presente como historia. Ensayos sobre capitalismo y socialismo*, Madrid, Tecnos. Talachian, S. (2016): "Between universalism and particularism: Marx's conception of reformism in his late thougth", *Krisis, Journal of Contemporary Philosophy*, N°1, pp. 29-43.

# IV

# Ciber-comunismo: planificación económica en la era digital

1

# Planificación económica, ordenadores y valores-trabajo[1]

**W. Paul Cockshott y Allin Cottrell**

Desde la caída de la Unión Soviética muchos son de la opinión de que el debate del cálculo socialista ha terminado, con un veredicto contundente en favor del mercado. Las recientes inestabilidades del mercado global están llamando la atención de nuevo sobre la cuestión de si una forma consciente de regulación económica es apropiada. Defendemos que el incremento de capacidad de la tecnología informática moderna junto con el uso de los valores-trabajo ricardianos-marxianos abren nuevas posibilidades para la planificación económica. El presente texto reúne una parte de "Economic planning, computers and labor valies" (1999) y "Big data and super-computers: foundations of cyber-communis" (2017).

## 1. Introducción

La caída de la Unión Soviética y el final de la década de los 80 ha establecido una intensa presunción –reforzada por los argumentos de la escuela austríaca (Hayek, Mises)– de que no existe alternativa viable al capitalismo y al libre mercado. Desde esta perspectiva, la planificación socialista se presenta como un sueño utópico. No sólo los socialistas han llevado a cabo muy pocos intentos recientes de defender la planificación; ha habido muy poco debate sustantivo

1. Traducción: Guillem Murcia.

sobre la planificación económica en sí misma. Un indicador de la hegemonía de los argumentos austríacos sobre la imposibilidad de la planificación racional se encuentra en *Whither Socialism* (1994) de Joseph Stiglitz. Stiglitz es crítico de la economía socialista, pero su crítica se halla casi íntegramente dirigida contra el socialismo *de mercado*. Respecto a la economía centralmente planificada, apenas dice que "Hayek criticó de forma acertada" el proyecto marxiano, "defendiendo que un planificador central nunca podría tener la información necesaria" (Stiglitz, 1994, p. 9). Ésta es una respuesta típica: incluso los economistas que no se adhieren completamente a las ideas de Hayek sobre los méritos del libre mercado creen en general que la critica austríaca de la planificación central puede considerarse definitiva. Esperamos mostrar que esto no debería darse por supuesto.

## 2. Estructura de nuestras propuestas

En primer lugar explicaremos las condiciones generales que se requieren para operar un sistema efectivo de planificación económica central, dejando por el momento de lado la cuestión de si pueden cumplirse en algún sistema factible. Tomando una perspectiva de insumos-producto [*input-output*] de la economía, la planificación central efectiva requiere los siguientes elementos básicos:

1) Un sistema para llegar a (y revisitar de forma periódica) una serie de objetivos para productos finales, que incorpore la información tanto de las preferencias de los consumidores como de los costes relativos de producir bienes alternativos (la métrica apropiada de los costes se deja abierta de momento).

2) Un método de calcular las implicaciones de cualquier grupo dado de productos finales para los productos en bruto requeridos de cada producto. En este estadio debe haber también formas de comprobar la factibilidad de grupo resultante de objetivos de producto en bruto, a la luz de los límites que impone la oferta de trabajo y la reserva existente de medios de producción fijos, antes de que estos objetivos se envíen a las unidades de producción.

La presencia de estos elementos implica ciertas condiciones de an-

temano, notablemente un sistema adecuado para reunir y procesar la información económica dispersa y una métrica racional para el coste de producción. Deberíamos llamar la atención a su vez sobre las ideas que señaló Nove (1977 y 1983): para que se dé una planificación central efectiva, es necesario que los planificadores sean capaces de llevar a cabo los cálculos mencionados anteriormente a un nivel de detalle completamente desagregado. En ausencia de vínculos de mercado horizontales entre empresas, la gestión a nivel de empresa "*no puede* saber lo que necesita la sociedad a menos que el centro le informe de ello" (Nove 177: 86).[2] Y así, si el centro es incapaz de especificar un plan coherente con suficiente nivel de detalle, el hecho de que el plan se equilibre en términos agregados es de poca utilidad. Incluso con la mejor de las voluntades del mundo por parte de todos los involucrados, no hay garantía alguna de que las decisiones de producto específicas tomadas a un nivel de empresa encajaran de forma correcta. Esta idea general la confirma Yun (1988: 55), que asegura que a mediados de los 80, el Gosplan era capaz de detallar balances materiales para únicamente 2.000 de los bienes de sus planes anuales. Cuando se incluyen los cálculos de Gossnab y de los ministerios industriales, el número de productos que se registran asciende a alrededor de 200.000, aún muy por debajo de los 24 millones de artículos que se producían en la economía soviética en aquellos momentos. Esta discrepancia significaba que era "Posible para las empresas el cumplir con sus planes para con la nomenclatura con respecto a los artículos que se les había indicado que produjeran, y a la vez incapaces de crear los productos necesitados de forma inmediata por usuarios específicos".

Nuestro argumento intenta resolver esta cuestión: aún cuando aceptamos que "en un modelo que básicamente no es de mercado, el centro debe descubrir qué necesita hacer" (Nove, 1977: 86), así como la versión de Yun del fracaso del Gosplan para conseguirlo,

2. Con una excepción. Si, por ejemplo, el plan central pide a la empresa A el ofrecer el bien intermedio x a la empresa B, donde será usado en la producción de un bien avanzado y, y los planificadores informan a A y a B de este hecho, ¿no hay espacio para comunicación "horizontal" entre las dos empresas sobre la especificación de diseño precisa de x, incluso en ausencia de relaciones de mercado entre A y B?

rechazamos la idea de Nove de que "el centro no puede hacer esto a un nivel de detalle micro" (*ibid*).

Nuestras propuestas básicas pueden presentarse de forma muy simple, aunque le pedimos al lector que piense que no contamos con el espacio para los ajustes, matices y elaboraciones necesarios (que se desarrollan en profundidad en Cockshott y Cottrell, 1993). De forma esquemática, nuestras propuestas son las siguientes.

### *2.1 El tiempo de trabajo como unidad social de contabilidad y medida del coste*

La distribución de recursos en las diversas esferas de la actividad productiva toma la forma de un presupuesto de trabajo social. Al mismo tiempo, el principio de minimización de tiempo de trabajo se adopta como el criterio de eficiencia básico. Estamos de acuerdo con Mises (1935: 116) en que el cálculo socialista racional requiere "una unidad de valor objetivamente reconocible, que permita un cálculo económico en una economía donde ni el dinero ni el intercambio se hallan presentes. Y únicamente el trabajo puede concebirse como tal". Estamos en desacuerdo con las ideas posteriores de Mises de que ni siquiera el tiempo de trabajo puede cumplir con este rol de unidad de valor objetiva. Hemos refutado sus dos argumentos respecto a esto –básicamente, que el cálculo del tiempo de trabajo necesariamente lleva a la infravaloración de recursos naturales no reproducibles, y que no hay forma racional (aparte del sistema de escalas salariales determinadas por el mercado) de reducir el trabajo de diferentes niveles de cualificación a un denominador común– en otra publicación (Cottrell y Cockshott 1993a). Sólo podemos resumir nuestras respuestas aquí. Si se utiliza el tiempo de trabajo *marginal* como medida del coste, esto contabiliza la dificultad creciente de obtener recursos no reproducibles. Además, los planificadores podrían decidir dedicar recursos a la investigación de alternativas, el uso de energía solar en vez del petróleo, por ejemplo. Tampoco hay razón para creer que cualquier mercado real otorga una solución óptima a este tipo de problemas. Respecto a la no homogeneidad del trabajo, se podría en principio tratar el trabajo cualificado de la misma forma que cualquier otro producto, evaluado en base al tiempo de formación necesario para producirlo.

### *2.2 Sistema de distribución de fichas de trabajo*

De la *Crítica al Programa de Gotha de Marx* (1974) tomamos la idea del pago del trabajo en "fichas de trabajo", y la noción de que los consumidores pueden retirar del fondo social los bienes que tengan un contenido en trabajo igual a su contribución laboral (después de deducir impuestos para compensar los usos comunales de tiempo de trabajo: acumulación de medios de producción, bienes y servicios públicos, prestaciones a aquellos incapaces de trabajar). Planteamos un sistema de pago básicamente igualitario; y en la medida en que haya desviaciones del igualitarismo (esto es: algunos tipos de trabajo se remuneran a más de, y menos de, una ficha por hora), el alcanzar un equilibrio macroeconómico aún así requiere que la emisión total de fichas de trabajo sea igual al trabajo total realizado. También proponemos que el sistema de impuestos más adecuado en este contexto sería el de un impuesto fijo por trabajador –una cuota uniforme de pertenencia a la sociedad socialista, por así decirlo. Este impuesto (neto de transferencias a los no trabajadores) debería, en efecto, cancelar lo suficiente la emisión actual de fichas de trabajo a fin de dejar a los consumidores con suficientes fichas disponibles a fin de comprar el producto de bienes de consumo.

### *2.3 Decisiones democráticas en las cuestiones principales de asignación*

La asignación de trabajo social a las categorías amplias de uso final (la acumulación de medios de producción, el consumo colectivo o personal) es material adecuado para la toma democrática de decisiones. Esto puede llevarse a cabo de distintas formas: voto directo en las categorías específicas de gasto en intervalos adecuados (p. ej. si incrementar, reducir o mantener la proporción de trabajo social dedicado al sistema sanitario), votar en una serie de variaciones pre-equilibradas del plan, o competición electoral entre partidos con distintos programas respecto a las prioridades de planificación.

### *2.4 Algoritmo de bienes de consumo*

Nuestra propuesta con respecto a esto puede describirse como un "Lange más Strumilin". De Lange (1938) tomamos una versión mo-

dificada del proceso de prueba y error, por el cual los precios de mercado para bienes de consumo se usan como guía de la distribución de trabajo social entre los distintos bienes de consumo; de Strumilin adoptamos la idea de que en un equilibrio socialista el valor de uso creado en cada línea de producción debería estar en una proporción común al tiempo de trabajo social empleado.[3]

La idea central es la siguiente: el plan solicita la producción de algún vector específico de bienes de consumo, y estos bienes están marcados con su contenido en trabajo social. Si las ofertas planificadas y las demandas de los consumidores para los bienes individuales resultan coincidir cuando se establecen los precios de los bienes de acuerdo a sus valores-trabajo,[4] el sistema ya está en equilibrio. En una economía dinámica, sin embargo, esto es improbable. Si las ofertas y demandas son desiguales, la autoridad de mercadeo responsable de los bienes de consumo se encargaría de ajustar los precios, con el objetivo de compensarlas (aproximadamente) a corto plazo, esto es, los precios de bienes de oferta baja se incrementarían mientras que los precios en el caso de sobreproducción se disminuirían.[5] En el siguiente paso del proceso, los planificadores examinan las ratios entre precios que vacían el mercado y valores-trabajo entre los distintos bienes de consumo. (Nótese que ambas magnitudes están denominadas en horas de trabajo; el trabajo contenido en un caso, y fichas de trabajo en otro). Siguiendo la concepción de Struimlin, estas ratios deberían ser iguales (e iguales a la unidad) en el equilibrio a largo plazo. El plan de bienes de consumo para el siguiente periodo debería por lo tanto

3. Este punto –un tema básico del trabajo de Strumilin durante medio siglo– se expresa de forma particularmente clara en su trabajo (1977: 136-7).

4. Deberíamos aclarar un punto terminológico aquí. Utilizamos el término "valor-trabajo" o simplemente "valor" en algunos contextos, para referirnos a la suma del tiempo de trabajo directa e indirectamente requerido para producir un producto dado, o en otras palabras, el coeficiente de trabajo verticalmente integrado de un producto. Tomamos este uso como básicamente en línea con el de Ricardo y Marx, aunque algunos estudiosos de Marx no estarán de acuerdo –ej. Freeman y Carchedi (1996).

5. Con precios que vacían el mercado, por supuesto, los bienes van a aquellos que deciden pagar lo máximo. En el caso de una distribución igualitaria de ingresos, no hallaríamos ninguna objeción a esto.

solicitar una producción expandida de aquellos bienes con una ratio precio/valor por encima del promedio, y una producción reducida de aquellos con una ratio por debajo del promedio.[6]

En cada período, el plan debería equilibrarse, utilizando bien métodos de insumo-producto o un algoritmo de compensación alternativo.[7] Esto es, la producción bruta necesaria para conseguir el vector objetivo de productos finales debería calcularse por adelantado. Esto contrasta con el sistema de Lange (1938), en el que la misma coherencia del plan –y no sólo su perfeccionamiento– se deja al ensayo y error. Nuestro sistema, sin embargo, no impone el requisito de que el patrón de demanda del consumidor se anticipe de forma perfecta *ex ante*; los ajustes a este respecto se dejan a un sistema iterativo que tiene lugar en un momento histórico.[8]

El sistema propuesto en su totalidad se muestra de forma sinóptica en la Figura 1.

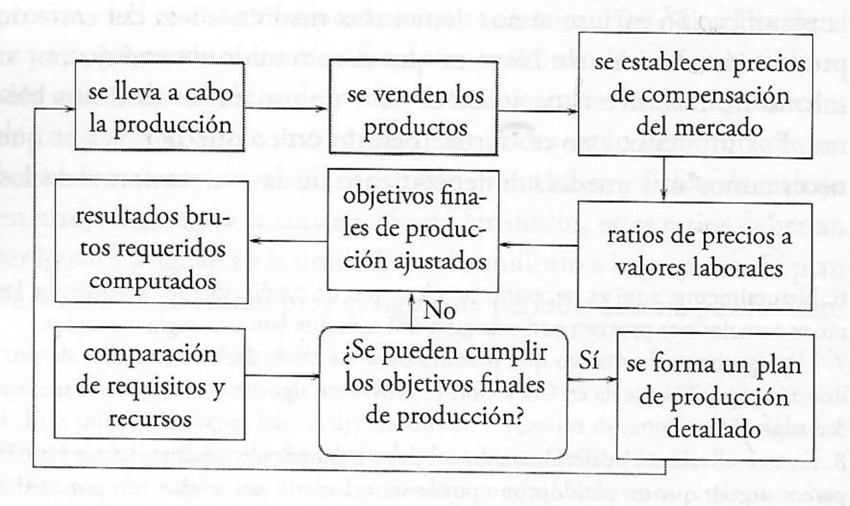
Este sistema hace frente a las objeciones de Nove (1983), principalmente que los valores laborales no pueden servir de base para la planificación incluso si nos dieran una medida válida del coste de producción. La idea de Nove es que el contenido de trabajo por sí mismo no nos dice nada sobre el valor de uso de los distintos bienes. Por supuesto, esto es cierto,[9] pero lo único que significa es que necesitamos una medida independiente de las valoraciones de los

---

6. Naturalmente, aquí es necesario un elemento de predicción de la demanda: las ratios actuales nos proveen con una guía útil más que con una regla mécanica.
7. Un algoritmo alternativo que permita para los *stocks* dados de medios de producción específicos se da en Cockshott (1990). Este algoritmo se trata en la sección 3.3 más adelante.
8. En sus reflexiones posteriores sobre el debate del cálculo scialista, Lange (1967) parece sugerir que un plan óptimo puede ser calculado por adelantado por medio de un ordenador, sin necesidad del ensayo y error a tiempo real que había sugerido en 1938. En tanto en cuanto esto requeriría que las funciones de consumo y demanda fueran conocidas por adelantado, a nosotros esto nos parece irrealizable.
9. Lo cual ya comprendía con claridad Marx: "En base a una productividad laboral dada, la producción de una cantidad específica de artículos en cada esfera particular de la producción requiere una cantidad concreta de tiempo de trabajo social; aunque esta proporción varía en diferentes esferas de producción y no tiene una relación interna a la utilidad de estos artículos o la naturaleza especial de sus valores de uso (1972: 186-7)."

consumidores; y el precio, en fichas de trabajo, que más o menos equilibraría la oferta planificada y la demanda del consumidor, nos provee con esta medida. En el mismo sentido, podemos responder a una de las ideas que presentaba Mises al hablar de los problemas con los que se encontraba el socialismo en condiciones dinámicas (1951: 196 y ss.). Uno de los factores dinámicos que considera es el cambio en la demanda de consumidor, sobre el cual escribe: "Si el cálculo económico y con él siquiera un aproximado cálculo de los costes de producción fuera posible, entonces podría permitírsele a cada ciudadano demandar lo que le apeteciera, dentro de los límites de las unidades de consumo totales que le hubieran sido asignadas...". Pero, continúa: "dado que, bajo el socialismo, estos cálculos no son posibles, todas las cuestiones de demanda se deben dejar por necesidad al Gobierno". Nuestra propuesta precisamente permite la elección por parte de los consumidores que Mises echaba en falta.

**Figura 1**: líneas básicas del mecanismo de planificación



## 3. Factibilidad de los cálculos

### *3.1 Cálculos de los valores-trabajo*

La propuesta anterior descansa sobre la suposición de que es posible calcular el contenido en trabajo de cada producto de la economía. El problema tiene solución en principio, dado que contamos con $n$ valores laborales desconocidos relacionados por un grupo de funciones de producción lineales $n$. El problema no es de principio sino de escala.[10] Cuando el número de productos llega a los millones, los cálculos necesarios no son algo trivial.

Si representamos el problema de forma estándar, a través de una matriz de $n$ por $(n+1)$, donde las filas representan productos y las columnas representan insumos producidos más trabajo directo, la solución analítica de las ecuaciones utilizando la eliminación gaussiana requiere $n^3$ operaciones de multiplicación y un número ligeramente mayor de adiciones y sustracciones. La Tabla 1 muestra los requisitos informáticos para estos cálculos asumiendo economías de distintos tamaños. Suponemos que el uniprocesador es capaz de $10^8$ multiplicaciones por segundo y que el multiprocesador puede realizar $10^{10}$ multiplicaciones por segundo.

**Tabla 1.** Solución gaussiana a los valores-trabajo

| | | Tiempo que tarda en segundos: | |
|---|---|---|---|
| Número de productos | Multiplicaciones | Uniprocesador | Multiprocesador |
| 1.000 | 1.000.000.000 | 10 | 0,1 |
| 100.000 | $10^{15}$ | $10^7$ | 100.000 |
| 10.000.000 | $10^{21}$ | $10^{13}$ | $10^{11}$ |

Puede verse que, teniendo únicamente en cuenta el tiempo de

10. Hay una dificultad de principio en el caso de la producción conjunta. Pero como hemos mostrado (Cottrell y Cockshott, 1993a, apéndice), esto no es un obstáculo serio para el uso de valores laborales en el proceso de planificación tal y como se ha descrito anteriormente. Básicamente, es suficiente con que sea posible comparar los precios agregados y los valores agregados de los bienes específicos que se producen conjuntamente.

computación, incluso al multiprocesador le llevaría $10^{11}$ segundos, o más de tres mil años, para hallar una solución para una economía de 10 millones de productos. La situación se complica aún más por la memoria necesaria para almacenar la matriz, que crece como $n^2$. Dado que las memorias más grandes posibles en la actualidad son del orden de $10^{10}$ palabras, esto impondría un límite de 100.000 productos al tamaño del problema que podría manejarse.

Sin embargo, si tomamos en cuenta la *escasez* de la matriz (esto es, la alta proporción de entradas cero, cuando se especifica a detalle completo) el problema se convierte en algo más tratable. Supongamos que el número de diferentes tipos de componentes que entran directamente en la producción de cualquier producto individual es $n^k$ donde $0<k<1$. Si asumimos un valor de 0,4 para $k$, que parece bastante conservador,[11] hallamos que los requisitos de memoria aumentan hasta $n^{(1+k)}=n^{1,4}$. Si podemos simplificar el problema usando técnicas númericas iterativas (Gauss-Seidel o Jacobi, ver Varga, 1962) para obtener soluciones aproximadas, obtenemos una función de complejidad computaciones del orden de $An^{1,4}$, donde $A$ es una pequeña constante determinada por la fidelidad requerida para la respuesta.

Esto reduce el problema a uno dentro de la perspectiva de la tecnología informática actual, tal y como se muestra en la Tabla 2. El requisito más exigente sigue siendo el de la memoria, pero éste se halla dentro de los límites de las máquinas disponibles actualmente. Nuestra conclusión es que la computación de los valores-trabajo es claramente factible.

**Tabla 2.** Solución iterativa a los valores-trabajo (asumiendo A=10)

| | | | Tiempo que tarda en segundos | |
|---|---|---|---|---|
| Número de productos | Multiplicaciones | Palabras de memoria | Uniprocesador | Multiprocesador |
| 1.000 | 158.489 | 31.698 | 1,6 x 10-3 | 1,6 x 10-5 |
| 100.000 | 100.000.000 | 20.000.000 | 1 | 0,01 |
| 10.000.000 | 6,3 x 1010 | 1,2 x 1010 | 630 | 6,3 |

11. Esto significa, por ejemplo, que en una economía de 10 millones de productos, cada producto se asume que tendrá un promedio de 631 insumos directos.

### *3.2 Asignación de recursos*

Si asumimos que la combinación de productos netos o finales requeridos por el plan se halla especificada, así como también las tecnologías disponibles y los *stocks* de medios de producción ¿qué dificultad conlleva computar un plan factible? (Por un plan "factible" entendemos uno que produce al menos los productos requeridos utilizando los recursos disponibles). Siguiendo esta idea, ¿podemos determinar si la combinación de productos planificada no es factible dados los recursos?

La forma clásica de afrontar este problema implica el uso de programación lineal, cuyos requisitos computacionales son desafortunadamente prohibitivos para una economía de millones de productos. Pero si estamos dispuestos a relajar nuestros requisitos en cierta medida y aceptar una solución "buena" en vez de óptima, podemos realizar una simplificación similar a aquella descrita para calcular los valores-trabajo. Afrontaríamos el problema empezando con la lista objetivo de productos finales, e iríamos obteniendo los correspondientes productos en bruto requeridos (a través del mismo tipo de método de solución iterativa dispuesto para los valores-trabajo, y explotando la escasez de matriz de insumo-producto de la misma forma). Dado el vector de producción bruta, es algo directo el determinar los requisitos totales de trabajo y medios de producción fijos de distintos tipos. Si estos últimos requisitos pueden cumplirse, estupendo; y si no, debería reducirse la lista objetivo de productos finales e intentarse de nuevo. Estos pasos se muestran en forma de bucle en la parte inferior izquierda de la Figura 1. Aunque es computacionalmente factible, este método tiene el inconveniente de requerir un ajuste manual del vector de producto objetivo a cada vuelta del bucle, y no consigue asegurar que todos los recursos se utilicen al máximo.

### *3.3 Compensación del plan de baja complejidad*

Una técnica alternativa preferible, que toma ideas de la literatura de redes neurales, se muestra en Cockshott (1990). Ésta es de una complejidad $An^{(1+k)}$, tal y como era la solución iterativa para los valores-trabajo. Los requisitos computacionales son por tanto esencialmente los mismos. El proceso implica definir una métrica para el nivel de ajuste entre el grupo de productos finales objetivo y el grupo factible com-

putado, limitado por los *stocks* de medios de producción de distintos tipos existentes y por el tiempo de trabajo disponible.

El problema estriba en combinar un grupo de tecnologías, *stocks* y flujos de bienes de tal forma que consiga un grupo de productos objetivo $g_i$. Dejamos al subíndice $i$ recorrer todos los productos y al subíndice $j$ recorrer los *stocks* y flujos. Así, $S_{ij}$ representa el *stock* de bienes $j$ utilizado en la producción del producto $i$ y $F_{ij}$ denota el flujo del bien $j$ usado en la producción. Asumimos que los *stocks* y flujos toman valores enteros (esto es, los bienes no son infinitamente divisibles). También asumimos que hay una relación lineal entre el *output* de un producto y los *stocks* y flujos requeridos para producirlo.

$$S_{ij} = O_i c_j$$
$$F_{ij} = O_i f_j$$

Donde $O_i$ es el producto del producto número $i$ y $c_j$, $f_j$ son constantes específicas de tecnología.

El algoritmo usa tecnologías desarrolladas en redes neurales simuladas, en particular la noción de "función de armonía" (Solensky, 1986). Definimos una función de armonía valorada real

$$H(g,O)=1-\frac{1}{o_i / g_i} \quad \text{(ver Figura 2)}$$

que adopta un valor negativo cuando el producto desciende por debajo del objetivo y un valor positivo cuando lo excede. La armonía marginal es una función declinante del producto, lo cual codifica la idea de que los déficits son un problema más grave de lo beneficiosos que son los superavits.

Para nuestro modelo simulado de la economía comenzamos con una distribución de recursos inicial arbitraria. En un contexto de planificación real podríamos empezar con la distribución de recursos entre industrias realmente existente.

El algoritmo es como sigue:

1. Para cada industria determina el nivel de producto que se puede obtener con la distribución de recursos actual, $O^0_i$.

2. Para cada industria determina qué *stock* de insumos actúa como

factor limitador de tasa para la producción.

3. Dada una función de producción lineal podemos entonces determinar cuánto de cada insumo requiere cada industria a fin de soportar un producto en bruto de. A estos *stocks* los denominamos *stocks* de compensación y los representamos con $b^0_{i,j}$. Dados los *stocks* de compensación, deducimos éstos de los *stocks* distribuidos inicialmente, y lógicamente distribuimos los *stocks* residuales a una reserva global.

4. Se computa el producto neto de cada bien a través de toda la economía en su conjunto, y por tanto la armonía de cada industria.

5. Se computa la armonía media del conjunto de la economía.

6. Se ordenan las industrias según su armonía.

7. Para cada industria, comenzando por la menos armoniosa:

a) Si hay *stocks* disponibles insuficientes en la reserva global, se distribuye suficiente de cada bien a la industria a fin de elevar su nivel de producción al punto según el cual su armonía sería igual a la armonía media de la economía en su conjunto.

b) Si los *stocks* son insuficientes para hacer esto, se distribuyen cuantos sean posibles.

8. Todos los pasos hasta ahora o bien han incrementado o bien han conservado la armonía de cada producto. Ahora distribuimos recursos de las industrias con la armonía más alta a las industrias donde la armonía es baja y la derivativa parcial de la función de armonía es alta con respecto al insumo dado. Esto se puede conseguir a través de:

a) la computación, para cada producto, de la media de las derivativas parciales de todas las funciones de armonía de las industrias para las que aparece como un insumo;

b) quitarle los suficientes *stocks* a las industrias en el decil superior a fin de reducir el producto de las industrias hasta la armonía con la media; y

c) distribuir los *stocks* resultantes a la reserva global.

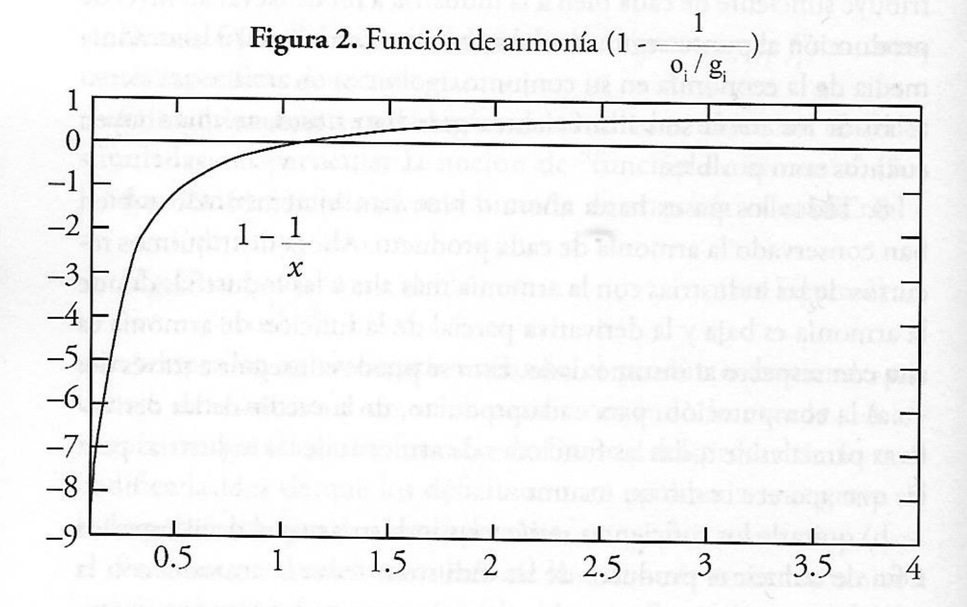
9. Iterar pasos 2 hasta 8 hasta que el incremento en la armonía total sea inferior a alguna constante $\varepsilon$ pre-dada.

La complejidad del algoritmo es de orden *RkNM* donde *R* es el número de iteraciones, *N* el número de productos y *M* el número medio de los insumos por industria. La fiabilidad del resultado, medido

en dígitos de desviación de la armonía total de su valor límite, crece linealmente con $R$. El valor esperado de $R$ es por tanto pequeño en comparación a $N$ y $M$, y en general tenemos la relación $N \gg M > R$. El tiempo de computación total es por tanto del mismo orden que el de hallar los valores laborales.

El algoritmo anterior busca el espacio de planes factibles, intentando maximizar el grado de ajuste entre producto factible y producto objetivo. La naturaleza del algoritmo de búsqueda es tal que puede llegar a un máximo local más que buscar un máximo global; éste es el precio que se paga por la manejabilidad computacional. Aún así, que la solución no es un plan óptimo sino simplemente un buen plan factible, no es un problema grave cuando se compara la planificación con el mercado, dado que ningún mercado real alcanza una estructura óptima de producción.

**Figura 2.** Función de armonía $(1 - \frac{1}{o_i / g_i})$




### *3.4 Comparación con la tecnología informática existente*

Hemos determinado la escala de los recursos informáticos requeridos a fin de computar tanto los valores-trabajo como un plan factible para el conjunto de la economía. La memoria y la capacidad de procesamiento necesaria están claramente dentro de las capacidades de las máquinas actuales. Tomamos como punto de comparación un

multiprocesador capaz de $10^{10}$ multiplicaciones por segundo; las tasas máximas de máquinas que se usan en las instituciones de investigación en la actualidad superan las $10^{12}$ operaciones por segundo.[12] Se debe permitir cierta reducción en las tasas máximas antes de llegar a un funcionamiento sostenible para un ordenador, pero nuestro funcionamiento objetivo es claramente realista. Los requisitos de memoria también están dentro de los límites de los productos actuales. Con ordenadores modernos, podemos imaginar la computación de una lista actualizada de valores laborales a un ritmo diario y la preparación de un nuevo plan de perspectiva de forma semanal –algo más rápido que la capacidad de reacción de una economía de mercado.

## 4. Conclusión

Hemos presentado las líneas básicas de un modelo de planificación socialista que defendemos que sería eficiente y respondería a las necesidades populares. Hemos defendido que se trata de un sistema factible técnicamente dada la actual tecnología informática, y hemos defendido el uso de valores laborales en nuestra propuesta de sistema, ante los ataques consistentes en que los "precios burgueses" (que implican una tasa de ganancia igualada) otorgan medios superiores para el cálculo económico. Desde esta perspectiva, el fracaso del modelo soviético no se puede tomar como sinónimo de fracaso del socialismo: lo que falló en Rusia fue una forma particular de planificación, otras formas superiores son posibles.

Al lector se le podría ocurrir una pregunta: ¿no estamos siendo acaso arrogantes en extremo al suponer que hemos formulado un modelo adecuado para la planificación central, cuando las "mejores mentes" de la URSS fracasaron en conseguir algo así durante un período de 25 años? (Esto, desde 1960 o así, cuando el tema de la reforma del sistema de planificación surgió, hasta finales de los 80 cuando la idea al completo se abandonó en favor de una transición

12. Ver la página web www.cray.com, también Dongarra, Meuer y Strohmaier (1997).

al mercado). Pero no es que nos creamos más inteligentes que los economistas soviéticos; más bien es que no estamos operando bajo los mismos límites.[13] Las dos principales influencias intelectuales de nuestro modelo son (a) un marxismo crítico y no dogmático y (b) la ciencia informática moderna. Era muy difícil combinar ambas en la URSS, donde el "marxismo" muy a menudo servía una función oscurantista y anticientífica. Nuestras posturas probablemente se hubieran percibido como desviacionistas por parte de los guardianes de la ortodoxia... y al mismo tiempo inocentemente socialistas por aquellos que tenían una visión del socialismo formada en los cínicos años de Brezhnev, y para los cuales el marxismo no era más que un dogma fosilizado.

## Adenda: Big data y superordenadores: fundamentos del ciber-comunismo (P. W. Cockshott)

Desarrollaré las siguientes tesis:

- La incapacidad del socialismo del siglo XX para alcanzar el comunismo llevó a la crisis de la URSS.
- El comunismo requiere de un estadio concreto de desarrollo de la tecnología.
- Este estadio únicamente se alcanzó al final del siglo XX.
- Pero este problema de adecuación técnica no se puede entender únicamente a través de los términos humanistas de "abundancia" o en los de "el reino de la necesidad".
- En este proceso trataré lo que pienso que son los errores sobre el comunismo por parte de los soviéticos, antes de analizar las etapas de transición por las que una economía moderna necesitaría pasar para llegar al comunismo.

---

13. Para más información sobre las diferencias entre nuestras propuestas y los métodos de planificación utilizados en la Unión Soviética, ver Cottrell y Cockshott, 1993b.

## 1. Qué es un modo de producción

¿Es el socialismo un modo de producción? La versión estándar, derivada de Stalin, es que un modo de producción es la combinación de fuerzas productivas y relaciones de producción:

*Modo de producción = fuerzas productivas + relaciones de producción.*

Stalin resumió esto como:

> "las fuerzas productivas son sólo un aspecto de la producción, un aspecto que expresa la relación de los hombres con los objetos y fuerzas de la naturaleza de los que hacen uso a fin de producir valores materiales. Otro aspecto de la producción, otro aspecto del modo de producción, es la relación de los hombres entre sí en el proceso de producción, las relaciones de producción"[14].

Ésta es la visión ortodoxa, pero creo que es errónea. Otro significado de la frase modo de producción es, de acuerdo a Marx, el modo de producción material. Este modo de producción, de acuerdo al prefacio de 1857 de Marx, condiciona la vida social y política. Las relaciones de producción sólo tienen que ser apropiadas a las fuerzas productivas.

> "En la producción social de su existencia, los hombres entran de forma inevitable en relaciones concretas que son independientes de su voluntad, esto es, las relaciones de producción dadas en un cierto estadio del desarrollo de las fuerzas materiales de producción. La totalidad de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, sus verdaderos fundamentos, sobre los cuales se alza la superestructura legal y política y que corresponde a las formas concretas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso general de la vida social, política e intelectual"[15].

14. J. Stalin. *Dialectical and historical materialism*. Lawrence & Wishart, 1943.
15. Karl Marx. *Preface and Introduction to a Contribution to the Critique of Political Economy*. Foreign Languages Press, 1976.

Marx ya había expresado esta concepción diez años antes en su elocuente frase:

> "El molino manual nos otorga la sociedad del señor feudal; el molino de vapor, la sociedad con el capitalista" [16].

En esta concepción, la característica principal de la producción capitalista es la industria de maquinaria, la producción por medio de máquinas (movidas por vapor). Pero esto debería hacernos reflexionar: ¿no se caracteriza también el socialismo por el uso de la producción mediante maquinaria, por el uso de formas artificiales de energía?

Recordemos que Lenin expresó esta misma idea cuando nos dio la siguiente ecuación:

*Socialismo = poder de los soviets + electrificación.*

Dado que la diferencia entre la energía de vapor y la eléctrica es secundaria, y que sabemos que las economías capitalistas también usaban la electricidad, la idea importante es que el capitalismo y el socialismo comparten el mismo modo de producción.

*Modo de producción capitalista = industria de maquinaria movida por energía.*
*Modo de producción socialista = industria de maquinaria movida por energía eléctrica.*

Y así, el modo de producción socialista sería una subcategoría del modo de producción con maquinaria –aquel que usa una red eléctrica a nivel nacional. Por tanto el primer objetivo de la URSS fue el disponer del plan de energía eléctrica GOLERO.

El socialismo y el capitalismo no se diferenciarían tanto como modos de producción sino en tanto en cuanto a sus relaciones sociales.

16. Karl Marx. *Poverty of philosophy*. 1847.

*Relaciones de producción capitalistas= Producción de mercancías +Propiedad privada + Trabajo asalariado +Anarquía del mercado*

*Relaciones de producción socialistas= Propiedad pública + Trabajo asalariado +Planificación*

Las diferencias importantes estriban, primero, en que las relaciones de producción socialistas pueden restringir la forma de mercancía en el mercado de bienes de consumo. En el sector de propiedad pública no hay cambio en cuanto a la propiedad de los medios de producción, ya que estos van de una fábrica estatal a otra –por tanto estos bienes no son mercancías. En segundo lugar, la economía socialista sustituye la propiedad privada por pública. En tercero, reemplaza el anárquico mercado con la planificación dirigida. Éstas son las diferencias en las relaciones de producción pero no en el modo de producción.

## 2. Marx versus la URSS respecto al comunismo

Marx, en su *Crítica al Programa de Gotha*, presenta un proceso de tres estadios de transición al comunismo:

1. Capitalismo
2. Primer estadio del comunismo. Inexistencia de mercancías o dinero, de propietarios privados, pago en fichas laborales de acuerdo al trabajo físico realizado. Servicios públicos financiados por un impuesto sobre la renta según los ingresos laborales.
3. Segundo estadio del comunismo. Pago de acuerdo a las necesidades, las familias de mayor tamaño, etc. reciben mayores ingresos.

Las diferencias relevantes son que los soviéticos interpretaron el primer estadio del comunismo con algo mucho menos radical: el socialismo. Se olvidaron de que el socialismo era una idea mucho más amplia que el comunismo, y que en el Manifiesto Comunista se dedica un

capítulo entero a explicar por qué los comunistas son diferentes de los socialistas. El socialismo de la URSS fue, básicamente, el socialismo de 1902 del por aquel entonces aún revolucionario Karl Kautsky[17].

## 3. ¿Por qué la URSS no alcanzó el comunismo?

> "La base material y técnica del comunismo se construirá al final de la segunda década (1971-80), asegurando una abundancia de valores materiales y culturales para la totalidad de la población; la sociedad soviética se acercará a un estadio en el que podrá introducir el principio de la distribución de acuerdo a las necesidades, y habrá una transición gradual a una forma de propiedad –la propiedad pública. Así, la sociedad comunista se edificará principalmente en la URSS. La construcción de la sociedad comunista se completará en el período subsiguiente" (Programa del PCUS, 1960).

La URSS en la década de los 60 era aún muy ambiciosa. Tenían una planificación temporal muy optimista para superar a los EEUU y de hecho en muchas industrias claves lo llegaron a conseguir. La transición al comunismo se veía únicamente en términos de cantidad de producto y no en los de un cambio en las relaciones sociales. Un desarrollo técnico clave fue el de la electrificación: la electrificación, que es la base de la construcción económica de la sociedad comunista, juega un rol esencial en el desarrollo de todas las ramas económicas y en garantizar un progreso tecnológico moderno. Es por tanto importante el garantizar la prioridad del desarrollo de la producción de energía eléctrica. Es notable que no se prestara una atención particular a la tecnología de la información como tecnología que posibilitaba el comunismo.

¿Cómo lo hicieron de bien? Bueno, la Tabla 1 muestra que en su objetivo clave de electricidad, la URSS en 1990 ya tenía mejores resultados que los principales países capitalistas europeos habían conseguido un cuarto de siglo después.

17. Karl Kautsky. *The social revolution*. CH Kerr, 1902.

**Tabla 1:** comparativa de energía disponible en diferentes economías convertida en esfuerzo laboral humano equivalente per cápita. Se asume que un trabajador manual puede realizar 216 Kwh por año de trabajo.

| | Año | Gwh | Trabajo humano equivalente per cápita |
|---|---|---|---|
| China | 2014 | 5665000 | 19,2 |
| EEUU | 2014 | 4331000 | 63,1 |
| UE | 2014 | 3166000 | 19,7 |
| URSS | 1990 | 1728000 | 27,3 |
| URSS | 1940 | 48000 | 1,2 |
| URSS | 1931 | 8800 | 0,3 |
| Rusia | 1913 | 1300 | 0,0 |
| RU | 2014 | 338000 | 24,8 |
| RU | 1907 | 61320 | 7,3 |

¿Fue ésta energía suficiente para el comunismo? ¿Qué hay acerca de la producción de alimentos? ¿Hasta qué punto alcanzó la URSS sus objetivos aquí? Bastante bien, de acuerdo a la Tabla 2.

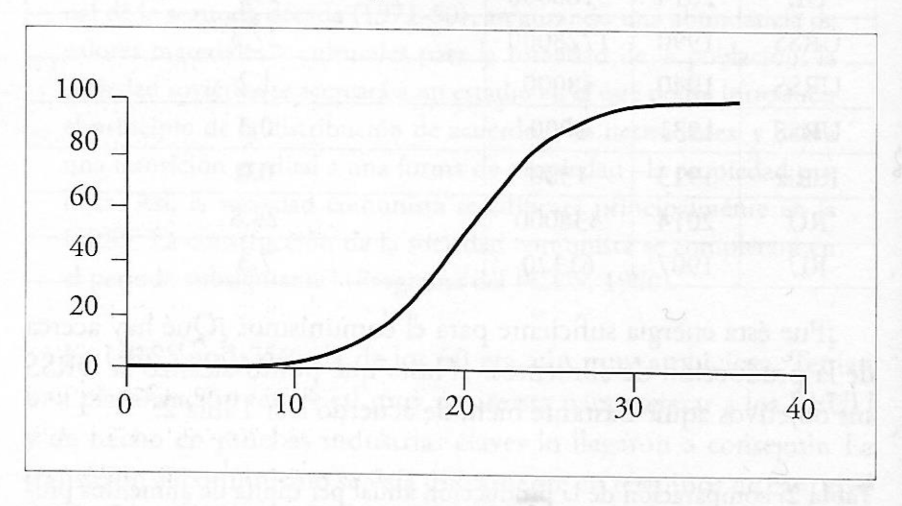
**Tabla 2:** comparación de la producción anual per cápita de alimentos proteicos en la economía soviética tardía, de Reino Unido, Brasil y de EEUU. Nótese que para todas las categorías la Unión Soviética tardía mostraba mejores cifras. Datos de FAOSTAT y USDA18.

| | Año | Carne Kilos | Leche Kilos | Huevos Unidades |
|---|---|---|---|---|
| URSS | 1988 | 69 | 375 | 299 |
| Brasil | 1988 | 49 | 96 | 163 |
| RU | 1988 | 55 | 265 | 201 |
| EEUU | 1988 | 58 | | |
| EEUU | 1990 | | | 236 |
| EEUU | 1995 | | 259 | |

18. Bertram Patrick Pockney. *Soviet statistics since 1950*. Aldershot (UK) Dartmouth, 1991.

¿Era esta producción de alimentos suficiente para el comunismo?

A pesar de esto, el crecimiento soviético se ralentizó. La era Kruschev había asumido el crecimiento exponencial continuado y definido el comunismo en términos de alcanzar un crecimiento exponencial. La suposición del crecimiento exponencial era poco realista. El crecimiento real no puede ser exponencial por mucho tiempo, porque inevitablemente comienza a ralentizarse. El crecimiento real tiende a seguir una curva logística como esta.




## *El comunismo de Kruschev restó importancia al cambio social*

> "Bajo el comunismo no habrá clases, y las distinciones socioeconómicas y culturales, y las diferencias en condiciones de vida entre el medio urbano y rural desaparecerán; el medio rural se igualará con el urbano en cuanto a desarrollo de las fuerzas productivas y la naturaleza del trabajo, en cuanto a las relaciones de producción, las condiciones de vida y el bienestar de la población" (Programa del PCUS, 1960).

Pero el programa concreto no tenía medidas para abolir las clases, el dinero o las mercancías. Cuando la imposibilidad de continuar con un 10% de crecimiento se comenzó a percibir, se vio como un fracaso del comunismo, dado que el cambio social no había estado presente en su núcleo. Si la sociedad no estaba avanzando, fracasó para inspirar moralmente a la gente y para finales de los años 80 los comunistas no pudieron resistir las presiones de la ideología capitalista.

## 4. Los teóricos burgueses dijeron que el comunismo era imposible

Von-Mises: Sólo el dinero otorga una base racional para comparar los costes. El cálculo en términos de tiempo laboral no es práctico debido a los millones de ecuaciones que tendrían que resolverse.

Hayek: el mercado es como un sistema de telecomunicaciones que transmite la información para articular la economía. Solo el mercado puede resolver el problema de la información dispersa.

Había algo de cierto en esto. El comunismo de Marx no era posible aún en 1960 debido a las limitaciones del procesamiento de información. El comunismo de Marx en su estadio 1 suponía:

- Ausencia de dinero.
- Cálculo en términos de tiempo laboral y valores de uso.
- Pago en créditos laborales.

Pero el calcular el contenido laboral de cada bien requiere resolver millones de ecuaciones. Los ordenadores de los años 60 no eran suficientemente potentes. Este hecho se dejó sentir en las limitaciones del socialismo soviético. El dinero aún resultaba necesario para el cálculo económico incluso en el sector planificado. Había un problema de agregación en la planificación que requería el determinar objetivos monetarios. Existía una incapacidad para manejar planes desagregados a nivel de la Unión Soviética en su conjunto. Se necesitaba el dinero para pagar los salarios. Pero el dinero en metálico llevó al mercado negro, la corrupción y la presión para restaurar las relaciones capitalistas.

## 5. Desarrollos clave en las fuerzas productivas desde 1960

Desde los años 60, una serie de avances técnicos nos han permitido superar las viejas objeciones a la economía comunista.

- Internet: permite la planificación cibernética en tiempo real y puede resolver el problema de la información dispersa –la principal objeción de Hayek.
- Big-data: permite la concentración de información necesaria para la planificación.

- Superordenadores: pueden resolver millones de ecuaciones en segundos –la objeción de Von Mises.
- Tarjetas para el pago electrónico: permiten reemplazar el dinero en metálico con créditos laborales no transferibles.

### *Complejidad computacional*

¿Cómo de fácil sería resolver los millones de ecuaciones? Hay algunos problemas que llegan a ser computacionalmente intratables incluso para el mayor de los ordenadores. ¿Es la planificación económica o el uso de contabilidad laboral uno de ellos?

No, no lo es. En una serie de artículos[19], Allin Cottrell, Greg Michaelson y yo hemos mostrado que la complejidad computacional de computar valores laborales para una economía entera con N productos distintos crece como Nlog(N). Esto significa que es altamente tratable y fácil de resolver gracias a los ordenadores modernos.

### *Democracia directa*

Existe también la posibilidad de usar las redes informáticas y el voto a través de teléfonos móviles para permitir el control democrático directo por parte de la masa de la población sobre la economía. Esto permite que las decisiones estratégicas más importantes se tomen de forma democrática. Cuestiones del tipo de: ¿cuánto trabajo debería dedicarse a la educación? ¿Cuánto a la sanidad, las pensiones o los enfermos? ¿Cuánto a la protección del medio ambiente? ¿Y a la defensa nacional? ¿Qué cantidad se dedica a la inversión nueva?

Todo esto se puede llevar a cabo a través del voto directo utilizando ordenadores o teléfonos móviles cada año. Hemos diseñado un prototipo de software para agregar los deseos del público de esta forma.[20]

---

19. Paul Cockshott y Allin Cottrell. "Labour value and socialist economic calculation". *Economy and Society*, 18(1):71-99; W Paul Cockshott y Allin F Cottrell. "Value, markets and socialism". *Science & Society*, pages 330-357, 1997; W Paul Cockshott y Allin F Cottrell. "Information and economics: a critique of Hayek". *Research in Political Economy*, 16:177-202, 1997; Allin Cottrell, WP Cockshott, y Greg Michaelson. "Cantor diagonalisation and planning". *Journal of Unconventional Computing*, 5(3-4):223-236, 2009.

20. WP Cockshott y K. Renaud. "HandiVote: simple, anonymous, and auditable electronic voting". *Journal of information Technology and Politics*, 6(1):60-80,

*Equivalencia*
El principio de Marx de que los bienes no-públicos deberían distribuirse en base al principio de equivalencia –recibes en bienes la misma cantidad de trabajo, después de impuestos, que llevas a cabo. Por tanto, los precios de los bienes se determinan en horas laborales. El *feedback* cibernético de las ventas hacia el plan ajusta el producto a las necesidades del consumidor tal y como muestra la Figura 1.

La producción se lleva a cabo → los bienes se venden → se forman precios de despeje de mercado → ratios de precios a valores laborales → se ajustan objetivos de producción final → se computa producto en bruto requerido → comparación de requisitos y recursos → ¿se pueden cumplir los objetivos de producción final? → se elabora un plan de producción detallado.

Marx argumentó que el cálculo en términos de tiempo laboral llevaría una mayor eficiencia. El sistema de salarios infravalora el auténtico coste social del trabajo y es un obstáculo al uso de la maquinaria más moderna. La transición a un cálculo comunista llevará a un uso racional del tiempo laboral, y a un crecimiento de la productividad laboral más rápido.

Esta ley se aplica en todo el mundo capitalista, ralentizando el crecimiento de la productividad laboral. La clase capitalista busca trabajo barato, lo cual obstaculiza de forma sistemáticamente el progreso técnico. Muestran una falta de voluntad de invertir crónica. Los economistas ortodoxos llaman a esto estancamiento secular.

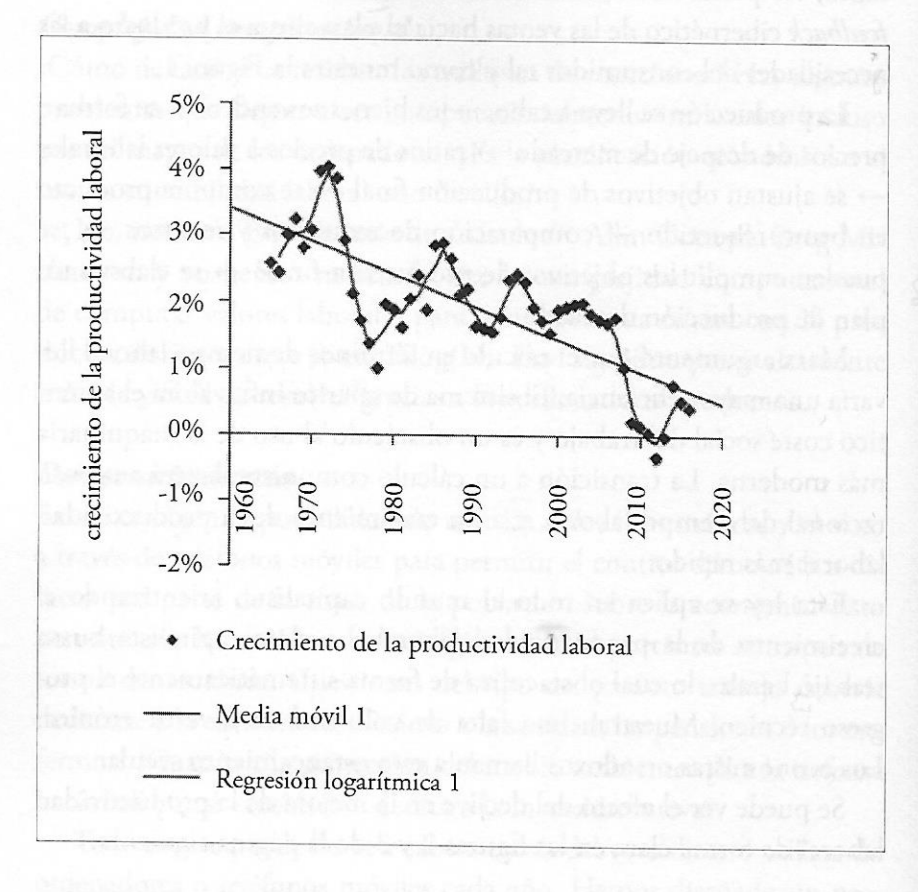
Se puede ver el efecto del declive en la mejora de la productividad laboral de forma clara en las figuras 2 y 3 de la página siguiente.

## 6. Pasos en la transición al primer estadio del comunismo

"El proletariado utilizara su supremacía política para arrebatar, gradualmente, todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los

2009; Karen Renaud y WP Cockshott. *Electronic plebiscites*. 2007; KV Renaud y WP Cockshott. "Handivote: Checks, balances and threat analysis". Enviado para revisión, 2009.

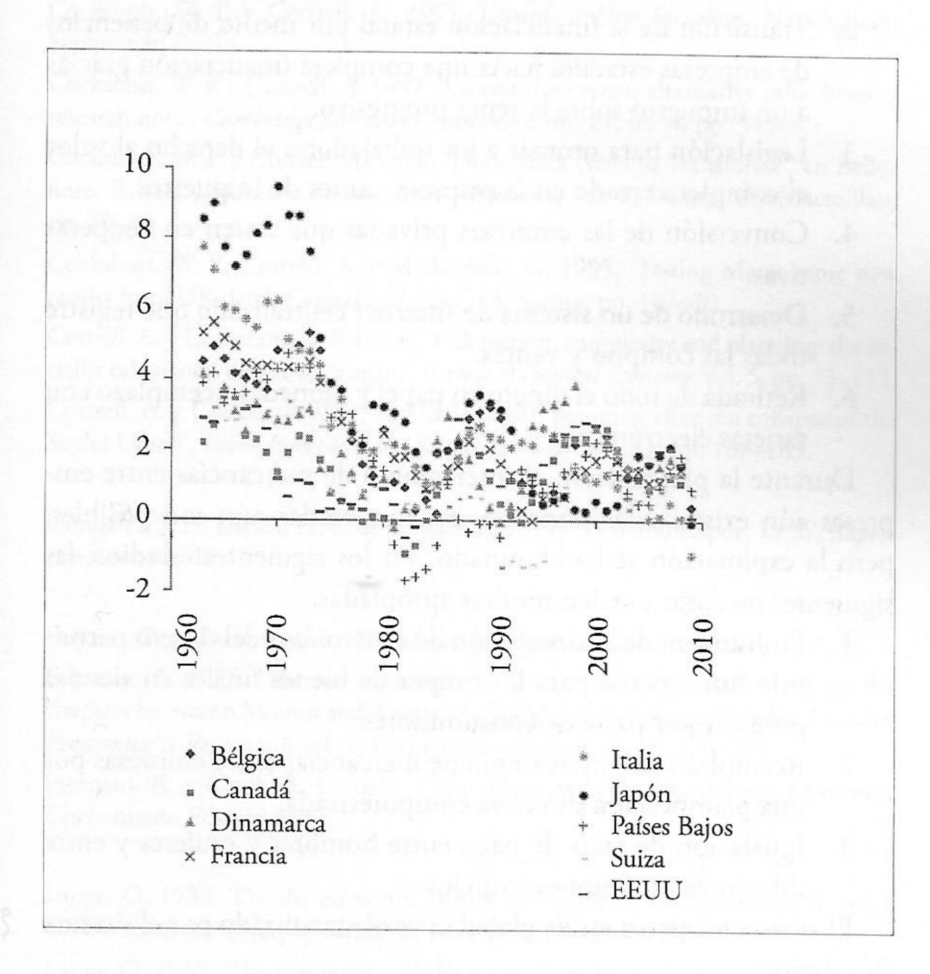
**Figura 2:** el crecimiento de la productividad laboral ha ido disminuyendo a lo largo de la última mitad de siglo en el Reino Unido. Las tasas de crecimiento computadas como media móvil durante los últimos 5 años a partir de los datos de la ONS según el producto por trabajador para la economía en su totalidad.




instrumentos de producción en manos del Estado, esto es: el proletariado, organizado como clase gobernante, y para incrementar el total de las fuerzas productivas tan rápidamente como sea posible.

Por supuesto, al principio, esto no se puede llevar a cabo excepto a través de intromisiones despóticas en los derechos de propiedad, y bajo las condiciones de la producción burguesa; por tanto por medio de medidas que se presentan como económicamente insuficientes e insostenibles pero que, durante su desarrollo, se superan a sí mismas y necesitan aún mayores avances sobre el antiguo orden social, y que

**Figura 3:** el declive en productividad es un fenómeno internacional. Datos obtenidos de las Extended Penn World Tables. Nótese que estos datos sólo llegan hasta el inicio de la recesión de 2008.




son inevitables como medios de revolucionar de forma completa el modo de producción. Estas medidas serán, por supuesto, diferentes según el país".[21]

Aún así, en la mayoría de países socialistas, las siguientes medidas comunistas serán aplicables de forma general.

---

21. Karl Marx y Friederick Engels. *Manifesto of the Communist Party*, trans. S. Moore. Moscow: Progress, 1977.

*Medidas intermedias:*

1. Unidades monetarias convertidas en horas laborales fijadas en el valor medio creado por hora.
2. Transición de la financiación estatal por medio de beneficios de empresas estatales hacia una completa financiación gracias a un impuesto sobre la renta progresivo.
3. Legislación para otorgar a los trabajadores el derecho al valor al completo creado en la empresa –antes de impuestos.
4. Conversión de las empresas privadas que resten en cooperativas.
5. Desarrollo de un sistema de Internet centralizado que registre todas las compras y ventas.
6. Retirada de todo el dinero en papel y monedas, reemplazo con tarjetas electrónicas.

Durante la preparación, el intercambio de mercancías entre empresas aún existe, y las transacciones monetarias aún son posibles, pero la explotación se ha eliminado. En los siguientes estadios, las siguientes medidas pueden resultar apropiadas.

1. Prohibición de la circulación de dinero, uso del dinero permitido únicamente para la compra de bienes finales en tiendas públicas por parte de consumidores.
2. Reemplazo del intercambio de mercancías entre empresas por una planificación directiva computerizada.
3. Igualación de tasas de pago entre hombres y mujeres y entre diferentes profesiones y oficios.

El avance técnico a escala global se ve obstaculizado por el sistema de salarios.

Existe una creciente contradicción entre las relaciones sociales del capitalismo y el potencial de las nuevas fuerzas productivas. La nueva tecnología de la información permite una transición directa al modo comunista de cálculo. Las nuevas relaciones de producción comunistas abolirán las diferencias de clase y permitirán que continúe el progreso técnico y humanitario.

**Bibliografía**


Cockshott, W. P. 1990. 'Application of artificial intelligence techniques to economic planning', *Future Computer Systems*, vol. 2, no. 4, pp. 429–43.

Cockshott, W. P. y Cottrell, A. *1993. Towards a New Socialism*, Nottingham: Spokesman Books.

Cockshott, W. P. y Cottrell, A. 1997. 'Labour time versus alternative value bases: a research note', *Cambridge Journal of Economics*, vol. 21, no. 4, pp. 545–9.

Cockshott, W. P. y Cottrell, A. 1998. 'Does Marx Need to Transform?', en Bellofiore, R. (ed.), *Marxian Economics: A Reppraisal*, vol. 2, Basingstoke:Macmillan, pp. 70–85.

Cockshott, W. P., Cottrell, A. y Michaelson, G. 1995. 'Testing Marx: some new results from UK data', *Capital and Class*, 55, Spring, pp. 103–29.

Cottrell, A. y Cockshott, W. P. 1993a. 'Calculation, complexity and planning: the socialist calculation debate once again', *Review of Political Economy*, vol. 5, pp. 73–112.

Cottrell, A. y Cockshott, W. P. 1993b. 'Socialist planning after the collapse of the Soviet Union', *Revue Européene des Sciences Sociales*, vol. 31, pp. 167–185.

Dongarra, J, H. Meuer, H. y Strohmaier, E. 1997. 'TOP500 Report 1996', *Supercomputer*, no. 1.

Farjoun, E. y Machover, M. 1983. *Laws of Chaos*, London: Verso.

Freeman, A. 1998. 'The transformation of prices into values: comment on the chapters by Simon Mohun and Anwar M. Shaikh', en Bellofiore, R. (ed.), *Marxian Economics: A Reppraisal*, vol. 2, Basingstoke: Macmillan, pp. 270–275.

Freeman, A. y Carchedi, G. (eds) 1996. *Marx and Non-Equilibrium Economics*, Cheltenham: Edward Elgar.

Lange, O. 1938. 'On the economic theory of socialism', en Lippincott, B. (ed.), *On the Economic Theory of Socialism*, New York: McGraw-Hill.

Lange, O. 1967. 'The computer and the market', en Feinstein, C. (ed.), *Socialism, Capitalism and Economic Growth: Essays Presented to Maurice Dobb*, Cambridge: Cambridge University Press.

Marx, K. 1972. *Capital*, Volume 3, London: Lawrence and Wishart.

Marx, K. 1974. 'Critique of the Gotha Programme', en Fernbach, D. (ed.), Karl Marx: *The First International and After* (Political Writings, Volume 3), Harmondsworth: Penguin/New Left Review.

Marx, K. 1976. *Capital*, Volume 1, Harmondsworth: Penguin/New Left Review.

Mises, L. von 1935. 'Economic calculation in the socialist commonwealth', en Hayek, F. A., (ed.) *Collectivist Economic Planning*, London: Routledge & Kegan Paul.

Mises, L. von 1951. *Socialism*, New Haven: Yale University Press.

Nove, A. 1977. *The Soviet Economic System*, London: George Allen and Unwin.

Nove, A. 1983. *The Economics of Feasible Socialism*, London: George Allen and Unwin.

Ochoa, E. M. 1989. 'Values, prices, and wage–profit curves in the US economy', *Cambridge Journal of Economics*, vol. 13, no. 3, September, pp. 413–29.

Petrovic, P. 1987. 'The deviation of production prices from labour values: some methodology and empirical evidence', *Cambridge Journal of Economics*, vol. 11, no. 3, September, pp. 197–210.

Samuelson, P. and von Weisz¨acker, C. 1972. 'A new labour theory of value for rational planning through the use of the bourgeois profit rate', en *The collected scientific papers of Paul A. Samuelson*, Vol. 3, Cambridge, Mass.: MIT Press.

Shaikh, A. 1984. 'The transformation from Marx to Sraffa', in A. Freeman and E. Mandel (eds) *Ricardo, Marx, Sraffa*, London: Verso, pp. 43–84.

Smolensky, P. 1986. 'Information Processing in dynamical systems: foundations of harmony theory', en Rumelhart, D. (ed.), *Parallel Distributed Processing*, vol. 1, Cambridge, MA: MIT Press.

Steedman, I. 1997. *Marx After Sraffa*, London: New Left Books.

Stiglitz, J. E. 1994. *Whither Socialism?* Cambridge, MA: The MIT Press.

Strumilin, S. G. 1977. 'K teorii tsenoobrazovaniya v usloviyakh sotsializma', en Akademiya Nauk USSR, editors, *Aktual'niye problemy ekonomicheskoy nauki v trudakh S. G. Strumilina*, Moscow: Nauka.

Valle Baeza, A. 1994. 'Correspondence between labor values and prices: a new approach', *Review of Radical Political Economics*, vol. 26, no. 2, pp. 57–66.

Varga, R. S. 1962. *Matrix Iterative Analysis*, Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.

Yun, O. 1988. *Improvement of Soviet Economic Planning*, Moscow: Progress Publishers.

# 2

# La eficiencia dinámica en una economía planificada

Maxi Nieto

Una de las críticas más habituales a la planificación económica socialista es la que señala su supuesta incapacidad para impulsar significativamente la eficiencia dinámica de la economía, al no poder promover adecuadamente la innovación empresarial y la coordinación social eficiente en ausencia de procesos de mercado. Esta crítica ha sido desarrollada principalmente por la escuela austriaca de economía, para quien solo el libre ejercicio de la "función empresarial" de los individuos –definida por esta escuela como la capacidad innata que todos tenemos para detectar las oportunidades de ganancia que surgen en el entorno (y que nos hace concebir y perseguir continuamente nuevos fines y medios)– permite generar el tipo de información e incentivos necesarios para el cálculo económico racional y la eficiencia dinámica. Cualquier límite a la libre iniciativa empresarial privada impediría, según este enfoque, el funcionamiento económico eficiente y racional. De ello se deduce que sería imposible organizar una economía compleja (con una división del trabajo desarrollada) por procedimientos no mercantiles, pues no es posible que el órgano planificador se haga con la información necesaria para la coordinación social eficiente. Esta apreciación, a juicio de los austriacos, se habría visto confirmada en la práctica por los problemas reales que mostraron en este terreno las economías de tipo soviético, especialmente desde los años 60 cuando se dejó atrás la etapa de industrialización extensiva y la división del trabajo se hizo cada vez más compleja.

Este tipo de crítica centrada en los problemas de la eficiencia dinámica se ha desarrollado a partir de la reinterpretación del problema del cálculo económico en el socialismo protagonizado por una nueva generación de economistas austriacos en los años 80, como Lavoie (1985) o Kirzner (1998). Estos autores cuestionan la lectura estándar del debate por estar basada en los supuestos estáticos de la economía neoclásica (los modelos de equilibrio general), donde toda la información se toma como dada, un marco teórico desde el que los "socialistas de mercado" de los años 30 (Lerner, Dickinson, Durbin o Lange) habrían construido su respuesta al reto inicial de Mises, incurriendo por ello en los mismos errores.

Para responder a esta crítica al socialismo dividimos el texto en cuatro partes. En la primera presentamos la concepción austriaca de la eficiencia dinámica y su argumento de que ésta es imposible en ausencia de procesos de mercado. En segundo lugar exponemos la crítica marxista a dicha concepción, cuestionando sus bases teóricas y metodológicas, y explicamos por qué el mercado resulta incompatible tanto con los principios jurídico-políticos de autonomía individual y democracia como con la eficiencia en la asignación de los recursos. En tercer lugar se describen los rasgos básicos del proceso de toma de decisiones productivas en una economía socialista y su relación con los problemas de agencia (incentivos) y de información. Por último, presentamos una fórmula institucional para el fomento de la innovación empresarial y el emprendimiento en un marco de propiedad social de los medios de producción.

La tesis central que defendemos en este trabajo es que la planificación socialista de la economía no solo no es incompatible con la eficiencia dinámica sino que constituye el marco institucional más favorable para su genuino desarrollo, al liberarla de las restricciones y distorsiones que le impone el criterio estrecho de la rentabilidad, así como de la incertidumbre consustancial al mercado, y ligarla más directamente a las preferencias y necesidades reales de la población.

## 1. Libertad, eficiencia dinámica y mercado: el planteamiento austriaco

El concepto de eficiencia económica alude a la capacidad que tienen los agentes (y por extensión el conjunto de la sociedad) de extraer de los recursos productivos el máximo provecho posible. A este respecto habría dos dimensiones distintas de la eficiencia económica: la *estática*, relativa a la adecuada gestión de los recursos ya disponibles con el fin de evitar su despilfarro (situando a la economía en su frontera de posibilidades de producción); y la *dinámica*, que consiste en tratar de aumentar la cantidad y variedad de bienes y servicios a través de la innovación y la creatividad empresarial (desplazando hacia la derecha la frontera de posibilidades de producción), minimizando también en ese proceso el derroche de recursos.

Sobre la base de esta distinción, para la escuela austriaca el problema fundamental que enfrenta una economía compleja no es tanto alcanzar su frontera de posibilidades de producción (conseguir la eficiencia estática) como desplazar dicha frontera tanto como sea posible (fomentar la eficiencia dinámica) con el fin de satisfacer una mayor variedad de preferencias de consumo de la población. Y en relación a este problema sostiene que solo el mercado, caracterizado por su estructura descentralizada y los procesos dinámicos de cooperación social, sería capaz de canalizar y fomentar la creatividad empresarial así como de establecer una coordinación económica eficiente.

Para exponer de forma desarrollada el argumento austriaco sobre la imposibilidad de la eficiencia dinámica en una economía socialista nos basamos en el artículo de Jesús Huerta de Soto "La esencia de la escuela austriaca y su concepto de eficiencia dinámica" (2012), que es el texto actual de referencia sobre el tema en lengua castellana. Tal y como explica este autor, para los economistas austriacos el criterio de la eficiencia dinámica está indisolublemente ligado al concepto de "función empresarial", que se refiere a "la capacidad típicamente humana para darse cuenta de las oportunidades de ganancia que surgen en el entorno actuando en consecuencia para aprovecharse de las mismas" (p. 61). Las características más importantes de la función empresarial en relación a la eficiencia dinámica serían las siguientes:

1) genera nueva información (al descubrir oportunidades de ganancia que antes habían pasado desapercibidas) que es subjetiva (exclusiva de cada persona), práctica (solo se crea mediante el ejercicio de la acción empresarial), dispersa (pues está diseminada en la mente de todos los seres humanos) y tácita (por ser difícilmente articulable); 2) es una capacidad esencialmente creativa, en la medida en que todo desajuste social se plasma en una oportunidad de ganancia que queda latente para ser descubierta; 3) transmite información sobre la disponibilidad y demanda de recursos a través de las señales de los precios; 4) tiene un carácter coordinador, pues disciplina comportamientos de los agentes en función de las necesidades de los demás; 5) es competitiva, entendida como un proceso de rivalidad para descubrir oportunidades de ganancia; y 6) la actuación empresarial es un proceso continuo que nunca se detiene ni se agota, ya que al descubrirse nueva información se modifica la percepción general de fines y medios de los actores implicados, lo cual da lugar a nuevos desajustes y, por tanto también, a nuevas oportunidades de negocio.

De acuerdo con todas estas características, Soto sostiene que

> "un ser humano, una empresa, una institución o todo un sistema económico serán tanto más eficientes conforme más y mejor impulsa la creatividad y la coordinación empresarial (...). En esta perspectiva dinámica, lo verdaderamente relevante no es tanto el evitar el despilfarro de unos medios que se consideran conocidos y «dados» (objetivo que, recordemos, era el prioritario en la perspectiva de la eficiencia estática) como el descubrir y crear continuamente nuevos fines y medios, impulsando la coordinación" (pp. 62-63).

Por este motivo, la dimensión dinámica de la eficiencia sería la más importante pues, "aunque un sistema económico no se encuentre en la frontera de posibilidades máximas de producción, es posible que todos sus agentes salgan ganando si la creatividad empresarial mueve constantemente la curva hacia fuera aumentando, así, las posibilidades de todos" (p. 63). Desde esta perspectiva, la dimensión dinámica de la eficiencia engloba la estática ya que al favorecer la innovación se corrigen también los desajustes existentes en un proceso continuo de progreso que no se detiene nunca.

Pero además, este concepto de eficiencia dinámica vinculado a la función empresarial de los individuos tendría decisivas implicaciones éticas. Según este enfoque

> "todo ser humano posee una innata capacidad creativa que le permite apreciar y descubrir las oportunidades de ganancia que surgen en su entorno, actuando en consecuencia para aprovecharse de las mismas. Consiste, por tanto, la empresarialidad en la capacidad típicamente humana para crear y descubrir continuamente nuevos fines y medios (...) Y si los fines, los medios y los recursos no están «dados» sino que continuamente están creándose de la nada por parte de la acción empresarial de los seres humanos, es evidente que el problema ético fundamental deja de consistir en cómo distribuir equitativamente «lo existente», pasando a concebirse como la manera más conforme a la naturaleza humana de fomentar la coordinación y la creación empresarial" (p. 64).

De esta concepción del ser humano como "actor creativo y coordinador" se derivaría el principio ético de que "todo ser humano tiene derecho a apropiarse de los resultados de su creatividad empresarial" (p. 64), un principio aplicable en todas las circunstancias de tiempo y lugar. El mercado constituiría por tal motivo un marco institucional ético, dado que la sociedad más justa será aquella que más eficazmente promueva la creatividad empresarial de todos los seres humanos y donde haya seguridad jurídica para apropiarse privadamente de sus resultados.

Finalmente, el principio básico de ética social basado en la propiedad privada de lo que se crea y descubre, así como en el intercambio voluntario de bienes y servicios, "es simultáneamente la condición necesaria y suficiente de la eficiencia dinámica" (p. 65): es condición *necesaria* porque si no se respeta la propiedad privada de los frutos de cada acción humana se bloquea el incentivo más importante para crear y descubrir oportunidades de ganancia y la fuente principal de creatividad y coordinación; y es condición *suficiente* porque un entorno de libertad empresarial, sin interferencia externa que limite la libre concurrencia, es el marco institucional más compatible con la naturaleza humana, y basta para que se desarrolle el proceso empresa-

rial de creatividad y coordinación. Por consiguiente, bloquear la libre actuación humana de tipo empresarial no solo es dinámicamente ineficiente sino que además va contra la naturaleza del ser humano, que es su innata capacidad creativa para concebir nuevos fines y medios. La conclusión lógica de este argumento es que "el socialismo no solo es un error intelectual, pues imposibilita que los seres humanos generen la información que el órgano director necesita para coordinar la sociedad vía mandatos coactivos, sino que, como ya hemos dicho, va contra la naturaleza del ser humano y es éticamente inadmisible" (p. 65).

## 2. Mercado y capital: la respuesta marxista

La crítica marxista a la concepción liberal del mercado –así como del tipo de eficiencia dinámica que éste genera– destaca dos cosas: i) en primer lugar, que el mercado no es una esfera autónoma del modo de producción capitalista y que, por lo tanto, no expresa un orden de relaciones individuales verdaderamente libres entre iguales; justo al contrario, el mercado capitalista constituye un sistema de coacción institucional sobre la gran mayoría de la población, que al estar desposeída de los medios de producción debe entrar inevitablemente en relaciones de dependencia personal y explotación respecto a la minoría propietaria, quedando además el conjunto de la sociedad sometida a una lógica económica ciega que bloquea el libre desarrollo de las capacidades humanas e impide el autogobierno ciudadano; ii) por otro lado, que el mercado es un mecanismo de coordinación y asignación de recursos poco eficiente de acuerdo con las posibilidades técnicas existentes y las necesidades reales de la población, déficit que también se traslada al terreno de la innovación empresarial. A continuación presentamos con detalle el contenido de esta doble crítica.

*i) El mercado capitalista es un marco institucional que impide la autonomía individual y la democracia*

La característica analítica más destacada de la economía convencional –de la que la escuela austriaca representa su variante más radicalmente subjetivista– es que toma los procesos que se desarrollan en

la esfera de la circulación mercantil como base para tratar de explicar la naturaleza y el funcionamiento del modo de producción capitalista. Este rasgo es decisivo porque la esfera de la circulación mercantil se define, como es conocido, por los intercambios voluntarios –que son actos de compra-venta– entre individuos *libres* (para aceptar o no una transacción) e *iguales* en tanto que *propietarios* de recursos. En una sociedad como la burguesa, que se erige sobre la disolución de los lazos comunitarios de dependencia personal que definían al Antiguo Régimen –en sustitución de los cuales emerge una red de interdependencias impersonales, con base en el individuo desvinculado–, toda la coordinación social se establece ya en términos mercantiles. Y es en este sentido que la circulación mercantil se muestra a los ojos de quienes se desenvuelven en ella "como lo inmediatamente existente en la superficie de la sociedad burguesa" (Marx, *Grundrisse*, p. 194). El sistema capitalista en su conjunto parece así articulado en base a actos voluntarios, ordenado a partir de los principios jurídicos modernos de *libertad*, *igualdad* y *propiedad*, sin lugar para la coacción, los privilegios, la servidumbre o la explotación.

Las implicaciones teóricas de este enfoque analítico son evidentes. La circulación mercantil aparece en las elaboraciones de la economía burguesa como una esfera autónoma, externa al capital (es decir, a la división de la sociedad en clases), y por eso mismo como una instancia neutra de mediación o coordinación social a través de la cual se efectúa la distribución de bienes y la satisfacción de las necesidades sociales. Desde esta perspectiva, la extrema desigualdad en la posesión de mercancías para intercambiar –empezando por la propia división de la sociedad en clases, donde la inmensa mayoría de la población la única mercancía que puede llevar al mercado es su propia capacidad de trabajo– aparece como algo externo a la circulación misma, como una circunstancia contingente, y que por lo tanto ni le atañe ni la impugna.

Sin embargo, Marx demuestra en *El Capital* que la circulación mercantil (el "mercado") no constituye una esfera aislada o autónoma de la realidad social sino que representa una determinada dimensión o parte de una totalidad orgánica como es el modo de producción capitalista –unidad de producción, distribución, intercambio y consumo–

cuya estructura fundamental responde a una división de la sociedad en clases y que además posee su propia lógica de funcionamiento y leyes específicas de movimiento. Intercambio universal de mercancías y capital se encontrarían, por lo tanto, orgánicamente conectados, ya que se presuponen el uno al otro dentro de una misma unidad estructural, del mismo modo que la mercancía presupone el dinero (como equivalente general de valor) dentro de la propia esfera mercantil. Más específicamente, la cadena de implicaciones lógico-teóricas que expone Marx establece que la circulación universal de mercancías exige la circulación del dinero, y ésta la "valorización", esto es, que el dinero funcione como capital, incrementándose durante su circulación gracias a la explotación del trabajo en la producción. Por tanto, el ciclo del capital –que da cuenta del proceso de expansión de una suma inicial de valor expresada en dinero– incluye fases tanto de circulación (compra-venta) como de producción (organización y explotación del trabajo), dentro de una interrelación económica general. Se entiende entonces que la circulación no es una esfera autónoma del proceso económico sino un momento particular suyo, donde las relaciones mercantiles son en realidad la forma de articulación de un sistema de producción atomizado, basado en la propiedad privada del capital y regulado por la búsqueda del beneficio. En un sistema económico con estas características, tanto la distribución del trabajo social entre las diferentes actividades como la extracción del excedente de los productores tiene lugar por medio de relaciones mercantiles, que son relaciones de valor expresadas en dinero[1].

De lo anterior se deriva que el mercado no es –ni puede ser nunca[2]– un mecanismo neutro de asignación susceptible de ser adoptado por cualquier sistema económico. Representa el vehículo necesario

1. Para un desarrollo de estas conexiones entre mercado y capital ver Nieto (2015).
2. Incluso partiendo de un imaginario (pues nunca existió históricamente) sistema de productores individuales (sin trabajo asalariado), es fácil entender que se trataría de un marco social inestable que rápidamente se transformaría en un sistema capitalista convencional como consecuencia de la dinámica competitiva que conduce a la concentración económica: por un lado se produciría la quiebra de los productores menos eficientes, lo cual crearía una masa de desposeídos; y por otro lado, el desarrollo técnico y las exigencias crecientes de inversión elevan la escala de la producción y requieren un mercado de fuerza de trabajo.

para la existencia del capital, del "valor que se valoriza", y presupone la división de la sociedad en clases. Esto significa que los individuos comparecen en la circulación bien como *trabajadores* (vendedores de fuerza de trabajo), bien como *capitalistas* (propietarios de medios de producción que compran fuerza de trabajo). La fisonomía de unos y otros ha sido definida con carácter previo en el terreno de la producción. Por eso dirá Marx que el paso en el análisis de la circulación a la producción es el paso de la esfera del derecho y las libertades a la de la desigualdad, la servidumbre y la explotación. Y es que, en efecto, cuando la existencia material de alguien depende en todo momento del arbitrio o la voluntad de otro, resulta evidente que no existe autonomía individual por más que pueda reconocerse algún derecho[3]. La relación fundamental que caracteriza a la sociedad capitalista no es entonces la que se establece al nivel los intercambios individuales en el mercado sino la que lo hace en términos de clases en la producción, entre capital y trabajo. Por consiguiente, no es en las categorías jurídicas modernas de libertad, igualdad e independencia civil donde podemos aspirar a encontrar la clave para desvelar la naturaleza y funcionamiento de la sociedad burguesa, sino que debemos hacerlo en las leyes de la producción capitalista (explotación, acumulación, rentabilidad, etc.). De hecho, lo que el análisis de Marx muestra es justamente la radical incompatibilidad del modo de producción capitalista con los principios jurídicos por los que el propio sistema presume estar constituido.

Pues bien, al no conformar una esfera autónoma del sistema económico sino el medio de articulación de una totalidad social dividida en clases con sus propias leyes de movimiento, el mercado no puede representar un ámbito donde simplemente se expresan actos "libres"

3. En el socialismo (al menos como sistema puro) la contratación de fuerza de trabajo ajena está prohibida por lo mismo que lo está la esclavitud (o la compra de votos), porque ambas son relaciones dependencia y explotación que anulan la autonomía individual y bloquean la democracia (que queda sometida al chantaje de la minoría propietaria de los medios de producción), por más que la esclavitud implique un grado de despotismo mucho mayor. Estas restricciones no coartan ninguna libertad individual, justo al contrario, constituyen la garantía jurídica para blindar la autonomía individual e impedir la compra de voluntades.

o "voluntarios" entre "iguales". De entrada encontramos la aludida dependencia de la mayoría social desposeída con respecto a la minoría propietaria del capital, donde los actos aparentemente voluntarios entre iguales son en realidad resultado de relaciones de poder muy desiguales, base sobre la que tiene lugar la explotación del trabajo[4]. Pero además, la actuación de las personas en tanto que poseedoras de mercancías sigue necesariamente una determinada pauta, pues se somete a una racionalidad económica consistente en tratar de maximizar el interés individual, lo cual es condición de supervivencia en un marco mercantil, un contexto social donde nadie tiene asegurada de antemano la subsistencia. Esto no significa, obviamente, que las actuaciones de los individuos estén mecánicamente determinadas, sino tan solo que tienen lugar a través de relaciones sociales, que las personas se desenvuelven dentro de unas reglas de juego que no eligen. Así, los capitalistas deben perseguir el mayor beneficio posible si quieren adoptar los mejores avances tecnológicos con los que desplazar a sus competidores, mientras que los trabajadores necesitan vender a toda costa su fuerza de trabajo para obtener su sustento.

Pero si los actos de capitalistas y trabajadores lo que en realidad hacen es ejecutar una lógica económica impersonal, entonces resulta evidente que el verdadero sujeto del proceso económico no son los individuos sino el capital mismo, al cual Marx se refiere por este motivo como "sujeto automático". El capitalismo representa por ello un régimen de coacción institucional al libre ejercicio de la acción humana que además impide a los productores apropiarse de los resultados de su propio esfuerzo. En este marco social, toda la definición de fines y medios que establecen a cada paso las personas no responde a la satisfacción de sus necesidades o preferencias reales a partir de las posibilidades técnicas existentes, sino tan solo a lo que es rentable producir o permite sobrevivir. Para los trabajadores, ello puede

4. Cuando toda la estructura social se basa en fortísimas asimetrías de poder que se derivan del monopolio de los recursos productivos por una minoría de la población, y la negociación laboral se establece además sobre el trasfondo de una masa desesperada de población desempleada, introducir la máxima "libertad" negociadora entre las partes es la forma más eficaz de subordinar al débil respecto al fuerte.

incluir la renuncia (por su puesto, "voluntaria") a derechos laborales (como vacaciones, cobro de horas extras, etc.) con tal de conseguir o mantener un trabajo, sacrificando además el ocio, la cultura o incluso formar una familia (como sucede frecuentemente con la maternidad). Y en el caso de los capitalistas, la definición de fines y medios incluye desde aprovecharse del hambre y el paro para rebajar sueldos y degradar condiciones laborales, hasta dejar sin satisfacer necesidades no respaldadas por un poder de compra suficiente, pasando por la especulación con divisas de países en apuros o con activos de primera necesidad ante alguna catástrofe humanitaria. Asimismo, la sujeción de la sociedad a un poder ciego como es el mercantil impide el autogobierno ciudadano, la intervención consciente de los individuos sobre el proceso productivo para orientarlo hacia metas libremente elegidas. Además, el modo de producción capitalista concentra el poder económico y, a través de él, el político, en un grupo reducido de la población, por lo que tiene una naturaleza plutocrática, pues confiere a los propietarios capitalistas una capacidad de influencia totalmente desproporcionada sobre las decisiones que afectan a la comunidad (inversión, cierre de empresas, condiciones de trabajo, etc.).

Como hemos visto, la escuela austriaca considera que el mercado conforma un orden social ético por cuanto permitiría a cada cual apropiarse de los resultados de su "creatividad empresarial" (ojo, no de su trabajo). Pero para poder obtener una conclusión así los autores austriacos necesitan introducir supuestos irreales. Sobre la base de definir la "función empresarial" como una facultad que posee todo individuo, desde el banquero hasta el mendigo, y que consistiría en "descubrir las oportunidades de ganancia que surgen en el entorno", consideran que los recursos no son decisivos, ya que "nunca están dados", pues "tanto los fines como los medios son continuamente ideados y concebidos *ex novo*"; y como el sujeto crea algo "de la nada" (sic), entonces tiene derecho a apropiarse de ello. Vamos, que ni siquiera sería necesario disponer del mítico garaje a partir del cual, según cuenta la leyenda, todo capitalista tecnológico de éxito habría arrancado su imperio empresarial. Y como no hacen falta recursos para emprender, pues sencillamente no hay clases. Sinceramente, entretenerse en rebatir todo esto resulta ocioso, pues los recursos no

solo están dados sino además monopolizados por una minoría de la población, de forma que unos pocos encuentran las "oportunidades de ganancia" aprovechándose de las necesidades y penurias ajenas, mientras la mayoría lo hace dejándose explotar. Frente a la fantasía liberal, y por todo lo indicado, la conclusión del análisis de Marx es que el mercado capitalista constituye un marco institucional no ético, ya que no retribuye de acuerdo a la contribución laboral, impide a los trabajadores apropiarse los productos del propio esfuerzo (y por esa vía decidir libremente el destino del excedente social) y obstruye sistemáticamente y de manera generalizada el libre desarrollo personal (en todos los órdenes de la vida: profesional, familiar, cultural, ocio, etc.).

*ii) El mercado es un mecanismo de coordinación ineficiente*

En el otro plano, el mercado no posee las propiedades de eficiencia y armonía en la asignación de recursos que le atribuye la economía liberal (neoclásica o austriaca). Entre las principales razones de la ineficiencia mercantil podemos señalar las siguientes.

1. En primer lugar, el mecanismo mercantil no permite una asignación racional de los recursos ya que no atiende a las capacidades técnico-materiales existentes en la sociedad y a las preferencias reales de la población. La situación normal de las economías capitalistas es la existencia simultánea de medios de producción ociosos, población desempleada y necesidades sociales de todo tipo sin cubrir. Esto sucede porque la decisión productiva está sometida al estrecho criterio de la rentabilidad (solo se emprende una actividad si hay expectativas de ganancia), lo cual deja sin cubrir necesidades o preferencias no respaldadas con un poder de compra suficiente. Además, las preferencias personales están medidas por la distribución de la renta, que al presentar una desigualdad extrema distorsiona la configuración del aparato productivo (como ejemplifica la producción de bienes suntuarios). Asimismo, la lógica del beneficio impone una visión cortoplacista que obstruye la posibilidad de emprender proyectos muy costosos, estratégicos o visionarios, donde no resulta claro el negocio.

2. El proceso atomizado de toma de decisiones –guiadas por la necesidad de ganancias crecientes en un entorno competitivo– de-

termina la acumulación compulsiva de capital, la cual genera una dinámica turbulenta de la economía, con fenómenos recurrentes de sobreinversión y desequilibrios de todo tipo que desembocan periódicamente en crisis. Aunque una rama muestre signos de saturación, la competencia empuja a las empresas a una huida hacia adelante, con nuevas inversiones tecnológicas que acaban por acentuar la sobreproducción. Paralelamente, los costes de salida de una rama mantienen a muchas empresas operando un tiempo adicional aunque sean ineficientes o exista sobreproducción. Por todo ello, el mecanismo mercantil resulta ser extremadamente rudimentario, lento y despilfarrador a la hora de acometer reconversiones industriales y tecnológicas.

3. Las relaciones mercantiles impiden, por su propia naturaleza atomizada, el tratamiento y adecuada solución a los problemas propiamente sociales, que exigen procesos de deliberación y decisión colectiva (y no la mera agregación de transacciones particulares o de opiniones aisladas), así como adoptar una visión estratégica de largo plazo. Este es típicamente el caso de los problemas medioambientales, de salud pública, seguridad, destino de la inversión, condiciones laborales, infraestructuras o desarrollo científico. En la medida en que el mercado impide a la sociedad definir metas de desarrollo y abordar los asuntos que afectan al devenir colectivo, constituye una institución incompatible con la democracia[5].

4. La información que genera y moviliza el mercado es escasa, muy rudimentaria (solo en forma de precios y diferenciales de rentabilidad) y distorsionada (tanto por las expectativas de ganancias como por la distribución desigual de la renta). La razón es que está filtrada por el interés privado a corto plazo en un marco de opacidad general e incertidumbre permanente que son características de la

5. De hecho, muy coherentemente con su radical defensa del mercado, la tradición liberal es profundamente antidemocrática, recelosa de extender la participación ciudadana a todos los ámbitos de la vida social, desde Mises y Hayek (que alabaron o apoyaron soluciones fascistas y dictatoriales) hasta casos actuales extremos y delirantes como el de Hans-Hermann Hoppe y su defensa de un orden social de derecho privado donde se segregue a los individuos con una ideología distinta a la liberal.

producción privada. Puede decirse que la información que genera el mercado a partir de la interacción comercial entre los agentes solo es relevante para desenvolverse en el propio mercado (es decir, para detectar y aprovechar oportunidades de ganancia), pero no para tomar decisiones racionales desde el punto de vista de las capacidades reales de la economía y los verdaderos deseos de la población.

5. Otra característica destacada de los intercambios mercantiles es que eluden las responsabilidades individuales, ya que no tienen en cuenta, por definición, las implicaciones colectivas de las decisiones particulares. Es el caso típico de las externalidades (contaminación, seguridad, destrucción de recursos, salud pública, etc.), donde los efectos sobre terceros no se tienen en cuenta, por lo que el mecanismo de precios no refleja adecuadamente los costes y beneficios de las acciones. De hecho, el mercado genera poderosos incentivos para trasladar costes a terceros que sean vulnerables. Asimismo, en el mercado rige lo que se conoce como "tiranía de las pequeñas decisiones", que alude a situaciones donde toda una serie de pequeñas decisiones individualmente racionales pueden dar lugar a resultados no deseados, lo cual sucede porque en las relaciones mercantiles no existen incentivos suficientes para actuar con visión global. Este es el caso conocido como "tragedia de los bienes comunes", donde la actuación independiente de cada agente guiada por su propio interés particular conduce a la destrucción del recuso limitado que se comparte.

6. El intercambio mercantil tampoco tiene en cuenta las circunstancias de los participantes: sus diferentes necesidades, capacidades (talentos, aptitudes físicas...), esfuerzos y recursos de los que disponen[6]. La concentración de la propiedad otorga desigual poder de: i) decisión sobre la producción y la organización del trabajo; ii) de negociación, en la medida en que los no propietarios tienen necesidades más perentorias que les empuja a aceptar condiciones o tratos menos favorables; o también cuando las empresas grandes pueden establecer contratos más ventajosos con proveedores; iii) genera un poderoso incentivo para aprovecharse de la posición de debilidad del otro, como sucede cuando una empresa presiona a un desempleado

6. Albert (2005).

para que acepte peores condiciones laborales, o cuando un acreedor chantajea a una empresa en dificultades o a un país en recesión.

7. La producción mercantil genera una enorme burocracia, ya que hipertrofia determinadas actividades que solo tienen justificación dentro del propio funcionamiento mercantil –para la comercialización privada de bienes y servicios– pero no desde el punto de vista de la organización racional y democrática de la producción y la distribución. Es el caso de las actividades de marketing, publicidad, consultoría, abogacía, departamentos de ventas, organismos supervisión y transparencia, registro de marcas y patentes, *lobbys*, etc. Todas ellas detraen recursos de otras tareas más urgentes o necesarias y además distorsionan la información y manipulan los deseos de la población. En definitiva, el mercado provee una información muy pobre y distorsionada a un coste elevadísimo.

8. Por último, el mercado también distorsiona el proceso de innovación tecnológica, que aun contando con el auxilio estatal tiende a orientarse en buena medida al reciclaje de descubrimientos previos (como es habitual, por ejemplo, en la industria farmacéutica) o hacia las funciones estrictamente comerciales destinadas a acortar el lapso entre producción y consumo (marketing, investigación de mercados, aplicaciones para acceder a la compra con mayor rapidez, gestión de información sobre clientes y consumidores...), funciones que tienen que ver exclusivamente con exigencias de la propia forma de organización económica mercantil, con la necesidad de vender para acelerar el tiempo de rotación del capital (recuperando antes la inversión).[7]

7. De hecho se acepta que la innovación actual se centra en "modelos de negocio", frente a las etapas anteriores de innovación más puramente tecnológica. Así, en el periodo período 1997-2007 más de la mitad de la empresas que se posicionaron en la lista *Fortune 500* fueron innovadoras en su modelo de negocio, como *Amazon*, *Starbucks* o *AutoNation* (*Pwc*, "2033: Compitiendo en innovación", 2015).

## 3. El proceso de toma de decisiones en una economía socialista

### *3.1 Centralización y descentralización*

El problema económico fundamental que enfrenta la organización de una sociedad compleja (con una división del trabajo desarrollada) es el de cómo asignar los recursos y coordinar de forma eficiente las distintas actividades –lo cual exige poder realizar un cálculo racional de costes– con el fin de satisfacer eficazmente las necesidades de la población y sus preferencias de consumo. En el modo de producción capitalista tanto el cálculo de costes como la coordinación económica se establecen espontáneamente por medio del mercado, a partir de la iniciativa particular de los propietarios privados de recursos, que son quienes deciden, cada uno por su cuenta, *qué*, *cuánto*, *dónde* y *cómo* se produce e invierte, siempre de acuerdo a sus expectativas de ganancia. Se trata, como ya hemos explicado, de un proceso de decisión atomizado marcado por la opacidad y la incertidumbre, del que se deriva un funcionamiento ciego y una forma de regulación no consciente de la actividad. El socialismo, en cambio, supone la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y la integración (tendencial) de la producción en un plan económico general, por lo que la pregunta obvia que se plantea en un marco así es: ¿quién toma la infinidad de decisiones productivas sobre decenas de millones de bienes y servicios distintos?.

Desde Mises, la escuela austriaca considera que la propiedad social de los medios de producción implica necesariamente la actuación en la economía de una "sola voluntad", encarnada en un centro planificador desde el que se tomarían todas las decisiones productivas, hasta el más mínimo detalle. Así, frente a la descentralización en la toma de decisiones que caracteriza al mercado capitalista, en el socialismo "un solo agente controla el destino que deba darse a todos los factores de producción. Una sola voluntad elige, decide, dirige, actúa, ordena. Todos los demás se limitan a obedecer sus órdenes e instrucciones" (Mises, 2015, p. 821). El problema con ello, según Mises, es que la agencia de planificación no está en condiciones de conocer el mejor empleo de todos los medios para conseguir los fines que se proponga,

y organizar así la completa división social del trabajo, ya que dicha autoridad económica no puede estar compuesta por "seres omniscientes e infalibles".

Esta es, sin duda, una de las confusiones más características de los críticos del comunismo. Lo primero que hay que dejar claro aquí es que la planificación económica (y la propiedad social) no implica de ningún modo un único nivel o instancia de decisión desde el que se programaría hasta el último detalle, sino únicamente que la distribución de competencias entre los distintos ámbitos, niveles y agentes (consejos de inversión, autoridades, empresas, usuarios y consumidores, etc.) sea coherente y asegure la organicidad de todo el proceso general de toma de decisiones. La agencia de planificación no toma todas las decisiones y no necesita ser omnisciente (como tampoco dentro de una organización compleja, como pueda ser una empresa capitalista o un organismo público, la gerencia toma todas las decisiones ni es omnisciente). La planificación económica constituye el dispositivo institucional que permite hacer operativo el principio de control consciente, racional y democrático del proceso productivo global. En cuanto tal, es la base económica del autogobierno, de una sociedad donde las decisiones y la forma de implementarlas son tomadas por aquellos que son afectados por ellas; y ello en dos ámbitos fundamentales: la producción (centro de trabajo, empresa, rama, economía nacional) y el territorio (localidad, región, país).

Para planificar de manera eficiente una economía extensa se requieren dos condiciones básicas: i) una institucionalidad robusta que asegure la participación y el control social del excedente; ii) condiciones tecnológicas que permitan procesar toda la información necesaria para calcular costes, optimizar y balancear una economía compleja, garantizando el automatismo en el funcionamiento del mecanismo económico.

Ninguna de estas dos condiciones se daba en la URSS, donde predominaba la arbitrariedad burocrática en el marco de los equilibrios de poder entre ministerios, territorios y agencias. Los problemas económicos del socialismo no se pueden vencer apelando a la movilización permanente de las masas, con su participación en procesos deliberativos interminables. Sencillamente esto no resulta operativo

y es inviable. Ningún déficit tecnológico a la hora de planificar puede ser solventado con "más democracia" o con voluntarismo político, por medio de consejos obreros para decidir sobre cualquier detalle de la producción, lo cual además no sería deseable pues aniquilaría el sentido liberador del comunismo, cuyo objetivo último es disponer de tiempo y recursos suficientes para la libre realización personal[8]. La participación democrática en la toma de decisiones debe centrarse, por tanto, en los aspectos realmente fundamentales de la vida económica y social.

Con base en las actuales tecnologías de la información y comunicación (superordenadores, *big data*, inteligencia artificial, internet de las cosas, etc.), una economía democráticamente planificada funcionaría como un *sistema distribuido*, centralizado y descentralizado a la vez, similar a *internet*[9]. Un sistema así permite la gestión de los flujos de información en tiempo real, articulando en ese proceso el conocimiento y las decisiones locales en el marco de un plan general. De los sistemas centralizados posee la coherencia, la accesibilidad a todos los recursos y la eficacia para movilizarlos rápidamente hacia los objetivos democráticamente elegidos. De los sistemas descentralizados toma la posibilidad de articular la iniciativa y el conocimiento local –incluidas las relaciones autónomas entre empresas para acordar las características concretas de los insumos requeridos en cada caso– así como la independencia de fallo, es decir, el reparto de carga de forma que si algún componente falla los otros pueden seguir operando.

La necesidad de coordinación coherente y visión estratégica exige centralización. Mientras que la necesidad de información detallada

8. Lamentablemente, acudir a trabajar en el socialismo no será como ir a una fiesta. Presumiblemente, buena parte de las tareas seguirán siendo rutinarias, tediosas y poco enriquecedoras. Aquí no hay recetas mágicas y la única forma de atenuar la alienación laboral es reducir el tiempo de trabajo (lo cual exige incrementos significativos de la productividad) y promover que cada empleo tenga alguna combinaciones equilibradas de tareas rutinarias y creativas (en la línea de lo que propone M. Albert en *Parecon*).

9. Un sistema distribuido está compuesto por un conjunto de ordenadores autónomos pero interconectados mediante una red, que permite compartir recursos y que tiene un comportamiento unificado, pues comparten un estado y ofrecen una visión de sistema único.

y promoción de la libre iniciativa local exige algún grado de descentralización. Las decisiones se tomarán en uno u otro nivel dependiendo de la naturaleza de la decisión en cuestión. Así, las decisiones que requieran una amplia coordinación para conseguir un resultado óptimo, deben estar suficientemente centralizadas (para evitar decisiones en paralelo y dinámicas ciegas), mientras que las decisiones que requieran información local detallada y no impliquen problemas de coordinación (por ejemplo, decidir la variedad y características concretas de los medios de consumo) deben estar suficientemente descentralizadas; aquí la descentralización adopta una forma no mercantil, pues en ningún caso hay control privado sobre los recursos y la inversión[10]. Más detalladamente:

*i) Decisión centralizada:*

i.1 Democráticamente: grandes objetivos de desarrollo y principales magnitudes económicas que determinan el ritmo y dirección del desarrollo social: 1) División del producto neto entre consumo (satisfacción de las necesidades presentes) e inversión (mejora de la capacidad productiva de la economía); 2) Distribución de los tres componentes del consumo: individual, colectivo (infraestructuras y equipamientos) y servicios sociales (educación, sanidad...); 3) Grandes proyectos de inversión, parte de los cuales pueden decidirse en los territorios.

i.2 Técnicamente: optimización de la producción a partir de técnicas matemáticas de programación lineal, tecnologías de la información y la metodología *input-output.*[11] Para equilibrar la economía se retrocede desde una lista de bienes y servicios finales (que determinan las empresas de forma descentralizada) a los requerimientos de pro-

10. En las grandes organizaciones modernas, empresariales e instituciones públicas, ya se toman decisiones descentralizadas de forma no mercantil para organizar la actividad. Por ejemplo, en un hospital público no es la gerencia quien lo decide todo: asignación detallada de recursos, protocolos médicos, etc.; o en un grupo industrial capitalista, las decisiones de inversión y organización de la actividad se adoptan en un proceso multinivel.

11. Cockshott & Cottrell, 1993 y 2008; Cockshott y Nieto, 2017; o Cockshott & Cottrell en este mismo libro.

ducción bruta (Cockshott & Cottrell, 1993). Conforme varían las preferencias de consumo de la población, la matriz *input-output* va indicando los nuevos insumos requeridos en cada caso. La gestión informatizada de insumos y productos en una economía socialista funcionaría de forma similar a como gestionan hoy la cadena de suministros empresas como *Amazon* o *Wal-Mart*.

*ii) Decisión descentralizada:*

ii.1 A nivel de empresa: 1) Fijan sus planes de producción, que comunican al "centro" para el equilibrio y optimización general de la economía, y calculan sus costes en términos de trabajo directo e indirecto; 2) Determinan la variedad y características de los bienes y servicios (son los departamentos de diseño industrial e innovación quienes determinan el tipo de muebles, ropa, electrodomésticos, etc. a fabricar), eventualmente con el apoyo de consejos de consumidores; y en el caso de los medios de producción, habría comunicación directa entre empresas para determinar las características concretas de los insumos; 3) Organización del trabajo: gestión de la plantilla, promoción, incentivos, etc.

ii.2 Consejos de Inversión: deciden el destino de la inversión asignada a cada rama o territorio, ampliando la capacidad instalada, introduciendo nuevas tecnologías o desarrollando nuevos proyectos empresariales.

ii.3 Emprendimiento (individual o equipos) para la innovación empresarial (ver apartado 4).

En este proceso general de toma de decisiones, el problema dinámico de una economía es el de la inversión: a qué dedicarla, qué criterio seguir y quién decide. Aunque no representa el componente cuantitativamente más importante del producto final de una economía, la inversión es decisiva porque determina la tasa, calidad y rumbo del crecimiento. En una economía capitalista nadie adopta conscientemente la decisión de cuánto se invierte, una magnitud que se determina únicamente como resultado de la infinidad de decisiones individuales de los capitalistas guiadas por sus expectativas de ganancia. Frente a ello, lo que caracteriza a una economía socialista es precisamente el control social de la inversión. Esta asignación planificada permite superar la "anarquía de la producción" y orientar el

desarrollo social de forma racional y democrática. A diferencia de lo que sucede en las economías capitalistas donde las empresas deben expandirse a toda costa si quieren sobrevivir, una economía planificada puede optar sin comprometer su estabilidad entre el crecimiento y el estado estacionario, general o de alguna rama, cuando la población lo considere conveniente, sin estar sometida al chantaje de la fuga de capitales y sin temor al desempleo.

La inversión en una economía planificada se asignaría, dependiendo de su naturaleza, a través de tres procedimientos básicos distintos:

i) Centralizada: corresponde a la inversión estratégica sobre grandes proyectos de desarrollo, infraestructuras y servicios sociales, y es la que determina el rumbo de la sociedad.

ii) Técnica: adapta automáticamente la utilización de la capacidad instalada (consumo de materias primas, energía, productos semi-elaborados, etc.) a la evolución de la demanda final.

iii) Descentralizada: a través de Consejos de Inversión, que acometen cambios en la estructura productiva (nuevas tecnologías, maquinaria y proyectos empresariales).[12]

### *3.2 Gestión, propiedad social e incentivos*

En las economías capitalistas las funciones empresariales de innovación, organización y gestión de la actividad no las desempeñan los propietarios legales de los medios de producción (los accionistas) sino cuadros gerenciales contratados al efecto. La actividad empresarial en el capitalismo no está, por tanto, necesariamente ligada a la institución de la propiedad privada y la figura del empresario-emprendedor se distingue de la del capitalista en tanto que proveedor de financiación. Una cosa es tomar decisiones empresariales sobre determinada actividad productiva, lo cual corresponde a los gestores, y otra distinta

12. La inversión no puede asignarse únicamente mediante algoritmos, por ejemplo en función de las diferencias relativas en la demanda de los consumidores, porque un producto puede tener baja demanda porque es caro, debido a la escasa inversión, y por ello habría que aumentarla. Existe, por tanto, un componente irreductible de decisión humana que no se puede eliminar y que debe ser canalizado a través de Conejos de inversión y Consumo.

ser propietario de los recursos sobre los que se decide.

Se plantea así el conocido problema de la relación entre el principal y el agente: cómo conseguir que el gestor contratado (agente) cumpla la voluntad y los intereses del propietario (principal) y no actúe conforme a su propio provecho. La única forma de impedir o limitar la divergencia de intereses es a través de un adecuado sistema de incentivos materiales que el agente percibiría en función del grado en que cumpla determinados objetivos. La clave con todo esto está en entender que la propiedad privada no es condición de la eficiencia en el capitalismo, ya que los incentivos a los gestores no tienen que ver con conservar o aumentar la propiedad. El problema de cómo gestionar de forma eficiente y responsable recursos que no son propios es en realidad un problema común a las organizaciones complejas.

En efecto, en el socialismo la propiedad y la gestión empresarial también existen de manera separada: la comunidad es quien, en calidad de principal, y representada por alguna autoridad de planificación, provee los recursos que han de gestionar de forma eficiente las empresas a través de sus gerencias democráticamente elegidas. Mientras en el capitalismo los gestores responden ante propietarios privados, en el socialismo lo hacen ante la autoridad de planificación competente que es quien establece la correspondiente función de recompensa. Los incentivos podrían depender de la función que relacione la ambición de los objetivos propuestos (a partir de la dotación de recursos) y grado de cumplimiento. Si la gerencia cumple los objetivos trazados, la recompensa se distribuiría entre todos los miembros de la empresa (con arreglo a criterios que podrían decidirse internamente). Sobre los incentivos pecuniarios, no obstante, hay que tener presente que las diferencias en los resultados productivos de las empresas responden a factores que en buena medida no dependen de la voluntad personal, sino de factores como el talento, tipo de trabajo, tecnología empleada, etc. El único factor respecto al que una persona (o colectivo laboral) puede imponer su voluntad es el esfuerzo[13]. Siempre que sea posible se trataría de remunerar con arreglo a las mejoras en los registros perso-

13. Albert, 2005, p. 273 y ss.

nales, lo cual ofrece un incentivo a todos los individuos con independencia de sus talentos y capacidades.

De acuerdo con todo lo anterior, aun admitiendo que la rivalidad empresarial fuese condición para asegurar la eficiencia dinámica y la satisfacción de las preferencias de los consumidores, ello no implicaría que fuesen necesariamente privadas, es decir, empresas económicamente independientes que compiten por maximizar el beneficio y desplazar a sus competidores, ya que pueden simularse otras formas de rivalidad o comparación de procesos productivos en un marco de propiedad social. No hay ningún tipo de impedimento formal, consustancial a una economía planificada, para ensayar métodos y técnicas alternativas de producción. Más bien sucede lo contrario, pues estos ensayos no estarían limitados, como sucede en el capitalismo, por criterios ajenos a las posibilidades técnicas existentes, como son la rentabilidad, la capacidad financiera de una empresa y el acceso al crédito, las barreras oligopólicas o la incertidumbre.

Mises dice que lo importante no son los gestores de empresas sino los capitalistas, que distribuyen el capital entre actividades y en ese proceso arriesgan su riqueza, lo cual asegura dedicar los recursos a los fines más valorados por la población. Pero esta función es la que desempeñan en una economía democrática los órganos de planificación y de inversión electos. Y satisfacer las preferencias de la población no exige propiedad privada de los recursos: los cambios en la demanda final son procesados entiempo real para modificar la oferta relativa de bienes y servicios. Mises y Hayek sostienen también que la propiedad colectiva diluye la responsabilidad sobre las decisiones de inversión, que se distribuyen indistintamente entre múltiples agentes (autoridades, gerentes, etc.) de tal modo que resultaría imposible discernir la responsabilidad en los errores. Pero ¿a qué errores de inversión se refieren? Si es a destinar los recursos a actividades que ya están suficientemente cubiertas, este es el tipo de error derivado del funcionamiento anárquico y opaco del mercado que justamente se evita en el socialismo. Pero si se refiere a la posibilidad de producir determinado bien de forma más eficiente, la posibilidad de un cálculo exhaustivo de costes en términos de trabajo permite comparar la eficiencia de distintas tecnologías (Cockshott & Cottrell, 1993 y Cockshott & Nieto, 2017).

### *3.3 El problema de la información en una economía planificada*

La crítica austriaca al socialismo sostiene que solo el mercado, gracias a su estructura descentralizada y al mecanismo de precios, es capaz de generar y articular la información necesaria para el cálculo racional y la coordinación eficiente, ya que dicha información tiene un carácter esencialmente subjetivo, se encuentra dispersa entre todos los individuos y es de tipo tácito, por lo que ningún órgano de planificación podría disponer de ella. A esta apreciación cabe responder lo siguiente.

1. En primer lugar, y a diferencia de lo que se sucedía en tiempos de la URSS, hoy ya es técnicamente posible *calcular costes* de forma exhaustiva en términos de trabajo (esto es, sin dinero) así como *equilibrar* y *optimizar* una economía compleja con decenas de millones de productos distintos. Y hacerlo además de forma más rápida, flexible y eficiente que una economía capitalista, sin cortocircuitos y cuellos de botella en los flujos de información. Junto a las tecnologías de la información y comunicación, las herramientas fundamentales para esa planificación cibernética y democrática de la economía serían la metodología contable *input-output* –tanto para calcular costes (incluida la reducción del trabajo de mayor cualificación a trabajo medio) como para asegurar el equilibrio general–, y las técnicas matemáticas de *programación lineal* para la asignación óptima de recursos[14]. El aumento exponencial de la capacidad de computación, los *big data*, el internet de las cosas o la inteligencia artificial, no hacen más que ampliar el enorme potencial de la planificación económica. Algunas de estas posibilidades ya se adivinan en el funcionamiento de grandes empresas actuales punteras en la aplicación de las nuevas tecnologías de la información. *Wal-Mart* opera como un sistema en red que conecta en tiempo real el "centro" con las tiendas, almacenes y proveedores, todo ello a través de la comunicación por satélites utilizando etiquetado de Identificación por Radio Frecuencia (RFID) que permite rastrear la ubicación exacta de cualquier producto en toda la cadena de suministro. *Amazon* pone a disposición de los consumidores una infinidad de productos y para ello altera los stocks y

14. Los procedimientos para llevarlo a cabo pueden verse en Cockshott y Cottrell, 1993; Cockshott y Cottrell, 2008 o Cockshott y Nieto, 2017.

realiza peticiones de suministro a los proveedores en tiempo real en función de las ventas. Además, asigna ubicaciones, rutas y almacenes mediante algoritmos. Esta forma de organización empresarial en red, con gestión informatizada de la cadena de suministros, prefigura el tipo de funcionamiento de una economía socialista planificada orientada a la satisfacción de las preferencias de los consumidores.

2. En segundo lugar, no es cierto que la información relevante para el cálculo económico racional y la coordinación eficiente tenga un carácter subjetivo, y que en consecuencia ningún órgano de planificación podría hacerse con ella. A este respecto cabe plantear las siguientes objeciones[15]:

i) De entrada, y como consideración metodológica, hay que decir que esa apreciación se basa en un argumento circular, pues define el cálculo económico racional a partir de las características que éste adopta en un marco mercantil. Se proyectan así las formas mercantiles de funcionamiento económico a cualquier tipo de sociedad, para tomarlas como válidas en un sentido ahistórico, como las únicas posibles. En efecto, cuando los recursos productivos están dispersos entre manos privadas, entonces, por definición, la información necesaria para calcular costes y coordinar las distintas actividades surge y se articula a partir de la interacción mercantil entre los diferentes propietarios. Es solo en relación a este proceso de interacción mercantil cuando puede decirse que la información necesaria tiene un carácter "subjetivo", porque se basa en la apreciación personal que realizan los distintos agentes para ver qué uso le dan a sus recursos.

La "función empresarial" de los individuos de la que hablan los autores austriacos consistiría en estar siempre alerta para captar oportunidades de ganancia que surjan en ese entorno dinámico. Por ejemplo, si A tiene muchas naves industriales vacías, B muchas máquinas sin utilizar y C "muchas" ganas de trabajar (porque si no lo consigue se muere de hambre), entonces, en una situación así, la coordinación entre los tres "factores productivos" solo puede establecerse ciertamente por medio de la interacción mercantil, a través de actos de compra-venta individuales, conforme a las valoraciones

15. Gokshott y Nieto, 2017.

que realizan sus respectivos propietarios. Aunque perfectamente podría suceder que nunca se diese tal coordinación, bien porque no haya suficientes expectativas de beneficio en ello para los propietarios de los medios de producción, bien por la opacidad general de la economía que dificulta conocer realmente la disponibilidad exacta de recursos existentes en cada momento. El caso es que no existe instancia alguna de mediación o coordinación que aconseje o fuerce a los propietarios privados a hacer un uso determinado de los recursos de los que son dueños.

Ahora bien, si las naves y las máquinas fuesen propiedad de la comunidad, entonces un organismo de planificación territorial podría decidir hacer un uso determinado de esos recursos con el fin de dar respuesta a alguna demanda ciudadana. Nada impide detectar necesidades sociales y económicas sin procesos de mercado y formación competitiva de precios. De hecho, en un marco de propiedad social, los procedimientos y técnicas para generar y procesar la información necesaria (acerca de *qué*, *cómo*, *dónde* y *cuánto* producir) son mucho más variados (decisiones centralizadas y descentralizadas, optimización matemática, consejos de inversión, preferencias de los consumidores, etc.) e involucran diferentes actores y niveles de decisión (nacional, territorio, rama o empresa). Hayek examina la relación entre conocimiento, propiedad y toma de decisiones y plantea que la incertidumbre y los problemas de conocimiento fragmentado y disperso requieren la toma descentralizada a través del mercado, por ser la única que permitiría una asignación eficiente, la experimentación y la creatividad empresarial. Pero esto es una tautología porque los principales problemas de conocimiento y falta de información son precisamente los que provocan el mercado y la producción privada por su opacidad e incertidumbre, que impiden además poner en marcha procesos de deliberación y decisión colectiva. En suma, la tesis liberal viene a decir que el mercado (el sistema de las transacciones mercantiles entre particulares) es totalmente imprescindible para calcular y asignar eficientemente... ¡en el propio mercado!, es decir, allí donde los recursos se encuentran ya dispersos entre diferentes propietarios privados.

ii) Por otra parte, el desarrollo de la robotización y automatización

de la producción tiende a eliminar cualquier elemento de conocimiento tácito o subjetivo, superando progresivamente los saberes de tipo práctico en cada empresa. La tendencia del mismo capitalismo es a objetivar todo el conocimiento humano, codificándolo en diseños industriales y *software*, como sucede ya hoy en las denominadas "fábricas inteligentes".

iii) Además, el conocimiento genuinamente tácito (en forma de destrezas, intuiciones o hábitos) que pudiera seguir subsistiendo pese a la tecnificación creciente de la producción también se movilizaría en una economía socializada a través de la participación activa de los trabajadores en la toma de decisiones tanto a nivel de las empresas como de los órganos de planificación y coordinación. De hecho, la plena participación de los individuos en la vida económica permite movilizar más extensa y eficazmente este tipo de conocimiento. La visión liberal tiene una concepción individual del conocimiento tácito, cuando este es en gran parte social, ya que reside en la experiencia compartida (la interacción de los miembros de una organización acumula un conocimiento superior al de la suma de cada persona) y remite al conjunto de convenciones, rutinas e instituciones sociales (donde cada organización provee un esquema único de generación y articulación de conocimiento).[16]

3. Por último, en una economía planificada las preferencias y decisiones de los individuos se tienen en cuenta por partida doble: *ex ante*, votando democráticamente los grandes objetivos económicos y de desarrollo; y *ex post*, con las decisiones de consumo según sus preferencias. Una economía planificada con base informatizada estaría capacitada para responder de manera automática y con mayor eficiencia a cualquier cambio que se registre en cualquier punto del aparato productivo o en la demanda final de los consumidores, pues la información se trasmite en tiempo real a lo largo de toda la cadena de interdependencias productivas, sin que el proceso de ajuste quede distorsionado por la incertidumbre, las expectativas o la rentabilidad de las empresas.

16. Adaman & Devine, 1996 y 2002.

## 4. La eficiencia dinámica en una economía planificada

### *4.1 La estructura básica de la economía socialista*

Con el fin de promover la eficiencia dinámica, la estructura básica del modelo de economía socialista democráticamente planificada que proponemos debería contar con tres sectores institucionales fundamentales:

1. *Sector socializado.* Constituye el sector central de la economía, donde se integra el grueso de la producción, y es la base que permite determinar racional y democráticamente el rumbo del desarrollo social. Se regula en tiempo real tanto por procedimientos técnicos (de optimización matemática y cálculo de costes) como por el veredicto de los consumidores, además de por medios democráticos con el control social del flujo de inversión.

2. *Sector de trabajo independiente y cooperativo.* La existencia de un sector de producción privada a pequeña escala –compuesto tanto por productores autónomos como por cooperativas[17]– convenientemente acotado por el plan (y regulado mediante algún sistema de licencias) es apropiado para suministrar medios de consumo (aunque no solo) con un componente altamente personalizado (ocio, moda, servicios personales, ciertas actividades culturales, etc.)[18].

3. *Sector para el emprendimiento.* Con independencia de las instituciones y programas para el desarrollo de la innovación que establezcan las autoridades en los diferentes niveles, es aconsejable introducir adicionalmente una estructura institucional para fomentar la experimentación e innovación empresarial que sería similar a la de las actuales incubadoras y aceleradoras de *startups*, donde ideas sobre nuevos productos y técnicas desarrolladas por emprendedores rivalizarían para disputarse la financiación de los Consejos de Inversión.

---

17. Eventualmente se podría incluir la contratación privada de trabajo a pequeña escala, pero como no habría desempleo y la subsistencia material está garantizada para toda la población, no se crearían en ningún momento vínculos de subordinación entre las personas y nadie estaría obligado a negociar a la baja sus condiciones de contratación.

18. Si en las economías capitalistas desarrolladas el sector mercantil no capitalista representa en torno al 10% de la población ocupada (en realidad una cifra ampliamente sobreestimada por los "falsos autónomos" y otras fórmulas de subcontratación), en una economía socialista ese porcentaje seguramente sería muy inferior.

### *4.2 Innovación y propiedad social*

La innovación se produce como resultado de un complejo y largo proceso de acumulación de conocimiento y creatividad humana donde muy pocas veces un solo individuo es el único responsable. Se trata de un proceso esencialmente social en el que interviene una pluralidad de actores e institucionesmuy diferentes. La escuela austriaca presenta una imagen idealizada de la innovación en las economías capitalistas, al atribuirla exclusivamente al empresario emprendedor –bien en un sentido disruptivo (Schumpeter), bien en uno estrictamente coordinador (Kirzner)–, cuando lo cierto es que la función emprendedora se desarrolla siempre dentro de marcos institucionales específicos y estructuras organizadas, tanto a nivel micro como macro.

En este sentido, una economía socialista presenta importantes ventajas para desarrollar la innovación tecnológica y empresarial frente a una economía capitalista: i) permite una mayor y más eficiente dotación de recursos a las actividades de I+D+i gracias al control centralizado del excedente así como a la ausencia de consumo suntuario y población rentista; ii) no existen obstáculos (por derechos de propiedad) a la libre difusión de nuevos productos y técnicas; iii) la distribución igualitaria de recursos (que garantiza que no existan necesidades básicas sin cubrir) permite el descubrimiento y desarrollo más pleno de talentos, lo que también sucede si se consiguen actividades laborales con tareas más equilibradas y menos rutinarias para la mayoría; iv) para asignar la inversión se dispone de más información y se siguen criterios más variados que el de la mera expectativa de ganancia; v) la propiedad social es más inclusiva y participativa que la empresa capitalista para generar y movilizar el conocimiento (tácito o no) y fomentar la innovación[19]; vi) no impone ciclos de innovación corto-placistas que buscan generar productos que puedan comercializarse en 4/6 meses, como sucede en las economías capitalistas.

Sobre estas condiciones generales favorables, el desarrollo de la

19. El Informe de PriceWater (2015) citado antes señala que hasta el 80% de las innovaciones corresponde a los trabajadores, algo que podría potenciarse mucho más en una economía participativa.

innovación en una economía socialista se desplegaría en tres ámbitos fundamentales:

i) *Planificación estratégica*: traza las grandes líneas de la investigación científica, tecnológica y de la innovación. Aquí entran los programas para el desarrollo de nuevas tecnologías, infraestructuras y los proyectos visionarios que exploren eventualidades y escenarios futuros. Este tipo de investigación se lleva a cabo en Universidades, Academias científicas, Institutos tecnológicos y otros centros especializados de forma coordinada con el ámbito empresarial. Se procede mediante el ensayo de proyectos o técnicas productivas alternativas diferentes para verificar resultados, en conexión con las empresas y ramas a los que sirve.

ii) *Empresas*: departamentos de investigación, diseño e innovación.

iii) *Emprendimiento empresarial*: individuos y equipos plantean sus propuestas en busca de financiación.

Para cualquier de los tres ámbitos señalados, existirían incentivos materiales que recompensaran el grado en que los objetivos libremente programados llegan a cumplirse, además de los incentivos puramente sociales o morales, como puedan ser el reconocimiento social o la realización profesional y personal.

### *4.3 Ecosistemas para la innovación y el emprendimiento*

En las economías capitalistas actuales más dinámicas el emprendimiento y la innovación empresarial se desarrollan principalmente en los denominados *ecosistemas de innovación*, que son entornos institucionales dedicados a promover la interacción simbiótica entre los diferentes actores involucrados en el proceso de creación y transformación de empresas e industrias. Se trata de un marco institucional que se sitúa en las antípodas de la mitología liberal del capitalista-emprendedor individual que opera en un entorno mercantil puro, ya que estos ecosistemas tienen como base las instituciones y recursos públicos así como los procedimientos no estrictamente mercantiles[20].

---

20. Para el caso español los propios *think tanks* y consultoras capitalistas reconocen abiertamente que "no existe suficiente capital privado para invertir en nuevas empresas, ya sea desde la inversión individual o a través de fondos de capital riesgo" (*Compitiendo en innovación*, PWC, 2015, p. 32).

Una economía socialista eficiente y dinámica necesita disponer de entornos institucionales similares, capaces de fomentar y canalizar la iniciativa de individuos que cuenten con talentos especiales para plasmar ideas innovadoras en proyectos empresariales. Debe quedar claro que un *ecosistema de innovación socialista* no sustituye sino que complementa la innovación que se desarrolla directamente a través de las instituciones y programas específicos estatales (como pueda ser acometer el tránsito a una nueva fuente de energía, creación de nuevos materiales, etc.) y la que se lleva a cabo en los departamentos de diseño industrial de las diferentes empresas.

Los actores involucrados serían en esencia los mismos que participan en los ecosistemas de las economías capitalistas actuales. Las principales diferencias estarían en la forma de interacción entre ellos (pues los vínculos mercantiles desaparecen), la capacidad de decisión (pues no existen derechos privados de propiedades) y el tipo de reglas (incluido el sistema de incentivos). Entre los principales actores cabe señalar los siguientes:

- Emprendedores (individuales o equipos), que lanzan ideas en forma de proyectos empresariales sobre nuevos productos y tecnologías.
- Plataformas para la innovación: básicamente *incubadoras* y *aceleradoras de empresas*.
- Instituciones de financiación: en forma de Consejos de Inversión (que podrían constituirse en convocatorios públicas) y que gestionan fondos que provee la autoridad de planificación.
- Empresas: aparato productivo receptor de las nuevas ideas.
- Instituciones generadoras de conocimiento: Universidades, Institutos tecnológicos, Consejos científicos, etc.
- Gobierno y autoridad de planificación: el primero provee el marco regulatorio en los distintos niveles y el segundo vela por la coherencia técnica del plan detallado de la economía.

El reto para una economía socialista dinámica será diseñar una fórmula institucional que relacione eficazmente a los diferentes actores, definiendo de forma precisa las funciones y competencias de cada uno de ellos y estableciendo un adecuado sistema de incentivos. En

lo que sigue proponemos algunas ideas y principios básicos para ese diseño institucional.

1. En primer lugar, las plataformas específicas para el desarrollo de la innovación empresarial serían, como hemos dicho, muy similares a las que operan en las economías actuales, y que son básicamente de dos tipos:

i) *Incubadoras*: acogen proyectos en fase de gestación (transformación del conocimiento en un producto) que cuentan con asesoría especializada, capacitación e infraestructura básica (espacios, servicios, etc.) y para los que se evalúa su viabilidad técnica, pertinencia para captar necesidades de la industria o consumidores, calidad profesional de los miembros del equipo, etc.

ii) *Aceleradoras*: son instituciones para desarrollar proyectos o *startups* (empresas emergentes vinculadas al campo de la tecnología) que evalúan su inserción en el aparato productivo; ofrecen a los emprendedores recursos, conocimiento y apoyo a través de patronazgo y facilita el contacto con inversores.

2. En el proceso de gestación, desarrollo e inserción de un proyecto empresarial en el aparato productivo (es decir, su incorporación al plan detallado de la economía) intervienen tres tipos de actores con funciones, competencias e incentivos específicos:

i) *Emprendedores*: individuos y equipos plantean sus propuestas en las incubadoras a través de convocatorias públicas. Una vez seleccionadas para su financiación, pasan a fase de desarrollo y experimentación en las aceleradoras. Los incentivos pueden ser materiales, en forma de primas en función del éxito del proyecto, así como la posibilidad de desarrollar y dirigir un proyecto empresarial propio, recibiendo también una compensación cuando se integre definitivamente en el plan[21].

*ii) Consejos de Inversión* (CI): se encargan de financiar los proyectos empresariales a partir de fondos provistos por el plan. Habría una pluralidad de CI (en representación de ramas, *clústeres*, consumido-

21. En las economías actuales es habitual que los emprendedores tengan su verdadero incentivo en las primeras fases de gestación del proyecto, y no tanto en seguir al frente una vez consolidado.

res, etc.) que se constituirían en convocatorios públicas, rivalizando por captar las mejores ideas en competencia. El incentivo para estos CI son primas dependiendo del éxito de los proyecto seleccionados una vez se integras en el plan: así, si un CI tiene éxito en los proyectos que ha financiado, además de la prima correspondiente, al año siguiente tendría una asignación adicional de fondos a gestionar; y lo contrario sucedería en caso de que un CI tenga malos resultados, pudiendo llegar a su disolución si no se alcanzan unos resultados mínimos.

*iii) Organismos de Planificación* (central o territorial): tienen dos funciones esenciales: por un lado, asignan fondos a los CI (a través de convocatorias públicas o subastas) y, por otro, tramitan los aspectos técnicos de la incorporación de los proyectos elegidos por los CI al plan detallado de la economía. El incentivo para actuar de forma diligente viene dado por su carácter de órganos electos con revocabilidad de todos sus miembros, de tal modo que los equipos que gestionen mal son sustituidos en elecciones periódicas.

En el proceso descrito conviene destacar dos rasgos fundamentales. Por un lado, que se inscribe dentro de una estructura pluralista de actores, instancias y prácticas para favorecer la rivalidad en un marco de propiedad social. Por otro, que los organismos de planificación (al nivel que corresponda) son meras agencias técnico-administrativas de coordinación, sin competencias para decidir sobre los proyectos a emprender, pues solo canalizan información y coordinan decisiones descentralizadas de emprendedores y CI. Con todo ello se pretende conseguir un mayor dinamismo, eficiencia y asunción de responsabilidades en el proceso de selección, financiación y desarrollo de ideas innovadoras, involucrando a la mayor cantidad y variedad de agentes posibles en la toma de decisiones en un marco de competencias e incentivos bien establecidos.

3. Con el fin de orientar la actividad emprendedora hacia los objetivos propuestos en el plan así como mejorar la actividad empresarial, puede recurrirse a dos tipos de prácticas:

i) "*Open innovation*": las empresas, ramas, *clústeres* industriales y ministerios plantean sus problemas y retos a los que se enfrentan; a continuación se promueve una competición o concurso abierto a CI

para que presenten sus soluciones; los inversores contratan los mejores emprendedores para idear y lanzar prototipos.

ii) *Spinn-offs*: se trata de iniciativas empresariales promovidas por miembros de la comunidad científica, que basan su actividad en la explotación de nuevos procesos y productos generados a partir de conocimientos desarrollados en el propio ámbito académico. Es una vía para vincular más estrechamente la investigación científica con el mundo de la empresa mejorando las vías de transferencia (con centros de transferencia tecnológica ubicados en universidades).

4. La fórmula institucional descrita en este apartado creemos que presenta la claridad de reglas y los incentivos suficientes como para proporcionar buenos resultados en materia de innovación empresarial. Si aun así la cantidad y calidad de la innovación fuese insatisfactoria, siempre podrían habilitarse fórmulas más agresivas desde el punto de vista de los incentivos y el riesgo. En nuestra propuesta hemos asumido que los fondos que gestionan los CI son enteramente públicos, correspondientes a partidas que determina el plan, pero si se estimase conveniente también podrían llegarse a constituir fondos de inversión a partir de participaciones o ahorros privados donde se pague un interés o prima. Ciertamente, esta nueva fórmula introduciría elementos de riesgo, incertidumbre y desigualdad de ingresos entre grupos de ciudadanos, pero entendemos que por sí sola no tendría capacidad de alterar el funcionamiento económico general y no sería incompatible con los principios y valores de una economía socialista por las siguientes razones: 1) no se compromete el funcionamiento democrático y planificado de la economía, pues seguiría en pie el control esencialmente social de la inversión (si bien a través de una estructura de decisión más descentralizada) y se mantiene en todo momento la propiedad social de los medios de producción; 2) no introduce inestabilidad en el sistema, pues estos fondos privados no tendrían capacidad para crear fluctuaciones económicas y mucho menos sobrecapacidad generalizada y crisis; 3) no existe explotación, ya que solo se introduce un factor de desigualdad y dispersión ingresos (pues habría ingresos no ganados con trabajo), pero no dejarían de ser limitados y, en todo caso, no tendrían por qué ser muy superiores a los que se puedan establecer para incentivar los trabajos

poco deseados (por su dureza física, monotonía, ubicación en zonas remotas, etc.).

Los inconvenientes en términos de una cierta erosión de los valores de equidad y cooperación serían un precio a pagar asumible para tratar de estimular aún más la innovación y la eficiencia de las inversiones. Pero si aun así el resultado final fuese inferior al registrado en las economías capitalistas (una mera conjetura), sencillamente tampoco vemos que esto pudiese llegar a constituir objeción seria como para rechazar todo un orden económico y social alternativo basado en principios y valores como los de la democracia, libertad, equidad, eficiencia y estabilidad.

**Bibliografía**

Adaman, F. & Devine, P. (1996): "The Economic Calculation Debate: Lessons for Socialists", *Cambridge Journal of Economics*, Sept., vol. 20, no. 5, pp. 523–37.

—— (1997): "On the Economic Theory of Socialism", *New Left Review*, Jan/Feb.221, pp. 54–80.

—— (2001): "Participatory planning as a deliberative democratic process: a response to Hodgson´s critique", *Economy & Society*, vol. 30 nº 2, pp. 229-239.

—— (2002): "A reconsideration of the theory of Entrepreneurship: a participatory approach", *Review of Radical Economy*, Vol. 14, 3, 329-355.

Agafonow, A. (2007): "Los límites de la eficiencia económica en una sociedad democrática", *Revista de Economí*a *Institucional*, vol. 9, nº 16, pp. 89-119.

Albert, M. (2005): *Parecon*, Madrid, Akal.

Campbell, Al. (2008): "Socialismo planificado y democracia: procedimientos económicos viables" en L. Arriola (Ed) *Derecho a decidir*, El Viejo Topo, Barcelona.

Cockshott, P. y Cottrell, A. (1993): *Towards a New Socialism*, Spokesman, Nottingham.

Cockshott, P. y Nieto, M. (2017): *Ciber-comunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*, Trotta, Madrid.

Devine, P. (1988): *Democracy and Economic planning*, Polity Press, Cambridge.

Devine, P. (2002): "A Reconsideration of the Theory of Entrepreneurship: a participatory approach"; *Review Of Political Economy*, 2002, 14 (3): 329-355

Hayek, F (1945): "El uso del conocimiento en la sociedad", *Cuadernos de Economía*, XVIII, 30, pp. 331-345, 1999.

Huerta de Soto, J. (2012): "La esencia de la escuela austriaca y su concepto de eficiencia dinámica", *Información Comercial Española*, 865, pp. 55-70

Kirzner, I. (1998): *Competencia y empresarialidad*, Unión Editorial, Madrid.

Kotz, D. (2002): "Socialism and innovation", Science & Society, vo. 66, 1, pp.94-108.

Lavoie, D. (1985): *Rivalry and Central Planning. The Socialist Calculation Debate Reconsidered*, Cambridge: Cambridge University Press.

Marx, K. (1971): *Grundrisse, I* Siglo XXI, Madrid

Marx, K. (1978): *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libros I, II y III*, Madrid, S. XXI.

Mazzucato, M. (2014): *El Estado emprendedor*, RBA Libros, Barcelona.

Mises, L. von (2015): *La acción humana*, Unión editorial, Madrid.

Nieto, M. (2015): *Cómo funciona la economía capitalista. Una introducción a la teoría del valor-trabajo de Marx*, Escolar y Mayo, Madrid.

# Los autores

**Diego Guerrero**

Profesor del Departamento de Economía Aplicada V de la Facultad de CC. Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid y Doctor en Economía. Ha publicado una extensísima relación de artículos en revistas académicas y es autor de una docena de libros, entre los más recientes están *Economía Básica* (Maia, 2016), *Un resumen completo de El capital* (Maia, 2015), *Sismondi, precursor de Marx* (Maia, 2011), *La explotación* (Viejo Topo, 2006) o *Historia del pensamiento económico heterodoxo* (Trotta, 1998).

**Maxi Nieto**

Profesor de la Universitat Miguel Hernández d'Elx (Alicante). Es autor, junto a Paul Cockshott, de *Ciber-comunismo. Planificación económica, computadoras y democracia* (Trotta, 2017) y de *Cómo funciona la economía capitalista. Una introducción a la teoría del valor-trabajo de Marx* (Escolar y Mayo, 2015).

**Rolando Astarita**

Docente en la Universidad Nacional de Quilmes y en las Facultades de Ciencias Sociales y de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Entre sus libros más recientes destacan *Economía política de la dependencia y el subdesarrollo* (U. Nacional de Quilmes, 2013), *La gran recesión y el capitalismo del siglo* [illegible] [illegible]pia (Catarata, 2011), *Monopolio, Imperialismo* [illegible] (Maia, 2009), *Keynes, poskeynesianos y keynesianos* [illegible]

cional de Quilmes, 2008). Es autor del blog https://rolandoastarita.blog/, de referencia en la economía marxista.

**Juan Pablo Mateo**

Profesor de la Universidad de Valladolid. Autor de numerosos artículos especializados sobre economía marxista, ha coordinado las obras *Capitalismo en recesión: La crisis en el centro y la periferia de la economía mundial* (Maia, 2015) y *Otra teoría económica es posible* (Ed. Popular, 2010); ha participado entre otros libros en *Ajuste y salario: las consecuencias del neoliberalismo en América Latina y Estados Unidos* (FCE, 2009) y *The political economy of contemporany Spain* (Routledge, 2018).

**Xabier Arrizabalo**

Profesor del Departamento de Economía Aplicada I de la Universidad Complutense de Madrid y es Director del Diploma de la UCM "Análisis crítico del capitalismo: el método marxista y su aplicación al estudio de la economía mundial actual". Ha publicado numerosos artículos y contribuciones en obras colectivas sobre la economía mundial. Es autor del libro *Capitalismo y economía mundial* (Instituto de Economía Marxista, 2014).

**Javier Murillo**

Docente del Departamento de Economía Aplicada I de la Universidad Complutense de Madrid. Especializado en el estudio de la distribución de la renta y desigualdad, entre sus trabajos más recientes está su participación en la obra *The political economy of contemporany Spain* (Routledge, 2018) y de próxima aparición en Maia *El milagro económico español (1994-2007),* donde estudia las dinámicas regresivas en la distribución del ingreso y la propiedad del periodo del boom inmobiliario.

**Paul Cockshott**

Ingeniero informático y economista de la Universidad de Glasgow. Junto a Allin Cottrell es autor de *Towards a New Socialism* (1993), libro de referencia en la actualización de los argumentos a

favor del socialismo y la planificación econ[illegible]
más recientes están *Ciber-comunismo. Plani*[illegible]
*putadoras y democracia* (Trotta, 2017), su pa[illegible]
colectivos *Classical Econophysics* (Routledge, [illegible]
*its limits* (OUP Oxford, 2012) y en solitari[illegible]
(2018). Pueden seguirse sus trabajos en: https:[illegible]
dpress.com/

**Allin Cottrell**

Profesor de la Universidad de Wake Fores[illegible]
autor junto a Paul Cockshott de *Towards a* [illegible]
colaboran juntos en la mayoría de las invest[illegible]
valor de Marx, computación y economía de[illegible]

En el 200 aniversario del nacimiento de Marx, los trabajos reunidos en este libro reivindican su pensamiento económico como la mejor perspectiva teórica para comprender el funcionamiento y la dinámica del capitalismo mundializado, así como por proporcionar los principios y fundamentos institucionales más sólidos para construir una alternativa económica emancipadora que haga posible el ideal de autogobierno de la sociedad.

Más allá de los naturales matices entre los diferentes autores, todos ellos comparten una concepción de la economía marxista basada en cuatro rasgos fundamentales que son los que sirven para dar estructura al libro: 1) la reivindicación de la teoría laboral del valor de Marx como el marco más adecuado para desvelar las leyes y dinámica del capitalismo actual; 2) un diagnóstico sobre los males del modo de producción capitalista centrado en su naturaleza explotadora, la tendencia a la polarización social y su dinámica turbulenta, basada en la lógica ciega del beneficio y la acumulación compulsiva, que conduce inevitablemente a crisis recurrentes y amenaza con el colapso ecológico del planeta; 3) la conciencia sobre los límites del reformismo, en cualquiera de sus variantes (estatismo burgués, populismo, socialdemocracia, etc.), para superar o atenuar dichos males sin cuestionar la propiedad del capital; y 4) la necesidad de superar el orden social del capital para construir una sociedad libre, autogobernada y eficiente, a la que llamamos comunismo, y que se erigiría sobre la base de la propiedad social de los medios de producción y la planificación democrática de la economía.

elviejotopo.com

